

 Seix Barral

**Lara Prescott**

Los secretos  
que guardamos



## Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
PRÓLOGO: Las mecanógrafas	
BLOQUE DEL ESTE: 1949-1950	
1. La musa	
OCCIDENTE: Otoño de 1956	
2. La aspirante	
3. Las mecanógrafas	
4. La golondrina	
BLOQUE DEL ESTE: 1950-1955	
5. La mujer rehabilitada	
6. El morador de las nubes	
7. La emisaria	
OCCIDENTE: Febrero-otoño de 1957	
8. La recadera	
9. Las mecanógrafas	
BLOQUE DEL ESTE: 1955-1956	
10. El agente	
11. La emisaria	
OCCIDENTE: Otoño de 1957-agosto de 1958	
12. La recadera	
13. La golondrina	
14. El empleado leal	
15. La golondrina	
16. La recadera	
17. Las mecanógrafas	
18. La recadera	
BLOQUE DEL ESTE: Mayo de 1958	
19. La madre	
OCCIDENTE: Agosto-septiembre de 1958	
20. Las mecanógrafas	
21. La monja	
BLOQUE DEL ESTE: Septiembre-octubre de 1958	
22. El galardonado	
OCCIDENTE: Octubre-diciembre de 1958	
23. La informante	
BLOQUE DEL ESTE: Octubre-diciembre de 1958	
24. La emisaria	
OCCIDENTE: Diciembre de 1958	
25. La desertora	
BLOQUE DEL ESTE: Enero de 1959	

26. La administradora de correo  
OCCIDENTE: Verano de 1959  
27. La estudiante  
BLOQUE DEL ESTE: 1960-1961  
28. La casi viuda  
EPÍLOGO: Las mecanógrafas  
Nota de la autora y agradecimientos  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

En plena guerra fría, dos secretarias reciben un encargo que cambiará sus vidas para siempre: dejar su aburrido trabajo en Washington como mecanógrafas de la CIA para ayudar a introducir de manera ilegal miles de ejemplares de la novela Doctor Zhivago en la URSS, donde la censura la considera contraria al sistema. Mientras tanto, su autor, Boris Pasternak, con el apoyo incondicional de Olga, su musa y amante, se debate en Rusia sobre la publicación internacional de un libro que podría suponer su consagración como escritor o bien una sentencia de muerte.

A partir de documentos recientemente desclasificados y de una investigación exhaustiva que la ha llevado a viajar de Estados Unidos a Rusia, Lara Prescott ha dado forma a una novela arrebatadora que combina ficción histórica, una trama de intriga política y un romance en el que las partes implicadas no temen enfrentarse al poder, incluso si eso significa poner en peligro sus vidas.

Los secretos que guardamos se ha convertido en un best seller en Estados Unidos y en un fenómeno internacional, traducido a veintinueve lenguas y con una próxima adaptación cinematográfica. «Un Mad Men protofeminista inspirado en una apasionante historia real que nos traslada al mundo del espionaje de los años cincuenta» (Entertainment Weekly).



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

**Lara Prescott**

Los secretos que guardamos

Traducción del inglés por  
Aurora Echevarría

*Para Matt*

Quiero estar con aquellos que conocen cosas secretas, o si no, solo.

RAINER MARIA RILKE

## PRÓLOGO



### LAS MECANÓGRAFAS

Tecleábamos cien palabras por minuto, sin saltarnos jamás una sílaba. Nuestros escritorios, idénticos entre sí, estaban equipados con una máquina de escribir Royal Quiet Deluxe verde pálido, un teléfono de disco y un montón de cuadernos de taquigrafía amarillos. Nuestros dedos volaban sobre el teclado. El repiqueteo era constante. Sólo parábamos para atender el teléfono o dar una calada a un cigarrillo; algunas conseguíamos dominar ambas acciones sin perder un segundo.

Los hombres llegaban alrededor de las diez. Nos arrastraban, una a una, hasta sus despachos, donde nos sentábamos en unas sillas pequeñas arrinconadas contra la pared mientras ellos lo hacían detrás de unos grandes escritorios de caoba o se paseaban por la habitación hablando mientras miraban el techo. Nosotras escuchábamos. Tomábamos nota. Éramos el público de un solo espectador de sus memorandos, informes, escritos o pedidos de comida. En ocasiones se olvidaban de que estábamos allí y averiguábamos mucho más: quién intentaba boicotear a quién, quién hacía uso de su poder, quién tenía una aventura, quién estaba dentro y quién fuera.

A veces no nos llamaban por el nombre, sino por el color de pelo o algún atributo físico: la Rubia, la Pelirroja, la Pechos. Nosotras también usábamos apodosos secretos: el Manos Largas, el Aliento a Café, el Dentado.

Se referían a nosotras como *las chicas*, aunque no lo fuéramos.

Habíamos llegado a la Agencia recién salidas de Radcliffe, Vassar o Smith. Éramos las primeras mujeres con título universitario en nuestras familias. Algunas hablábamos mandarín. Otras sabíamos pilotar aviones. Otras éramos más diestras con un Colt de 1873 que John Wayne. Pero lo único que nos preguntaban en las entrevistas de trabajo era: «¿Sabe escribir a máquina?».

Se ha dicho que la máquina de escribir se fabricó pensando en las mujeres, que para que realmente zumben las teclas hace falta el toque femenino, que nuestros dedos delgados están hechos para ellas y que del mismo modo que los hombres reivindican para sí los coches, las bombas y los cohetes, lo nuestro son las máquinas de escribir.

Bueno, de todo eso nosotras no entendemos. Pero podemos decir que mientras tecleamos, nuestros dedos se convierten en prolongaciones de nuestro cerebro, que no hay intervalo alguno entre las palabras que salen de sus bocas —palabras que nos piden que no recordemos— y las teclas que fijan la tinta sobre el papel. Y cuando uno piensa de este modo en la mecánica de todo, es casi poético. Casi.

Ahora bien, ¿aspirábamos nosotras a las jaquecas producidas por el estrés, el dolor de muñecas y la mala postura? ¿Era eso con lo que soñábamos en el instituto, cuando estudiábamos con el doble de ahínco que los muchachos? ¿Era un trabajo administrativo lo que teníamos en mente cuando abrimos el sobre grueso de papel manila en el que nos mandaron la carta de

aceptación de la universidad? ¿O hacia dónde pensábamos que nos dirigiríamos, sentadas con birrete y toga en esas sillas de lona blanca y madera en la línea de medio campo, esperando a recibir los pergaminos enrollados que certificaban que estábamos capacitadas para hacer mucho más?

La mayoría vimos el servicio de mecanografía como un empleo temporal. No lo hubiéramos admitido en voz alta —ni siquiera entre nosotras—, pero muchas creíamos que sería un primer peldaño para alcanzar lo que los hombres obtenían recién salidos de la universidad: cargos oficiales, un despacho propio con lámparas que emitirían una luz favorecedora, alfombras mullidas y escritorios de madera, y una mecanógrafa personal que nos tomara dictado. Lo vimos como un comienzo, no como un fin, pese a lo que nos llevaban diciendo toda la vida.

Otras mujeres acudían a la Agencia no tanto para empezar su carrera como para completarla. Residuos de la OSE, la Oficina de Servicios Estratégicos, tan legendaria durante la guerra, se habían visto relegadas al equipo de mecanógrafas, la oficina de registros o algún escritorio arrinconado sin nada que hacer.

Ahí estaba Betty. Durante la guerra llevó a cabo operaciones encubiertas para minar la moral del adversario infiltrando artículos periodísticos y lanzando panfletos propagandísticos desde aviones. Habíamos oído decir que una vez le dio dinamita a un hombre para que volara un tren de mercancías cuando pasaba sobre un puente en algún lugar de Birmania. No podíamos saber con certeza lo que era verdad y lo que no, pues los viejos expedientes de la OSE tenían la costumbre de desaparecer. Lo único que sabíamos era que en la Agencia, Betty se sentaba a un escritorio con todas nosotras, y que los hombres formados en universidades de la elitista Ivy League que durante la guerra habían sido sus iguales, ahora eran sus jefes.

Pensamos también en Virginia, sentada a un escritorio similar, con su gruesa rebeca amarilla sobre los hombros sin importar la época del año y un lápiz en el moño que lleva en lo alto de la cabeza. Pensamos en su única zapatilla afelpada azul; la otra no la necesita, pues de niña perdió la pierna izquierda en un accidente de caza. A su pierna protésica la bautizó Cuthbert, y cuando bebía demasiado, se la quitaba y te la daba. Virginia no hablaba casi nunca de la OSE, y si uno no había escuchado de oídas las historias sobre sus tiempos de espía, pensaría que sólo era otra chica más que envejecía trabajando para el Gobierno. Pero nosotras las habíamos oído. Como cuando se disfrazó de lechera y llevó a un rebaño de vacas y a dos combatientes de la Resistencia francesa hasta la frontera. O cuando la Gestapo la consideró una de las espías aliadas más peligrosas, con Cuthbert y todo. A veces nos la cruzábamos por el pasillo, coincidíamos en el ascensor o la veíamos esperar el 16 en la parada de la calle E con la Veintiuno. Nos habría gustado parar y preguntarle por los tiempos en que luchó contra los nazis, o si todavía pensaba en ellos sentada a ese escritorio, esperando la siguiente guerra o a que alguien le dijera que podía irse a casa.

En la OSE llevaban años intentando echar a las chicas; ya no les servían en su nueva guerra fría. Por lo visto, los mismos dedos que en otro tiempo apretaban gatillos ahora eran más adecuados para teclear.

Sin embargo, ¿quiénes éramos nosotras para quejarnos? Era un buen trabajo y teníamos suerte de tenerlo. Y era, sin duda, más emocionante que la mayoría de los empleos gubernamentales. ¿El Ministerio de Agricultura? ¿El de Interior? ¡Imaginaos!

La División Rusia Soviética, o RS, se convirtió en nuestro hogar lejos de nuestro verdadero hogar, y así como la Agencia tenía fama de ser un mundo de hombres, nosotras formamos nuestro propio grupo. Empezábamos a vernos como *el Equipo*, y nos hicimos más fuertes gracias a ello.

Además, el desplazamiento de casa al trabajo era llevadero. Tomábamos autobuses o tranvías cuando hacía mal tiempo e íbamos a pie si hacía bueno. La mayoría vivíamos en los barrios que bordeaban el centro: Georgetown, Dupont, Cleveland Park, Cathedral Heights. Vivíamos solas en estudios sin ascensor, tan pequeños que si nos tumbábamos en el suelo, casi tocábamos las paredes con la cabeza y los pies. Vivíamos en las últimas pensiones que quedaban en Massachusetts Avenue, con hileras de literas y toques de queda a las diez y media. A menudo, teníamos como compañeras de habitación a chicas que también trabajaban para el Gobierno, con nombres como Agnes o Peg, que siempre dejaban los rulos de espuma rosa en el lavabo, manteca de cacahuete en el dorso del cuchillo de la mantequilla o compresas usadas mal envueltas en el pequeño cesto que había junto al lavabo.

Sólo Linda Murphy estaba casada en aquel entonces y desde hacía muy poco. Las casadas nunca duraban mucho. Algunas aguantaban hasta que se quedaban embarazadas, pero en general planificaban su partida en cuanto les deslizaban en el dedo un anillo de compromiso. A modo de despedida comíamos bizcocho de Safeway en la sala de descanso. Los hombres pasaban para coger un trozo y decir lo mucho que sentían que se fueran, pero veíamos cómo les brillaban los ojos al pensar en la joven que las reemplazaría. Prometíamos mantenernos en contacto, pero después de la boda y del bebé se afincaban en la otra punta de la ciudad, en lugares a los que sólo se llegaba en taxi o tomando dos autobuses, como Bethesda, Fairfax o Alexandria. A veces nos desplazábamos hasta allí para el primer cumpleaños del niño, pero después de eso era poco probable que lo hiciéramos.

La mayoría estábamos solteras y dábamos prioridad a nuestra carrera, una elección que no era una declaración política, como no nos cansábamos de repetir a nuestros padres. Ellos, sin duda, se habían sentido orgullosos cuando nos licenciamos en la universidad, pero cada año que pasábamos dedicadas a tener una carrera en lugar de hijos aumentaba su preocupación por nuestra condición de mujeres sin marido y nuestra extraña decisión de vivir en una ciudad construida sobre un pantano.

Y, era cierto, en Washington había tanta humedad en verano que era como envolverse con una manta mojada, y los mosquitos tigre eran feroces. Por las mañanas, nuestros rizos, después de dejarnos los rulos puestos durante la noche, se desinflaban en cuanto poníamos un pie en la calle. Y los tranvías y los autobuses eran como saunas pero olían como esponjas podridas. Aparte de la ducha fría, nunca había un momento en que una no estuviera sudada y despeinada.

El invierno tampoco daba tregua. Cuando bajábamos del autobús, nos cerrábamos bien el abrigo y apretábamos el paso, con la cabeza gacha para evitar el viento que soplabá del Potomac helado.

Sin embargo, en otoño la ciudad cobraba vida. Los árboles a ambos lados de Connecticut Avenue parecían fuegos artificiales naranjas y rojos que caían del cielo y las temperaturas eran muy agradables, no teníamos que preocuparnos por si empapábamos la blusa en la zona de las axilas. Los vendedores ambulantes de perritos calientes ofrecían castañas asadas a la brasa en pequeños cucuruchos de papel, la cantidad exacta para el paseo vespertino de regreso a casa.

Y cada primavera traía flores de cerezo y autobuses llenos de turistas que paseaban por los monumentos históricos, y, sin hacer caso de los numerosos letreros, arrancaban las flores rosas y blancas y se las ponían detrás de la oreja o en el ojal de la americana.

Como el otoño y la primavera en Washington eran épocas para ir sin prisas, nos sentábamos en un banco o dábamos un rodeo alrededor del Estanque Reflectante. En el interior del edificio de la calle E que albergaba la Agencia, los tubos fluorescentes proyectaban una luz cruda que aumentaba el brillo de la frente y los poros de la nariz. Pero en cuanto el aire fresco nos acariciaba los brazos desnudos al finalizar la jornada y optábamos por volver a casa por el camino largo pasando por el parque, la ciudad construida sobre un pantano se convertía en esos momentos en una postal.

Sin embargo, también nos acordamos de los dedos entumecidos, las muñecas doloridas y los interminables memorandos, informes y dictados. Tecleábamos tanto que por la noche algunas hasta soñábamos con que tecleábamos. Aun años después, los hombres con los que compartíamos cama comentaban que a veces movíamos los dedos en sueños. Recordamos cómo mirábamos el reloj cada cinco minutos los viernes por la tarde. Recordamos los cortes que nos hacíamos en las yemas de los dedos con las hojas de papel, lo tosco que era el papel higiénico, el olor a jabón de aceite Murphy con que fregaban los suelos de parqué del vestíbulo los lunes por la mañana y cómo se resbalaban nuestros tacones por ellos cuando estaban recién encerados.

Recordamos la hilera de ventanas que bordeaban la habitación del fondo de la RS. Eran demasiado altas para ver lo que había fuera, aunque, de todos modos, sólo se veía el edificio gris del Departamento de Estado situado enfrente, que era exactamente igual que el nuestro. Hacíamos conjeturas sobre el equipo de mecanógrafas que trabajaba en él. ¿Qué aspecto tenían? ¿Cómo eran sus vidas? ¿Miraban alguna vez nuestro edificio gris a través de las ventanas y se hacían preguntas sobre nosotras?

Entonces los días parecían muy largos y delimitados, pero al echar la vista atrás todo se funde. No sabemos si la fiesta de Navidad en la que Walter Anderson se derramó vino tinto sobre la pechera de la camisa y falleció en la recepción con una nota prendida en la solapa en la que se leía NO ME REANIMÉIS fue en el año 1951 o en 1955. Como tampoco recordamos si a Holly Falcon la despidieron porque durante la visita de un oficial dejó que éste le sacara fotos desnuda en la sala de conferencias del segundo piso o si la promocionaron precisamente por esas fotos y poco después la despidieron por alguna otra razón.

Sin embargo, sí que recordamos otras cosas.

Si alguien hubiera entrado en la sede central y hubiera visto a una mujer con un elegante traje de chaqueta de *tweed* verde siguiendo a un hombre hasta su oficina o a una mujer con zapatos de tacón y un jersey de angora a juego en la recepción, habría dado por hecho que eran mecanógrafas o secretarias, y habría acertado. Pero, al mismo tiempo, se habría equivocado. *Secretario*, -a: persona a quien se confía un secreto. Del latín *secretus*, *secrētum*. Todas escribíamos a máquina, pero algunas hacíamos algo más. No decíamos una palabra sobre el trabajo que desempeñábamos después de poner las fundas a las máquinas de escribir. A diferencia de los hombres, nosotras guardábamos los secretos.

# **BLOQUE DEL ESTE**



1949-1950



## LA MUSA

Cuando llegaron los hombres de traje negro, mi hija les ofreció una taza de té. Ellos aceptaron educados, como si fueran nuestros invitados. Pero cuando empezaron a volcar los cajones de mi escritorio, a tirar al suelo los libros de la estantería, a dar la vuelta a los colchones y a revolver los armarios, Ira apartó el hervidor del fogón y colocó de nuevo las tazas y los platitos en el armario.

Un hombre que llevaba un gran cajón de embalar ordenó a los otros que metieran en él todo lo que pudiera ser útil, y mi hijo pequeño, Mitya, fue al balcón, donde tenía su eriza, y la envolvió en su jersey, como si temiera que los hombres se la llevaran también. Uno de ellos —el que luego me deslizaría la mano por el trasero mientras me hacía subir a su coche negro— le acarició la cabeza diciéndole que era un buen chico. Mitya, mi dulce Mitya, se la apartó con un movimiento violento y se retiró a la habitación que compartía con su hermana.

Mi madre, que estaba en el cuarto de baño cuando los hombres llegaron, salió en albornoz con el pelo todavía mojado y las mejillas rojas.

—Te lo dije. Te dije que vendrían.

Los hombres revolvían entre cartas de Borís, notas, listas de comida, recortes de periódico, revistas, libros.

—Te dije que sólo nos traería problemas, Olga.

Sin embargo, antes de que yo pudiera responder, uno de los hombres me agarró por el brazo —más como un amante que como alguien con órdenes de arrestarme— y, echándome el aliento caliente en la nuca, me dijo que teníamos que irnos. Me quedé paralizada. Sólo los aullidos de mis hijos lograron devolverme al presente. La puerta se cerró detrás de nosotros, pero sus llantos se hicieron aún más fuertes.

El coche torció dos veces a la izquierda y una a la derecha. Luego otra a la derecha. No hizo falta que mirara por la ventanilla para saber adónde me llevaban los hombres de traje negro. Estaba mareada y así se lo dije al hombre que tenía más cerca, que olía a cebolla frita y col. Bajó la ventanilla: un pequeño gesto de amabilidad. Pero las náuseas persistieron, y antes de que apareciera ante nosotros el gran edificio de ladrillo amarillo me dieron las arcadas.

De niña aprendí a contener la respiración y a poner la mente en blanco cuando pasaba por delante de la Lubianka, pues decían que el Ministerio de Seguridad Estatal detectaba los pensamientos antisoviéticos. En aquel entonces no tenía ni idea de qué eran los pensamientos antisoviéticos.

El coche dejó atrás una rotonda y luego la verja que daba al patio interior de la Lubianka. Se me llenó la boca de bilis, que me apresuré a tragar. Los hombres sentados a mi lado se apartaron todo lo que pudieron.

El coche se detuvo.

—¿Cuál es el edificio más alto de Moscú? —preguntó el hombre con aliento a cebolla y col, abriendo la puerta.

Sentí otra oleada de náuseas, y me eché hacia delante y arrojé los huevos fritos del desayuno sobre los adoquines. No salpiqué los insulsos zapatos negros del hombre por un pelo.

—La Lubianka, por supuesto. Dicen que desde el sótano se ve hasta Siberia.

El segundo hombre se rio y apagó el cigarrillo con la suela del zapato.

Escupí dos veces y me limpié la boca con el dorso de la mano.

Una vez dentro del gran edificio de ladrillo amarillo, los hombres de traje negro me entregaron a dos mujeres guardias, no sin antes decirme con la mirada que debería estar agradecida de que no fueran ellos los que me acompañaran hasta mi celda. La mujer más corpulenta, que tenía un bigote fino, se quedó sentada en la esquina, en una silla de plástico azul, mientras la más menuda me pedía que me desnudara con el tono suave de quien camela a un niño para ir al lavabo. Me quité la chaqueta, el vestido y los zapatos, y me quedé en mi ropa interior color carne mientras la mujer menuda me quitaba el reloj y los anillos. Al dejarlos en un contenedor metálico provocó un ruido que rebotó en las paredes de cemento, luego me indicó con gestos que me quitara el sostén. Me negué, cruzando los brazos.

—Tiene que quitárselo —dijo la guardia que estaba sentada en la silla azul, dirigiéndose a mí por primera vez—. Podría ahorcarse con él.

Me desabroché el sostén y me lo quité, y sentí el aire frío en los pechos. Me fijé en que me recorrían el cuerpo con la mirada. Incluso en circunstancias así las mujeres se evalúan unas a otras.

—¿Está embarazada? —me preguntó.

—Sí —respondí.

Hasta entonces no lo había reconocido en voz alta.

La última vez que Borís y yo habíamos hecho el amor fue una semana después de que él rompiera conmigo por tercera vez. «Se acabó —me dijo—. Esto tiene que terminar.» Yo estaba destrozando a su familia. Era la causa de su sufrimiento. Me había dicho todo eso mientras recorríamos una calleja perpendicular a la Arbat, y tropecé en la puerta de una panadería. Él se acercó para ayudarme y le grité que me dejara en paz. Los transeúntes se detuvieron para mirar.

La semana siguiente se presentó en la puerta de casa. Me traía un regalo: un lujoso salto de cama japonés que sus hermanas habían comprado en Londres por encargo. «Pruébatelo», me imploró. Me escondí detrás del biombo y me lo puse. La tela era rígida y poco favorecedora, y se abombaba en el estómago. Me iba demasiado grande; tal vez les había dicho a sus hermanas que era un regalo para su mujer. Me horrorizó y así se lo dije. Él se rio. «Quítatelo entonces», me dijo. Y me lo quité.

Al cabo de un mes empecé a sentir un cosquilleo en la piel, como cuando uno se mete en una bañera de agua caliente después de pasar frío. Había sentido antes ese cosquilleo, con Ira y Mitya, y supe que llevaba una criatura en las entrañas.

—Entonces vendrá a verte pronto un médico —dijo la guardia menuda.

Me registraron y me lo quitaron todo, me dieron una gran bata gris y unas zapatillas dos números más grandes, y me escoltaron hasta un cubículo de cemento donde sólo había una estera y un cubo.

Me tuvieron tres días allí, dándome *kasha* y leche agria dos veces al día. Vino un médico a examinarme, pero sólo confirmó lo que yo ya sabía. Gracias a la criatura que crecía dentro de mí, me ahorré las cosas horribles que había oído que les hacían a las mujeres en ese cubículo.

Al cabo de tres días me trasladaron a una celda más amplia, también de cemento, con otras catorce reclusas. Me dieron una cama con un bastidor metálico atornillado al suelo. En cuanto las guardias cerraron la puerta, me tumbé en ella.

—No puedes dormir ahora —me dijo la chica que estaba sentada en la cama de al lado. Tenía los brazos delgados con llagas en los codos—. Ventrán a despertarte. —Señaló los deslumbrantes tubos fluorescentes del techo—. No está permitido dormir durante el día.

—Y tendrás suerte si consigues dormir una hora por la noche —dijo una segunda mujer. Tenía un ligero parecido con la primera, pero era lo bastante mayor para ser su madre.

Me pregunté si estaban emparentadas o si después de pasar un tiempo en ese lugar, bajo esa luz brillante y con la misma ropa, todas acababan pareciéndose.

—Entonces es cuando vienen a buscarte para darte sus *pequeñas charlas*.

La joven lanzó una mirada a la mujer mayor.

—¿Qué hacéis en lugar de dormir? —pregunté.

—Esperamos.

—Y jugamos al ajedrez.

—¿Al ajedrez?

—Sí —dijo una tercera mujer que estaba sentada en una mesa en el otro extremo de la celda. Levantó un caballo hecho con un dedal—. ¿Juegas?

Yo no sabía jugar, pero aprendería a lo largo del siguiente mes de espera.

Los guardias venían, en efecto. Todas las noches sacaban a una mujer y la traían de vuelta a la celda número 7 horas después, con los ojos rojos y callada. Aunque yo me preparaba cada noche por si venían a buscarte, me sorprendí cuando por fin lo hicieron.

Me despertaron dándome unos golpecitos con la porra en mi hombro desnudo.

—¡Tus iniciales! —espetó el guardia por encima de mi cama.

Los hombres que venían por la noche siempre nos pedían las iniciales antes de llevarnos a alguna parte. Respondí entre dientes. El guardia me ordenó que me vistiera y no apartó la vista mientras yo me cambiaba.

Caminamos hasta el final de un pasillo oscuro y bajamos varios tramos de escaleras. Me pregunté si los rumores acerca de la Lubianka eran ciertos: que tenía veinte pisos por debajo del suelo y comunicaba con el Kremlin por medio de túneles, y que uno de ellos iba a dar a un búnker equipado con todos los lujos que había sido construido para Stalin durante la guerra.

Me condujeron hasta el final de otro pasillo, donde había una puerta con el número 271. El guardia la abrió un poco y miró antes de abrirla de par en par con una risotada. No era una celda, sino un almacén con torres de carne enlatada, cajas de té pulcramente amontonadas y sacos de harina de centeno. El guardia señaló con un gruñido otra puerta en el otro extremo de la

habitación, aunque en ésta no había número. La abrí. Una vez dentro, pasaron unos segundos hasta que los ojos se me acostumbraron a la luz. Era una oficina con mobiliario elegante que no habría estado fuera de lugar en el vestíbulo de un hotel. En una pared había estantes llenos de libros encuadernados en cuero, y en la otra, tres guardias colocados en fila. Un hombre con una túnica militar estaba sentado tras un gran escritorio en el centro de la habitación. Encima del escritorio había montones de libros y cartas: *mis* libros, *mis* cartas.

—Siéntese, Olga Vsévolodovna —dijo.

Tenía los hombros redondeados de alguien que se ha pasado la vida detrás de un escritorio o encorvado realizando arduos trabajos; viéndole las manos con las uñas perfectamente cuidadas con las que sostenía una taza de té, supuse que lo primero. Me senté en la pequeña silla que tenía delante.

—Siento haberla hecho esperar.

Entonces empecé a soltar la retahíla que llevaba semanas preparando.

—No he hecho nada malo. Debe ponerme en libertad. Tengo familia. No hay...

Levantó un dedo.

—*¿Nada malo?* Eso lo sabremos... con el tiempo. —Suspiró y se hurgó los dientes con la punta de la uña gruesa y amarillenta del pulgar—. Y nos llevará tiempo.

Yo había esperado que me soltaran cualquier día, que todo se resolvería y pasaría Nochevieja junto a una estufa caliente brindando con Borís con una bonita copa de vino georgiano.

—Veamos, ¿qué ha hecho usted? —Revolvió unos papeles y sostuvo en alto lo que parecía una orden de detención—. Expresar «opiniones antisoviéticas de naturaleza terrorista» —leyó, como si se tratara de los ingredientes de una receta de bizcocho de miel.

Uno pensaría que el terror deja el cuerpo helado, entumecido, preparándolo para el daño inminente. En mi caso, ardía como el fuego y se desplazaba de un extremo a otro.

—Por favor, necesito hablar con mi familia.

—Permítame que me presente. —Sonrió y se recostó en la silla, haciendo crujir el cuero—. Soy su humilde interrogador. ¿Puedo ofrecerle un té?

—Sí.

No hizo ademán de ir a buscarlo.

—Me llamo Anatoli Sergéyevich Semiónov.

—Anatoli Sergéyevich...

—Puede llamarme Anatoli. Acabaremos conociéndonos bastante bien, Olga.

—Puede dirigirse a mí como Olga Vsévolodovna.

—Muy bien.

—Me gustaría que me hablara sin rodeos, Anatoli Sergéyevich.

—Me gustaría que fuera sincera conmigo, Olga Vsévolodovna. —Sacó un pañuelo manchado del bolsillo y se sonó—. Hábleme de la novela que él ha estado escribiendo. He oído hablar de ella.

—¿Qué ha oído?

—Dígame, ¿de qué trata *El doctor Zhivago*?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Todavía la está escribiendo.

—Supongo que si la dejo aquí sola un rato, con papel y pluma, podrá reflexionar sobre lo que sabe o deja de saber acerca del libro y ponerlo por escrito. ¿Le parece un buen plan?

No respondí.

Se levantó y me entregó un fajo de hojas blancas. Luego se sacó del bolsillo una pluma chapada en plata.

—Tome, puede utilizar mi pluma.

Me dejó con su pluma, las hojas y los tres guardias.

Estimado Anatoli Sergéyevich Semiónov:

¿Debo empezar como si fuera una carta? ¿Cómo se encabeza una confesión?

Tengo algo que confesar, pero no es lo que usted quiere oír. Y una confesión así, ¿por dónde se empieza? ¿Tal vez por el principio?

Dejé la pluma en la mesa.

La primera vez que vi a Borís fue en una conferencia. Estaba detrás de un atril de madera sencillo, y un foco arrancaba destellos de su pelo canoso y hacía brillar su frente ancha. Recitaba sus poemas con los ojos muy abiertos, y sus expresiones intensas e infantiles se propagaban como ondas a través del público, elevándose incluso hasta mi asiento en el palco. Movía las manos deprisa, como si dirigiera una orquesta. Y en cierto modo, eso era lo que hacía. A veces el público no podía contenerse y gritaba los versos antes que él. En un momento dado, Borís guardó silencio un instante y alzó la vista hacia los focos, y yo hubiera jurado que me vio observarlo desde el palco, que mi mirada atravesó las luces blancas hasta encontrarse con la suya. Cuando terminó, me levanté con las manos juntas, olvidándome de aplaudir. Vi cómo la gente se precipitaba hacia el escenario y lo rodeaba, y me quedé de pie mientras mi fila, el palco y finalmente el auditorio entero se vaciaron.

Cogí la pluma.

¿O debería empezar por cómo empezó?

Menos de una semana después del recital de poesía, Borís estaba de pie en la gruesa y mullida alfombra roja del vestíbulo de las oficinas de la revista literaria *Novy Mir* charlando con el nuevo director, Konstantín Mijáilovich Símonov, un hombre con un ropero lleno de trajes de antes de la guerra y dos sortijas de rubí que tintineaban entre sí mientras fumaba su pipa. No era extraño que los escritores vinieran a las oficinas. De hecho, me encargaban a mí que se las enseñara, les ofreciera té o los llevara a comer, las gentilezas habituales. Pero como Borís Leonídovich Pasternak era el poeta vivo más famoso de Rusia, Konstantín en persona le hizo de anfitrión y lo condujo por la larga hilera de escritorios, presentándolo a los redactores, diseñadores, traductores y otros miembros importantes del personal. De cerca, Borís era aún más atractivo que sobre el escenario. Tenía cincuenta y seis años, pero podría haber pasado por un hombre de cuarenta. Su mirada se movía rápido entre la gente mientras intercambiaba palabras de cortesía, con sus ya elevados pómulos realzados por una amplia sonrisa.

Mientras se acercaban a mi escritorio, cogí el manuscrito de poesía en cuya traducción había estado trabajando y empecé a hacer correcciones al azar. Por debajo del escritorio, retorcí los pies dentro de los zapatos de tacón.

—Me gustaría presentarle a una de sus más apasionadas admiradoras —le dijo Konstantín a Borís—. Olga Vsévolodovna Ivínskaia.

Le tendí la mano.

Borís me volvió la muñeca para besarme el dorso de la mano.

—Encantado de conocerla.

—Me fascinan sus poemas desde niña —dije, sonando un poco estúpida mientras él se apartaba.

Al sonreír, dejó ver el hueco entre sus dientes.

—En estos momentos estoy trabajando en una novela.

—¿De qué trata? —le pregunté, y en el acto me maldije por haberle pedido a un escritor que explicara su proyecto antes de tenerlo acabado.

—Sobre el viejo Moscú. Eres demasiado joven para recordarlo.

—Qué emocionante —dijo Konstantín—. Y ya que lo mencionas, sigamos hablando de él en mi oficina.

—Espero volver a verla, Olga Vsévolodovna —dijo él—. Es bonito seguir teniendo admiradores.

Ahí empezó todo.

La primera vez que accedí a quedar, yo llegué tarde y él pronto. Dijo que no le importaba, que había ido a la plaza Púshkinskaia una hora antes y había disfrutado viendo cómo las palomas se turnaban para posarse sobre la estatua de bronce de Pushkin como sombreros vivos con plumas. Cuando me senté a su lado en el banco, me tomó la mano y dijo que no había pensado en nada más desde que me había conocido, que no había podido dejar de preguntarse en lo que sentiría cuando me acercara, me sentara a su lado y me tomara la mano.

Después de eso, todas las mañanas me esperaba fuera de mi piso. Antes de ir a trabajar, paseábamos por los anchos bulevares, cruzábamos plazas y parques y pasábamos por encima y por debajo de todos los puentes que se extendían sobre el Moscova, sin tener nunca un rumbo en mente. Ese verano los tilos habían estado en plena floración, y por toda la ciudad flotaba un olor dulce y ligeramente a podrido.

Yo le hablé de todo: de mi primer marido, a quien había encontrado ahorcado en nuestro piso; del segundo, que había muerto en mis brazos; de los hombres con los que había estado antes y después. Le hablé de mis vergüenzas, de mis humillaciones, de mis placeres ocultos: ser la primera persona en bajar de un tren, colocar mis cremas faciales y perfumes con la etiqueta delante, el sabor de la tarta de cereza amarga para desayunar. Esos primeros meses hablé y hablé, y Borís escuchó.

Hacia final de verano empecé a llamarlo Borya y él empezó a llamarme Olya. Y la gente empezó a hablar de nosotros, sobre todo mi madre. «Es sencillamente inaceptable —diría tantas veces que perdí la cuenta—. Es un hombre casado, Olga.»

Sin embargo, yo sabía que a Anatoli Sergéyevich no le interesaba oír esa confesión. Sabía la confesión que esperaba de mí. Recordaba sus palabras: «El destino de Pasternak dependerá de lo sincera que usted sea». Cogí de nuevo la pluma y volví a empezar.

Estimado Anatoli Sergéyevich Semiónov,  
*El doctor Zhivago* trata sobre un médico.

~~Es una crónica de los años transcurridos entre las dos guerras.~~

~~Trata sobre Yuri y Lara.~~

~~Trata sobre el viejo Moscú.~~

~~Trata sobre la vieja Rusia.~~

~~Trata sobre el amor.~~

~~Sobre nosotros.~~

*El doctor Zhivago* no es antisoviética.

Cuando Semiónov regresó una hora después, le entregué mi carta. Él la leyó y le dio la vuelta.

—Podrá volver a intentarlo mañana por la noche.

Arrugó el papel, lo tiró e hizo un ademán a los guardias para que me llevaran de vuelta a la celda.



Noche tras noche, un guardia venía a buscarme y Semiónov y yo teníamos nuestras pequeñas charlas. Y noche tras noche, mi humilde interrogador me hacía las mismas preguntas: «¿De qué trata la novela?» «¿Por qué la está escribiendo?» «¿Por qué quiere protegerlo?»

Yo no le dije lo que quería oír: que la novela se mostraba crítica con la revolución. Que Borís había rechazado el realismo socialista para describir personajes que vivieran y amaran siguiendo los dictados de su corazón, al margen de la influencia del Estado.

No le dije que Borya había empezado a escribir la novela antes de que nos conociéramos. Que ya tenía en mente a Lara y que en las primeras páginas su heroína se parecía a su mujer, Zinaída. No le dije que, con el tiempo, Lara acababa convirtiéndose en mí. O tal vez yo me convertía en ella.

No le dije que Borya me había llamado su *musa*, que afirmaba haber avanzado más en la novela en nuestro primer año juntos que en los tres anteriores. Que al principio me había atraído su nombre —el nombre que todo el mundo conocía—, pero que me había enamorado de él a pesar del nombre. Que, para mí, él era más que el poeta famoso que se subía al escenario, la fotografía del periódico, la persona bajo los focos. Que me deleitaba en sus imperfecciones: el hueco entre los dientes; el peine que utilizaba, que tenía veinte años y se negaba a reemplazar; cómo se rascaba la mejilla con una pluma cuando pensaba, dejándose un trazo de tinta negra en el rostro, o cuánto se esforzaba en escribir su gran obra, por mucho que le costara.

Y se esforzaba. De día escribía a un ritmo furioso, dejando que las páginas llenas cayeran en una cesta de mimbre que tenía debajo de su escritorio. Y por la noche me leía lo que había escrito.

A veces ofrecía lecturas en pequeñas reuniones por todo Moscú. Los amigos se sentaban en semicírculo alrededor de una mesa pequeña a la que se sentaba él. Yo me sentaba muy cerca haciendo orgullosa de anfitriona, la mujer que estaba a su lado, la casi esposa. Él leía a su manera excitada, dejando que las palabras se amontonaran unas sobre otras, mirando justo por encima de la cabeza de los que estaban sentados delante.

Yo asistía a las lecturas públicas que daba en la ciudad, pero no a las de Peredélkino, que estaba a un breve trayecto en tren de Moscú. La dacha de la colonia de escritores era el territorio de su mujer. La casa de madera rojiza con grandes ventanas saledizas estaba situada en lo alto de

una colina de suave pendiente. Detrás de ella había hileras de hayas y abetos, y a un lado, un sendero de tierra que conducía a un gran huerto. Cuando Borya me llevó por primera vez, se tomó su tiempo para explicarme cuáles eran las hortalizas que habían prosperado con los años y cuáles no, y por qué.

La dacha, más grande que las viviendas corrientes de la mayoría de los ciudadanos, había sido construida por el Gobierno. De hecho, toda la colonia de Peredélkino era un obsequio de Stalin en persona a una serie de escritores de la Madre Patria cuidadosamente seleccionados para ayudarlos a florecer. «La producción de almas es más importante que la producción de tanques», había dicho.

Como decía Borya, también era una forma de tenerlos vigilados. En la casa de al lado vivía el autor Konstantín Aleksándrovich Fedín, y a poca distancia, Kornéi Ivánovich Chukovski, que trabajaba en sus libros para niños. Colina abajo estaba la casa en la que Isaak Emanuílovich Bábel vivía, donde lo arrestaron y a la que nunca más volvió.

Y yo nunca le conté a Semiónov que Borya me había confesado que lo que escribía podía causarle la muerte, ni que temía que Stalin acabara con él como había hecho con tantos amigos suyos durante las purgas.

Las vagas respuestas que yo ofrecía no dejaban satisfecho a mi interrogador, quien me daba más papel y su pluma, y me pedía que volviera a intentarlo.

Semiónov lo intentó todo para sacarme una confesión. A veces era amable, me traía un té y me preguntaba mi opinión sobre la poesía, diciendo que siempre había sido un admirador de la primera obra de Borya. Consiguió que un médico me viera una vez a la semana y dio instrucciones a los guardias para que me proporcionaran una manta de lana.

En cambio, otras veces intentaba acosarme, diciendo que Borya había tratado de entregarse a cambio de que me soltaran. Una vez que un carro metálico rodó por el pasillo y se empotró con gran estrépito contra una pared, bromeó diciendo que era Borís, que estaba golpeando las paredes de la Lubianka para que lo dejaran entrar.

O decía que lo habían visto en algún acto, y que tenía buen aspecto con su mujer del brazo. *Libre de carga* era el término que utilizaba. A veces no era su mujer sino una bonita joven. «Creo que francesa.» Yo me obligaba a sonreír y a decir que me alegraba saber que estaba feliz y con salud. Semiónov nunca me puso una mano encima ni amenazó con hacerlo. Pero la violencia siempre estuvo presente y su gentileza siempre era calculada. Había conocido a hombres como él a lo largo de toda mi vida y sabía de qué eran capaces.



Por la noche, mis compañeras de celda y yo nos tapábamos los ojos con tiras de tela mohosa en un intento inútil de protegerlos de las luces que nunca se apagaban. Los guardias iban y venían. El sueño iba y venía.

Las noches que no podía conciliarlo, inhalaba y exhalaba intentando sosegar la mente el tiempo suficiente para abrir una ventana a la criatura que crecía dentro de mí. Me llevaba una mano al vientre e intentaba sentirlo. Una vez me pareció notar algo, tan pequeño como una burbuja que se revienta. Me aferré a esa sensación todo lo que pude.

A medida que mi vientre crecía, me permitieron descansar una hora más que a las otras mujeres. También me dieron una ración extra de *kasha* y alguna que otra porción de col al vapor. Mis compañeras también me daban parte de su comida.

Al final me proporcionaron una bata más holgada. Mis compañeras me pedían permiso para poner una mano sobre mi vientre y sentir las patadas del niño. Sus patadas eran como una promesa de vida fuera de la celda número 7. «Nuestro recluso más pequeño», susurraban.



La noche empezó como las demás. Me despertaron dándome unos golpecitos con la porra y me escoltaron hasta la sala de interrogatorios. Me senté delante de Semiónov y me dieron una hoja nueva. Luego llamaron a la puerta. Un hombre con el pelo de un blanco casi azulado entró en la habitación y le dijo a Semiónov que ya había organizado la reunión. El hombre se volvió hacia mí.

—Usted la ha pedido y ya la tiene.

—¿La he pedido? —le pregunté—. ¿Con quién?

—Con Pasternak —respondió Semiónov con esa voz más estridente y severa que ponía en presencia de otros hombres—. La está esperando.

Yo no me lo creí. Pero cuando me encerraron en la parte trasera de un furgón sin ventanillas, me permití creérmelo. O más bien no pude evitar albergar un rayo de esperanza. La idea de verlo, aun en esas circunstancias, era la mayor alegría que había tenido desde la primera patada de nuestro bebé.

Me condujeron a otro edificio gubernamental, donde me hicieron recorrer una serie de pasillos y bajar varios tramos de escaleras. Cuando llegamos a una sala oscura del sótano, estaba agotada y sudada, y no pude evitar pensar que Borya iba a verme con ese aspecto horrible.

Di una vuelta recorriendo la habitación con la mirada. No había sillas ni mesa. Del techo colgaba una bombilla desnuda, y en el centro del suelo inclinado había un desagüe oxidado.

—¿Dónde está? —pregunté, dándome cuenta en el acto de lo estúpida que había sido.

En lugar de responder, mi escolta me empujó bruscamente a través de la puerta metálica, que se cerró a mis espaldas.

El olor me asaltó las fosas nasales. Era dulzón e inconfundible. Vi unas camillas con unos bultos alargados cubiertos por unas lonas. Me fallaron las rodillas y me caí al suelo frío y mojado.

¿Estaba Borís debajo de alguna lona? ¿Por eso me habían llevado hasta allí?

La puerta volvió a abrirse después de lo que podrían haber sido unos minutos o unas horas, y dos brazos me ayudaron a levantarme. Me arrastraron de nuevo por las escaleras y por más pasillos que me parecieron interminables.

Nos subimos a un montacargas que había al final de otro pasillo. El guardia cerró la puerta y movió la palanca. Los motores cobraron vida y el montacargas se sacudió con violencia, pero no se movió.

—Siempre me olvido —dijo con suficiencia, empujándome para que bajara—. Hace siglos que no funciona.

Se dirigió hacia la primera puerta a la izquierda y la abrió. Dentro estaba Semiónov.

—La estábamos esperando.

—¿Quiénes?

Dio dos golpes en la pared. La puerta volvió a abrirse y entró un anciano arrastrando los pies. Tardé un momento en darme cuenta de que era Serguéi Nikoláyevich Nikíforov, el antiguo profesor de Lengua y Literatura de Ira, o una sombra de quien había sido. Tenía la barba hirsuta, aunque en circunstancias normales la llevaba muy pulcra, los pantalones se le caían de su cuerpo delgado y le faltaban los cordones de los zapatos. Hedía a orina.

—Serguéi —pronuncié sin emitir sonido alguno.

Pero él rehuyó mi mirada.

—¿Empezamos? —preguntó Semiónov, y, sin esperar respuesta, añadió—: Bien, volvamos sobre ello. Serguéi Nikoláyevich Nikíforov, ¿confirma, tal como nos dijo ayer, que presencié conversaciones antisoviéticas entre Pasternak e Ivínskaia?

Grité, pero el guardia que estaba de pie junto a la puerta me hizo callar de una bofetada. Volvieron a empujarme contra la pared de azulejos, pero no sentí nada.

—Sí —respondió Nikíforov, con la cabeza todavía gacha.

—¿Y que Ivínskaia le informó de sus planes de huir con Pasternak?

—Sí.

—¡No es verdad! —grité.

El guardia se abalanzó sobre mí.

—¿Y que escuchaba programas radiofónicos antisoviéticos en casa de Ivínskaia?

—Eso no..., en realidad, no... creo...

—Entonces ¿nos mintió?

—No.

El anciano se llevó las manos temblorosas a la cara para tapársela y dejó escapar un gemido que sonó como de otro mundo.

Me insté a desviar la mirada, pero no lo hice.

Se llevaron a Nikíforov después de su confesión, y a mí me condujeron de vuelta a la celda número 7. No estoy segura de cuándo empezó el dolor —llevaba horas entumecida—, pero en algún momento mis compañeras de celda avisaron al guardia de que mi saco de dormir estaba empapado en sangre.

Me llevaron al hospital de la Lubianka, y mientras el médico me decía lo que yo ya sabía, sólo pude pensar en que la ropa todavía me olía al depósito de cadáveres, a muerte.



«Las declaraciones de los “testigos” nos han permitido descubrir sus actos. Ha continuado denigrando el régimen y la Unión Soviética. Ha escuchado *La voz de América*. Ha difamado a los escritores soviéticos con ideas patrióticas y ensalzado la obra de Pasternak, un escritor con opiniones contrarias al régimen.»

Escuché el veredicto del juez y la cifra que dio. Pero no até cabos hasta que me llevaron de nuevo a la celda.

—Cinco años —respondí cuando alguien me preguntó.

Sólo entonces lo comprendí: cinco años en un campo reeducativo de Potma. Cinco años a seiscientos kilómetros de Moscú. Mi hija y mi hijo ya serían adolescentes. Mi madre tendría casi setenta. ¿Seguiría con vida? Boris habría pasado página..., habría encontrado una nueva musa, una nueva Lara. Tal vez ya lo había hecho.

El día siguiente a mi veredicto me dieron un abrigo apolillado y me subieron a una furgoneta con capota de lona llena de otras mujeres. A través de una abertura en la parte trasera veíamos desfilas Moscú.

En un momento determinado, unos colegiales cruzaron la calle de dos en dos por detrás de la furgoneta. Su profesor les dijo que miraran al frente, pero un niño se volvió y nuestras miradas se encontraron. Por un instante me imaginé que era mi hijo, mi Mitya, o tal vez la criatura a la que nunca conocería.

Cuando la furgoneta se detuvo, los guardias nos gritaron que nos bajáramos y subiéramos rápidamente al tren que nos llevaría al Gulag. Pensé en las primeras páginas de la novela de Borya, en Yuri Zhivago subiéndose a un tren con su joven familia, buscando refugio en los Urales.

Los guardias nos hicieron sentar en los bancos de un vagón sin ventanas, y mientras el tren se ponía en marcha, cerré los ojos.

Moscú se expande en círculos, como un guijarro que cae en agua estanca. La ciudad se extiende de su centro rojo a sus bulevares, monumentos y edificios de pisos, cada uno más alto y ancho que el anterior. Luego hay árboles, campo y nieve, mucha nieve.

# OCCIDENTE



Otoño de 1956



## LA ASPIRANTE

Hacía uno de esos días húmedos en la ciudad y el aire sobre el Potomac era denso. Aun en septiembre, era como respirar a través de un paño húmedo. En cuanto salí del sótano que compartía con mi madre lamenté haberme puesto la falda gris. En lo único que podía pensar con cada paso que daba era lana, lana, lana. Para cuando me subí al número 8 y me senté en la parte trasera, tenía la blusa blanca empapada de sudor. Peor aún, sentía como si tuviera dos grandes manchas de sudor en el trasero, una por nalga. El casero nos amenazaba con subirnos el alquiler, así que necesitaba desesperadamente el trabajo. ¿Por qué no me había vestido de lino?

Después de cambiar de autobús y de recorrer otras tres manzanas con los consiguientes rozamientos, llegué a Foggy Bottom. Cuando bajé por la calle E intenté mirarme discretamente por detrás en un escaparate de Peoples Drug, pero con el resplandor del sol y sin gafas no vi nada.

Tenía veinte años cuando fui por primera vez al oculista, y a esas alturas estaba tan acostumbrada a los contornos borrosos de la vida que, cuando por fin vi el mundo tal como era, todo me pareció demasiado vívido. Podía ver hasta la última hoja de un árbol y cada uno de los poros de mi nariz. Podía detectar en cada prenda de ropa cada mechón de pelo blanco que dejaba la gata del vecino de arriba, *Miska*. Me daba dolor de cabeza, y descubrí que prefería ver las cosas como un todo borroso en lugar de desglosadas en partes nítidas, de modo que casi nunca llevaba las gafas. O tal vez sólo era mi tozudez... Tenía una idea de cómo era el mundo y lo que se salía del guion me inquietaba.

Cuando pasé por delante de un hombre que estaba sentado en un banco, noté que me seguía con los ojos. ¿Miraba mi postura encorvada, con la vista fija en el suelo? Había intentado corregirla paseándome durante horas por mi habitación con libros sobre la cabeza, pero no había dado resultado. Cuando notaba la mirada de un hombre, daba por hecho que se fijaba en mis andares desgarbados. La otra posibilidad, que me encontrara atractiva, nunca se me pasaba por la cabeza. Siempre era por mi forma de andar o por la ropa que llevaba, confeccionada en casa, o por quedarme mirando sin querer a alguien demasiado rato, como suelo hacer. Nunca era por ser bonita. Eso jamás.

Apreté el paso, entré en un restaurante y fui derecha a los aseos. Ni un cerco de sudor, menos mal. Pero el resto era otro cantar: llevaba el flequillo pegado a la frente, se me había corrido el rímel que, según mi madre, era algo que llevaría una novia por correspondencia, y los polvos que me había aplicado con esmero sobre lo que la vendedora de Woolworths había llamado mis *zonas problemáticas* se habían vuelto espesos como una masa para crêpes. Me lavé la cara con agua y estaba a punto de secármela con la toalla cuando alguien llamó a la puerta.

—Un momento.

Siguieron llamando.

—¡Ocupado!

La persona al otro lado de la puerta toqueteó el pomo.

Abrí la puerta una rendija y asomé la cara goteando.

—Enseguida salgo —le dije a un hombre con un periódico doblado debajo del brazo, y cerré de un portazo.

Me levanté la falda y me puse un trozo de papel higiénico doblado entre la ropa interior y la faja. Luego miré el reloj: faltaban veinticinco minutos para la entrevista.

Sidney, mi exnovio, si es que podía llamarlo así, había mencionado la plaza vacante una noche mientras tomábamos pizza y cervezas en el Bayou. Era uno de esos tipos de Washington que presumen de estar al corriente de todo, y sabía que yo había estado intentando trabajar para el Gobierno desde que me había licenciado dos años atrás. Pero los puestos de menor nivel se habían vuelto escasos y, por lo general, era necesario conocer a alguien que conociera a alguien para poder optar a ellos. Sidney era mi contacto. Trabajaba en el Departamento de Estado y se había enterado del puesto vacante de mecanógrafa por un amigo de un amigo. Yo sabía que las posibilidades que tenía de conseguirlo eran muy remotas, pues mi mecanografía y taquigrafía eran flojas y mi única experiencia laboral había sido contestar el teléfono para un abogado casi jubilado que llevaba trajes que no le encajaban. Pero Sidney me dijo que tenía el puesto asegurado porque había hablado con alguien de la Agencia. Yo sospechaba que en realidad no conocía a nadie con quien pudiera hablar, pero le di las gracias de todos modos. Cuando se inclinó para besarme, le tendí la mano y volví a agradecerse.

Salí del aseo y sentí alivio al ver que el hombre del periódico se había ido. Pedí una coca-cola grande y el hombrecillo griego que estaba detrás del mostrador me la dio con un guiño.

—¿Un comienzo duro? —me preguntó.

Asintiendo, me la bebí de golpe.

—Gracias —dije, y deslicé una moneda por encima del mostrador.

Él la empujó de nuevo hacia mí con un dedo.

—Invita la casa —dijo, y volvió a guiñarme el ojo.

Llegué con quince minutos de antelación a las verjas de hierro negro que conducían al complejo de edificios grandes de ladrillo gris y rojo de Navy Hill. Llegar con cinco minutos de margen habría sido respetable, pero al sobrarme quince me vi obligada a dar tres vueltas a la manzana antes de entrar. Cuando acabé, volvía a estar toda sudada. Y a pesar de que cuando empujé la pesada puerta esperé que me envolviera una deliciosa ráfaga de aire acondicionado, sólo me llegó más aire caliente.

Después de hacer cola en el control de seguridad, me pidieron que me identificara para comprobar si mi nombre constaba en la lista de visitas aprobadas con antelación. Pero cuando me disponía a hacerlo, un hombre de pelo blanco con unas gafas redondas de montura metálica pasó bruscamente a mi lado y se me cayó el bolso. Mi escueto currículum de una hoja acabó en el suelo. El hombre que había cruzado corriendo el control se volvió y retrocedió. Recogió mi lista de logros y títulos ligeramente adornada pero aun así escueta, y ahora manchada, y me la entregó diciendo:

—Aquí tiene, señorita. —Y se marchó antes de que yo pudiera responder.

En el ascensor, me humedecí la yema del dedo con la lengua y froté la mancha del currículum. Sólo logré estropearlo aún más y me maldije por no llevar otra copia. Lo había escrito con ayuda de un libro que había sacado de la biblioteca, se titulaba *¿Cómo conseguir un empleo limpiamente!* Había ordenado el contenido siguiendo sus instrucciones e incluso había pagado de más por imprimirlo en una hoja de papel más gruesa de color marfil. Un currículum manchado era lo que el manual calificaría de *chapuza*.

Para empeorar las cosas, cuando me agaché, el papel higiénico que me había puesto en el aseo se me desplazó hacia arriba y me lo notaba en la parte inferior de la espalda. Me insté a no pensar en ello, con lo que sólo logré pensar en ello aún más.

—¿Adónde va? —me preguntó la mujer que tenía a mi lado, con los dedos sobre los botones.

—Oh, al tercero. No, al cuarto.

—¿Una entrevista?

Sostuve en alto el currículum manchado.

—¿Mecanógrafa?

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo buen ojo para la gente.

La mujer me tendió la mano. Tenía los ojos muy separados, y sus labios, gruesos y pintados con un carmín ceroso, parecían dos gominolas Swedish Fish.

—Lonnie Reynolds. Llevo en la Agencia desde antes de que existiera.

Parecía orgullosa y al mismo tiempo cansada de ello. Cuando me estrechó la mano, me fijé en que tenía un aro de piel pálida en el dedo anular. Se fijó en que yo me había fijado y durante un momento incómodo me sostuvo la mirada. El ascensor emitió un sonido en la tercera planta.

—¿Algún consejo? —le pregunté mientras se bajaba.

—Teclea deprisa. No hagas preguntas. Y no aguantes ninguna tontería.

Dos hombres subieron al ascensor y la oí decir detrás de ellos:

—El que ha chocado contigo era Dulles, por cierto.

Antes de que pudiera preguntarle quién era Dulles, las puertas se cerraron.

En la cuarta planta, la recepcionista me saludó señalando la hilera de asientos de plástico pegados a la pared donde ya había dos mujeres sentadas. Me acomodé y noté cómo el papel higiénico volvía a desplazarse. Me maldije por no haber entrado antes, nada más llegar.

A la derecha tenía a una mujer algo entrada en años con una chaqueta de punto verde gruesa que parecía dos décadas antigua, y una falda larga de pana marrón. Su indumentaria era más propia de una maestra que de una mecanógrafa taquígrafa, o de la imagen que yo tenía de una, y me reprendí por juzgarla. Sostenía el currículum en el regazo, entre los índices y los pulgares. ¿Estaba tan nerviosa como yo? ¿Volvía a trabajar después de que sus hijos hubieran dejado el nido? ¿Había empezado una nueva carrera tras asistir a un curso de administración por las noches porque quería hacer algo distinto? Me miró y susurró:

—Buena suerte.

Le sonreí y me reprendí de nuevo.

Con la excusa de mirar la hora en el reloj de pared, eché un vistazo a la morena menuda que estaba sentada a mi izquierda. Parecía recién salida de la escuela de secretarias y debía de tener unos veinte años, aunque no aparentaba un día más de dieciséis. Era más guapa que yo y en las uñas llevaba una capa de esmalte del color rosado de las zapatillas de ballet. Iba con uno de esos peinados que parecen requerir una gran cantidad de tiempo y de horquillas. Y vestía un conjunto que parecía nuevo: un vestido de manga larga con cuello blanco y zapatos de tacón de pata de gallo. La clase de vestido que yo habría visto en el escaparate de unos grandes almacenes y me habría gustado comprar en lugar de ir a casa y dibujárselo a mi madre en una hoja de papel para que lo copiara. La maldita falda de lana que yo llevaba era una copia de una falda gris preciosa que había visto en el maniquí de un escaparate de Garfinckel un año atrás.

Me quejaba demasiadas veces de que mi ropa no era comprada y de que ni siquiera estaba de moda, pero desde que el abogado se había jubilado del todo y había prescindido de mis servicios, el negocio de costura de mi madre era lo único que pagaba el alquiler de nuestro piso en el sótano. Ella trabajaba en el comedor en una mesa de pimpón que habíamos encontrado en la calle. Le arrancamos la red rota y colocó encima su orgullo y alegría: una Vesta de pedal que le había regalado mi padre y que era una de las pocas cosas que se había traído consigo de Moscú. En Moscú mamá había trabajado en una fábrica bolchevique, pero siempre había tenido un negocio en negro de confección de vestidos de moda y trajes de boda. Parecía un bulldog, de aspecto y de carácter. Había llegado a Estados Unidos con la última ola de inmigrantes rusos que había dejado la Madre Patria. Las fronteras estaban a punto de cerrarse, y si mis padres hubieran esperado unos pocos meses más, yo habría crecido detrás del Telón de Acero en lugar de en la Tierra de la Libertad.

Cuando recogieron sus cosas de la pequeña habitación en el piso que compartían con cuatro familias, mamá estaba embarazada de tres meses y esperaba llegar a la costa de Estados Unidos a tiempo para que yo naciera. De hecho, el embarazo de mamá fue lo que llevó a mis padres a marcharse. Mientras a ella le crecía el vientre, mi padre había conseguido los papeles necesarios y un lugar temporal donde vivir: en casa de unos primos segundos que se habían abierto camino en un lugar llamado Pikesville, Maryland. A mamá le sonó tan exótico entonces que lo susurraba para sí como un rezo: «Maryland», decía. «Maryland.»

En aquella época, mi padre trabajaba en una fábrica de armamento, pero antes de eso había asistido al Instituto de Profesores Rojos para estudiar filosofía. En tercero lo expulsaron por expresar «ideas que no entraban en el programa de estudios establecido». El plan era que mi padre encontrara trabajo en una de las numerosas universidades de Baltimore o Washington, que ahorraran viviendo un año o dos con nuestros primos y luego se compraran una casa y un coche y tuvieran otro hijo: el lote entero. Mis padres soñaban con su futuro bebé. Lo habían visualizado viniendo al mundo en un limpio hospital estadounidense, aprendiendo las primeras palabras en ruso y en inglés, asistiendo a los mejores colegios, aprendiendo a conducir en un gran coche estadounidense por una gran autopista estadounidense, tal vez hasta jugando a baloncesto. En su sueño se sentaban en las gradas y comían cacahuetes mientras lo animaban. Y en su futura casa, mamá tendría una habitación para ella sola donde crear sus vestidos y, tal vez, montar su propio negocio.

Se despidieron de sus padres y sus hermanos, y de todos y todo lo que siempre habían conocido. Sabían que una vez que partieran en pos del sueño americano nunca podrían regresar, perderían la nacionalidad de forma permanente.

Yo nací en el hospital Johns Hopkins, y la primera palabra que dije fue un *da* ruso seguido de un *no* inglés. Asistí a una escuela pública excelente e incluso jugué al fútbol y aprendí a conducir en el Crosley de mi primo. Pero mi padre no vio nada de todo eso. Mi madre tardó años en contarme por qué nunca lo conocí, y cuando lo hizo, lo soltó rápidamente, como si estuviera confesando. Según me contó, estaban haciendo cola para subir al barco de vapor que debía llevarlos al otro lado del Atlántico cuando dos hombres uniformados se acercaron y le pidieron la documentación a mi padre. Ya habían pasado por eso con otros dos hombres uniformados, de modo que mi madre no percibió inmediatamente el peligro como mi padre cuando sacó los papeles de la americana. Sin mirar siquiera los documentos, los dos hombres lo asieron por los brazos, diciendo que su superior tenía que echarles un vistazo en privado. Mamá agarró a papá, pero los hombres los separaron. Ella gritó y papá le dijo con calma que se subiera al barco, que volvería enseguida. Al ver que protestaba, le repitió: «Sube al barco».

Cuando la sirena del vapor anunció que estaba a punto de zarpar, mamá no corrió a la barandilla para ver si mi padre subía la pasarela en el último minuto; ya sabía que nunca volvería a ver a su marido. En lugar de eso, se desplomó en el catre que tenía reservado en la litera de tercera. El catre de al lado permaneció vacío el resto de la travesía, y su única compañía fueron mis constantes patadas dentro de su vientre.

Cuando años después recibimos un telegrama de su hermana desde Moscú diciendo que papá había muerto en el Gulag, mi madre se pasó una semana entera en la cama. Entonces yo sólo tenía ocho años, pero me encargué de cocinar y limpiar, iba y venía sola de la escuela y acabé los pequeños encargos de costura de mi madre —remendar unas mangas rasgadas y coser el dobladillo de unos pantalones— y entregué los terminados.

El primer empleo de mi madre en Estados Unidos había sido en Tintorería y Arreglos Lou, donde almidonaba y planchaba camisas de hombre durante todo el día, y llegaba a casa por la noche con las manos manchadas y cuarteadas a causa de los productos químicos tan agresivos con los que trabajaba. Sólo de vez en cuando tenía la oportunidad de sacar la aguja y remendar unos pantalones o coser un botón de una americana. Sin embargo, a la semana de recibir la noticia de la muerte de mi padre, mamá salió de la cama, se maquilló, dejó el empleo en Lou y se puso a trabajar. Puntada tras puntada, cuenta tras cuenta, pluma tras pluma, volcó todo su dolor en confeccionar vestidos. Apenas salió de casa en dos meses y, cuando lo hizo, fue con dos baúles llenos de los vestidos más bonitos que jamás había hecho. Persuadió al sacerdote de la iglesia ortodoxa rusa Holy Cross para que le dejara montar un pequeño puesto en la feria de otoño que celebraban cada año. En unas pocas horas vendió todos los vestidos, incluso el de muestra, un traje de novia que una mujer compró para que lo llevara su hija de once años en algún momento del futuro. Cuando terminó, teníamos suficiente dinero para irnos de la abarrotada casa de nuestros primos de Maryland, para pagar del primer al último mes de alquiler de un piso en Washington y para que mamá pusiera en marcha su negocio de costura. Alcanzaría su sueño americano aunque tuviera que hacerlo sola.

Abrió la tienda —Vestidos USA y Más para Ti— en nuestro piso en el sótano, y enseguida se corrió la voz acerca de lo talentosa que era. Los estadounidenses rusos de primera y segunda generación la buscaban por los intrincados trabajos que era capaz de hacer para una boda, un funeral o una ocasión especial. Ella se jactaba de poder coser más lentejuelas en un corpiño que nadie en el continente. Pronto se la conoció como la segunda mejor costurera rusa de la ciudad. La primera era una mujer llamada Bianka con quien mamá tenía cierta rivalidad. «Hace cortes —decía a todo el que la escuchaba—. Sus puntadas son chapuceras. Los dobladillos se deshacen con un soplo de viento. Lleva demasiado tiempo en Estados Unidos.»

Mamá nos mantenía a las dos con su negocio y hasta pagó mis estudios universitarios cuando sólo obtuve una beca parcial en el Trinity. Pero cuando nuestro casero amenazó con subirnos el alquiler, se hizo decisivo que yo me pusiera a trabajar. Mientras esperaba en la recepción, escudriñando a la competencia, ese pensamiento se alojó en mi pecho y me presioné el esternón para reprimirlo.

Justo cuando me disponía a preguntarle a la recepcionista dónde estaba el aseo —para colocarme bien el papel higiénico que se me había subido hasta la mitad de la espalda—, entró un hombre. Dio una palmada en el aire como si matara una mosca. Luego lo reconocí; era el mismo hombre que había estado esperando en el aseo del restaurante con el periódico bajo el brazo. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Esto es todo? —preguntó.

Todas nos miramos, sin saber a quién se dirigía.

La recepcionista levantó la mirada.

—Así es.

Tuve ganas de esconderme detrás del perchero de los abrigos.

Seguimos al hombre por un pasillo y entramos en una sala con varias hileras de escritorios. En cada uno había una máquina de escribir y un montón de hojas. Me senté en la segunda hilera, sin querer parecer demasiado ansiosa. Pero, al parecer, nadie más quería dar esa impresión, porque la segunda fila pasó a ser la delantera.

A juzgar por la cara —bueno, la nariz— del hombre, había practicado boxeo o hockey. Me miró de reojo mientras me sentaba, pero, afortunadamente, no pareció reconocermelo del restaurante. Se quitó la americana y se arremangó la camisa azul pálido.

—Me llamo Walter Anderson —empezó a decir—. Anderson —repitió.

Yo medio esperaba que se volviera, cogiera una tiza y escribiera su nombre en letra ligada. En lugar de eso, abrió su maletín y sacó un cronómetro.

—Si pasan este primer test, me aprenderé sus nombres. Si no saben escribir rápido, les recomiendo que se marchen ahora.

Nos miró una a una y yo le sostuve la mirada como mi madre siempre me había enseñado a hacer. «No te respetarán si no los miras a los ojos, Irina —me había dicho—. Sobre todo los hombres.»

Algunas mujeres cambiaron de postura, pero ninguna se levantó.

—Bien —continuó Anderson—. Empecemos.

—Disculpe —dijo la mujer entrada en años de la chaqueta de punto gruesa.

Tenía la mano levantada y sentí vergüenza ajena.

—No soy su profesor —dijo Anderson.

Ella dejó caer la mano.

—Entiendo.

Anderson miró hacia el techo y exhaló.

—¿Desea preguntar algo?

—¿Qué vamos a escribir?

Él se sentó en el gran escritorio que había en la parte delantera de la sala y sacó del maletín un libro amarillo. Era una novela: *Los puentes de Toko-Ri*.

—¿Alguna de ustedes es aficionada a la literatura?

Todas levantamos la mano.

—Bien. ¿Alguna es admiradora de James Michener?

—Yo he visto la película —balbuceé—. Grace Kelly está impresionante.

—Bien hecho. —Anderson abrió el libro por la primera página—. ¿Empezamos? —dijo, sosteniendo en alto el cronómetro.

De nuevo en el abarrotado ascensor, me despegué con disimulo la blusa de la espalda sudorosa. Introduje una mano por debajo y busqué. Nada. Había desaparecido. ¿Se me había caído el papel higiénico en el ascensor? ¿O, Dios me libre, al levantarme de la silla después del test? ¿Estaba Walter Anderson mirando en ese momento esa cosa repugnante? Pensé en regresar y averiguarlo, pero decidí que no importaba. De todos modos, no iban a darme el trabajo.

Yo había sido la segunda más lenta del grupo, lo sabía porque Walter Anderson había hecho una tabla para clasificarnos y nos había leído los resultados en voz alta.

—Bueno, supongo que esto es todo —dijo la atractiva morena llamada Becky mientras descendíamos en el ascensor.

Ella había sido la más lenta.

—Habrás más oportunidades —dijo la mujer de la chaqueta de punto.

Intentaba contenerse, pero percibí una nota de alegría en su voz; ella había sacado el mejor resultado con diferencia.

—De todos modos, ese tipo es asqueroso —continuó Becky—. ¿Habéis visto cómo nos miraba? Como si fuéramos un pedazo de carne. —Me miró—. Sobre todo a ti.

—Sí, es cierto.

Había notado cómo me miraba Anderson, pero pensé que era normal en una entrevista. Siempre me pasaba lo mismo con los hombres. Si uno me encontraba atractiva, yo siempre era la última en enterarme. El hombre tenía que decírmelo directamente para que yo me lo creyera, e incluso entonces, sólo me lo creía a medias. Me consideraba poco agraciada, la clase de mujer a la que uno no miraba dos veces cuando se la cruzaba por la calle o viajaba a su lado en el autobús. Mi madre siempre me decía que yo era la clase de mujer a la que había que mirar bien para apreciarla. Y, con franqueza, prefería fundirme en un segundo plano. Era más fácil pasar inadvertida, sin los silbidos que lanzaban a otras mujeres, los comentarios que las llevaban a taparse el pecho con el bolso o las miradas que las seguían a todas partes.

Sin embargo, sentí una ligera decepción cuando a los dieciséis años me di cuenta de que no iba a convertirme en la belleza que mi madre había sido en su juventud. Mientras que ella era todo curvas, yo era todo ángulos. Cuando yo era niña, ella llevaba vestidos amorfos durante el día

mientras trabajaba. Pero a veces, por las noches, se probaba alguna de las creaciones que había hecho para las mujeres ricas y se paseaba como una modelo. Daba vueltas en la cocina haciendo que las faldas con vuelo se arremolinaran, y yo le decía que el vestido nunca volvería a lucir tan bonito.

Yo había visto una fotografía de ella a mi edad con el uniforme de la fábrica, una bata verde aceituna con una gorra a juego. No podríamos haber sido más distintas. Yo me parecía mucho más a mi padre. Cuando murió, mi madre guardó una fotografía de él vestido de militar en el último cajón de su cómoda. Yo a veces la sacaba cuando ella no estaba y la miraba, diciéndome que si alguna vez me olvidaba de su aspecto, se abriría un vacío en mi interior que no podría volver a llenar.

Nos separamos tras las verjas de la Agencia, despidiéndonos con un ademán.

—¡Buena suerte! —gritó la aspirante que nos había superado a todas.

—La necesitaré —respondió la que se había sentado a mi lado durante el test mientras se encendía un cigarrillo.

Yo también iba a necesitarla, aunque no creía en la suerte.



Dos semanas después volvía a estar sentada a la mesa de la cocina, trazando un círculo alrededor de los anuncios clasificados mientras bebía té. Mamá estaba en la mesa de pimpón haciendo un vestido para la fiesta de quince años de la hija de nuestro casero con la esperanza de ablandarlo para que no nos subiera el alquiler. Me contaba por segunda vez ese día que en el *Post* salía una mujer que había dado a luz en el Key Bridge.

—¡Al ver que no podían llegar al hospital a tiempo, pararon el coche y parió allí mismo! Es increíble, ¿no? —exclamó desde la habitación contigua.

Cuando no respondí, repitió la historia pero unos decibelios más alto.

—¡Ya te he oído la primera vez!

—Es increíble, ¿no?

—Sí.

—¿Qué?

—¡He dicho que sí!

Necesitaba salir de casa, dar un paseo, ir a cualquier parte. Hacía recados para mamá, pero aparte de eso no tenía mucho que hacer. Había respondido una docena de anuncios, pero sólo había conseguido una entrevista para la semana siguiente. Mientras me ponía el abrigo, sonó el teléfono. Entré corriendo en la sala de estar justo cuando mi madre descolgaba el auricular.

—¿Cómo dice? —preguntó con el tono extrafuerte que reservaba para las llamadas telefónicas.

—¿Quién es? —le pregunté.

—¿Irene? Aquí no hay ninguna Irene. ¿Por qué llama aquí?

Le arrebaté el teléfono.

—¿Diga?

Mamá se encogió de hombros y volvió a su mesa de pimpón.

—¿La señorita Irina Droz-do-yah? —preguntó una voz femenina.

—Sí, soy yo. Lo siento. Mi madre no...

—Le paso con Walter Anderson. Por favor, espere.

—¿Cómo?

Me dejó oyendo música clásica y se me encogió el estómago. Al cabo de un momento, la voz del señor Anderson interrumpió la melodía.

—Queremos que vuelva.

—Pensaba que había quedado la penúltima —dije, y al instante apreté los dientes.

¿Realmente tenía que recordarle lo mediocre que era?

—Así es.

—Y que sólo había una vacante.

¿Intentaba sabotearme a mí misma?

—Nos gustó lo que vimos.

—¿He conseguido el empleo?

—Aún no, Rápida —dijo—. ¿O debería buscarle otro apodo, teniendo en cuenta sus habilidades de mecanógrafa? ¿Puede venir a las dos?

—¿Hoy?

Tenía que ir a un almacén de telas de Friendship Heights con mi madre para ayudarla a escoger unas lentejuelas plateadas para el vestido de quinceañera. No le gustaba ir sola porque creía que la dueña tenía prejuicios contra los rusos. «Me cobra el doble, no, ¡el triple!», dijo la última vez que había ido sin mí. «Me mira como si estuviera a punto de lanzar una bomba en el almacén. ¡Cada vez que voy!»

—Sí, hoy.

—¿A las dos?

—A las dos.

—¿A las dos? —Mamá apareció en el umbral—. Tenemos que estar en Friendship Heights a las dos.

Le hice señas para que se fuera.

—Allí estaré —respondí, pero me encontré con el silencio.

Anderson ya había colgado. Tenía una hora para vestirme e ir al centro.

—¿Y? —preguntó mamá.

—Quieren entrevistarme otra vez. Hoy.

—Ya hiciste el test de mecanografía. ¿Qué más quieren que hagas? ¿Gimnasia? ¿Un bizcocho? ¿Qué más necesitan saber?

—No lo sé.

Ella miró de arriba abajo el vestido floreado de andar por casa que llevaba.

—Sea lo que sea, no puedes ir así.

Esta vez aposté por el lino.

Volví a llegar antes de la hora, pero me hicieron pasar enseguida a la oficina de Walter Anderson. No me hizo ninguna de las preguntas que yo me había preparado. No me preguntó si me veía allí al cabo de cinco años, cuál creía que era mi mayor defecto o por qué quería el empleo. Tampoco me preguntó si era comunista o si tenía algún vínculo con mi lugar de nacimiento.

—Hábleme de su padre —empezó a decir en cuanto me senté.

Luego abrió un grueso expediente con mi nombre escrito en él.

—Mijaíl Abramóvich Drozdov —dijo.

Se me formó un nudo en el pecho. Llevaba años sin oír pronunciar su nombre. Pese al lino, notaba cómo se me acumulaban las gotas de sudor en la nuca.

—No lo conocí.

—Un momento —me interrumpió, y se echó hacia atrás para sacar una grabadora del último cajón del escritorio—. Siempre me olvido de poner en marcha este chisme. ¿Le importa? —Sin esperar mi respuesta apretó un botón—. Aquí dice que lo condenaron a trabajos forzados por obtener ilegalmente los papeles para viajar.

Entonces era eso. Por eso lo habían detenido en el puerto. Pero ¿por qué habían dejado ir a mi madre? Se lo pregunté a Anderson en cuanto lo pensé.

—Como castigo —dijo.

Miré los cercos de café de su escritorio, que se superponían como aros olímpicos. Una oleada de calor me recorrió los brazos y las piernas, y me sentí mareada.

—Tenía ocho años cuando me enteré —logré decir—. Durante ocho años no tuvimos noticias. De niña imaginaba cómo sería reencontrarme con él, el aspecto que tendría, cómo me cogería en brazos, y si olería a algo especial, a tabaco o a loción para afeitar, como me había imaginado.

Escudriñé el rostro de Anderson buscando compasión, pero todo lo que percibí fue una ligera irritación, como si yo debiera haber sabido de qué era capaz el Gran Monstruo Rojo.

—Lo siento. ¿Qué tiene que ver esto con el puesto de mecanógrafa?

—Está totalmente relacionado con su empleo aquí. Si desea dejarlo ahora o le resulta demasiado incómodo, no es problema.

—No, yo...

Quería gritar que todo había sido culpa mía, que yo había causado la muerte de mi padre, que si no me hubieran concebido, jamás habrían corrido semejante riesgo. Pero logré serenarme.

—¿Sabe cómo murió? —me preguntó Anderson.

—Nos dijeron que sufrió un infarto en las minas de estaño de Berlag.

—¿Y se lo cree?

—No, no me lo creo.

Siempre había intuido la respuesta que llevaba sepultada dentro, pero nunca la había pronunciado en voz alta, ni siquiera a mi madre.

—Nunca llegó a los campos. Murió en Moscú. —Guardó silencio—. Durante los interrogatorios.

Me pregunté qué sabía mamá. ¿Se había creído lo que ponía en el telegrama de su hermana sobre la muerte de mi padre? ¿O sabía algo más? ¿Llevaba todo este tiempo fingiendo por mí?

—¿Cómo se siente al oír esto? —me preguntó Anderson.

No estaba preparada para esa pregunta. Clavé la mirada en los cercos de café.

—Confusa.

—¿Algo más?

—Enfadada.

—¿Enfadada?

—Sí.

—Mire. —Cerró la carpeta con mi nombre—. Vemos algo en usted.

—¿A qué se refiere?

—Somos buenos descubriendo talentos ocultos.



## LAS MECANÓGRAFAS

El otoño había llegado a Washington. Estaba oscuro cuando nos despertábamos y seguía oscuro cuando salíamos de la oficina. Las temperaturas habían bajado veinte grados y caminábamos con la cabeza gacha para eludir el viento que soplaba a través de los huecos entre los edificios, con cuidado de no resbalar con las hojas mojadas o de patinar con los tacones sobre las aceras lisas. Las mañanas como ésta, en que la perspectiva de levantarnos de una cama caliente y viajar en un tranvía abarrotado debajo de las axilas de algún hombre sólo para pasar el día en una oficina con luces fluorescentes casi nos empujaba a llamar y decir que estábamos enfermas, quedábamos en el Ralph antes del trabajo para tomar un café con donuts. Necesitábamos esos veinte minutos, esa dosis de azúcar, por no hablar de un café bueno, pues el brebaje de la Agencia, aunque marrón y caliente, tenía el gusto de las tazas de espuma de poliestireno en las que lo bebíamos.

El dueño del Ralph era un griego anciano y menudo llamado Marcos. Nos contó que había venido a Estados Unidos sólo para tener la oportunidad de engordar a las chicas bonitas como nosotras con la bollería que horneaba a las cuatro de la madrugada. Nos llamaba *hermosas* y *exquisitas* a pesar de que apenas podía vernos a través de sus cataratas. Marcos flirteaba con descaro, aunque detrás del mostrador siempre estaba su esposa, una mujer de cabello blanco llamada Athena, con un busto tan grande que tenía que retroceder un paso para abrir la caja registradora. Pero a ella no parecía importarle. Ponía los ojos en blanco y se reía del anciano. Nosotras también nos reíamos y le tocábamos el brazo, con la esperanza de que pusiera un donut de más en la bolsa mientras nos guiñaba un ojo empañado.

La que llegaba primero al Ralph ocupaba un reservado en el fondo. Era importante que estuviera bien al fondo para poder vigilar la puerta y ver quién entraba. El Ralph no era la cafetería más cercana a la sede central, pero de vez en cuando aparecía por ahí algún funcionario, y gran parte de lo que decíamos en nuestras reuniones matinales era confidencial.

Gail Carter solía ser la primera en llegar, pues desde su estudio situado encima de la tienda de sombreros de la calle H sólo había tres manzanas. Compartía habitación con una estudiante de tercer año en prácticas en el Capitolio cuyo padre, rico, era dueño de una fábrica textil en New Hampshire y le pagaba todos los gastos de manutención.

Ese lunes por la mañana del mes de octubre comenzó con la conversación de siempre.

—El puro infierno —dijo Norma Kelly—. La semana pasada fue el puro infierno.

A los dieciocho años, Norma había ido a vivir a Nueva York con el sueño de convertirse en poeta. Una irlandesa estadounidense con el cabello rubio rojizo para demostrarlo se había bajado del autobús en el Dixie Bus Center de la Cuarenta y dos Oeste y, maleta en mano, se había dirigido al Costello para codearse con los publicistas de Madison Avenue y los escritores *freelance* del

*New Yorker*. Al final se dio cuenta de que unos y otros estaban más interesados en lo que había dentro de sus bragas que en las palabras que quería plasmar sobre el papel. Pero en el Costello también conoció a varios hombres de la Agencia. Ellos la habían animado a solicitar un puesto sólo para flirtear, pero Norma necesitaba un sueldo fijo y lo había intentado de todos los modos. Se colocó un mechón detrás de la oreja y revolvió tres terrones de azúcar en su café.

—No, esta semana será peor que el infierno.

Judy Hendricks cortó su donut en cuatro pedazos iguales con el cuchillo para la mantequilla. Siempre estaba siguiendo alguna dieta de moda que había leído en *Woman's Day* o *Redbook*.

—¿Qué es peor que el infierno? —preguntó.

—Esta semana. —Norma bebió un sorbo de café.

—No lo sé —dijo Judy—. La semana pasada fue bastante horrible. Me refiero a la reunión sobre las nuevas Mohawk Midgetapes. Creo que somos capaces de entender cómo se pulsa el botón de grabar sin que nos den una charla orientativa de dos horas. Si ese hombre llega a señalar el diagrama una vez más, se me habrían salido los ojos de las órbitas.

Se limpió una miga invisible del labio aunque todavía no había tocado el donut.

Norma se puso la servilleta sobre el pecho.

—Pero ¿cómo quieres que lo entendamos si no nos lo explica un hombre con todo detalle? —preguntó en su mejor interpretación de Scarlett O'Hara.

—Siempre puede empeorar —dijo Linda—. No puedes dejar que nimiedades como ésa te depriman. Tienes que reservar la jaqueca para los problemas importantes. Como que no han vuelto a llenar la máquina de tampones desde que Truman fue presidente.

Linda sólo tenía veintitrés años, pero en cuanto se casó empezó a hablarnos como si tuviera una mundología que nosotras, las solteras, no podíamos imaginar siquiera; como si todavía fuésemos vírgenes o algo así. Nos ponía de los nervios, pero seguíamos viéndola como una especie de figura materna: era la primera en calmarnos cuando queríamos gritar a alguno de los hombres o alisarles un cabello rebelde. Y la que nos decía cuándo era el momento adecuado para hacerles saber que podían llevarnos a alguna parte, y qué hacer si no llamaban al día siguiente.

—Como oiga a Anderson decir una vez más que mi voz suena demasiado grave cuando contesto el teléfono, no respondo de mis actos —dijo Gail.

Walter Anderson, un osezno con las patillas perpetuamente desiguales que parecía haber jugado al fútbol americano en la universidad pero que hoy día consideraba el recorrido desde la parada del autobús hasta la oficina como su ejercicio diario, era el supervisor del servicio de mecanografía y de las demás operaciones administrativas de la RS. Había trabajado sobre el terreno en sus tiempos en la OSE y poco después de que se creara la Agencia en 1947 se le asignó un trabajo de oficina. Nunca se sentía del todo a gusto detrás de un escritorio, y se paseaba por la habitación, buscando algo o a alguien sobre quien desahogar sus frustraciones reprimidas. Pero, a menudo, tenía cargo de conciencia después y lo compensaba con cajas de donuts y ramos de flores en la sala de descanso. Él prefería que lo llamáramos Walter, de modo que lo llamábamos Anderson.

Gail enroscó una servilleta de papel y la humedeció en su vaso de agua para limpiarse una mancha de mermelada rosa del puño de la blusa.

—A las chicas que trabajamos para el Gobierno de Estados Unidos nos relegan a las máquinas de escribir mientras que los grandullones como Anderson nos dicen lo que tenemos que hacer.

Gail no estaba un poco resentida; era el resentimiento personificado. Después de licenciarse en Ingeniería por la Universidad de California en Berkeley, había solicitado una plaza en la Fundación Nacional para la Ciencia y en Defensa, pero la habían rechazado por «falta de titulación avanzada», una manera de decir que era mujer y negra. Le constaba que varios de sus viejos compañeros blancos con la misma titulación ya estaban trabajando allí... y ascendiendo. Al ver menguar sus ahorros, solicitó puestos de mecanógrafa y fue dando tumbos de un empleo gubernamental a otro. Cuando llegó a la Agencia, estaba harta de que sus verdaderas aptitudes hubieran pasado inadvertidas.

—¿Sabes lo que me dijo el otro día? —continuó—. Que a él y a su esposa les encanta *The Nat King Cole Show*, y que debo de sentirme «muy orgullosa» de verlo salir en televisión. Cuando le pregunté de qué debería sentirme orgullosa exactamente, murmuró algo y se alejó. —Tomó un sorbo de café—. Claro que estoy orgullosa, pero no iba a dejar que él lo supiera.

—Al menos el horario está bien —intervino Kathy Potter.

Con un cardado de diez centímetros fijado con laca, Kathy era nuestra eterna optimista. Había entrado en la Agencia con su hermana mayor, Sarah, pero al cabo de tres meses de trabajar allí, ésta se había casado con un directivo y se había trasladado con él a una estación extranjera. Desde entonces, Kathy se mostraba particularmente callada, pero cada vez que hablaba era para recordarnos que el vaso estaba medio lleno.

—Bueno, pues brindo por el horario de nueve a cinco —dijo Norma, levantando la taza.

Al ver que nadie más la seguía, la dejó de nuevo en la mesa.

—Y por los incentivos —añadió Linda—. Trabajé en la consulta de un dentista cuando salí de la universidad y no tenía ni seguro dental. ¿Os lo podéis creer? Me cambió un empaste agrietado fuera del horario laboral, ya sabéis a qué me refiero. Y eso sólo porque quería conocerme mejor y pensó que el gas de la risa ayudaría.

—¿Y ayudó? —preguntó Kathy.

—Bueno... —Le dio un mordisco a su donut.

—¿Bueno? —la apremió Norma.

Linda tragó.

—Es que es cierto que te pone realmente de buen humor.

Después del Ralph, nos dirigíamos con calma al número 2.430 de la calle E. La sede central de la Agencia se hallaba en un complejo de edificios retirado de la calle que había albergado a la OSE durante la guerra. Cruzábamos una verja de hierro negro y subíamos por el sendero. Pasarían dos años antes de que la Agencia se trasladara a Langley. Mientras tanto, la sede central ocupaba varios de esos edificios anodinos que daban al National Mall. Nos referíamos a ellos como los *temporales*, porque llevaban hablándonos de un traslado inminente desde que empezamos. Los edificios, con tejado de zinc, eran difíciles de caldear en invierno, y el aire acondicionado funcionaba casi tan bien como cualquier cosa en Washington.

Norma siempre bromeaba haciendo ver que titubeaba antes de cruzar las pesadas puertas de madera que daban al vestíbulo.

—No pienso entrar —dijo ese lunes, aferrándose a un cerezo pelado que había junto a la puerta.

Tiramos de ella y nos pusimos a la cola del control de seguridad, con la identificación plastificada en la mano y el bolso abierto y listo para que nos lo escanearan.



Sabíamos cómo se llamaba antes de que llegara. Nos lo había dicho Lonnie Reynolds, del Departamento de Personal, antes de que se incorporara.

—Irina Drozdova. Anderson le enseñará las instalaciones y os la presentará el lunes por la mañana.

—Otra rusa —dijo Norma, expresando en voz alta lo que todas estábamos pensando.

No era raro que los rusos se pasaran a nuestro bando; de hecho, en la RS había tantos desertores que bromeábamos diciendo que el dispensador de agua estaba lleno de vodka. Dulles odiaba el término *desertores* y prefería llamarlos *voluntarios*. En cualquier caso, solían ser hombres, no mecanógrafas.

—Sean amables —añadió Lonnie—. Parece buena chica.

—Siempre lo somos.

—Si ustedes lo dicen... —replicó Lonnie, y salió.

Lonnie nunca nos había gustado.

Irina ya estaba sentada a su escritorio cuando llegamos aquel lunes. Delgada como un palillo y con el cabello rubio a la altura de los hombros, tenía la postura erguida de toda principiante. La ignoramos durante una buena hora, ocupándonos de la rutina diaria mientras ella hacía pequeños ajustes en su silla y en la máquina de escribir, jugueteaba con los botones de su chaqueta marrón y movía los clips de un cajón a otro.

No pretendíamos ser groseras. Pero esa chica nueva estaba reemplazando a Tabitha Jenkins, una de las integrantes más antiguas del equipo. El marido de Tabitha se había jubilado de Lockheed y se habían trasladado a un bungalow en el soleado Fort Lauderdale. Y ahora esa rusa estaba sentada a su escritorio.

Pospusimos las cortesías de rigor un poco más de lo habitual. Cuando el reloj dio las diez, la situación se hizo más incómoda. Alguien tenía que decir algo y al final fue ella quien rompió el hielo. Se puso de pie, y todas miramos de arriba abajo su esbelta figura.

—Disculpen —dijo, más hacia el suelo que a alguien en particular—. ¿Dónde está el aseo? —Se arrancó un hilo de la chaqueta—. Es mi primer día —añadió, sonrojándose ante la obviedad. Tenía una forma peculiar de hablar, sin rastro de acento pero un poco forzada, como si tuviera que pensar cada palabra antes de pronunciarla.

—No pareces rusa —dijo Norma en lugar de indicarle dónde estaba el aseo.

—No lo soy. Bueno, no exactamente. He nacido aquí, pero mis padres son de allí.

—Todos los rusos que trabajan aquí dicen eso —replicó Norma, y todas nos reímos con disimulo—. Me llamo Norma. —Y le tendió la mano—. Yo también he nacido aquí.

Irina se la estrechó. Notamos cómo disminuía la tensión.

—Encantada de conocerlas a todas.

Recorrió con la mirada la sala de mecanografía y estableció contacto visual con cada una de nosotras.

—Al final del pasillo, a la derecha y otra vez a la derecha —indicó Linda.

—¿Qué? —preguntó Irina.

—El aseo de las chicas.

—Ah, sí. Gracias.

Esperamos a que desapareciera por el pasillo para empezar a hablar sobre su condición rusa (o la falta de ella), el color de su cabello (no era de bote), su extraña forma de hablar (como una Katharine Hepburn de clase baja) o su estilo ligeramente anticuado (¿rebajas o hecho en casa?).

—Parece agradable —concluyó Judy.

—Bastante agradable —dijo Linda.

—¿De dónde la han sacado?

—¿Del Gulag?

—A mí me parece guapa —dijo Gail.

Todas estuvimos de acuerdo en eso. Irina no tenía la clase de belleza que gana concursos, era más sutil, pero estaba ahí.

Volvió a entrar en la sala acompañada de Lonnie.

—Espero que le hayan dado un buen recibimiento —dijo Lonnie.

—Oh, sí —respondió Irina sin rastro de sarcasmo.

—Bien. Este grupo puede ser duro de pelar.

—Tenía entendido que el Departamento de Personal se llevaba la palma —replicó Norma.

Lonnie puso los ojos en blanco.

—En fin, como el señor Anderson no ha querido honrarnos con su presencia esta mañana...

—¿Está enfermo? —interrumpió Linda.

Alargábamos el almuerzo cuando Anderson no estaba.

—Ha salido. Eso es todo lo que sé. Si se ha desmayado en el banco de un parque o están extirpándole las amígdalas, no es asunto mío. —Lonnie se colocó delante de Irina, dándonos la espalda—. Se supone que he de asegurarme de que tiene todo lo que necesita y luego debo... —Dibujó unas comillas con los dedos y añadió—: «Pasar a recogerla para llevarla a una reunión abajo, en el Sur».

Irina le dijo que tenía todo lo que necesitaba y la siguió. En cuanto se fueron, nos retiramos al aseo para seguir haciendo conjeturas.

—¿Una reunión? —preguntó Linda—. ¿Ya?

—¿Creéis que será con JM? —preguntó Kathy refiriéndose al jefe de la RS, John Maury.

—Ha dicho *abajo, en el Sur* —apuntó Gail.

Con ello se referían a los destartalados edificios temporales de madera que había cerca del Lincoln Memorial.

—Ahí está Frank —añadió.

Norma encendió un cigarrillo.

—¿Un misterio relacionado con Moscú? —Dio una calada y exhaló el humo—. Por supuesto que tiene que ver con Frank.

Frank Wisner era el jefe que estaba por debajo del gran jefe y el padre de las operaciones clandestinas de la Agencia. Miembro fundador del Grupo de Georgetown formado por políticos influyentes, periodistas y hombres de la Agencia, se lo conocía porque con su acento y encanto sureños llevaba casi todos los asuntos durante sus legendarias cenas de los domingos. Fue en esas fiestas donde, una vez servidos el asado y el pastel de manzana, y estando ya todos completamente mareados con los puros y el bourbon, tomó forma la visión de un nuevo mundo.

¿Por qué Irina iba a reunirse con Frank? ¿Y el primer día de trabajo? No hacía falta ser un genio para atar cabos: no la habían contratado por las palabras que tecleaba por minuto.

Era costumbre invitar a comer a la nueva en el Ralph para entrar en confianza y averiguar más sobre ella: ¿noroeste o nordeste? ¿Universidad o escuela de mecanografía? ¿Soltera o con compromiso? ¿Seria o divertida? Luego la interrogábamos sobre dónde se arreglaba el cabello, qué le gustaba hacer los fines de semana, por qué había venido a la Agencia y qué pensaba sobre la nueva política que prohibía el uso de los zapatos planos o los vestidos sin mangas. Sin embargo, cuando llegó la hora del almuerzo e Irina aún no había vuelto, tuvimos que conformarnos con tomar un bocado rápido en la cafetería sin ella.

Cuando finalmente regresó esa tarde con un fajo de informes de campo escritos a mano que debía pasar a máquina, su actitud no había cambiado. Ante todo, éramos profesionales, así que no le preguntamos cómo había ido la reunión, qué aptitudes especiales poseía o qué otras tareas le habían asignado.

Eran las cuatro y media, justo cuando el repiqueteo de las teclas se hacía más lento y empezábamos a archivar el trabajo que no habíamos terminado y a mirar el reloj cada tres minutos. Pero Irina seguía tecleando con entusiasmo. Nos complació ver que la nueva tenía una ética del trabajo tan sólida, además de los talentos ocultos que pudiera dominar. Un eslabón débil en el equipo sólo supondría más trabajo para las demás. A las cinco en punto, nos levantamos y le pedimos que viniera con nosotras al Martin.

—¿Martini? ¿Tom collins? ¿Singapore sling? —le preguntó Judy—. ¿Cuál es tu perdición?

—No puedo —respondió Irina, señalando el montón de papeles—. Tengo que ponerme al día.

—¿Ponerse al día con el trabajo? —exclamó Linda cuando estábamos fuera—. ¿El primer día?

—¿Tú te reuniste con Frank el primer día? —le preguntó Gail.

—Qué va, yo aún no me he reunido con él —dijo Norma.

Con las tripas revueltas a causa de los celos, deseamos saber más. Queríamos saberlo todo sobre la nueva chica rusa.

Irina se adaptó rápidamente. Pasaron las semanas y nunca nos pidió ayuda. Y menos mal, porque no teníamos tiempo para ayudar a nadie. Las tensiones en la RS se habían triplicado ese mes de noviembre, después de que se difundiera la noticia del levantamiento fallido contra la Unión Soviética en Hungría y el papel que habíamos desempeñado nosotros en él. Alentados por los esfuerzos propagandísticos de la Agencia, los manifestantes húngaros tomaron las calles de

Budapest para oponerse a sus ocupantes soviéticos. Contaban con recibir refuerzos de los aliados occidentales, pero nunca llegaron. La revolución se prolongó apenas doce días hasta que los soviéticos le pusieron fin. La cifra de húngaros fallecidos que publicó *The Times* era aterradora, pero aún peor era la que tecleamos nosotras en nuestros informes. Creyeron estar haciendo lo correcto, que sus planes bien trazados funcionarían. Nuestros mejores hombres habían trabajado en ellos. ¿Cómo iban a fallar? Pero el país quedó devastado. Sin duda, la Agencia había fallado. Allen Dulles, el jefe de los espías, a quien sólo veíamos cuando nos autorizaban a tomar notas en una reunión importante, exigió respuestas que no eran fáciles de proporcionar.

Nos pidieron que trabajáramos hasta tarde y que asistiéramos a reuniones fuera del horario laboral. Si nos quedábamos pasada la hora de los últimos autobuses y tranvías, nos costeaban un taxi a casa. Al aproximarse Acción de Gracias temimos que nos quitaran el día festivo. Afortunadamente, no lo hicieron.

Las que teníamos que tomar un avión para reunirnos con la familia solíamos quedarnos en Washington esos días, reservando el dinero del vuelo para viajar en Navidad. Organizábamos una comida en el piso de la que tuviera más metros cuadrados o a la compañera de cuarto fuera de la ciudad. Cada una llevaba una silla y algo de comer, y aunque tratáramos de planificar quién llevaba qué, siempre acabábamos con al menos cuatro pasteles de calabaza y pavo para toda la semana.

Las que sólo teníamos que tomar un tren o un autobús nos íbamos a casa, donde nuestros padres y hermanos siempre nos recibían como hijas pródigas. Para ellos, Washington era algo más que un mundo aparte, era el lugar donde ocurrían las noticias de la noche. Nosotras nos mostrábamos deliberadamente vagas al hablar de nuestro trabajo, y ellos creían que llevábamos una vida mucho más emocionante de lo que era en realidad. Dejábamos caer nombres como Nelson Rockefeller, Adlai Stevenson y el del senador increíblemente guapo de Massachusetts, John Kennedy, afirmando haber coincidido con ellos en varias fiestas y actos, aunque teníamos suerte si conocíamos a alguien que conociera a alguien que lo había hecho.

Las que volvíamos a casa siempre acudíamos a una gran reunión en un bar cercano la víspera de Acción de Gracias por la noche. Los viejos compañeros del instituto se juntaban para tomar un cóctel, y nosotras nos poníamos nuestros mejores zapatos de tacón y nuestro cachemir más suave, y nos asegurábamos de ir bien peinadas y de no tener carmín en los dientes antes de unirnos a ellos. Olvidando sus anillos de boda en casa, los chicos populares que no nos habían hecho caso en el instituto nos decían cuánto se alegraban de vernos y que teníamos que regresar más a menudo. En Washington formábamos parte de las hordas de empleadas gubernamentales, pero allí habíamos triunfado.

Nos despedíamos de nuestros viejos compañeros de clase con un *hasta el año que viene* y nos íbamos un poco borrachas a casa, donde uno de nuestros progenitores había intentado esperarnos despierto pero se había quedado dormido en el sofá. Al día siguiente cocinábamos pavo, comíamos pavo, echábamos una siesta, comíamos más pavo y echábamos otra siesta. Era un placer estar en casa, les decíamos a nuestros tíos y primos. Pero en menos de dos días volvíamos a estar en el autobús o en el tren a Washington con un sándwich de pavo en el bolsillo.

Cuando regresamos el lunes después de ese día de Acción de Gracias, nos habíamos olvidado de Irina y nos sorprendió verla sentada en el viejo escritorio de Tabitha. Fuimos educadas y le preguntamos qué había hecho, y nos contó que su madre y ella no celebraban el día de Acción de Gracias, pero que habían comprado un par de menús de pavo en Swanson y que les había sorprendido lo bueno que estaba.

—Mi madre se comió la mitad de mis guisantes y mi puré cuando me levanté para llenarme el vaso de vino —dijo.

No sabíamos que Irina vivía con su madre. Pero antes de que pudiéramos hacer más preguntas, Anderson apareció con unos fajos de papeles.

—La Navidad se ha adelantado, chicas —dijo.

Nos quejamos. Envidiábamos a nuestras colegas del Capitolio, que disfrutaban de largos recesos cuando en el Congreso no había sesión. Nosotras no teníamos esa suerte; la Agencia nunca descansaba.

—Hay mucho trabajo atrasado, chicas. Así que manos a la obra.

—Te hinchaste a pavo la semana pasada, ¿eh? —murmuró Gail cuando Anderson se alejó.

Al final volvimos al trabajo y el resto de la mañana se nos hizo eterna. A las once íbamos por nuestro quinto cigarrillo y no parábamos de mirar el reloj. Al mediodía, prácticamente nos levantamos de un salto para ir a comer. La mayoría teníamos emparedados hechos con las sobras de pavo y Kathy había llevado un termo de sopa de fideos y pavo. Pero era uno de esos días que necesitábamos salir de la oficina. El primer día de trabajo después de unos días de fiesta, por pocos que fueran, siempre era el peor.

Linda se levantó la primera y chasqueó los nudillos.

—¿A la cafetería?

—¿En serio? —respondió Norma—. ¿Qué tal Hot Shoppes? No me vendría mal un *orange freeze*.

—Hace demasiado frío fuera —dijo Judy.

—Está muy lejos —dijo Kathy.

—¿La Niçoise? —sugirió Linda.

—No todas tenemos el lujo de contar con el sueldo de un marido —replicó Gail.

Todas nos miramos y dijimos al unísono:

—¿El Ralph?

El Ralph no sólo servía los mejores donuts del barrio, también hacía las patatas fritas más deliciosas y el ketchup era casero. Además, los hombres nunca iban allí. Preferían el Old Ebbitt Grill, donde podían darse un festín de ostras y beber martini hasta saciarse. A veces nos invitaban, si se sentían generosos o enamorados, o ambas cosas. Pedían bandejas de ostras y rondas de martini para todos, a pesar de que Kathy era alérgica al marisco y Judy se negaba a comer cualquier cosa que sacaran del océano.

Le preguntamos a Irina si quería apuntarse, porque por fin hablaba y queríamos que siguiera haciéndolo. Nos sorprendió que accediera, sobre todo porque esa mañana la habíamos visto dejar un sándwich en la nevera de la sala de descanso.

Al salir nos cruzamos con Teddy Helms y Henry Rennet, que entraban. Nos gustaba Teddy, pero Henry era otro asunto. Los hombres de la Agencia se pensaban que nosotras nos limitábamos a sentarnos en una esquina y a teclear en silencio. Pero además de tomar notas, tomábamos

nombres. Y el de Henry encabezaba nuestra lista. Nos parecía un misterio que Teddy y él fueran amigos. Henry era de esos hombres cuya seguridad en sí mismo, antes que su físico, les había dado mucho en la vida, demasiado. Mujeres, un empleo de alto rango recién salido de Yale y todas las invitaciones adecuadas en Washington. Teddy era lo opuesto: reflexionaba antes de hablar y era meditabundo y un poco enigmático.

—No me habéis presentado a la nueva —comenzó Henry, aunque todas habíamos rehuido su mirada.

Teddy estaba a su lado, con las manos en los bolsillos, mirando a Irina de reojo.

—Tiburones al acecho —susurró Kathy.

—¿Esperabas una invitación para su presentación en sociedad? —replicó Norma, sin disimular exactamente el desdén que sentía hacia él.

El verano anterior había corrido el rumor en la RS de que se había acostado con ella después de una barbacoa en casa de Anderson. En realidad, Henry se había ofrecido a acompañarla a su casa y en un semáforo le había deslizado una mano por debajo de la falda. Norma no dijo una palabra. Abrió la puerta del coche y se bajó en medio del tráfico. Henry le gritó por la ventanilla que no fuera estúpida y se subiera al maldito coche mientras los demás conductores tocaban la bocina para que se apartara. Ella acabó recorriendo a pie los seis kilómetros y medio hasta su casa y tardó meses en contarnos el incidente.

—Por supuesto —dijo Henry—. Todo lo que pasa aquí me concierne.

—¿Ah, sí? —preguntó Judy.

Irina le tendió la mano a Henry.

—Soy Irina.

Él se echó a reír.

—Qué exótico —dijo con su habitual apretón estrujador de manos—. Yo soy Henry. Encantado. —Se volvió hacia Norma—. Bueno, no ha sido tan difícil, ¿no?

—Teddy —se presentó Teddy, tendiéndole la mano a Irina.

—Encantada de conocerte.

Era evidente que ella sólo lo decía por educación, pero a juzgar por la postura de colegial de él, ya se había enamorado.

—Genial, ahora sólo nos queda media hora para almorzar —dijo Norma, dando unos golpecitos a un reloj invisible.

Fuera nos sacudió una ráfaga de viento. Nos enrollamos bien las bufandas, e Irina se cubrió la cabeza con un chal con flecos que luego se anudó alrededor del cuello. Nos preguntamos cuánto quedaba en ella de su viejo país. Queríamos prevenirla sobre Henry y averiguar también qué pensaba de Teddy, pero decidimos dejarlo para el Ralph y evitar así que alguien más escuchara.

Las guirnaldas y coronas de Navidad habían reemplazado los últimos vestigios del otoño en todas las farolas. Pasamos por delante del escaparate de Kann y nos detuvimos para observar cómo una joven daba los últimos retoques a un elaborado decorado de invierno. Puso unas tiras de espumillón plateado en una rama de flor de cerezo desnuda y se apartó para contemplar su obra.

—Qué bonito —dijo Irina—. Me encanta la Navidad.

—Pensaba que los rusos no la celebraban —dijo Linda—. Por lo de la no religión y todo eso.

Nos miramos sin saber si Irina se había ofendido con el comentario. Ella se cerró el chal alrededor de la cara y dijo con un marcado acento ruso:

—Bueno, yo nací aquí, ¿no?

Y sonrió. Nosotras nos reímos y noté cómo los sutiles muros de nuestro grupo empezaban a derrumbarse.



## LA GOLONDRINA

—¿Os acordáis de la serpiente? —preguntó Walter Anderson meciendo su copa de champán por encima de la baranda del *Miss Christin* y derramándolo sobre el Potomac.

Con las mejillas rojas, más por el exceso de bebida que por el aire fresco del otoño, hablaba para un público de seis personas que había oído muchas veces la historia, entre ellas yo.

—¿Quién podría olvidarla? —pregunté.

—Tú desde luego que no, Sally.

Me guiñó un ojo de forma exagerada. A mí me gustaba tomarle el pelo y él me seguía la corriente. Los dos habíamos estado en Kandy durante la guerra trabajando en Operaciones de Moral, cuya misión era encauzar el mensaje hacia el bien mayor. En otras palabras, éramos propagandistas. En aquella época, él lo había dado todo para intimar conmigo, y cuando lo frené por enésima vez, se conformó con el papel de hermano mayor.

—¿Se te ha metido algo en el ojo? —le pregunté.

La mayoría de las personas lo encontraban odioso, pero a mí me parecía inofensivamente melodramático.

El público disfrutaba. Siempre era lo mismo; cada vez que nos juntábamos todos, salían las viejas historias a medida que corría el alcohol. Después de la guerra, la mayoría de ellos habían pasado página e iniciado una nueva etapa de la que tenían prohibido hablar. De modo que echaban mano de las viejas historias, las que habían contado cientos de veces. La de la serpiente era un clásico de Anderson. Se rumoreaba que después de su época en la OSE, había probado suerte como guionista en Hollywood. Oímos decir que había trabajado en el guion de una serie a caballo entre *Clandestino y caballero* y *Llegó del más allá*, algo que le permitió reunirse por primera vez con productores, pero nunca llegó a despegar. A partir de entonces decidió pasar sus días perfeccionando su *backswing* en el Columbia Country Club, pero también acabó aburriéndose de eso y al cabo de un mes o dos llamó a la puerta de Dulles (la de Georgetown) y le pidió un empleo en la Agencia. A sus cincuenta y pocos años le asignaron un cargo administrativo, aunque él había pedido volver a la acción.

La vieja pandilla estaba allí reunida para celebrar una especie de aniversario. Habíamos dejado nuestros puestos en Ceilán once años atrás, al terminar la guerra. Entonces el futuro de la OSE y del servicio de inteligencia estadounidense habían permanecido inciertos. Todavía faltaban dos años para que se creara la Agencia y ésta acogiera a los agentes de la OSE descarriados que se habían cansado de amasar dinero en sus bufetes de abogados y agencias de bolsa de Nueva York y que, más que servir de nuevo al país, buscaban el poder procedente de guardar secretos. Un poder que para algunos, entre los que me incluía yo, resultaba más embriagador que cualquier

droga, acto sexual u otro medio que acelerara el pulso. Diez años después, nos habíamos propuesto celebrar nuestro aniversario, pero habíamos ido posponiéndolo hasta que alguien fijó una fecha.

—Os lo juro —continuó Anderson—, aquella criatura maldita medía nueve metros de largo.

—¿Veintinueve pies? —Era Henry, uno de los miembros más jóvenes de la Agencia.

—Eso es. Recuerda estas palabras, muchacho. Era una devoradora de hombres. Ya había matado a media docena de birmanos cuando me llamaron.

—¿Cómo sabes que era hembra? —le pregunté yo.

—Créeme, Sally, sólo una hembra podría haber causado tantos estragos. Y necesitaban a un macho para ponerla en su sitio.

—Entonces, ¿por qué te llamaron a ti? —repliqué.

—Estaba a cargo de las relaciones con la comunidad —respondió él con cara seria—. Y la serpiente era una amenaza. Os lo digo, era una criatura salida de una película de terror. Esa serpiente todavía aparece de vez en cuando en mis pesadillas. Preguntadle a Prudy.

Señaló a su esposa, una mujer menuda con unos grandes aretes de plástico amarillo en los flácidos lóbulos de sus orejas que estaba calentándose en el salón del yate con las otras esposas. Ella miró por la ventana y saludó con la mano.

—De todos modos —prosiguió Anderson—, no había forma de que saliera del hoyo...

—¡Como esta historia! —gritó alguien del fondo del grupo.

—En realidad tenía más de cueva que de hoyo —continuó él, ignorando al intruso—. Pasaba meses ahí dentro. Durmiendo, esperando. Y un buen día, salió con sigilo, se agazapó junto a una vaca, y... ¡ZAS! —Dio una palmada para acaparar la atención—. Arrastró al pobre bovino de vuelta al hoyo sin que se oyera un mugido. Realmente era perjudicial para la economía del pueblo. Y no queríamos eso, ¿no?

—No sería una muerte tan horrible —dijo Frank Wisner, uniéndose al grupo.

El círculo se abrió para que el jefe pudiera tomar asiento en primera fila y oír la historia de Anderson. Era Frank quien había costado la embarcación en la que nos encontrábamos, y el alcohol y el cóctel de gambas que estábamos tomando.

—No sabía lo que se le venía encima —añadió con su entonación típica del Misisipi—. Imagináosla ahí, rumiando en un campo verde, tal vez considerando bajar al arroyo para beber, y de pronto...

—No seas morbosos, Frank —dijo Anderson, que había empezado a arrastrar las palabras, y cuando las arrastraba, las que lograban salir solían causarle problemas.

Con el jefe entre el público, le indiqué por señas que se diera prisa en terminar la maldita historia.

—Supervisé toda la operación.

—¿La operación Kaa? —preguntó mi amiga Beverly con una mezcla de carcajada e hipo, y el público rio con disimulo.

—Por el amor de Dios, ¿puedo continuar?

—Nadie te está interrumpiendo —replicó Bev con su voz aguda y ronca, lo que indicaba que también llevaba encima varias copas de más.

Iba con un vestido saco negro de Givenchy, comprado en un viaje reciente a París. Después de la guerra, Bev se había casado con un cabildero del petróleo que la mantenía vestida a la última moda siempre y cuando ella volviera la cabeza cuando él llegaba a casa oliendo a bourbon y a Chanel n.º 5 de imitación. Bev no soportaba su osadía, así que se aseguraba de que el intercambio fuera lo más equitativo posible comprándolo todo en cuanto dejaba la pista de aterrizaje, por no hablar de sus devaneos con su viejo amor de la OSE. El vestido saco no hacía nada por ensalzar su figura, pero le reconocí el mérito de habérselo puesto.

Alguien le pasó una petaca a Anderson. Bebió un trago y tosió.

—Como sea, me llevé a diez hombres a la cueva, o al hoyo, como queráis llamarlo. El plan era hacerla salir con humo y luego meterla en un saco.

—¿En qué clase de saco cabe una serpiente de nueve metros? —preguntó Frank.

Sonreía a Anderson con aire provocador. Habían ingresado juntos en la OSE, pero él había alcanzado la cima mientras que Anderson se había quedado atascado a medio camino. Frank todavía era apuesto, conservaba el físico de la estrella de atletismo que había sido treinta años atrás en la universidad. Era de los que creían que todo era posible, sobre todo si ellos estaban al mando. Pero noté algo extraño en él aquella noche. Dos veces lo había visto apartado de los invitados, contemplando cómo el Potomac se arremolinaba lentamente. Me pregunté si eran ciertos los rumores que afirmaban que había sufrido una crisis nerviosa después de que los soviéticos abortaran el levantamiento húngaro que él había ayudado a organizar.

Anderson tomó otro trago de su petaca y carraspeó.

—Buena pregunta, jefe. Cosimos muchos sacos de arpillera juntos y una cremallera gigante en el medio.

Frank sonrió. Ya sabía el final, por supuesto.

—¿Y cupo?

Anderson tomó otro trago.

—Tenía a cinco tipos agarrando el saco, a dos listos para cerrar la cremallera en cuanto saliera la serpiente y a dos a los lados con pistolas, y yo supervisaba... por si algo salía mal.

—¿Qué podía salir mal? —pregunté.

—¿Qué podía no salir mal? —replicó Frank.

La gente se rio más fuerte de lo que merecía una broma del jefe.

—¡Os lo diré! —respondió Anderson.

Antes de que pudiera continuar, el *Miss Christin* dio una sacudida y el motor se apagó. Alguien fue a preguntar al capitán qué ocurría, pero no se encontraba en el puente de mando sino tomando una copa en el salón, rodeado de las esposas. El capitán fue a consultárselo al ingeniero, quien confirmó que se había fundido un fusible y dijo que llamaría al puerto deportivo para que nos remolcara de vuelta al muelle. Frank le pidió que esperara otra hora antes de llamar y la fiesta continuó, sin amarras.

Mientras la embarcación cabeceaba, Anderson prosiguió. Hicieron salir a la serpiente del hoyo con un bote de gas lacrimógeno y la encerraron en el saco, pero ella, que era luchadora, lo destrozó en cuestión de minutos. Sin embargo, no había por qué preocuparse, pues ahí estaba él con su pistola.

—Justo entre los ojos —concluyó.

—Pobrecilla —murmuré.

—Pamplinas —replicó Frank.

Anderson se llevó una mano al corazón.

—Palabra de honor.

El hecho era que la esposa de Anderson, Prudy, había corroborado la historia la primera vez que la oí, mientras cenábamos un filete en un restaurante de la colonia, y confirmó que guardaban la piel de serpiente en un viejo frigorífico en el sótano, donde se descomponía poco a poco. «No tengo ni idea de por qué trajo a casa esa desagradable criatura», dijo entonces.

Di un apretón en el brazo a Anderson y me disculpé para ir a reunirme con Bev en la popa.

Ella se inclinó y me encendió el cigarrillo.

—Dichosos los ojos —me dijo—. ¿Ya ha terminado la historia?

—Por fin.

A lo lejos se veía el monumento a Jefferson iluminado y la ciudad dormida detrás. Bajo el cielo anaranjado de la noche, la ciudad parecía tranquila; los juegos de poder y la maquinación constante cesaban por la noche.

—No está tan mal, ¿verdad? —preguntó Bev.

—Nada mal, Bev.

En realidad me había sorprendido divirtiéndome. Después de la guerra regresé a Washington con la promesa de que podía conseguir un puesto en el Departamento de Estado. Y lo conseguí, pero en lugar de un chollo de trabajo con mi propio despacho, me pusieron en el sótano a archivar expedientes. Sólo aguanté seis meses, y desde entonces me había distanciado de la vieja pandilla.

Yo había trabajado de muchas cosas, pero no valía como archivadora. Ni siquiera podía fingir que lo hacía. Había sido enfermera, camarera, heredera. En una ocasión me hice pasar por bibliotecaria. Había sido esposa, querida, novia, amante. Había sido rusa, francesa y británica. Había estado en Pittsburgh, en Palm Springs y en Winnipeg. Podía convertirme en casi cualquier persona. Tenía uno de esos rostros —ojos separados, sonrisa pronta— que hacía pensar que era un libro abierto, alguien que no tenía secretos, y que si los tenía no podría guardarlos. Eso y —con el aumento de la popularidad de actrices como Marilyn Monroe y Jayne Mansfield, de cintura más generosa— mi figura, después de haberme pasado toda la adolescencia a dieta, jugaban a mi favor a la hora de descubrir secretos de hombres poderosos.

Me marché de allí con la cabeza bien alta, luego reuní a las chicas para salir de copas e ir a bailar al Café Trinidad hasta la hora de cierre, que en Washington significaba, lamentablemente, a medianoche. Pero al día siguiente, después de aliviar la resaca con una compresa fría y un *bloody mary*, por un momento me vine abajo al tomar conciencia de que no tenía trabajo, ni ingresos ni ahorros. Esto último se debía a una de mis virtudes y defectos: un exaltado gusto por los objetos hermosos. Virtud porque mi estilo innato llevaba a la gente a creer que había nacido entre algodones en algún lugar como Grosse Point o Greenwich, en lugar de en una casa adosada de madera en el barrio de Little Italy de Pittsburgh. Y defecto porque mi buen ojo a menudo estaba por encima de mis ingresos.

Sabía que necesitaba elaborar un plan antes de que mi cuenta bancaria se quedara en números rojos. No acudí a mamá y a papá, como hacían algunos de mis amigos cuando llegaban malos tiempos. Esa noche hojeé mi pequeña agenda negra y concerté una serie de citas con cabilderos y abogados de Washington, algún que otro diplomático y uno o dos congresistas. Las citas eran tediosas y agotadoras, pero al final el alquiler de mi apartamento de Georgetown quedaba pagado,

me llevaba varias cenas agradables y los hombres de cuya compañía fingía disfrutar costeaban mi ropero de tan alta costura que rivalizaba con el de Bev. Aunque no me atraían, había sido increíblemente fácil convencerlos de lo contrario.

Esa línea de trabajo me venía muy bien. Pero al cabo de un tiempo me aburrí del taxi, la cena, el hotel, el taxi, la cena, la rotación de hoteles. Eso y el cuidado personal tan elevado al que debía someterme me resultaban agotadores: el cepillado del cabello, el cardado, el tinte, la decoloración, la depilación con pinzas y con cera, el vaciado de espinillas..., hasta las incesantes salidas de compras empezaban a pesarme.

Pensé en hacerme azafata. Para empezar, me sentaría genial el azul de Pan Am. Además, me encantaba viajar. Fue lo que más me gustó de la guerra, la posibilidad de desplazarme cada pocos meses a otro lugar. Pero cuando echaban un vistazo a mi edad (treinta y dos si era sincera o treinta y seis si era realmente sincera), me decían que estaba «sobrecualificada» para el puesto.

La verdad era que echaba de menos trabajar en el servicio de inteligencia, echaba de menos estar siempre informada. De modo que cuando Bev me llamó por última vez para rogarme que acudiera a la fiesta, le dije que sí.

—Tantas caras conocidas... —dijo Bev recorriendo a la multitud con la mirada.

La música había empezado a sonar de nuevo y los invitados bailaban y se derramaban encima los *gin-fizz* los unos a los otros. Vi a Jim Roberts en el otro extremo de la cubierta, respirando en el cuello de una pobre chica. Recordé la vez que me había acorralado en una fiesta de la embajada de Shanghái y, rodeándome la cintura con los brazos, me había dicho que no me soltaría hasta que le sonriera. Yo le sonreí y acto seguido le di un rodillazo en la ingle.

—Tal vez demasiadas.

—Brindo por eso —dijo ella.

Se inclinó sobre la barandilla y se apartó de la cara un mechón de su cabello castaño oscuro. Bev era el tipo de mujer cuya belleza llegaba tarde, saltándose los años de instituto y universidad sólo para asomar a los veintilargos y no alcanzar todo su esplendor hasta la treintena. Ella misma había tenido muchas experiencias a lo Jim Roberts.

—Aun así —continuó—, me habría gustado que todas las chicas hubieran podido venir.

—A mí también.

Bev y yo éramos las únicas de la vieja pandilla que seguíamos viviendo en Washington. Julia estaba en Francia con su nuevo marido, Jane, en Yakarta con el marido de otra, y Anna, en Venecia o en Madrid, según el estado anímico en que se encontrara ese mes. Nuestro grupo se había formado en el *Mariposa*, un antiguo transatlántico de lujo que habían vuelto a poner en servicio para transportar soldados a la línea del frente. Las pocas mujeres que íbamos a bordo compartíamos un pequeño camerino con literas metálicas, un retrete y una bañera de cuyos grifos sólo salía agua fría y salada. A pesar de esas condiciones, semejantes a las de un campamento, y a los mareos continuos, todas nos llevábamos muy bien. Teníamos veintipocos años y estábamos listas para conquistar el mundo. Todas habíamos crecido leyendo *La isla del tesoro* y *Robinson Crusoe*, y habíamos pasado a ser *Ella* de H. Rider Haggard en el instituto. Nos unía la creencia de que los hombres no eran los únicos que estaban llamados a una vida de aventura, y nos dispusimos a reclamar nuestra parte.

Y lo más importante, teníamos un sentido del humor similar, lo que era una gran ayuda a la hora de compartir un retrete con capacidades de descarga cuestionables, especialmente cuando el barco surcaba mares más agitadas. A Julia le encantaba hacer bromas y una vez hizo correr el rumor de que éramos un grupo de monjas católicas que se dirigían a Calcuta. Los hombres, que habían estado silbándonos a la primera oportunidad, se volvieron reverentes cuando nos cruzábamos con ellos por los pasillos. Un soldado incluso nos llegó a pedir que rezáramos por su perro enfermo. Yo hice la señal de la cruz y Bev se echó a reír.

Cuando el *Mariposa* avistó Ceilán ya éramos inseparables, y nos abrazamos en la parte trasera del camión de ruedas gruesas que nos llevó dando bandazos a través de la jungla hasta el puerto de Kandy. Rodeado de plantaciones de té y terrazas de arrozales verde eléctrico que descendían por las colinas, Kandy parecía estar lo más lejos posible de la guerra y del terror que sacudía Birmania, a pesar de encontrarse justo al otro lado del golfo.

Muchas de nosotras recordaríamos con cariño el tiempo que pasamos en Kandy. Y cuando nos escribiéramos o, si teníamos suerte, nos pusiéramos al día de viva voz, evocaríamos las numerosas noches que pasamos a la intemperie bajo un cielo tan grande y oscuro que las estrellas se veían superpuestas. Volveríamos a contar cómo arrancábamos las papayas de los árboles que rodeaban las oficinas de la OSE de tejado de paja con un machete oxidado, o el día que un elefante entró en el recinto y tuvimos que camelarlo con un bote de mantequilla de cacahuete para que se fuera. Recordaríamos las fiestas hasta el amanecer en el Club de los Oficiales, sentadas con las piernas colgando en el lago de Kandy, azul verdoso, apartándolas bruscamente cuando molestábamos a alguna criatura burbujeante que acechaba debajo. La sucesión de monjes que iban y venían del Templo de la Reliquia del Diente Sagrado, los sudorosos fines de semana en Colombo, la langur a la que llamamos *Matilda* y que había dado a luz en la cabaña de la comida.

Yo había empezado como personal de apoyo de MO, archivando documentos, escribiendo a máquina y ese tipo de cosas. Pero mi trayectoria profesional dio un giro cuando recibí una invitación para asistir a una cena en la lujosa residencia del conde Louis Mountbatten, situada en lo alto de la colina, con vistas al complejo de la OSE. Fue la primera de muchas fiestas a las que asistiría y en ella descubrí que los hombres poderosos me daban información de buen grado, se la pidiera o no.

Así empezó todo. Para esa primera fiesta me embutí en un traje negro escotado que Bev había metido en la maleta «por si acaso», y al final de la noche, a un traficante de armas brasileño que había estado intentando ligar conmigo se le escapó que creía que había un topo entre el personal de Mountbatten. Al día siguiente le pasé el chivatazo a Anderson. Ignoro lo que hizo la OSE con la información. Pero enseguida me inundaron de invitaciones a cenas, me concertaron citas con personas importantes y me indicaron lo que debía preguntar a los hombres de lengua suelta.

Me volví buena en mi trabajo nuevo, tanto que me daban un estipendio para que me comprara vestidos que llegaban entre papel higiénico, carne enlatada Spam y repelente de mosquitos. Lo curioso es que nunca me consideré una espía. Sin duda, el oficio requería algo más que sonreír, reírme de bromas estúpidas y fingir que me interesaba todo lo que decían esos hombres. Entonces no nos llamaban de ninguna manera, pero fue en esa primera fiesta cuando me convertí en una *golondrina*: una mujer que usaba los talentos que Dios le había dado para obtener información,

talentos que había ido acumulando desde la pubertad, refinado a los veintitantos años y perfeccionado a los treinta. Esos hombres creían estar utilizándome, pero siempre era al revés: mi poder residía en tenerlos engañados.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Bev.

Arrugué la nariz mientras ella sacudía las caderas.

—¡¿Esto?! —grité por encima de Perry Como.

A Bev no le importaba. Me agarró los brazos y me los movió de un lado para otro hasta que me rendí. Justo cuando empezaba a dejarme llevar por la música, alguien apagó el tocadiscos con un chirrido. Al fondo de la multitud dieron unos golpecitos a una copa con el tenedor y los demás lo imitaron hasta que el barco entero sonó como una lámpara de araña en medio de un vendaval.

—Bueno —dijo Bev—, allá vamos.

Los hombres empezaron con los brindis: «¡Por Frank! ¡Por Wild Bill! ¡Por los tres chiflados! ¡Por el soldado Sad Sack!». Luego llegaron las canciones con que solíamos dar por terminadas las veladas en Kandy: *I'll Be Seeing You* y *Lili Marlene*, seguidas de las de sus clubes no tan secretos de Harvard, Princeton y Yale. Bev y yo siempre nos mofábamos del ebrio musical que ponía fin a cada fiesta, pero esa noche no pudimos evitar cogernos del brazo y unirnos a él.

El ruido de un remolcador que se acercaba para llevarnos de regreso al puerto deportivo interrumpió la tercera ronda de *Neath the Elms*, de Yale. Le gritamos al capitán del remolcador que se tomara una copa con nosotros. Sin embargo, no muy contento de que lo hubieran sacado de la cama para acudir en auxilio de una pandilla de borrachos, él y otro hombre se dispusieron a amarrar el *Miss Christin*.

De nuevo en tierra firme, los hombres dudaron entre dirigirse al Club Social de la Dieciséis o al restaurante que abría las veinticuatro horas de la calle U. Me despedí de Bev frente al sedán negro que le había enviado su marido y prometimos que no dejaríamos pasar tanto tiempo sin vernos.

—¿Estás segura de que no quieres que te llevemos? —me preguntó ella.

—No me vendrá mal tomar un poco de aire fresco.

—¡Tú misma!

Me tiró un beso desde la ventanilla abierta mientras el coche se alejaba.

Luego alguien me tocó el hombro.

—¿Te importa si caminamos juntos? —me preguntó Frank—. A mí tampoco me vendría mal tomar un poco de aire —añadió, con aliento a menta y un toque de tabaco.

Parecía perfectamente sobrio. Me pregunté si había estado bebiendo coca-cola toda la noche.

—Vamos en la misma dirección, ¿verdad? —añadió.

Frank vivía en la misma calle que yo, pero desde un punto de vista inmobiliario su casa adosada de Georgetown estaba a años luz de mi pequeño piso encima de una panadería francesa.

—Ya lo creo —dije.

Él no era de los que se ofrecían a acompañar a una chica a casa con malas intenciones; desde que lo conocía, nunca se me había insinuado. Si decía que quería hablar, solía ser de negocios. Hizo señas a su chófer, que estaba de pie junto a la puerta abierta de su sedán negro.

—¡Esta noche iré a pie! —le gritó.

El chófer se dio un golpecito en la gorra y cerró el vehículo.

Nos alejamos del Potomac a través de las calles dormidas del centro de Washington.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Tenía la esperanza de que Beverly lograra convencerte.

—¿Ella estaba metida en esto?

—¿No lo está siempre?

Me eché a reír.

—Supongo que sí.

Él volvió a guardar silencio, como si hubiera olvidado por qué quería caminar conmigo.

—Podrías haberle dicho antes a tu chófer que se fuera a casa, en lugar de tenerlo esperando.

—No sabía que me apetecería caminar hasta que lo he decidido.

—¿Lo has decidido?

—¿Lo echas de menos?

—Todo el tiempo —respondí.

—Te envidio. En serio.

—¿Te habría gustado dejarlo? ¿Después de la guerra?

—No suelo pensar en escenarios hipotéticos —respondió Frank—. Pero ahora... no estoy tan seguro. Las cosas no son tan simples como antes.

Llegamos a la panadería. Las luces estaban encendidas y el panadero de la mañana ya estaba introduciendo barras de pan en el horno. Yo había escogido vivir allí no sólo porque estaba dentro de mi nivel adquisitivo cuando empecé en el Departamento de Estado, sino también porque me encanta el olor del pan recién salido del horno, aún más de lo que me gusta comerlo.

—He oído decir que estás buscando una nueva línea de trabajo.

—No puedo ocultarte un secreto, Frank.

Él se rio.

—No, es cierto, no puedes.

—¿Por qué? ¿Sabes de algún puesto?

Él esbozó una sonrisa tensa.

—Bueno, tengo algo que puede interesarte.

Me incliné para acercarle el oído.

—Se trata de un libro.

# **BLOQUE DEL ESTE**



1950-1955



## La musa

### LA MUJER REHABILITADA

Apreciado Anatoli Sergéyevich Semiónov:

Ésta no es la carta que ha estado usted esperando. No guarda relación con el libro. No es la confesión que probaría los crímenes que se me han atribuido. Tampoco es una declaración de inocencia. Soy inocente de aquello de lo que se me acusa, pero no de todo. He tomado a un hombre a sabiendas de que tenía esposa. No he sido una buena hija ni una buena madre; mi madre se quedó recogiendo los platos rotos detrás de mí. Y aunque ya ha terminado todo, siento la necesidad de escribir.

Puede creer cada palabra que escriba con este lápiz que he conseguido a cambio de dos terrones de azúcar, o tomárselas como una obra de ficción. No importa. No escribo para usted; usted sólo es el nombre del encabezamiento, y yo nunca echaré esta carta al buzón. La quemaré en cuanto la termine. Para mí, su nombre forma parte ahora de una simple fórmula de encabezamiento.

Dijo que yo no se lo había contado todo durante nuestras charlas nocturnas, que había dejado grandes lagunas en mis «relatos». Como interrogador, debe saber lo poco fiable que puede ser la memoria. La mente nunca puede reproducirlo todo con exactitud. Pero lo intentaré.

Sólo tengo este lápiz con la punta afilada. Es más pequeño que mi pulgar y ya me duele la muñeca. Pero escribiré hasta que se consuma y se deshaga en polvo.

Pero ¿por dónde empiezo? ¿Debería comenzar por este preciso momento? ¿Por cómo he pasado hoy el día, el número 86 de los 1.825 que tienen que pasar para ser considerada una mujer rehabilitada? ¿O debería empezar con lo que ya ha ocurrido? ¿Quiere que le hable del viaje de seiscientos kilómetros hasta este lugar? ¿Ha estado en los trenes que no van a ninguna parte? ¿Se ha subido a los vagones de madera sin ventanas donde nos tuvieron tiritando de frío mientras esperábamos a que nos mandaran a la siguiente localidad? ¿Sabe qué es vivir en el filo del mundo, Anatoli? ¿Tan lejos de Moscú, de la familia, de todo lo cálido y amable?

¿Quiere que le cuente que durante la última etapa de nuestro viaje los guardias nos obligaron a caminar? ¿Que hacía tanto frío que cuando la mujer que tenía a mi lado se desplomó y le arrancaron una bota del pie, se le quedó el dedo más pequeño dentro? ¿O que en el compartimiento de un tren coincidí con una mujer con dos trenzas escuálidas que le caían por la espalda que afirmaba haber ahogado a sus dos hijos en el cuarto de baño? ¿Que cuando alguien quiso saber por qué lo había hecho, respondió que se lo había ordenado una voz que aún no se había callado? ¿Debería contarle cómo se despertaba gritando?

No, Anatoli. No le escribiré sobre estas preocupaciones. Con lo que sabe, estos detalles probablemente lo aburrirían, y no quisiera aburrirlo. Lo que quiero es que siga leyendo.

Así que deje que retroceda en el tiempo.

Tras salir de Moscú, llegué a un campo provisional donde los guardias eran mujeres y con unas condiciones un tanto mejores con respecto a las condiciones en que usted y yo nos habíamos conocido. El suelo de las celdas era de cemento y las celdas estaban limpias, olían a amoníaco. Todas las mujeres de nuestro habitáculo, el número 142, tenían su propio colchón, y las guardias apagaban la luz por la noche. Por fin nos dejaban dormir.

Aunque no por mucho tiempo.

Días después de nuestra llegada irrumpieron en la celda número 142 y nos sacaron de ella. Nos hicieron subir a los trenes y nos dijeron que la siguiente parada, la única, era Potma. El tren estaba envuelto en oscuridad y olía a madera podrida. Unas barras de hierro separaban los compartimentos del pasillo, por lo que

los guardias podían vernos en todo momento. En una esquina había dos cubos metálicos, uno hacía las veces de retrete y el otro estaba lleno de lejía con la que cubrir nuestros residuos. Me apropié de una litera superior en la que pude tumbarme y estirar las piernas, y si ladeaba un poco la cabeza, alcanzaba a ver un trozo de cielo a través de las grietas del techo. De no ser por ese cielo pequeño, no habría sabido cuándo era de noche o de día, o cuántos días y noches habían transcurrido desde que subimos.

Era de noche cuando el tren se detuvo.

Más que una parada parecía un comedero, pero en lugar de ovejas o burros, en el andén nos esperaban unos hombres fornidos como leones con uniformes militares y perros. Los guardias nos gritaron que bajáramos y nosotras nos miramos frenéticas. Cuando nadie se levantó, un guardia agarró por el brazo a una chica pelirroja con el pelo corto y le dijo que se pusiera en fila. Los seguimos en silencio.

El guardia que iba delante levantó una mano y empezó la marcha. A medida que dejábamos el andén, nos percatamos de que no habría otro tren o camión en el que realizar el resto del trayecto. Yo me bajé las mangas del abrigo para cubrirme las manos, que llevaba cerradas en puños. Todavía las tenía calientes, pero no sería por mucho tiempo.

Tomamos un atajo a través de la nieve virgen, siguiendo las vías del tren hasta que se interrumpieron y desaparecieron en la blancura. Nadie preguntó cuánto duraría la marcha, pero era en lo único en lo que pensábamos. ¿Serían dos horas o dos días? ¿O dos semanas? Intenté concentrarme en los pasos de la mujer que tenía delante, cuyo nombre nunca supe. Intenté que las huellas de mis pies coincidieran con las que ella iba dejando al caminar. Procuré no pensar en el hormigueo que empezaba a notar en los dedos de las manos y los pies, en cómo el moco me caía de la nariz y se congelaba en la hendidura de encima del labio superior, el mismo que Borya a menudo me tocaba con la yema del dedo cuando me tomaba el pelo.

Parecía algo sacado de *El doctor Zhivago*. Sí, Anatoli, algo sacado del libro que tanto anhela usted leer. Nuestra marcha podría haber sido producto de la imaginación de Borya. La luna estaba llena e iluminaba la carretera cubierta de nieve, proyectando un resplandor plateado sobre las huellas de nuestros pies. Era de una belleza letal, y tal vez si me hubiera quedado algo de cordura, habría huido hacia los bosques que bordeaban la carretera y habría corrido y corrido sin parar hasta que mi cuerpo se rindiera, o hasta que alguien me detuviera. Creo que me habría gustado morir allí, en ese lugar que parecía salido de los sueños de Borya.

Por encima de las lejanas copas de los pinos, primero asomaron las torres de vigilancia, cada una rematada con una estrella de un rojo apagado. Y a medida que nos acercábamos, la alambrada, el patio yermo, las hileras de barracones y una delgada columna de humo que unía el cielo gris con la chimenea de cada edificio. Un gallo malnutrido correteaba alrededor de la alambrada, con el pico cuarteado y la cresta roja torcida.

Habíamos llegado.

No puedo hablar por todas, pero yo había pasado cada segundo, cada minuto, cada hora de aquella marcha de cuatro días soñando con calor. Sin embargo, nunca he sentido tanto frío como cuando nos hicieron cruzar la alambrada y dejaron que nos apiñáramos alrededor de los fuegos que había encendidos en unos bidones metálicos en el patio.

Al otro lado, unas cuarenta o cincuenta mujeres hacían cola con platos y tazones metálicos, esperando la cena. Al oír que nos acercábamos se volvieron y escudriñaron nuestros rostros, nuestras cabezas con pelo, nuestras manos: congeladas, sí, pero sin callos. Nosotras miramos sus rostros macilentos, sus cabezas afeitadas o cubiertas con un pañuelo, sus hombros anchos y encorvados. Pronto sería como mirarnos al espejo. Pronto seríamos nosotras las que estaríamos haciendo cola para cenar mientras un nuevo grupo de mujeres empezaba su rehabilitación.

Aparecieron una docena de mujeres guardias y los hombres que habían marchado con nosotras se volvieron y se alejaron en silencio hacia la nieve. Ellas nos condujeron a un edificio alargado con el suelo de cemento y una estufa. Allí nos ordenaron que nos quitáramos la ropa. Nos quedamos de pie, tiritando desnudas, mientras ellas nos pasaban los dedos por el cabello, por el cuerpo, nos levantaban los brazos o nos miraban debajo de los pechos. Nos hacían estirar los dedos de las manos y de los pies, las piernas. Nos metían el dedo en la boca. Yo empecé a entrar en calor, pero no por la estufa de leña sino por una rabia que aún no he empezado a

procesar. ¿Ha sentido esa rabia, Anatoli? ¿Una que te arde dentro pero que, aunque no es posible ubicar, puede prender como una cerilla en una gasolinera? ¿La siente por la noche, como yo? ¿Por eso ocupa la posición en la que se encuentra hoy? ¿Es el poder, cueste lo que cueste, la única cura?

Cuando acabaron de registrarnos, nos hicieron poner en otra fila. Siempre hay otra fila en el Gulag, Anatoli. Nos dieron un pedazo de jabón de lejía, apenas un corte, y abrieron el grifo de las duchas. El agua estaba fría, pero parecía escaldar nuestra piel helada. Nos dejaron secar al aire y nos echaron encima unos polvos para matar lo que fuera que habíamos llevado con nosotras.

Sentada a una mesa había una mujer polaca con unos bonitos mechones muy rubios que le enmarcaban una cabeza por lo demás calva. Estaba remendando batas del color de un cielo encapotado. Nos miró de una en una y nos señaló el montón de batas a su derecha y a su izquierda: tallas grande y extra grande.

Luego una mujer con unas orejas protuberantes y una nariz aún más prominente nos dio unos zapatos de cuero negro sin intentar siquiera calcular el número que gastábamos. Me los puse, pero en cuanto intenté caminar con ellos se me salieron de los pies. Tuve que guardar los terrones de azúcar de todo un mes para poder hacer un trueque con otra reclusa, no por otro par de zapatos —eso me habría costado al menos cinco meses de azúcar—, sino por un rollo de cinta adhesiva para fijármelos a los pies.

Las guardias dividieron la fila en tres y yo seguí a la mía hasta el barracón número 11. Allí viviría los tres años siguientes, Anatoli, arrastrando los pies al andar para no perder los zapatos.

El barracón número 11 estaba vacío, pues las reclusas que lo ocupaban seguían trabajando en los campos. Una guardia señaló las camas vacías en las literas triples que había al fondo de la habitación, las más alejadas de la estufa de leña. Pasamos por debajo de la cuerda de tender que se extendía de pared a pared, donde las mujeres habían colgado los calcetines y la ropa interior lavados pero con manchas para que se secaran. Los edificios olían a sudor, cebolla y cuerpos calientes. Olía a vivo: un pequeño consuelo.

Extendí la manta de algodón que me habían dado sobre la cama superior de la segunda litera empezando por el fondo. Escogí esa cama porque una mujer menuda que recordaba haber visto en el tren había ocupado la de abajo. Debía de tener más o menos mi edad, unos treinta y cinco años, con el pelo moreno y las manos delicadas, y pensé que tal vez podríamos ser amigas. Se llamaba Ana.

Nunca hice amistad con Ana, ni con ninguna de las mujeres del barracón número 11. Al final de la jornada estábamos tan agotadas que necesitábamos reservar la energía para levantarnos y empezar de nuevo al día siguiente.

Esa primera noche en Potma fue tranquila. Todas las noches lo eran, con sólo los aullidos del viento para arrullarnos hasta que nos quedábamos dormidas. A veces oíamos gritar a alguna mujer que había sucumbido a la soledad, y sus gritos resonaban por todo el campo como una sirena antiaérea. La silenciaban enseguida, sólo puedo imaginar cómo. Y aunque ninguna mencionábamos esos gritos, todas los oíamos y nos uníamos en silencio a ellos.

Mi primer día en los campos, la tierra estaba dura y congelada y la azada pesaba demasiado para poder levantarla por encima de la cintura. En menos de media hora tenía las manos llenas de ampollas. Emplé todas mis fuerzas para perforar el suelo, apenas una ranura del ancho de un dedo. La mujer que tenía al lado tuvo más suerte, pues le habían dado una pala que podía clavar en el suelo apoyando todo su peso en ella. Yo sólo tenía una azada y unos cuantos metros cúbicos de tierra que debía remover para que me dieran mi ración del día.

El primer día de rehabilitación no comí nada.

El segundo día volví a quedarme en ayunas.

El tercero no logré hacer más que unas pocas marcas en el suelo, por lo que me negaron de nuevo mi ración. Pero una monja joven partió un trozo de su pan y me lo dio cuando pasé por su lado al ponerme en la cola de los aseos. Le di las gracias, y por primera vez desde que los hombres me habían detenido en mi piso de Moscú, pensé que debía empezar a rezar.

Las monjas de Potma me fascinaban, Anatoli. Eran un pequeño grupo procedente de Polonia, más fuertes que los delincuentes más avezados. Se negaban a doblegarse cuando no estaban conformes con una orden. Rezaban en voz alta durante el toque de diana de la mañana, lo que enfurecía a las guardias, pero, aun sin ser muy religiosa, a mí me tranquilizaba. A veces, las guardias les daban un escarmiento público por su insolencia, y sacaban a una de la fila agarrándola por la bata y la obligaban a arrodillarse delante de nosotras. A una la tuvieron todo el día así, con las rodillas desnudas contra el suelo rocoso. Pero ella no se rindió, nunca pidió levantarse, y estuvo rezando todo el tiempo con la sonrisa serena de una santa loca. Con los dedos pasaban las cuentas de unos rosarios imaginarios mientras les ardía la cara bajo un sol implacable, y la orina les goteaba de las batas y abría un sendero en la tierra.

En una o dos ocasiones, las guardias las metieron a todas en la celda de castigo, el primer barracón que se construyó en el campo cuyo tejado estaba medio hundido y dejaba entrar el aire frío junto con los insectos y las ratas.

Era difícil no tener celos de las monjas, aunque sus condenas excedieran con mucho la mía. Se tenían unas a otras y no necesitaban recibir noticias del mundo exterior, algo que las demás anhelábamos. Incluso cuando las separaban, nunca sucumbían a la tenebrosa soledad que nos atormentaba a todas. Contaban con la compañía de su Dios. Yo había depositado mi única fe en un hombre: mi Borya, un simple mortal, un poeta. Y como no había podido ponerme en contacto con él desde que los hombres me habían sacado de mi piso, no sabía si estaba muerto o vivo.

Hacia el cuarto día de mi rehabilitación me había salido un grueso callo en mis manos finas y por fin podía sostener la azada. La levantaba por encima de la cabeza y la clavaba con una fuerza sorprendente en la tierra. Para cuando terminaba el día había removido el tramo que me habían asignado y por fin me daban mi ración, de la que sólo pude comer unos bocados. Mi cuerpo se había adaptado más deprisa que mi mente. ¿No es así como funciona, Anatoli?

Esos primeros días horribles se convirtieron en semanas, en meses, en años; no en las hojas de un calendario sino en hoyos que cavar, en piojos que arrancarme de la cabeza. En ampollas cuarteadas y callos de la azada, en cucarachas matadas bajo las literas, en costillas visibles. Y sólo había dos estaciones, verano e invierno, que se castigaban mutuamente.

Aprendí lo que nuestro cuerpo humano necesita para sobrevivir, que es muy poco: ochocientos gramos de pan, dos terrones de azúcar y una sopa tan clara que costaba saber si realmente era comida o agua del mar.

Sin embargo, a la mente le hace falta mucho más y Borya nunca estaba lejos de la mía. Solía creer que notaba cuando él pensaba en mí, que el cosquilleo que sentía en la nuca o a lo largo de los brazos era él. Lo sentí durante meses. Hasta que al cabo de un año desapareció. ¿Significaba eso que había muerto? Si a mí me habían llevado al Gulag, seguro que él había salido peor parado.

Anatoli, puedo asegurarle que mi condena de cinco años fue una bendición y una maldición a la vez. Sólo los moscovitas burgueses tenían condenas tan duras, un hecho que me recordaba una y otra vez la jefa de la brigada de nuestro barracón, una ucraniana llamada Buinaya a quien le habían caído diez años por robar un saco de harina de una granja colectiva. Era fuerte y estricta, todo lo que yo no era. Con el tiempo me hice más fuerte en el campo, pero seguía siendo una de las trabajadoras más lentas y Buinaya se encargaba de convertirme en el blanco principal de su lengua viperina.

En una ocasión que volví de los campos demasiado cansada para bañarme y fui derecha a mi litera, tan agotada que ni siquiera me quité la bata con tierra incrustada, en cuanto cerré los ojos oí la voz inconfundible de Buinaya. «¡Número 3.478!», gritó como una urraca con tos, dirigiéndose a mí por el número de reclusa como hacían las guardias.

No me moví. Pero ella volvió a gritar mi número y Ana me dio unos golpecitos por debajo de la cama. Cuando no respondí me dio una patada. «Responde o habrá jaleo», me susurró.

Me incorporé. «¿Sí?»

«Creía que los moscovitas erais limpios. Hueles de pena.»

Una cascada de carcajadas se desató en el barracón número 11 y noté cómo el ardor de la vergüenza se me extendía por el pecho y me subía por el cuello hasta las mejillas. Era cierto que olía, pero en el barracón había mujeres que olían aún peor.

«Nací en un refugio subterráneo —continuó— e incluso a mí me enseñaron a lavarme la entrepierna al menos una vez a la semana. No me extraña que sólo los poetas traidores se acerquen a la tuya. ¿Por eso estás aquí?»

Las risas se hicieron más fuertes mientras yo sacaba las piernas por el borde de la litera para bajar. Me temblaban tanto que estoy segura de que las tablas del suelo vibraron. Noté todas las miradas clavadas en mí, esperando mi reacción. Pero titubeé y me volví hacia la pared, lo que sólo hizo que Buinaya y las demás se rieran con más ganas. Cogió un puñado de su ropa interior sucia y cruzó el barracón hasta mi litera.

«Toma —dijo, dejándola caer al suelo—. Mientras lavas tu cuerpo mugriento, no te importará lavar también mi ropa, ¿verdad? Por supuesto que no.»

Anatoli, me gustaría informarle de que me volví hacia Buinaya y le arrojé la ropa sucia a la cara. Que me mantuve firme y le di una bofetada, lo que provocó una pelea que me dejó magullada al día siguiente. Que, aunque perdí la pelea, me gané el respeto de la jefa.

Pero no lo hice. Recogí sus prendas sucias y las llevé al lavabo, y las restregué con mi ración de lejía, y cuando acabé las tendí en el mejor lugar cerca de la estufa. Me desnudé y me lavé en el agua fría y turbia. Luego me dormí. Al día siguiente se repitió la escena.

Si le diera lo que me pidió durante esas conversaciones en la Lubianka en mitad de la noche, ¿me serviría de algo? ¿Se reduciría mi condena si ahora cooperara? Si confesara hasta el último cargo, ¿podría marcharme de este lugar? Si asiera la azada por el lado afilado y empleara todas mis fuerzas, ¿podría poner fin a todo para siempre?

Cabría pensar que el invierno era lo peor, pero fueron los veranos lo que más nos desgastó. Mientras trabajábamos en los campos, cavando, arrancando o tirando, el sudor formaba charcos bajo nuestras batas grises. A esas batas las llamábamos *las pieles del diablo* porque no dejaban respirar la piel. Nos salían llagas y sarpullidos, y atraíamos a las moscas negras de mordedura feroz. A fin de protegernos del sol extendíamos una gasa alrededor de un alambre oxidado para hacernos unos sombreros que recordaban a los de un apicultor. Otras mujeres, que tenían la piel ya curtida después de más de una década en los campos, se reían de ellos y de nuestra preciosa piel de porcelana moscovita. Tenían treinta y cuarenta años, pero aparentaban sesenta o setenta. Sabían que sólo era cuestión de tiempo que dejáramos de protegernos del sol y levantáramos la cara dejando que los rayos se llevaran los últimos vestigios de las personas que habíamos sido antes de llegar a Potma.

Estábamos doce horas seguidas en los campos, Anatoli. Yo las pasaba recitando mentalmente poemas de Borya, marcando el ritmo de cada verso, cada pausa, con un golpe de la pala. Cuando regresábamos por la tarde y nos recorrían el cuerpo con las manos para asegurarse de que no nos llevábamos nada a los barracones, yo volvía a repasar mentalmente las palabras de Borya, aliviando lo que sucedía en el plano físico.

También componía poemas cuyos versos aparecían en mi cabeza como lo harían sobre papel. Los recitaba para mí una y otra vez hasta que quedaban cimentados. Pero por alguna razón no puedo recitarlos ahora que tengo papel en el que escribirlos. Tal vez hay poemas que están hechos para uno mismo.

Me llamaron una noche cuando terminé de lavar la ropa sucia de Buinaya. Estaba a punto de acostarme cuando una guardia nueva, que aún no dominaba el tono que utilizaban las demás guardias para dar órdenes, entró en los barracones y pronunció mi nombre con voz cantarina. Me puse la bata y los zapatos y salí detrás de ella.

Cuando torció a la izquierda al final del sendero que discurría entre los barracones, comprendí adónde íbamos: a la pequeña cabaña, de cuyo mantenimiento se encargaban las reclusas que se habían ganado el favor del padrino del campo. El diseño de la cabaña no encajaba con el resto del campo y la primera vez que la vi creí que era una alucinación. De color verde intenso con molduras blancas y pulcros maceteros con flores en las ventanas, parecía la dacha de una abuela.

Ví una ventana iluminada por el resplandor de una lámpara con la pantalla roja. Al otro lado, sentado a un escritorio, estaba el padrino, un hombre al que sólo había visto una vez en el centro de un semicírculo de funcionarios públicos de rango inferior que habían visitado Potma en cierta ocasión. Aun a esa distancia distinguí sus pobladas cejas blancas. Parecían cubrirle la frente, casi le tocaban el cabello negro que se había peinado sobre la calva. Allí sentado como un *dedushka* cualquiera, parecía afable. Pero yo sabía por las otras mujeres que no era un padrino inofensivo. Su tarea consistía en interrogar a los prisioneros y reclutar informadores. También se sabía que había tomado varias esposas en el campo, mujeres a las que llamaban y les daban a elegir entre dejar que él hiciera con ellas lo que quisiera o afrontar el resto de su condena en otro campo al que llevaban a la mayoría de los delincuentes violentos.

A las esposas se las identificaba por las prendas de seda que se ponían después de bañarse y por los amplios sombreros de paja con los que se protegían el rostro del sol. También porque las sacaban de los campos para que hicieran los trabajos más livianos en la cocina o la lavandería. O simplemente porque pasaban las horas cuidando de los setos y las flores de la cabaña, y luego haciendo lo que fuera necesario en el interior. Todas las esposas del campo eran guapas, y la más bonita era una tal Lena, de dieciocho años. Nunca la vi, pero de su cabello negro, largo y liso como el lomo de una orca, se hablaba por todo el campo. Corría el rumor de que le habían dado un champú especial llegado de Francia, y unos guantes de cuero de becerro para proteger sus dedos esbeltos, ya que antes de que la detuvieran había sido una pianista prometidora en Georgia. También se divulgó que se había quedado embarazada una vez y habían llamado a una *babki* para que le practicara un aborto con sus agujas de tejer.

Eran bulos, simples bulos, me dije mientras la guardia señalaba con la porra la puerta de la cabaña. Además, yo era demasiado vieja para los gustos del padrino, que eran mujeres que aún no habían tenido hijos o bien no habían cumplido los veintidós años.

Entré en la cabaña de dos habitaciones y me detuve junto a la puerta. El padrino estaba sentado a su escritorio, escribiendo. Yo quise hablar, pero él se limitó a señalar con la pluma la silla que tenía delante. Pasaron diez minutos antes de que dejara la pluma y me mirara. Sin decir una palabra, abrió el cajón de su escritorio y me dio un paquete.

«Para usted. No puede salir de esta oficina. Debe leerlas aquí. —Me puso un papel delante—. Y cuando termine, debe firmar aquí conforme como que lo ha visto.»

«¿Qué es?»

«Nada importante.»

En el paquete había una carta de doce páginas y un pequeño cuaderno verde. Lo abrí, pero no podía comprender las palabras. Todo lo que veía era la caligrafía —su caligrafía— de trazos gruesos que siempre me hacían pensar en grullas al vuelo. Hojeé el cuaderno y a continuación la carta, y empecé a asimilar. Borís estaba vivo. Estaba libre. Y me había escrito un poema.

No compartiré el poema con usted, Anatoli. ¿Pensaba que lo haría? Lo leí una y otra vez hasta que lo memoricé, y nunca volví a ver esos papeles. Tal vez usted también los ha leído, pero fingiré que no lo ha hecho, y que esas palabras eran única y exclusivamente para mí.

En la carta me decía que seguía haciendo todo lo que estaba en su mano para sacarme de allí, y que si pudiera cambiarse por mí, lo haría sin dudar. Decía que la culpa le pesaba en el pecho, que cada día era más onerosa. Decía que tenía miedo de que se le partieran las costillas con el peso y morir estrujado.

Leyendo la carta sentí algo que creo que sólo las monjas con las que convivía en el campo podían entender: el calor y la protección de la fe.

¿Por qué me permitían leer lo que Borya me había escrito, Anatoli? ¿Por qué me daba la carta el padrino tanto tiempo después? Tal vez quería algo a cambio. Fuera lo que fuese, supe entonces que lo haría. Me convertiría en informante, en una esposa, en lo que hiciera falta con tal de volver a saber de Borya.

Pero, Anatoli, el padrino nunca me pidió que fuera su esposa ni me cameló para que me convirtiera en informante. Sólo más tarde me enteré de que Borya había exigido pruebas de que yo seguía con vida, y que meses después había recibido la hoja que yo había firmado esa noche tras leer su carta. Se rumoreaba que como Stalin estaba enfermo, aflojaba las riendas. Después de esa noche en la cabaña, se me permitió recibir correspondencia de mi familia y de Borya. Él me escribió sobre su infarto, que atribuía a mi arresto, y sobre los meses que había pasado en la cama de un hospital temeroso de no volver a verme.

Me escribió sobre su renovada obsesión por acabar su novela ahora que volvía a encontrarse bien y podía mantenerse en contacto conmigo. Dijo que la acabaría a toda costa, y nada —ni las autoridades que seguramente leían las cartas, ni su débil corazón— se lo impediría.

Estimado Anatoli, ¿recuerda la víspera de la muerte de Stalin? Esa noche soñé con pájaros. No con las palomas blancas que había añorado —que las mujeres del campo creían que anunciaban la liberación inminente—, sino con cuervos negros, miles de ellos, posados en hileras como peones de ajedrez en un aparcamiento de hormigón desierto. Los cuervos apenas parecían respirar, y cuando yo me acercaba a ellos y daba una palmada, se quedaban quietos. Yo daba palmadas y más palmadas hasta que tuve las manos al rojo vivo. Y cuando me volvía para alejarme, una señal inaudible hacía que levantaran el vuelo. Se apiñaban en una nube palpitante que tapaba la luna, y yo observaba cómo se movía a derecha e izquierda. Luego, de golpe, la nube se disipaba en todas direcciones, y cada pájaro se iba por su lado.

A la mañana siguiente, poco antes del amanecer, empezó a sonar a todo volumen una música por los altavoces del campo. Pareció que todas nos incorporábamos a la vez y entornábamos los ojos para acostumbrarlos a la oscuridad. Música fúnebre; lo que sonaba era música fúnebre. En el barracón número 11 no se oyó una palabra. Ninguna preguntó quién había muerto. Todas lo sabíamos.

Mientras continuaba la música, nos echamos a la cara agua fría de la artesa y nos pusimos las batas, sin saber si nos habían llamado. Cuando vimos que no pasaban lista, nos sentamos en nuestras literas y esperamos en silencio. Buinaya se acercó a la puerta, la abrió una rendija y sacó la cabeza.

«Nada», dijo haciendo un gesto de negación.

La música se interrumpió y los altavoces crepitaron. Oímos cómo una aguja se deslizaba por encima de un disco y, a continuación, el himno nacional. Miramos alrededor, sin saber si sentarnos, levantarnos o cantar. Unas pocas mujeres se pusieron de pie y las demás las imitamos. Hubo un momento de silencio antes de que los altavoces volvieran a crepitar y se oyera la profunda y conocida voz de Yuri Borísovich Levitán anunciar por Radio Moscú: «El corazón del colaborador y seguidor de la genial obra de Lenin, el sabio maestro y líder del Partido Comunista y del pueblo soviético, ha dejado de latir».

La grabación se detuvo y supimos que se suponía que teníamos que llorar. Y así lo hicimos. Lloramos hasta tener los ojos hinchados y la garganta irritada. Pero ninguna derramó una sola lágrima por él.

Poco después de la caída del zar rojo, los cinco años de mi condena se redujeron a tres. Regresaría a casa hacia el 25 de abril. La muerte de Stalin animó a nuestros líderes a poner en libertad a un millón y medio de prisioneros. Cuando recibí la carta que especificaba la fecha de mi liberación, regresé al barracón número 11 y me miré en el trozo de espejo que colgaba encima de la artesa para el baño. Tenía el aire curtido de alguien que ha pasado años trabajando en los campos. Mis ojos seguían siendo azules, pero ahora estaban enmarcados por las arrugas y las ojeras. Tenía manchas del sol en la nariz. Mi figura ya no era la viva imagen de la salud sino la de la supervivencia: me sobresalían las clavículas, se me marcaban todas las costillas y tenía los muslos flacos como palillos, el pelo rubio apagado y sin vida, y los dientes delanteros cascados por las piedrecitas de la sopa.

¿Qué pensaría Borya? Recordé el día que me confesó que temía volver a ver a sus hermanas después de tantos años separados desde que habían emigrado a Oxford. Dijo que casi prefería no volver a verlas y quedarse con la imagen de belleza y juventud que conservaba de ellas. ¿Sentiría lo mismo acerca de mí? ¿Me miraría como había mirado a su mujer, con quien ya no compartía lecho? ¿Me compararía con mi propia hija, a quien había visto crecer y convertirse en una joven hermosa, mientras yo aparentaba más edad de la que tenía? «Ira se ha convertido en la viva imagen de su madre», me había escrito en una postal.

Buinaya, que todavía esperaba la amnistía, pasó por detrás de mí como si quisiera lavarse la cara y, sin previo aviso, se volvió y me estampó contra el espejo improvisado. Cayeron al suelo los trozos y yo retrocedí tambaleante, con un hilillo de sangre que me caía por la frente. Me sonrió y yo le devolví la sonrisa, con el gusto de la sangre en la boca. Luego frunció el ceño y se alejó. Y ésa fue la última vez que la vi. Pero cuando

me enteré de que las reclusas que no habían sido amnistiadas al final se habían rebelado y durante el levantamiento, los campos, la cabaña del padrino y todo el recinto habían quedado reducidos a ceniza, supuse que había sido Buinaya quien había encendido la cerilla.

Me subí al tren con destino a Moscú como mujer rehabilitada, Anatoli. La ciudad había crecido hasta límites insospechados durante los tres años que yo había estado ausente. De las grúas colgaban vigas de acero y donde había habido campos se alzaban fábricas. Entre los viejos edificios de dos plantas construidos con leños había bloques de pisos con miles de ventanas y miles de cuerdas de tender que se extendían a lo largo de miles de balcones. Los *vysotki* góticos y barrocos de Stalin se elevaban hacia el cielo con sus torres coronadas de estrellas, cambiando el paisaje urbano y anunciando al mundo que nosotros también éramos capaces de construir edificios que tocaban las nubes.

Era el mes de abril y la ciudad se hallaba a las puertas de la primavera. Yo regresaba a casa justo a tiempo para ver cómo las lilas moradas, los tulipanes y los parterres de pensamientos rojos y blancos salían de su sueño invernal. Me imaginé paseando de nuevo con Borya por los anchos bulevares de Moscú. Cerré los ojos para saborear la imagen y, cuando volví a abrirlos, el tren había llegado. Ansiosa, bajé la vista hacia el andén. Me había dicho que estaría esperándome.



## EL MORADOR DE LAS NUBES

Borís se despierta. En lo primero que piensa es en un tren que ilumina un sendero campo a través en dirección a la Madre de las Blancas Piedras. Debajo de una colcha fina, flexiona los pies e imagina la mejilla redondeada de Olga contra la ventanilla del tren. Cómo había disfrutado viéndola dormir, incluso de sus ronquidos, tan suaves como la sirena de una fábrica.

Dentro de seis horas, el tren en el que viaja su amada se detendrá en la estación. La madre y los hijos de Olga estarán esperándola en el andén, poniéndose de puntillas para que los vea primero al bajar del tren. Dentro de cinco horas, él se reunirá con ellos en su piso de la calle Potápov e irán todos juntos a la estación.

Han pasado tres años desde que oyó su voz. Tres años desde que la tocó. La última vez fue en un banco en los jardines públicos que hay delante de las oficinas de la *Goslitizdat*, la editorial estatal. Estaban haciendo planes para la noche y Olga comentó que había un hombre con un abrigo de cuero que parecía estar escuchando su conversación. Borís lo miró y decidió que no era más que un hombre corriente sentado en un banco.

—Eso es todo —le dijo.

—¿Estás seguro?

Él le apretó la mano.

—Tal vez deberías quedarte conmigo en lugar de volver a tu casa —dijo ella.

—Debo trabajar, amor mío, pero te veré esta noche en Peredélkino. Se ha ido dos días a Moscú —dijo, como siempre, con cuidado de no pronunciar el nombre de su esposa en su presencia—. Podremos relajarnos y cenar tarde. Y me gustaría saber qué piensas sobre un nuevo capítulo.

Ella aceptó el plan y lo besó en la mejilla de la manera casta en que lo hacía en público. Él odiaba esos besos, más propios de un tío o, peor aún, de un padre.

De haber sabido que ese encuentro en el banco del parque iba a ser la última vez que vería a Olga en tres años, le habría vuelto la cara y la habría besado en los labios. No se habría dado prisa en regresar a casa para trabajar. Habría creído lo que ella decía acerca del hombre del abrigo de cuero y no le habría soltado la mano.

Esa noche, Borís esperó a que Olga llegara a su dacha. Después de muchas horas sin que diera señales de vida, supo que pasaba algo y fue directamente a su piso. Encontró a su madre sentada en el sofá en un estado casi catatónico, deslizando un dedo por una raja gigante en un cojín. Cuando Borís entró en la estancia, ella lo miró sin comprender y respondió a sus preguntas a trompicones.

—Unos hombres con trajes negros —dijo—. Dos..., no, tres... Todas sus cartas, sus libros..., un coche negro.

Borís no necesitó que las respuestas fueran exactas para saber quiénes eran esos hombres o adónde habían llevado a Olga.

—¿Dónde están los niños? —le había preguntado.

Ella sacó una pluma de ganso negra y blanca de la raja y le dio vueltas entre los dedos.

—¿Están aquí? ¿Se encuentran a salvo?

Cuando la madre de Olga no respondió, Borís fue a la habitación de los niños y se sintió aliviado y al mismo tiempo desconsolado al oír el silencioso llanto de Mitya e Ira al otro lado de la puerta cerrada.

Al volverse, se sorprendió de ver a la madre de Olga de pie detrás de él en el pasillo. Antes de que pudiera hacerle más preguntas, ella le lanzó las suyas:

—Irás a buscarla, ¿verdad? ¿Para exigir su liberación? ¿Para arreglarlo todo? —Le agitó la pluma en la cara—. Para compensar todo lo que has hecho. El peligro en que la has puesto.

Borís le había prometido que iría directamente a la Lubianka y haría todo lo posible por salvar a su hija. No le había dicho que no tenía ningún poder, que sería inútil llamar a las puertas de la Lubianka y exigir la liberación de Olga. Que de nada servía su estatus como escritor más famoso de Rusia vivo cuando las intenciones de esa gente eran hacerle daño a él a través de ella. Que, si acaso, lo encerrarían a él también.

Se fue a casa, no a la dacha de Peredélkino sino a su piso de Moscú, junto a su esposa. Zinaída estaba sentada a la mesa de la cocina, fumando y jugando a las cartas con unos amigos.

—Parece que hayas visto un fantasma —le dijo al verlo.

—He visto muchos —respondió él.

Ella reconoció la expresión de su marido. La había visto muchas veces en el periodo de las purgas. Durante el Gran Terror habían encarcelado a miles de personas, y casi todas habían muerto en los campos de trabajo. Poetas, escritores, artistas. Amigos de Borís, amigos de Zinaída. Astrónomos, profesores, filósofos. Había pasado una década y aún no se habían cerrado las heridas, los recuerdos seguían tan rojos y sanguinolentos como la bandera. Ella sabía perfectamente que no debía preguntar qué pasaba.

Cuando llegue el tren de Olga, habrá estado cuatro días viajando. Desde Potma habrá caminado y tomado un tren, y luego otro, antes de llegar a Moscú.

Borís se levanta de la cama y se viste con una camisa blanca limpia y unos pantalones marrones sencillos con tirantes. Baja por la escalera con cuidado de no despertar a su esposa, que sigue durmiendo, se pone las botas de goma y sale de la dacha por el porche lateral.

La corona del sol asoma sobre las puntas de los abedules mientras Borís recorre el sendero a través del bosque. Oye a un par de urracas parlotear entre las ramas y las busca con la mirada, pero no logra localizarlas. El sendero serpentea hacia un arroyo que ha crecido bastante con la nieve recién fundida. Borís se detiene en el estrecho puente peatonal y respira hondo. Le encanta el olor del agua fría que fluye bajo sus pies.

Por el sol calcula que pronto serán las seis. En lugar de cruzar el cementerio, rodear la residencia de verano del Patriarca y bajar hasta el Club de Escritores, como acostumbra a hacer, se dirige a la carretera principal, que es la ruta más rápida para volver a casa. Quiere disponer al

menos de un par de horas para escribir antes de salir para reunirse con la familia de Olga en Moscú.

Cuando se acerca, ve una luz encendida en la cocina. Zinaída está encendiendo la estufa y preparándole el desayuno: dos huevos fritos con eneldo seco. A pesar del aire frío, Borís se desnuda y se lava en la bañera al aire libre. Aunque han acondicionado la casa para el invierno con un nuevo cuarto de baño y agua caliente, él todavía prefiere bañarse fuera; el agua fría tiene un impacto agradable en su organismo.

Mientras se seca con una toalla mohosa lo saluda su viejo perro, *Tobik*, que está mudo y ciego, lamiéndole las gotas que le caen por sus piernas largas y delgadas. Él le acaricia la cabeza y lo reprende porque una vez más no ha querido acompañarlo en su paseo matinal.

El sonido del televisor le asalta los oídos cuando entra en la dacha. Zinaída ha insistido en poner un televisor. Se resistió durante meses, pero cuando ella amenazó con dejar de prepararle las comidas, claudicó. El televisor, un lujo, está retransmitiendo por enésima vez el funeral de Stalin. Borís se detiene para mirar cuando la cámara enfoca los rostros más tristes de la multitud. Hace una mueca y apaga el televisor.

—¿Qué ha sido eso?! —grita Zinaída desde la cocina.

—Buenos días —responde Borís.

No tiene hambre, pero se sienta de todos modos. Ella le pone el plato delante y le sirve una taza de té. No desayuna con su marido, sino que vuelve al fregadero para lavar la sartén mientras se fuma un cigarrillo, echando la ceniza al desagüe.

—¿Puedes abrir la ventana, Z? —pregunta Borís.

No soporta el olor a tabaco, y aunque Zinaída prometió fumar menos, aún no lo ha hecho. Ella lo apaga con un suspiro y termina de lavar los platos. Borís mira a su esposa a la luz de la mañana que entra por la ventana del fregadero. Por un momento, las arrugas de su frente y los pliegues de su papada se desdibujan y ve a la mujer con la que se casó veinte años atrás. Está a punto de decírselo, pero lo detiene una punzada de remordimientos, porque está a punto de reencontrarse con Olga.

El reloj del pasillo da las siete. Dentro de cuatro horas llegará el tren. Borís se obliga a acabar de desayunar. Traga el último bocado y aparta la silla de la mesa.

—¿Te vas a escribir? —pregunta Zinaída.

La pregunta le hace sospechar que ella ya conoce sus planes.

—Sí —le responde—. Como siempre. Pero sólo una hora. Tengo asuntos en la ciudad.

—¿No estuviste allí ayer?

—Eso fue hace dos días, querida. —Se detiene. Hace mucho que no miente a su esposa y está desentrenado—. Voy a reunirme con un editor de *Literaturnaya Moskva*. Está interesado en unas nuevas traducciones.

—Igual voy contigo —dice ella—. Tengo que hacer unas compras.

—La próxima vez, Zina. Iremos a pasar el día y daremos un paseo para disfrutar del olor de los tilos en ciernes.

Zinaída asiente. Le recoge el plato y lo lava en silencio.

Borís se sienta a su escritorio. De la cesta de mimbre que tiene a sus pies coge las páginas que escribió el día anterior. Frunce el ceño y tacha con la pluma una frase, luego un párrafo, luego toda la página. Saca una hoja de papel nueva y vuelve a intentar escribir la escena.

El escritorio perteneció a Titsian Tabidze, el gran poeta y apreciado amigo georgiano. En el año 1937, en el punto álgido de las purgas, se llevaron a Titsian de su casa una tarde de otoño. Su esposa, Nina, había salido descalza a la calle y corrido detrás del coche negro. Cuando lo acusaron de traición por cometer actividades antisoviéticas, Titsian nombró como único cómplice a su poeta favorito del siglo XVIII, Besiki.

Borís ha imaginado muchas veces lo que le ocurrió a Titsian después de que el coche negro se lo llevara. Cree que si no hace ese ejercicio de visualización, su amigo habrá pasado por ello solo. A menudo se dice a sí mismo que todavía hay una posibilidad de que esté vivo, aunque Nina perdió la esperanza hace tiempo. Cuando ella le regaló el escritorio de su marido, lo instó a continuar la gran obra de éste. «Escribe la gran novela que has soñado», le dijo. Borís aceptó el regalo de Nina aunque nunca se ha sentido digno de él.

Titsian no fue el primero de los amigos de Borís al que se llevaron. Él, a menudo, se los imagina cuando no puede conciliar el sueño por la noche y, uno por uno, repasa sus destinos. Ahí están: Ósip, temblando en un campo de tránsito, sabiendo que el final está cerca; Paolo, subiendo los escalones del Sindicato de Escritores y deteniéndose un momento antes de llevarse un arma a la sien, y Marina, atando la soga y colgándola de una viga del techo.

Era bien conocido por todos que Stalin disfrutaba de la poesía de Borís. ¿Y qué significaba que un hombre como él hubiera tenido afinidad con sus palabras? ¿Con qué se había identificado el zar rojo? Era duro saber que uno ya no era dueño de sus palabras una vez que salían al mundo. En cuanto se publicaban estaban a disposición de cualquiera que las reclamara, incluso de un chiflado. Y aún era más duro saber que lo habían borrado de la lista de Stalin, después de que éste dijera a sus secuaces que a ese loco que vivía en las nubes lo dejaran en paz.

Borís oye que el reloj de abajo da las ocho. Dentro de tres horas llegará el tren de Olga y aún no ha escrito una sola palabra. La escena que el día anterior se desarrollaba con tanta fluidez ahora se niega a aparecer.

Empezó a escribir *El doctor Zhivago* hacía casi diez años, y aunque ha avanzado mucho, le gustaría volver a los días en que la idea de la novela aún brotaba de un estanque inexplorado en su interior. Había sido como encontrar una nueva amante: la obsesión, el apasionamiento, no pensar en nada más, los personajes, que se colaban en sus sueños, el corazón ingrátido con cada nuevo hallazgo, cada frase, cada escena. A veces había creído que eso era lo único que lo mantenía vivo.

Poco antes de que detuvieran a Olga, las autoridades habían destruido veinticinco mil ejemplares de su *Obra escogida*. Cuando no podía dormir, Borís a menudo imaginaba cómo se diluían sus palabras en la pasta blanzuca.

La censura cada vez más severa, sumada a la detención de su amante, lo movió a terminar *El doctor Zhivago*. Se había retirado al campo para escribir, pero se veía incapaz de hacerlo. Ese bloqueo le provocaba una ansiedad que se manifestaba con pinchazos en el pecho. Al final, las agujas se convirtieron en cuchillos y acabó postrado en una cama de hospital. Había sufrido un infarto. Allí tumbado, conectado a tubos y con un orinal al lado, se preguntó quién heredaría el

escritorio de Titsian que le había dado Nina. ¿Pasaría a uno de sus hijos? ¿O quizá a otro escritor? ¿O alguien lo destrozaría a hachazos para sacar leña con la que mantener calientes a su viuda e hijos cuando él no lo había hecho? Podrían echar también a la pira su novela inacabada.

Borís se recuperó de su infarto a tiempo para presenciar el final de una era. Stalin había muerto y Olga volvería a su lado. Las cosas podrían seguir como antes.

Borís se acerca a su escritorio para trabajar de pie, creyendo que el cambio de postura infundirá movimiento en su pluma. No funciona. Mira por la ventana. El sol cae sobre el fondo de su jardín y calcula que el tren de Olga llegará dentro de dos horas. Deberá salir en menos de una si quiere reunirse a tiempo con la familia de ella. Observa cómo una pequeña bandada de patos se posa en el patio para buscar gusanos en la tierra recién removida.

Durante los tres años que Olga ha estado en Potma, Borís ha descuidado el huerto. La primera primavera después de que se la llevaran, Zinaída asumió la tarea de arrancar las malas hierbas antes de plantar. Él había salido a dar su paseo matinal cuando se puso a ello y cuando regresó a la dacha, ya había cortado la mitad con unas tijeras de podar. Borís le pidió que parara, pero ella fingió no oírlo. Entonces él abrió la verja y entró corriendo en el huerto.

—No —insistió él, arrebatándole las podaderas de la mano.

Zinaída cayó de rodillas.

—¡El mundo no se ha detenido! —gritó—. ¡Está aquí! ¡Está aquí mismo!

Arrancó un puñado de malas hierbas de la tierra y las tiró a sus pies.

No volvió a intentarlo, y cada vez que pasaba junto al huerto se negaba a mirarlo. No tardó en estar tan lleno de maleza que hasta a Borís le costaba distinguir su perímetro original.

Hasta que leyó la postal de Olga y vio la fecha: «25 de abril». Esa misma tarde pasó horas removiendo con una pala la tierra recién descongelada. Al día siguiente quemó las hojas y las malas hierbas en el borde de la propiedad y llenó una carretilla de rocas que habían ido a parar al jardín. Fertilizó el suelo enterrando unas pocas truchas a un metro de profundidad. Reparó el banco de madera que se hallaba en mal estado. Sentado en él por primera vez en tres años, planificó qué plantaría y dónde. Primero col rizada y espinacas, y a continuación eneldo, fresas, grosellas, uva espina y pepinos. Luego calabazas, patatas y rábanos, y finalmente cebollas y puerros. Cuando acabó de planificar el huerto se puso a pensar en lo que implicaría el regreso de Olga.

Tres años atrás, Borís no habría sido capaz de imaginar un mundo que no tuviera a Olga en su centro. Y aunque no había pasado un solo día en que no pensara en ella, con el tiempo el anhelo disminuyó y comenzó a apreciar lo simple que se había vuelto su vida. Ya no tenía mala conciencia por mentir a su esposa, ni sentía la vergüenza de que la gente chismorreara o de que Zinaída lo supiera pero nunca abordara el asunto. Ya no sentía la ansiedad que le producían los cambios de humor de Olga, ni la impotencia de no poder darle todo lo que le exigía.

Después de ese día en el huerto, Borís sopesó las razones para seguir con ella y las razones para distanciarse. Sin Olga no volvería experimentar los momentos álgidos que había vivido a su lado, pero también se ahorraría los devastadores momentos bajos. Nunca sentiría ese mismo deseo ardiente, pero tampoco estaría sujeto a los ataques, las amenazas y los cambios de humor.

Mientras se debatía, leyó un fragmento de *El viaje de Onegin* y escribió en un trozo de papel las palabras de Pushkin. Las había contemplado durante días, intentando decidir si desecharlas o incluirlas en su novela.

*Hoy mi ideal es un ama de casa,  
mi mayor deseo, el sosiego  
con un buen caldero de sopa.*

Al final decidió incluirlas y romper con Olga. Una semana antes de ir a esperarla a la estación de trenes, le pidió a Ira que se reuniera con él en la plaza Púshkinskaia, el lugar donde había quedado con Olga por primera vez hacía siete años.

Borís llegó primero. Se sentó en un banco y observó cómo un anciano arrojaba pipas de girasol a las palomas. Cuando se le acabaron lanzó trozos de periódico rasgados, confiando en que los pájaros no notaran la diferencia y se quedaran cerca de él un rato más. Pero después de unos pocos picotazos, siguieron su camino.

Ira dobló la esquina y vio a Borís sentado en el banco. Lo saludó con la mano y apareció una sonrisa en su rostro.

Borís había conocido a la hija de Olga cuando no era más que una niña y aún llevaba lazos rosas y zapatos blancos. Recordó la primera vez que había coincidido con ella y con Mitya en el piso de Olga. Al principio les había costado entablar conversación, pero los niños empezaron a soltarse después de que él los bombardeara a preguntas: «¿Os gusta la escuela?». «¿Os sabéis alguna canción?» «¿Os gustan los gatos?» «¿Qué preferís, la ciudad o el campo?» «¿Os gusta la poesía?»

«Oh, sí —había dicho Ira, respondiendo a la última—. Escribo poemas.»

«¿Serías tan amable de recitarme uno?»

Ira se puso de pie y recitó un poema sobre un caballo de juguete que cobraba vida y cruzaba a galope Moscú hasta que caía en un hoyo en un río helado. Lo recitó de memoria con un apasionamiento y una vivacidad que sorprendieron a Borís.

Ahora Ira era una joven de quince años que llevaba sobre los hombros el pañuelo de seda de su madre. Borís admiró su belleza, y se avergonzó al sentir que se despertaba en él la misma pasión que le había causado Olga la primera vez que la había visto en *Novy Mir*.

—Vamos a caminar —dijo Ira, tomándolo del brazo. Ella a menudo le decía que él era casi como un padre, un cumplido que lo complacía y al mismo tiempo lo llenaba de aprensión—. ¡Hace un día precioso!

Se puso a hablar a gran velocidad de todo lo que estaban preparando para el regreso de su madre. Le contó que iban a organizar una fiesta, que su abuela y ella ya habían empezado a preparar el banquete y que un vecino les había dado dos botellas de coñac para la celebración.

—Además de mamá, tú serás el invitado de honor, por supuesto. Incluso estoy buscando uno de esos chocolates de avellana que tanto te gustan.

—Me temo que no podré asistir —le dijo Borís.

Ira se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro de poder subir la escalera. —Se llevó una mano al corazón—. Todavía no estoy bien.

—Mitya y yo te ayudaremos. Ayudamos a *babushka* a subir y bajar la escalera dos veces al día.

—Tengo la agenda bastante llena con la novela. Y estoy trabajando en una nueva traducción. Apenas tengo tiempo para pasarme el peine.

Se dio unas palmaditas en el cabello plateado en plan de broma, pero Ira no se rio. Con el rostro ensombrecido preguntó qué podía ser más importante que presenciar el regreso de su madre, después de todo por lo que había pasado.

—Nunca abandonaré a tu madre, ni a ti ni a Mitya. Pero se acabó.

—¿Ya no sientes lo mismo después de unos pocos años?

—Debemos adaptarnos a esta nueva realidad. Dile a tu madre que podemos ser amigos, pero sólo eso. A raíz de mi enfermedad me he dado cuenta de que necesito quedarme con mi familia.

—Me lo dijiste a mí. A Mitya. A mi abuela. A mi madre. Que *nosotros* somos tu familia.

—Por supuesto que lo sois, pero...

—¿Por qué me lo dices a mí y no a mi madre?

—Necesito que me ayudes a convencerla de que esto es lo mejor. Para todos.

—Dejaré que sea mi madre quien decida qué es lo mejor para ella —replicó Ira.

—Por favor, comprende...

—Nunca lo he comprendido. —Desligó el brazo del suyo—. Nunca.

—No quiero que acabemos así.

—Entonces vendrás con nosotros a recibir a mi madre a la estación. La abrazarás. Después de todo lo que ha pasado por ti, es lo menos que puedes hacer. Entonces podrás decirle tú mismo lo que consideres oportuno.

Borís asintió y se separaron. Mientras observaba a Ira alejarse, pensó que su cabeza por detrás se parecía mucho a la de Olga. Quería llamarla, decirle que se había equivocado, que no había querido decir todo eso, que claro que las cosas volverían a ser como eran. ¿Cómo no iban a serlo?

Sin embargo, regresó al banco y en vez del anciano que había dado de comer a las palomas encontró a otro hombre. Se preguntó cuántos años le faltaban para ocupar ese lugar y ser él quien llevara los bolsillos llenos de pipas para pájaros.

Olga probablemente está despierta en ese momento. Se pregunta qué aspecto tiene. ¿Sigue siendo guapa? ¿O los campos de trabajo la han cambiado? ¿Y qué pensará ella cuando vuelva a verlo? Ha adelgazado, ha perdido cabello y, por primera vez en su vida, ha empezado a notar la edad que tiene en realidad. La única mejora que ha hecho en su ausencia ha sido ponerse un juego de fundas de porcelana. Pero aun con su nueva dentadura, cuando se mira en el espejo ve a un anciano menoscabado y con el corazón débil.

Borís aparta ese pensamiento de la mente y vuelve al trabajo. Finalmente da con la frase correcta y el resto de las palabras fluyen. El papel se llena y él lo deja caer en la cesta de mimbre, luego saca otra hoja. Sabe que debe salir en los próximos minutos si no quiere llegar tarde, pero sigue escribiendo.

Cuando levanta la vista de su trabajo, la habitación está oscura y puede oler el pollo que Zinaída está asando. Él enciende de un tirón de cadena la pequeña lámpara de su escritorio y continúa escribiendo.

Cuando por fin baja la escalera para cenar, Zinaída sonríe a su esposo. Apaga el cigarrillo y enciende las dos velas que hay en el centro de la mesa. No menciona que él no ha ido a Moscú y él tampoco dice nada. Comen juntos en silencio, y él nota cómo en sus hombros se libera una tensión que no sabía que estaba. Así es como debería pasar el resto de sus días, piensa: escribiendo, siendo productivo, compartiendo una comida caliente con su esposa.  l le pide un poco de vino y ella le llena el vaso.

Se dice que no debe pensar en Olga y en lo que debe de estar haciendo.  Est  comiendo con su familia o ha perdido el apetito?  Dormir  esa noche? Trata de no pensar en la cara que puso cuando vio a su familia esperando en el andén para recibirla y se dio cuenta de que él no estaba.



Borís se despierta. Todavía está oscuro. Se viste y sale de la dacha para dar su paseo matinal con cuidado de no despertar a su mujer, que todavía duerme. Cuando pasa por el huerto ve salir unos puntos verdes de la tierra. Baja la colina, cruza el riachuelo y sube por el cementerio hasta llegar al pueblo. Se encuentra a sí mismo en la estación, esperando el tren de la mañana a Moscú.

Hasta que est  en la calle de Olga no toma la decisión de ir a verla. Sube lentamente los cinco tramos de escalera, agarrándose a la barandilla. En cada rellano se dice que sólo la ver  un momento, para repetirle lo que le dijo a Ira en el parque. Merece oírlo de sus labios, se dice cuando llega a su puerta. Acompasa los latidos del corazón apret ndose el pecho con una mano. Respira hondo antes de llamar, pero ella abre antes de que él pueda levantar el puño. Han pasado siete años desde que se conocieron y tres desde la última vez que la vio. Ella ha envejecido el doble en ese tiempo: su cabello rubio, medio escondido debajo del pañuelo que lleva alrededor de la cabeza, se ve apagado como la paja; ha perdido las curvas, y tiene arrugas alrededor de la boca, en la frente y en las comisuras de los ojos, y manchas del sol y lunares desconocidos en la piel.

Y sin embargo él cae de rodillas. Está aún más hermosa que antes.

Ya no se pregunta qué hacer. Se levanta y la besa, y por un momento ella le permite que lo haga, antes de dar un paso atrás. Entra en el piso, pero deja la puerta abierta. Borís la sigue, alargando los brazos para abrazarla. Ella lo detiene.

—Nunca más —dice ella.

— Nunca más?

—Me harás esperar.

—Nunca —responde él—. Nunca.



~~La musa~~  
~~La mujer rehabilitada~~  
LA EMISARIA

¿Cuántas veces había imaginado nuestro reencuentro? ¿Me había imaginado a Borya esperando en el andén con el sombrero en la mano? ¿Cuántas veces había pensado en ese primer abrazo? ¿Me había frotado los brazos y agarrado los hombros yo sola en la litera, intentado simular lo que sentiría?

Habían transcurrido tres años desde la última vez que habíamos dormido juntos, y no perdimos el tiempo. Sus manos me sorprendieron. Hacía mucho que no me tocaba nadie. Nuestros cuerpos eran como rocas que chocaban y resonaban por todo Moscú.

Luego apoyé la cabeza en su pecho para oír latir su corazón y le dije bromeando que después de dos infartos tenía un ritmo nuevo.

—Y tus dientes.

Sus grandes dientes amarillentos con un hueco en medio ahora eran de una porcelana blanca reluciente.

—¿No te gustan? —me preguntó.

Cerró la boca y yo volví a abrísela con el meñique. Fingió que me lo mordía.

Me estrechaba con más fuerza, reacio a soltarme con tanta facilidad como antes. No quería irse de mi piso salvo para escribir y dormir. En mi ausencia se había instalado a tiempo completo en su dacha de Peredélkino, que ahora tenía tres habitaciones nuevas, un calentador de gas, agua corriente y una bañera nueva con patas de león. Mientras yo había estado en los barracones, él había vivido en un refugio en el bosque con el que la mayoría de los rusos sólo podían soñar.

Después de Potma, le pedí abiertamente y sin remordimientos que compartiera su buena fortuna: para comprar ropa, libros, comida, material escolar para los niños, una cama.

También había otras cuestiones.

Él dejaba en mis manos todo lo relacionado con su obra: los contratos, la programación de las conferencias, los pagos por sus trabajos de traducción. Si un editor llamaba para concertar una cita, era yo quien asistía. Me convertí en su agente, en su portavoz, en la persona a la que recurrían los que querían ponerse en contacto con él. Al final me sentí tan útil para él como Zinaída. Sólo que, en lugar de cocinar y limpiar, yo era la encargada de presentar sus palabras al mundo. Me convertí en su emisaria.

Casi a diario tomaba el tren de Moscú a Peredélkino y nos reuníamos en el cementerio. Allí había tranquilidad para hablar de *El doctor Zhivago* o estar simplemente juntos. Sólo nos hacían compañía algún viudo o viuda que iba a dejar unas flores de plástico, o el vigilante, que solía quedarse en su caseta fumando cigarrillos y leyendo. A veces llevaba pequeños trozos de carne envueltos en una servilleta de tela para los dos grandes perros que me saludaban en la verja de hierro.

Nuestro rincón se encontraba en la ladera de una colina en una parte del cementerio por la que no pasaba nadie. Si hacía buen tiempo, nos sentábamos encima de mi pañuelo extendido sobre la hierba.

—Quiero que me entierren justo aquí —dijo él en más de una ocasión.

—No seas morboso.

—Pensaba que era romántico.

Una de las veces que estábamos sentados en la ladera, Borya vio a Zinaída subir por la calle principal en dirección a su dacha. Parecía una anciana, caminando despacio con el cabello cubierto por una *babushka* de plástico y bolsas de la compra en las dos manos. Se detuvo, dejó las bolsas en el suelo y encendió un cigarrillo. Yo me senté para verla mejor, pero Borya me empujó hacia atrás con suavidad.

Aquel verano, para estar más cerca de él, alquilé una casa al otro lado del lago Izmalkovo, a unos treinta minutos andando de su dacha. Borya no podía vivir conmigo, pero sería un lugar común para darnos un nuevo comienzo.

Los niños ocuparon un dormitorio y yo me instalé en el porche acristalado. Mamá solía quedarse en Moscú, alegando que el campo sólo era bueno en pequeñas dosis.

Cuánto me gustaba esa casa de cristal. Las raíces de los álamos formaban escalones naturales que conducían hasta mi puerta. El porche era todo luz, y desde la cama veía a Borya acercarse por el sendero.

Sin embargo, cuando Borya vio por primera vez la cabaña, me riñó diciendo que la única razón de mi mudanza era estar juntos, y una casa de cristal no ofrecía intimidad. Esa misma tarde fui en tren a la ciudad y compré una tela de *chintz* roja y azul. Me pasé la noche haciendo unas cortinas para convertir mi luminosa habitación en una guarida.

Ese verano hizo calor. Florecieron rosas silvestres rojas y rosas por el sendero y diluyó a diario con tormentas eléctricas. Las paredes de cristal de mi habitación se empañaban con el calor atrapado. Yo abría ligeramente todas las ventanas, pero de poco servía. Borya y yo sudábamos a través de las sábanas, y yo bromeaba diciendo que podríamos convertir mi dormitorio en un invernadero y cultivar fruta tropical como mangos y plátanos. A Borya no le hacía ninguna gracia. Odiaba esa casa.

Sin embargo, a Mitya le gustaba tanto como a mí. Se adaptó rápidamente a la vida de campo, y se pasaba el día correteando por el bosque y volvía a casa con plantas, piedras y ranas en los bolsillos. Construyó una cabaña para sus ranas con un cubo metálico lleno de hierba y piedras, y les puso la tapa de un tarro de mayonesa para el agua. Se embadurnaba con barro la zona de debajo de los ojos y con un arco y unas flechas que se fabricó él mismo con un palo y una cuerda se convertía en Robin Hood.

Ira era otro asunto. Se negaba a jugar con su hermano, pues se había hecho mayor para esos juegos mientras yo había estado fuera. Se quejaba de tener que pasarse encerrada todo el día en esa cabaña minúscula mientras sus amigos estaban en Moscú.

—No hay ni donde tomar un helado —decía.

Cuando le preparé uno de *plombir* con menta fresca del jardín de Borya, lo escupió.

—Sabe a tierra —dijo apartando el bol—. Dáselo a tu benefactor.

La reñí por referirse a Borya de ese modo, y ella se levantó y se marchó. Cuando no volvió a casa esa noche, fui a la estación de tren y la encontré sentada en un banco, sin más compañía que el encargado, que estaba barriendo.

—Quería irme a casa —dijo—. Pero no tengo dinero.

—Tu casa está aquí. Conmigo y con Mitya.

—Y con Borís.

—Sí. Con Borís también.

—Por ahora.

Antes de que yo pudiera decir algo más, se levantó y echó a andar de vuelta a la cabaña. Me quedé sola sentada en el banco, viendo cómo el encargado de la estación barría el andén.

Hacia el final del verano, cuando los niños tuvieron que volver a Moscú para ir a la escuela, a Borya le preocupó que yo también me marchara.

—Volveré a estar solo —se quejó al borde de las lágrimas.

Me gustó, y deseé que las derramara. Cuando lo hizo, sentí un trasvase de poder repentino. Disfruté de la sensación, y tardé semanas en decirle que ya había decidido quedarme, aunque eso significara ver a los niños sólo los fines de semana. Siempre había sabido que me quedaría; sólo quería que me lo suplicara.

Ira tuvo el equipaje listo dos días antes de su partida, pero Mitya lo pospuso hasta una hora antes de que saliera el tren. Todo lo que yo doblaba y metía en su maleta, él lo sacaba.

—Mitya, por favor —dije.

—¿Dónde está tu maleta?

—Ya sabes que os tenéis que ir a Moscú.

—Pero dijiste que ésta era nuestra casa.

—Aquí no hay escuelas. ¿No quieres volver a ver a tus amigos? ¿Y a *babushka*?

—¿Dónde está tu maleta? —volvió a preguntar, lloroso.

Lo tranquilicé besándole la frente y prometiéndole que podía llevarse a Moscú a *Erik*, la única de todas sus ranas que había sobrevivido el verano, si él me prometía a mí que cuidaría bien de ella.

Los niños se marcharon, y yo me quedé en la casa de cristal hasta finales de otoño. La cabaña no estaba acondicionada para el invierno, de modo que Borya acabó saliéndose con la suya. Me trasladé a una vivienda más pequeña aún que estaba todavía más cerca de la suya. Nos referíamos a ella como *la casita* y a su dacha, como *la casa grande*.

Disfruté amueblándola, colgando mis cortinas y extendiendo unas tupidas alfombras rojas. Como me habían confiscado la mayoría de mis libros y se estaban pudriendo en algún almacén húmedo de la Lubianka, Borya volvió a abastecer mi biblioteca, construyendo él mismo los estantes.

Me produjo una alegría enorme mostrársela cuando todo estuvo listo, y me aseguré bien de enseñarle *nuestra* cama, *nuestra* mesa, *nuestros* estantes.

—Haremos el huerto justo allí la próxima primavera —dije señalando por la ventana que daba al patio.

Cada espacio que habitábamos Borya y yo se volvía nuestro. Si dijera que me resultó difícil apartar de mi mente mi vieja vida en Moscú, a mis hijos, a mi madre, mis responsabilidades, estaría mintiendo. Una vez oí que Mitya llamaba *mamá* a mi madre sin querer, y, en lugar de tomármelo como una traición, sentí alivio.

Ese invierno parecía estar muy lejos de los días que había pasado en la oscuridad. Los amigos venían a vernos y empezaron de nuevo las sesiones de lectura de *El doctor Zhivago*. Todos los domingos, Mitya, Ira y nuestros amigos llegaban en tren desde Moscú. Comíamos y luego Borya leía en voz alta y, una vez más, yo ejercía de anfitriona a su lado.

La novela estaba casi terminada. Borya trabajaba a un ritmo frenético, como lo había hecho cuando nos enamoramos. Escribía en Peredélkino por las mañanas y luego venía andando a la casita. Yo lo ayudaba a revisar el texto y a pasarlo de nuevo a máquina por las tardes.

*El doctor Zhivago* siempre estaba presente, sobre todo durante la última fase de escritura. Si yo le preguntaba qué tiempo hacía, si había disfrutado la cena o si creía que las calabazas de verano se habían marchitado en la vid a causa de los áfidos, él siempre encontraba la manera de llevar de nuevo la conversación al libro. A veces incluso soñaba con Yuri y Lara.

—Los veo con tanta nitidez como a cualquier persona con vida —decía—. Es como si hubieran existido y me estuvieran hablando sus fantasmas.

Yuri y Lara siempre estaban en su mente, y en la mía sólo había sitio para la casa grande. Él escribía allí. Comía allí. Dormía allí. Ella cocinaba para él y le remendaba los calcetines. Veía la televisión allí. Jugaba a las cartas con los vecinos las noches que él salía. Lo cuidaba cuando le dolía la cabeza, tenía molestias estomacales o le preocupaba su corazón.

Ella entraba en su estudio sólo para limpiar y nunca interrumpía su trabajo. Creaba las condiciones perfectas para que pudiera escribir. Aunque nunca me lo dijo, creo que por eso se quedó. Sin embargo, en ese momento yo me dije que era su obsesión por terminar la novela lo que lo mantenía allí.

Me preguntaba si dormían juntos. No lo creía, pero aun así la sola idea de que lo hicieran se convirtió en una mancha de tinta sobre un mantel blanco. ¿Qué aspecto tendrían entrelazados? El largo y delgado torso de él presionado contra los pliegues del vientre de ella. Las recias manos de él levantándole los pechos hasta la posición de antaño. Parte de mí quería que fuera cierto. De una forma extraña y retorcida eso me tranquilizaba, pues significaba que aún me querría cuando fuera vieja. Una vez le pregunté si todavía dormían juntos, y Borya me aseguró que hacía años de la última vez.

—¿Cuántos? —quise saber—. ¿Te acostaste con ella en mi ausencia?

—Por supuesto que no. Ya no funcionamos así.

—¿Te acostaste con alguien? —pregunté—. Si lo hiciste, lo entenderé —añadí, aunque no lo decía en serio.

Me contestó que no tenía nada de qué preocuparme, que el lugar que yo ocupaba en su vida se había consolidado para siempre. Que durante mi ausencia sólo le había hecho compañía Lara. Aun así, insistí y lo presioné.

—¿Con nadie?



—Ha muerto —dijo Borya por teléfono.

Agarré con más fuerza el auricular.

—¿Quién ha muerto?

Él gemía como si tuviera retortijones en el estómago.

—Yuri —dijo por fin.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Ha muerto?

—Ya está. La novela está acabada.

Me encargué de que corrigieran el manuscrito, lo mecanografiaran de nuevo y lo encuadernaran en cuero. Luego fui a Moscú para recoger tres copias de la imprenta y regresé en tren con la caja, sintiendo el peso de las palabras de Borya en el regazo.

Él me esperaba en la casita. Cuando le entregué la caja con la obra de su vida, la sostuvo en las manos por un momento, después la dejó y me dio vueltas por la habitación. Bailamos sin música, y mientras dábamos vueltas, me vi a mí misma en el espejo ovalado. Yo también parecía feliz, pero como una madre después de haber dado a luz: eufórica y agotada, feliz y dolorida, serena y al mismo tiempo aterrada.

—Puede que la publiquen —dijo Borya.

Pensé en Anatoli Sergéyevich Semiónov sentado en su gran escritorio, interrogándome sobre *El doctor Zhivago*. Pensé en la obsesión del Estado por lo que él había escrito. Pero guardé silencio.

Concerté citas con todas las revistas literarias, todos los editores, cualquier persona que pudiera publicar *El doctor Zhivago*. Acudía sola a hablar en nombre de Borya. Cuando lo presionaban a él para que describiera su trabajo, lo defendiera o incluso lo promoviera, no se veía con fuerzas para hacerlo. «Es como si mis propias palabras se perdieran en algún momento entre que las plasmó sobre papel y las veo impresas», me dijo. Así que yo hablaba por él.

Los editores se reunían conmigo, pero ninguno prometía nada. Algunos se mostraban abiertos a publicar los poemas que había al final de la novela, pero nunca respondían directamente cuando les preguntaba sobre la publicación completa del libro.

Muchas noches, Borya me esperaba en el mismo andén para averiguar cómo me habían ido las reuniones en Moscú. Yo intentaba enfocarlo todo de un modo positivo, hablando con más entusiasmo que el que merecía el interés que había mostrado *Novy Mir* en publicar los poemas,

pero Borya no se dejaba engañar. Me acompañaba en silencio a la casita con el brazo estrechamente entrelazado al mío, como si yo lo sostuviera.

Una de las veces en que regresé de un viaje infructuoso, Borya se detuvo en mitad de la calle y declaró que ya no creía que *El doctor Zhivago* llegara a ver la luz.

—Acuérdate de mis palabras. No publicarán esta novela por nada en el mundo.

—Ten paciencia. Aún no lo sabes.

—Ellos nunca lo permitirán. —Se rascó la ceja—. Nunca.

Empecé a pensar que tal vez tenía razón. Después de otra conversación con otro editor, Borya se reunió conmigo en Moscú para asistir a un recital de piano. Llegamos temprano y nos sentamos en un banco debajo de un castaño.

Al final del estanque que teníamos ante nosotros, mirando a los patos había un hombre al que me parecía haber visto en el metro. Era joven e iba vestido con un abrigo marrón largo, a pesar del calor.

—Tengo la sensación de que están vigilándonos —le dije a Borya.

—Ya —respondió él con toda naturalidad.

—¿Ya?

—Creía que lo sabías.

El hombre del estanque se dio cuenta de que lo mirábamos y tomó el sendero hasta desaparecer.

—¿Vamos? —preguntó Borya—. O llegaremos tarde.

Él afirmaba que no le molestaba que lo vigilaran. Incluso bromeaba al respecto, hablando con una farola o hacia el techo como si se dirigiera al que nos estaba escuchando. «¿Hola? ¿Hola? —preguntaba al vacío—. ¿Cómo estás hoy?» «Bien, gracias», se respondía él mismo.

—¿Te estamos aburriendo? —preguntó ese día a una farola—. Tal vez deberíamos hablar de algo más interesante que de lo que vamos a cenar esta noche.

—¿Puedes parar? —le pedí. Sus chistes no me hacían ninguna gracia y así se lo dije—. Ya me he enfrentado a ellos. Y no pienso volver a hacerlo.

Me tomó una mano entre las suyas y me la besó.

—Debemos reírnos de todo —dijo—. Es lo único que nos queda.

# OCCIDENTE



Febrero-otoño de 1957



~~La aspirante~~  
LA RECADERA

Cuando el taxi giró a la izquierda y enfiló por Connecticut, me apreté la muñeca con dos dedos como me había enseñado a hacer mi madre cuando era niña y me mareaba en el coche. La sensación fue a peor cuando llegamos a Dupont Circle. Me planteé bajarme y seguir a pie, pero ése no era el plan. Y no podía desviarme del plan a menos que me siguieran.

Tenía instrucciones de parar un taxi en la esquina de Florida con la calle T a las ocho menos cuarto e ir al hotel Mayflower. El hotel estaba a poca distancia andando, pero dijeron que quedaba mejor que bajara de un taxi.

Me dijeron que evitara llamar la atención con joyería ostentosa, demasiado maquillaje, un sombrero, unos zapatos o cualquier otra cosa llamativa. Pensé en los vestidos de lentejuelas que teníamos en nuestro piso del sótano, en todas las mujeres que venían a probárselos y se los compraban a mi madre. Yo no tenía una sola prenda que pudiera describirse como *llamativa*. Me habían dado instrucciones de vestir bien pero sin excederme, de estar atractiva pero en su justa medida. Debía parecer el tipo de mujer que frecuenta el bar del Mayflower, el Town & Country Lounge. La complicación estaba en que yo era el tipo de mujer que no ha oído hablar siquiera del hotel Mayflower, y no digamos del Town & Country Lounge. Por esa noche ya no era Irina sino Nancy.

El taxi se detuvo en seco en mitad de la rotonda y revisé mi peinado en la polvera, sin estar muy segura aún de si tenía el aspecto adecuado. Llevaba un viejo abrigo de pieles de mamá que había rociado de Jean Naté en un intento de enmascarar el olor a naftalina. Y el vestido violeta de lunares que me había puesto para todas las bodas a las que había asistido en los últimos cinco años. Me había recogido el cabello en un moño al estilo francés sujeto con una peineta plateada, también de mi madre. Mientras volvía a pintarme los labios con la nueva barra de color rojo anaranjado que había comprado en Woolworth, fruncí el ceño en el espejito. Seguía fallando algo. Hasta que el taxi se detuvo frente al hotel y un botones abrió la puerta, no bajé la vista y comprendí que era el calzado: unos zapatos de salón negro opaco con el talón izquierdo rascado. Y ni siquiera se me había ocurrido sacarles brillo. A la clase de mujer que va de copas al Town & Country un miércoles por la noche no la pillarían ni muerta con algo deslustrado. Mientras entraba en el grandioso vestíbulo del Mayflower, engalanado con rosas rojas y blancas para el día siguiente, San Valentín, no pude dejar de pensar en los zapatos. Al menos me habían dado un bolso bonito, un Chanel de cuero negro acolchado con doble lengüeta y cadena dorada, lo bastante grande para que cupiera un sobre en él.

Me dije que debía proyectar seguridad, convertirme en alguien que pertenecía al grupo de los bien calzados..., convertirme en mi doble, en Nancy. Agarrada al Chanel como si fuera un talismán, dejé atrás a los botones, todos con una borla en la gorra, a las parejas que estaban de luna de miel y se registraban en ese momento, a los hombres apiñados en reuniones fuera del horario laboral, a la morena glamurosa que esperaba a que uno de esos hombres la llevara arriba y las grandes palmeras que había en macetas a ambos lados del pasillo revestido de espejos. Crucé el vestíbulo y entré en el Town & Country como la clase de persona a la que el camarero conoce por su nombre.

Yo ya sabía el del camarero. Se llamaba Gregory y estaba de pie detrás de la barra con el cabello prematuramente gris, camisa blanca y pajarita negra, sirviendo un *gibson*.

Estaba bastante lleno, pero vi que el penúltimo taburete de la barra estaba desocupado, como me habían dicho que estaría.

—¿Qué va a tomar? —me preguntó Gregory, confirmando lo que ya sabía en la chapa que llevaba.

—Un martini con ginebra —respondí—. Y tres aceitunas, con una de esas pequeñas espadas rojas.

«¿Una de esas pequeñas espadas rojas?» Me reprendí por haberme salido del guion.

Delante de mí había un jarrón delgado de cristal con una sola rosa blanca. La cogí, le di vueltas en la mano en el sentido de las agujas del reloj y la olí antes de devolverla al jarrón, tal como me habían indicado que hiciera. Luego colgué el Chanel por la cadena dorada en el lado izquierdo del respaldo del taburete. Y esperé.

El hombre que tenía a la izquierda no me había mirado siquiera cuando me senté. Leía la sección de deportes del *Post* y era como cualquier otro hombre en el local, un abogado o un empresario procedente de Nueva York, Chicago o de dondequiera que procedieran esos tipos que viajaban a Washington por una noche. La palabra para describirlo sería *anodino*, y me pregunté si él me describiría también así. Eso esperaba. Gregory dejó mi copa sobre una servilleta blanca con el logotipo dorado del Mayflower, y bebí un sorbo.

—Preparas unos martinis increíbles —dije.

Odiaba los martinis.

Me habían dicho que no me enteraría de nada, que el hombre que estaría sentado a mi lado deslizaría el sobre dentro del bolso sin que yo me diera cuenta y que si no notaba nada, es que había hecho su trabajo. El hombre cerró el periódico, apuró el whisky y dejó caer un dólar en el mostrador antes de marcharse.

Yo esperé quince minutos, luego me acabé la copa y le pedí la cuenta a Gregory.

Al coger el Chanel medio esperaba notarlo distinto. Pero estaba tal como yo lo había dejado y me pregunté si había hecho mal; tal vez el hombre que leía la sección de deportes era un hombre más leyendo la sección de deportes. Contuve las ganas de comprobarlo y me marché del Town & Country, dejando atrás las palmeras, a un hombre que esperaba el ascensor con la morena glamurosa, a una pareja jubilada que se registraba y a los botones con una borla en la gorra.

Caminé por Connecticut haciendo lo posible por mantener la calma y no permitir que la adrenalina me obligara a correr. Me detuve en la calle P y miré el reloj, un Lady Elgin que me habían dado con el Chanel. En cuestión de segundos el autobús número 15 se detuvo junto al bordillo. Me senté en el antepenúltimo asiento del fondo, delante de un hombre con un paraguas

verde en el regazo. Cuando el autobús pasaba por delante de los dos leones de piedra que vigilaban la entrada del Taft Bridge, el hombre que tenía detrás me dio unos golpecitos en el hombro y me preguntó la hora. Le respondí que las nueve menos cuarto, aunque no era cierto. Me dio las gracias, pero dejé el bolso Chanel en el suelo y lo empujé hacia atrás con el pie.

Me bajé en Woodley Park y me dirigí hacia el zoo. En un semáforo rojo alargué los brazos y abrí las manos para dejar que los copos de nieve que empezaban a caer se posaran en mis guantes antes de disolverse en charcos minúsculos. «¿Esto es lo que se siente cuando se tiene una aventura amorosa o se guarda un secreto?», me pregunté. Sentí un escalofrío y entendí por qué Teddy Helms me había dicho que uno podía volverse adicto a esa clase de trabajo. Yo ya lo era.



Había solicitado un puesto de mecanógrafa, pero me habían dado otro empleo. ¿Habían visto algo en mí que yo no veía? ¿O habían investigado mi pasado, la muerte de mi padre, y sabían que haría lo que me pidieran? Más tarde me dijeron que esa clase de cólera profunda garantiza una lealtad hacia la Agencia que nunca se alcanza con el patriotismo.

Fuera lo que fuese lo que habían visto en mí, durante los primeros meses que trabajé para ellos no pude sacudirme la sensación de que no habían escogido a la persona adecuada.

La prueba del Mayflower cambió esa impresión. Por primera vez en mi vida sentí que tenía una meta más grande, no sólo un empleo. Esa noche, algo en mi interior se desató: un poder oculto que nunca había sabido que existía. Descubrí que el trabajo de recadera era idóneo para mí.

Durante el día tomaba dictado, transcribía notas, asistía en silencio a las reuniones y escribía a máquina sin parar... y en todo momento me aseguraba de no retener nada de la información que escribía. «Tú sólo imagina que la información pasa de las yemas de los dedos al teclado y del teclado al papel y desaparece para siempre de tu mente —me había instruido Norma el primer y único día de formación—. Tiene que entrarte por un oído y salirte por el otro, ya sabes.» Y todas las mecanógrafas decían lo mismo: «No memorices lo que escribes; escribirás más deprisa si no estás pensando en lo que tecleas; es información confidencial, así que, aunque la recuerdes, es mejor que finjas que no lo haces».

«Los dedos rápidos son los que guardan los secretos», era el lema extraoficial del servicio de mecanografía. Y sin embargo yo habría dicho que alguna de ellas seguía su propio credo. Ya las primeras semanas que empecé a conocer a las chicas se hizo evidente que lo sabían todo de todos.

¿Lo sabían también todo de mí? ¿Sabían lo de mi otro trabajo? ¿Los cincuenta dólares extras que ganaba al mes? ¿El repiqueteo lento de mi máquina de escribir las llevaba a hacerse preguntas? ¿Notaban que bebía dos tazas de café más que ellas y que tenía ojeras?

Mi madre seguro que sí. Me preparaba infusiones de manzanilla y las congelaba, y me ponía los cubitos en los párpados. Se creía que estaba saliendo con un hombre y me imploraba que lo llevara a casa para presentárselo antes de que dañara mi reputación en el vecindario.

Pero ¿qué pensaban las mujeres del servicio de mecanografía?

¿Era esa la razón por la que no me habían acabado de aceptar en sus filas? Siempre se mostraban educadas y afables y me daban los buenos días por la mañana y me deseaban buen fin de semana los viernes. Pero no puedo decir que fueran muy acogedoras. Yo quería formar parte

del grupo, pero no quería parecer desesperada. Uno pensaría que esas cosas pasan en el instituto o la universidad, pero las intrigas de la amistad son peliagudas a todas las edades.

El equipo me invitó unas cuantas veces a comer, pero eso fue antes de la primera paga, cuando yo sólo tenía suficiente dinero para tomar el autobús de vuelta. Cuando por fin tuve dinero para apuntarme, las invitaciones se acabaron.

Yo quería creer que su actitud distante se debía a que había ocupado el lugar de su amiga Tabitha, pero no podía evitar pensar que se trataba de algo más, algo que me había atormentado toda la vida: la sensación de ser una intrusa permanente, de encontrarme más cómoda sola. Incluso de niña, prefería jugar sola. Convertía la pequeña despensa de casa en un fuerte y me inventaba complicados juegos con marionetas hechas con bolsas de papel marrón y palos de polo pegados. Me lo pasaba mejor yo sola. Cuando mis primos pequeños intentaban participar en mis juegos, yo acababa riñéndolos por estropear una de las marionetas o por no hacer su papel exactamente como yo quería. Ellos se enfadaban y se iban, y yo me decía que no me importaba. Era más fácil convencerme de que era yo quien no quería jugar con ellos.

Pese a la sensación de estar fuera de lugar, me adapté muy deprisa al trabajo. Y aunque tecleaba más despacio que cualquiera de las otras mujeres, era constante y precisa.

Mi trabajo fuera del horario de oficina era algo más que un periodo de aprendizaje.

Cuando el primer día pregunté cómo me formarían, me dieron un papel con la dirección de una oficina en los edificios temporales con vistas al Estanque Reflectante; era donde debía reunirme con el oficial Teddy Helms cada día al salir del trabajo.

El día que conocí a Teddy, me sorprendió lo mucho que se parecía a un actor de cine en el papel de espía. Tenía unos años más que yo y era alto y castaño, con dedos largos y delicados y el atractivo que se espera de los hombres como él. Varias integrantes del servicio de mecanografía estaban locas por él, pero yo nunca lo vi realmente con esos ojos. Parecía la clase de hombre con el que había fantaseado de joven, pero no como amante o novio, sino como el hermano mayor que siempre había querido tener. Alguien que me enseñara a integrarme, a ser menos torpe, alguien que me protegiera de los chicos del instituto que me levantaban la falda en los pasillos. Alguien que me ayudara a apoyar a mamá y a aliviar nuestras cargas económicas, que iban y venían con cada paga que gastaba.

Teddy era callado al principio, dijo que yo era la primera mujer a la que entrenaba. En los tiempos de la OSE contaban con las mujeres para que volaran puentes, pero apenas unos pocos años después la Agencia seguía tanteando el terreno para ver de qué éramos capaces.

Teddy era distinto. «Si quieres saber mi opinión, las mujeres son idóneas para ser recaderas —me dijo—. Nadie se imagina que la chica bonita del autobús pueda estar pasando secretos.»

Teddy y yo llegamos a conocernos bien en aquellas primeras semanas de 1957. Era de esos hombres con los que te sientes cómoda desde el primer momento y a quien te sorprendes contándoles más en el espacio de una hora que a personas que conoces de toda la vida.

Teddy había llegado a la Agencia reclutado por uno de sus profesores de Lengua y Literatura de Georgetown. Estudiaba Ciencias Políticas y Lenguas Eslavas, y hablaba ruso fluidamente con un acento tan trabajado que podía engañar a cualquier moscovita. Durante nuestras sesiones de entrenamiento pasaba del inglés al ruso, diciendo que aprovechaba cualquier oportunidad para practicar. Para mí era un placer poder hablar con él en un idioma que sólo utilizaba con mi madre.

Me hizo innumerables preguntas: sobre el negocio de costura de mi madre, mi niñez en Pikesville, mis tiempos de estudiante en el Trinity, mi timidez. Nadie me había interrogado antes de ese modo y, al principio, su audacia me echó para atrás. Pero enseguida me sorprendí contándole mi vida.

Tal vez me sentía tan cómoda porque él también me había contado cosas de su vida sin que yo le preguntara. Averigüé que tenía un hermano mayor, Julian, que había muerto unos años atrás. Había vuelto de la guerra convertido en un héroe, y una noche se había emborrachado y había estrellado el coche contra un árbol. Él tenía la sensación de que nunca estaría a la altura de la reputación que había dejado su hermano. Sus padres habían preferido recordarlo como el héroe que había sido, montando un altar sobre la repisa de la chimenea con su foto y la bandera doblada que les habían entregado. Al principio, Teddy había querido seguir los pasos de su hermano y alistarse al ejército, o unirse a su padre en el bufete que llevaba su apellido, pero al final le atrajo más la literatura. A raíz de eso, su mentor en la universidad lo condujo hacia otra profesión.

Teddy servía whiskies para los dos de una botella que guardaba en el escritorio y hablaba poéticamente sobre el papel que creía que tenían el arte y la literatura en la expansión de la democracia, cómo los libros eran clave para demostrar que el gran arte sólo podía provenir de la verdadera libertad y que se había unido a la Agencia para difundir ese mensaje. Decía que los rusos valoraban la literatura tanto como los estadounidenses valoraban la libertad: «Washington tiene sus estatuas de Lincoln y Jefferson —decía—, mientras que Moscú rinde homenaje a Pushkin y a Gógol». Teddy quería que los soviéticos entendieran que era su propio gobierno lo que estaba obstaculizando la aparición de los próximos Tolstói y Dostoievski, que el arte sólo podría prosperar en una nación libre y que Occidente se había convertido en el reino de las letras. Ese mensaje equivalía a clavar un puñal en las costillas del Monstruo Rojo y retorcer la hoja.

Durante el día, Teddy me trataba como a una mecanógrafa más cuando coincidíamos en la RS: un saludo con la cabeza por las mañanas, tal vez un ademán de adiós por la noche. Pero cuando me entrenaba fuera del horario laboral para recoger y entregar mensajes de la Agencia, me prestaba toda su atención.

Me pidió que practicara poniendo un sobre debajo de una mesa, un banco, una silla, un taburete, un asiento de autobús o un inodoro. Empecé con el sobre de carta blanco común, continué con panfletos y carpetas de color manila, luego con libros y finalmente con paquetes. Él comparaba lo que hacíamos con un truco de magia, me decía que la Agencia había estudiado a grandes prestidigitadores como Walter Irving Scott y Dai Vernon y adaptado sus técnicas. Me enseñó a dejar que un paquete se deslizara por mi pierna hasta el suelo sin hacer nada de ruido. «Todo es un truco», decía.

Me enseñó a fijarme en si me seguían, y a buscar a sospechosos o a alguien que me observara, poniendo especial cuidado en los viejecitos. «Los viejecitos tienen mucho tiempo libre —explicó—. Se sientan durante horas en los parques y a la mínima que ven algo raro llaman a la policía.»

Cuando yo cometía un error, él me decía que todo era cuestión de práctica. Y practiqué. Todas las noches, mientras mi madre dormía, me encerraba en mi dormitorio y deslizaba sobres de distintos tamaños dentro de libros, en mi bolso, en el de mi madre, en una maleta, en todos los bolsillos de las prendas de mi armario. Cuando le demostré a Teddy cómo sacaba un pequeño rollo de papel de un pintalabios hueco y lo introducía en el bolsillo de su americana, me dijo que estaba preparada para una prueba real.

—¿Estás seguro?

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

Eso fue la entrega del Mayflower, no una misión real sino una prueba para ver si estaba preparada. Teddy me dijo que me estaría observando aunque no lo viera. Y, en efecto, esa noche en el Mayflower no había habido señales de Teddy. Pero cuando entré a la mañana siguiente en la oficina, vi una rosa blanca apoyada en mi máquina de escribir con una espada diminuta de plástico rojo sobresaliendo como una espina del tallo.

—¿Un admirador secreto? —me preguntó Norma.

—Sólo un amigo.

—Un amigo, ¿eh? ¿No será algún Valentín secreto?

—¿Cómo dices?

—Hoy es el día de San Valentín, ya sabes.

—Oh.

Me había olvidado. Por suerte, llamaron a Norma a una reunión antes de que pudiera seguir interrogándome. Pero el misterio de la rosa volvió a surgir por la tarde.

—He oído decir que estás saliendo con Teddy Helms —dijo Linda por encima de la mampara que separaba nuestros escritorios.

Cuando levanté la vista, todo el servicio de mecanografía estaba allí de pie, esperando una respuesta.

—¿Cómo? No, no estamos saliendo. —Me sorprendí, preocupada por haber estropeado mi tapadera.

—Gail dice que Lonnie Reynolds ha visto a Teddy dejar la rosa blanca esta mañana.

—Quiero decir que no lo hacía lo que se dice a escondidas —añadió Gail.

—¿Cuándo empezasteis a salir?

Abrumada, me disculpé para ir al aseo, esperando que se hubieran olvidado de la rosa cuando regresara. Pero hasta que llegó la hora de irnos, continuaron bombardeándome a preguntas para las que yo no tenía respuestas.

—¿Te vienes al Martin con nosotras? —me preguntó Norma—. Dos ostras por el precio de una y un camarero que nos sirve las copas dobles porque se ha enamorado de Judy. Como dices que sigues soltera, probablemente no tendrás planes para San Valentín, ¿no?

—No puedo. Tengo planes, pero no es una cita. No es nada de eso.

—Ya, ya —respondió Norma.

Estaba furiosa con Teddy por haberme puesto en el punto de mira del servicio de mecanografía. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué se proponía? Pensaba preguntárselo en cuanto lo viera, pero perdí el valor cuando me recibió con un vaso de whisky y un brindis por el buen trabajo que había hecho en el Mayflower.

—Muy bien, niña —dijo, entrechocando mi copa—. Sólo hay algún que otro detalle que pulir, pero hiciste un gran trabajo. Anderson está satisfecho. Creemos que pronto estarás preparada para trabajar sobre el terreno en una misión de verdad.

—Entendido —dije, sabiendo que no debía preguntar más detalles pero sin saber qué más decir—. Y gracias.

Vi que Teddy no estaba seguro de si le daba las gracias por el cumplido o por la rosa blanca. Se instaló entre nosotros un momento de incomodidad.

—Por cierto, no has dicho nada —rompió el silencio.

—¿Sobre qué? —pregunté haciéndome la tonta.

—La rosa.

—Todas las chicas se han quedado extasiadas.

—Menos tú, ¿no?

—No..., es que no me gusta mucho ser el centro de atención.

Teddy se rio.

—Por eso te contrataron. Pero lo siento, de verdad. Aquí la gente se agarra a un rumor como un perro al cartero.

—¿Un perro?

—Quiero decir que te pido disculpas. Pensé que sería un detalle bonito.

—Y lo es... sólo que... ¿queremos que la gente sepa que nos conocemos?

Él se rascó la barbilla y se echó hacia delante.

—Podría funcionar como tapadera. Si la gente cree que estamos saliendo, no sospecharán nada raro si nos ven juntos. Nada serio..., no hacemos nada malo a nadie. A menos que tengas un novio de verdad que pueda enfadarse.

—No tengo novio, pero...

—Perfecto. ¿Quieres que empecemos ahora? Podríamos ir a tomar algo al Martín. ¿No se reúnen todas allí?

—No lo sé.

Teddy levantó el vaso vacío.

—Pasemos un momento.

—¿No están mal vistas esta clase de cosas en el lugar de trabajo?

—Disculpa la franqueza, pero de ser así la mitad de la Agencia no se acostaría con nadie. Además, tú y yo no estamos saliendo de verdad, ¿no?

Teddy me tomó la mano antes de cruzar el umbral del Martín. El bar estaba lleno de los cabilderos de la calle K; según él, se los reconocía por sus trajes elegantes y sus zapatos tan nuevos que todavía crujían sobre el suelo encerado. Se habían acomodado en la barra mientras que sus homólogos del Gobierno, peor vestidos, ocupaban las mesas. Los pasantes se mezclaban en el área del bufet y se atiborraban de ostras. Y el equipo de mecanógrafas seguía allí, sentado en un reservado situado a la izquierda de la barra.

—¿Qué tal si nos sentamos allí? —pregunté señalando una mesa para dos en el otro extremo del bar.

—Pidamos antes una copa en la barra.

—Creo que hay camareras.

—Será más rápido.

Nos apretujamos en la barra y Teddy hizo señas al camarero para que nos sirviera dos whiskies. Pagó y sostuvo el suyo en alto.

—Por los nuevos amigos —dijo.

Y justo cuando entrechocábamos los vasos, noté unos golpecitos en el hombro. Era Norma.

—Por fin has venido al Martin, Irina. Ven a sentarte con nosotras. —Miró a Teddy y añadió —: Y tú también, Teddy.

—Ha sido una decisión de última hora —dijo él—. Tenemos una reserva en el Rive Gauche para cenar. Sólo hemos pasado para tomar una copa rápida.

—El Rive Gauche. ¿Cómo lo has conseguido en San Valentín?

—Un amigo me debía un favor.

—¿Por qué no os sentáis con nosotras para tomaros esta copa? Hay sitio de sobras en nuestra mesa.

Miramos hacia la mesa y las chicas desviaron la vista.

—Sí, claro. ¿Por qué no? —dije.

—Mirad quién ha venido —dijo Norma acompañándonos al reservado.

Las chicas se apartaron para hacernos sitio. Yo me senté, pero Teddy se quedó de pie.

—Disculpadme un momento.

Observamos cómo iba a la máquina de discos y empezaba a echar monedas en la ranura.

Judy me dio un codazo.

—Conque nada entre vosotros, ¿eh?

Norma miró a Judy como diciendo: *te lo dije*.

—¿Una rosa blanca en el escritorio por la mañana? ¿El Rive Gauche por la noche?

—¿El Rive Gauche? —repitió Kathy—. Qué elegante.

Teddy regresó justo cuando empezaba a sonar un disco de la máquina. Se quitó la americana y se la pasó a Judy, que esbozó una sonrisa forzada. ¿Estaba celosa? ¿De mí?

—¿Bailas? —me preguntó.

—Pero si no baila nadie.

—Ya se animarán —respondió él, tendiéndome una mano—. ¡Venga! ¡Es Little Richard!

—¿Quién?

Sin esperar a que respondiera, me tomó la mano y me llevó a la pista: un cuadrado de parquet sin mesas. Yo nunca había sabido bailar, era todo brazos y piernas que no se coordinaban entre sí, pero me encantaba intentarlo. Y él sí que sabía. No sólo los ojos de las mecanógrafas se clavaron en nosotros, todo el local nos miraba. Teddy me daba vueltas como Fred Astaire y yo tenía la sensación de estar actuando, y actuando bien. Disfruté de la sensación como había disfrutado con la entrega del Mayflower. Teddy me atrajo hacia sí.

—Ha colado —me susurró.

Tras otro baile y otra copa nos marchamos del bar. En la acera, me despedí de él. Pero Teddy me interrumpió.

—¿No quieres cenar algo?

—Pensaba que lo habías dicho por decir.

—¿Y si ya he reservado mesa en el Rive Gauche?

Pensé en las sobras de *borsch* que mi madre estaría recalentando, luego bajé la mirada al vestido de color sopa de guisantes que llevaba ese día.

—No voy vestida para ir a esa clase de restaurante.

—Estás guapísima —me dijo él, tendiéndome la mano—. Vamos.



## LAS MECANÓGRAFAS

Otro viernes por la mañana en el Ralph. Otro café y otro donut. Cuando salimos de la cafetería, la fría mañana de otoño se había suavizado. Nos quitamos los gorros y las bufandas y nos desabrochamos las americanas mientras bajábamos por la calle E.

A primera hora, la RS solía ser un hervidero de empleados que se acomodaban ante sus escritorios, se servían café en la sala de descanso o acudían a toda prisa a una de las numerosas reuniones que empezaban puntuales a las nueve y cuarto. El teléfono de la recepción ya sonaba y los asientos de la sala de espera estaban ocupados. Pero ese día de principios de otoño era diferente. Ese día la recepción estaba vacía, al igual que la sala de descanso y todos los escritorios que rodeaban la sección de mecanografía.

—¿Qué pasa? —preguntó Gail a Teddy Helms, que medio corría hacia el ascensor.

Él se detuvo y tropezó con un bulto en la vieja moqueta beige.

—Hay reunión arriba —dijo.

Así llamábamos al despacho de Dulles, que en realidad estaba en el piso de abajo. Se fue con prisas y nosotras nos dirigimos a nuestros escritorios, donde Irina ya estaba sentada ante su máquina de escribir.

—¿Te ha contado algo Teddy? —preguntó Gail.

—Hemos perdido —respondió Irina.

—¿Perdido qué? —preguntó Norma.

—No está claro.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kathy.

—No puedo explicar el lado científico.

—¿El lado científico? ¿De qué?

—De algo que han lanzado al espacio —dijo Irina.

—¿Quiénes?

—Ellos, ellos —susurró ella—. Imaginaos... —se interrumpió, señalando el techo de azulejos de asbestos—. Está allí arriba en estos momentos.

Era del tamaño de una pelota de playa y pesaba como el hombre medio estadounidense, pero tenía el impacto de una cabeza nuclear. La noticia del lanzamiento del *Sputnik* corrió por la RS horas antes de que la agencia de noticias estatales rusa, la Tass, anunciara que el primer satélite en llegar al espacio se hallaba en esos momentos novecientos kilómetros por encima de la Tierra, completando una órbita alrededor de ella cada noventa y ocho minutos.

Aun estando todos los hombres ausentes, era imposible trabajar. Chasqueamos los nudillos y recorrimos con la mirada la oficina vacía. Katty asomó la cabeza por encima de la mampara.

—¿Qué clase de nombre es *Sputnik*, de todos modos?

—Suenan a patata —dijo Judy.

—Significa *compañero de viaje* —dijo Irina—. Creo que es bastante poético.

—No —dijo Norma—, es aterrador.

Gail se levantó, cerró los ojos e hizo unos cálculos invisibles en el aire con el dedo. Luego los abrió.

—Catorce.

—¿Cómo? —le preguntamos.

—A esa velocidad, pasa catorce veces al día por encima de nosotros.

Todas levantamos la vista.

Después de comer, nos apiñamos alrededor de la radio del despacho de Anderson. Nadie tenía información real, y el locutor decía que estaban llegando de todas partes del país testimonios frenéticos de posibles avistamientos. Desde Phoenix, Tampa, Pittsburgh, desde las dos Portlands. Todos parecían haber visto el satélite menos nosotras.

—Pero no se veía a simple vista —dijo Gail—. Y menos, de día.

Justo cuando sonaba la canción del anuncio de AlkaSeltzer, entró Anderson.

—No me vendría mal uno de esos —dijo—. Parece que estamos muy ocupados por aquí.

—Plop, plop, fizz, fizz —canturreó Norma muy bajito.

Kathy bajó el volumen.

—Queríamos saber qué estaba pasando.

—Como todos, ¿no? —respondió Anderson.

—¿Usted lo sabe? —le preguntó Norma.

—¿Lo sabe alguien? —dijo Gail.

Anderson dio unas palmadas como si fuera un eufórico entrenador de baloncesto de instituto.

—Bien, es hora de volver al trabajo.

—¿Cómo vamos a trabajar con ese objeto volando sobre nuestras cabezas?

Anderson apagó la radio y nos ahuyentó como si fuéramos palomas. Mientras nos dirigíamos a la puerta, le pidió a Irina que se quedara un momento. No nos sorprendió, porque Irina no era una integrante más del equipo de mecanógrafas. Desde que había entrado en la Agencia, sospechábamos que tenía obligaciones especiales, actividades *extracurriculares*. Aunque no sabíamos en qué consistían. Ni si Anderson quería hablar con ella sobre las actividades que desempeñaba fuera del horario de trabajo, o si éstas estaban relacionadas con el *Sputnik*. Pero eso no impidió que hiciéramos conjeturas.

Las noticias que corrieron durante el fin de semana fueron de lo exagerado («¡Rusia gana!») a lo absurdo («¿El fin de los tiempos?»), pasando por lo práctico («¿Cuándo caerá el *Sputnik*?») y lo político («¿Qué hará Ike?»). El lunes por la mañana, la cola en el control de seguridad de la sede central era minúscula, ya que grandes contingentes de hombres se encontraban en reuniones en la Casa Blanca y el Capitolio, disipando los temores de que todo estaba perdido. Los hombres que quedaban daban la impresión de no haber vuelto a sus casas desde el viernes, con cercos amarillos en las axilas de las camisas blancas, los ojos legañosos y barba de dos días.

El martes, Gail entró en la oficina con uno de los Mohawk Midgetapes que utilizábamos para grabar las llamadas telefónicas. Se quitó el gorro y los guantes, y dejó el magnetófono delante de su máquina de escribir. Luego nos hizo señas para que nos acercáramos. Nos reunimos alrededor de su escritorio mientras ella pulsaba el botón de reproducir. Nos echamos hacia delante. Estática.

—¿Qué estamos escuchando? —preguntó Kathy.

—No oigo nada.

—Chitón —replicó Gail.

Nos echamos aún más hacia delante.

Entonces lo oímos: un débil pitido continuo, como los latidos de un ratón asustado.

—Lo conseguí —dijo. Y apagó el magnetófono.

—¿Qué conseguiste?

—Dijeron que podía oírse si sintonizabas con veinte megahercios —respondió ella—. Cuando lo probé, todo lo que se oía era estática. De modo que imaginé que necesitaba una señal más potente. ¿Sabéis qué hice?

—No tengo ni idea, porque ni siquiera sé de qué hablas —contestó Judy.

—Fui a la ventana de la cocina y saqué la malla metálica. Mi compañera de piso debió de pensar que me había vuelto loca.

—Tal vez no iba muy desencaminada —dijo Norma.

—Entonces extendí un cable desde la malla hasta la radio, volví a sintonizar con los veinte megahercios y coloqué el micrófono en su sitio, y ahí lo tenéis. —Bajó la voz—. El contacto.

—¿Con qué?

—Con el *Sputnik*.

Todas nos miramos.

—Será mejor que hablemos de esto después del trabajo —dijo Linda mirando alrededor.

Gail resopló.

—Es casi un juego de niños.

—¿Qué quieres decir? —susurró Judy.

Gail negó con la cabeza.

—No lo sé. —Hizo un gesto hacia la hilera de despachos que tenía detrás—. Les corresponde a ellos averiguarlo.

—Tal vez es un código —dijo Norma.

—¿Una cuenta atrás?

—¿Qué pasa si se detiene el pitido? —preguntó Judy.

Gail se encogió de hombros.

—Que tienes que volver al trabajo —dijo Anderson a su espalda.

Todas nos desperdigamos excepto Gail, que se quedó allí de pie.

—Y Gail —oímos que proseguía Anderson—, quiero verte en mi despacho.

—¿Ahora?

—Ahora.

La vimos seguir al jefe hasta su oficina; salió veinte minutos después, sosteniéndose un pañuelo en la nariz. Norma se levantó, pero Gail la rechazó con un ademán.

Pasó octubre. Las hojas se tiñeron de naranjas, rojos y marrones y cayeron. Recuperamos los abrigos gordos del fondo del armario. Los mosquitos desaparecieron, los bares ya ofrecían ponche caliente y, por todas partes, incluso en el centro, la ciudad empezó a oler a hojas quemadas. Alguien trajo una calabaza vaciada con un martillo y una hoz tallados para colocarla en la recepción, y los hombres jugaron como cada año a su versión de truco o trato, yendo de escritorio en escritorio y tomando chupitos de vodka.

Noviembre llegó con un bombazo, mejor dicho, con un lanzamiento. Los soviéticos enviaron el *Sputnik II* al espacio, esta vez con una perra llamada *Laika*. Katty colgó en la sala de descanso un cartel de perro perdido con una foto de la perra y la leyenda: *MUTNIK: LA ÚLTIMA VEZ QUE LA VIERON FUE DANDO VUELTAS ALREDEDOR DE LA TIERRA*, pero lo sacaron enseguida.

La tensión en la Agencia aumentó, y nos pidieron que nos quedáramos hasta tarde para asistir a las reuniones que se celebraban fuera del horario de oficina. A veces iban a buscar unas pizzas o sándwiches si se hacía más tarde de las nueve. Pero como a menudo no había descansos ni refrigerios, nos asegurábamos de llevarnos algo más de almuerzo, por si acaso.

No tardó en llegar el informe Gaither, que confirmó a Eisenhower lo que ya sabía: que en la carrera espacial, tanto como en la nuclear y en casi cualquier otra, íbamos por detrás de los soviéticos mucho más de lo que nos pensábamos.

Sin embargo, la Agencia ya estaba desarrollando un arma nueva.

Ellos tenían sus satélites, pero nosotros teníamos sus libros. Y entonces creíamos que los libros podían ser armas, que la literatura podía cambiar el curso de la historia. La Agencia sabía que se necesitaba tiempo para cambiar la forma de sentir y de pensar de los hombres, pero era una apuesta a largo plazo. Desde sus orígenes en la OSE, la Agencia había multiplicado por dos la guerra propagandística suave, sirviéndose del arte, la música y la literatura para promover sus objetivos. El objetivo en este caso: hacer hincapié en que el sistema soviético no permitía el pensamiento libre y en que el Estado Rojo obstaculizaba, censuraba e incluso perseguía a sus mejores artistas. La táctica: hacer llegar como fuera material cultural a los ciudadanos soviéticos.

Empezamos a llenar globos sonda de propaganda y los lanzábamos en las fronteras para que, cuando estallaran, llovieran panfletos detrás del Telón de Acero. Enviábamos libros que estaban prohibidos en la Unión Soviética al otro lado de las líneas del enemigo. Al principio, los hombres tuvieron la brillante idea de meterlos en sobres anodinos y cruzaban los dedos esperando que al menos unos pocos pasaran sin que los detectaran. Pero durante una de sus reuniones, Linda propuso forrar los libros con cubiertas falsas para protegerlos mejor. Unas cuantas juntamos todos los ejemplares de títulos poco controvertidos que encontramos, como *La telaraña de Carlota* y *Orgullo y prejuicio*, les sacamos las sobrecubiertas y las pegamos en los libros de contrabando antes de enviarlos por correo. Cómo no, los hombres se llevaron el mérito.

Fue alrededor de esa época cuando la Agencia decidió que debíamos llevar más lejos la batalla de las palabras y seleccionó a varios hombres de sus filas para que crearan una editorial y buscaran revistas literarias que encubrieran nuestros esfuerzos. La Agencia se convirtió en una especie de club de lectura con un presupuesto en negro. Resultaba más atractivo para los poetas y los escritores que los recitales con vino gratis. Nos involucramos tanto en el mundo editorial que uno habría pensado que recibíamos derechos de autor.

Sentadas en las reuniones de los hombres, tomábamos notas mientras ellos hablaban de las novelas que querían explotar próximamente. Debatían sobre si tenía sentido convertir *Rebelión en la granja*, de Orwell, en el objeto de su siguiente misión o si, por el contrario, era mejor optar por el *Retrato del artista adolescente*, de Joyce. Hablaban de los libros como si sus opiniones fueran a aparecer impresas en el *Times*, muy serios, y nosotras bromeábamos diciendo que era como estar en las clases de literatura del instituto. Alguien señalaba algo y otro le llevaba la contraria, y se salían por alguna tangente. Esos debates se prolongaban durante horas, y mentiríamos si dijéramos que no nos pillaron un par de veces durmiendo. En una ocasión, Norma interrumpió a los hombres para declarar con firmeza que, en su opinión, los temas que exploraba Bellows superaban con creces la belleza pura de las frases de Nabokov y que era la última reunión sobre libros en la que tomaba notas.

De modo que teníamos los globos sonda, las cubiertas falsas, las editoriales, las revistas literarias y todos los demás libros que entraban de contrabando en la URSS.

Y entonces apareció *El doctor Zhivago*.

Clasificado bajo el código AEDINOSAUR, era la misión que lo cambiaría todo. *El doctor Zhivago* —un nombre que, al principio, más de una de nosotras tuvimos dificultades para escribir— era la obra del escritor vivo más famoso de la Unión Soviética, Borís Pasternak, y se había prohibido en el Bloque del Este debido a sus críticas a la Revolución de Octubre y a su naturaleza supuestamente subversiva.

A primera vista no estaba tan claro que una epopeya arrolladora sobre el amor maldito entre Yuri Zhivago y Lara Antipova pudiera utilizarse como arma, pero la Agencia siempre era creativa.

La primera circular interna describía *El doctor Zhivago* como «la obra literaria más herética de un autor soviético desde la muerte de Stalin», y afirmaba que tenía «un gran valor propagandístico» por su «descripción pasiva pero perspicaz del efecto que tenía el sistema soviético en la vida de un ciudadano inteligente y sensible». En otras palabras, era perfecta.

La circular se extendió por la RS más deprisa que el rumor de un encuentro amoroso en la sala de descanso durante una de nuestras fiestas de Navidad en las que corrían los martinis, y dio lugar a por lo menos media docena de circulares más, cada una secundando la anterior: que no se trataba de un simple libro sino de un arma, y que la Agencia quería conseguirla y pasarla de nuevo clandestinamente por detrás del Telón de Acero para que sus propios ciudadanos la hicieran detonar.

# **BLOQUE DEL ESTE**



1955-1956



## EL AGENTE

A Sergio D'Angelo lo despertó su hijo de tres años balbuceando junto a su cama sobre un dragón llamado *Stefano*, una gran criatura de papel maché verde y amarilla que habían visto en una función de marionetas en Roma.

—¡Giulietta! —llamó a su mujer, esperando que se compadeciera de él y fuera a buscar a su hijo para que pudiera dormir otra hora.

Sin embargo, Giulietta pasó por alto sus ruegos.

Sergio tenía la boca seca y sentía palpitaciones en las sienes a causa de todo el vodka que había bebido la noche anterior. «¡Por los italianos!», había exclamado su colega Vladlen, alzando la copa hacia el grupo reunido en la fiesta de Radio Moscú. Sergio se rio y bebió sin señalar que ahí no había más italianos que él. Y los condujo a todos a la pista de baile. Apuesto y vestido como si saliera del rodaje de una película italiana, tenía un abanico de parejas de baile entre las que escoger. Y las escogió a todas, hasta que Vladlen le dio un golpecito en el hombro para decirle que la música había terminado hacía media hora y que el dueño del café los estaba echando. La mujer menuda con la que Sergio seguía bailando sin música les propuso continuar la fiesta en su piso, pero él rehusó. No sólo porque lo esperaba su esposa en casa sino porque al día siguiente tenía que trabajar, a pesar de que era domingo.

Sergio traducía los boletines de la sección italiana de Radio Moscú, pero había llegado a la URSS movido por otra razón: aspiraba a ser agente literario. Su jefe, Giangiacomo Feltrinelli, heredero del imperio maderero y fundador de una editorial nueva, quería descubrir el próximo clásico moderno y estaba convencido de que tenía que provenir de la Madre Patria. «Búscame la próxima *Lolita*», le había ordenado.

Sergio aún no había encontrado el próximo gran éxito, pero la semana anterior había aparecido encima de su escritorio un boletín que daba una pista prometedora: «La publicación de *El doctor Zhivago*, de Borís Pasternak, es inminente. Escrita en forma de diario, es una novela que abarca tres cuartos de siglo y termina con la Segunda Guerra Mundial». Sergio telegrafió a Feltrinelli, quien le dio el visto bueno para intentar obtener los derechos internacionales. Al no poder ponerse en contacto con el autor por teléfono, hizo planes con Vladlen para ir a ver a Pasternak a su casa de campo de Peredélkino ese domingo.

Esa mañana, con su hijo todavía pisándole los talones en el baño, Sergio se echó agua fría en la cara y deseó haber quedado con Vladlen para el siguiente fin de semana. Cuando entró en la cocina, que tenía la mitad del tamaño de la de su casa, encontró a su esposa sentada a la mesa bebiendo una taza de expreso instantáneo que se había traído de Roma. Frente a ella estaba su hija de cuatro años, Francesca, que la imitaba, llevándose su taza de plástico a los labios y dejándola suavemente sobre la mesa.

—Buenos días, queridas mías —dijo Sergio, y las besó a ambas en la mejilla.  
—Mamá está enfadada contigo, papá —dijo Francesca—. Muy enfadada.  
—Tonterías. ¿Por qué iba estarlo si no tiene motivos? Tu madre sabe que hoy tengo que trabajar. Voy a visitar al poeta más famoso de la Unión Soviética.  
—Ella no ha dicho por qué está enfadada, sólo que lo está.  
Giulietta se levantó y dejó la taza en el fregadero.  
—Me da igual a quién vayas a visitar. Mientras no vuelvas a salir hasta las tantas.

Sergio se puso su mejor traje, un Brioni beige hecho a medida, obsequio de su generoso jefe. De pie junto a la puerta, sacó brillo a sus zapatos con un cepillo de crin. Durante todo un invierno ruso que le había parecido interminable, había usado las mismas botas de goma negra que los rusos llevaban. Ahora que había llegado la primavera, se llevó una alegría cuando deslizó los pies en sus finos zapatos de cuero. Entrechocando los tacones en el aire, se despidió de su familia y salió por la puerta.

Vladlen lo esperaba en el andén número 7, con una bolsa de papel llena de *piroshki* de cebolla y huevo para su corto viaje. Se dieron la mano y Vladlen le tendió la bolsa. Él se tocó el vientre.

—No puedo.

—¿Resaca? —le preguntó Vladlen—. Tendrás que practicar si quieres seguir el ritmo de los rusos. —Abrió la bolsa y la sacudió—. Un viejo remedio. Toma una. Estamos a punto de conocer a un miembro de la realeza rusa y tienes que dar lo mejor de ti mismo.

Sergio cogió una empanadilla.

—Pensaba que los rusos habían matado a toda la realeza.

—Aún no. —Vladlen se echó a reír, y se le cayó un trozo de huevo duro de la boca.

El tren salió de la estación y, a medida que las numerosas vías se convertían en una sola, Sergio se agarró a la parte superior de la ventana abierta y dejó que el aire cálido le acariciara la punta de los dedos. Aquel tiempo primaveral le pareció delicioso después de estar todo un invierno tapado de los pies a la cabeza. También estaba emocionado de ver campo, ya que aún no se había aventurado a salir de Moscú.

—¿Qué están construyendo allí? —le preguntó a su compañero.

Vladlen hojeaba el primer libro de poesía de Pasternak, *El gemelo entre las nubes*, que se había llevado consigo con la esperanza de que el autor se lo firmara.

—Apartamentos —respondió sin levantar la vista.

—Pero si ni siquiera has mirado.

—Fábricas, entonces.

El paisaje que desfilaba por su lado cambió, y los edificios recién construidos dieron paso a edificios en construcción y a extensiones de campo salpicadas de árboles de un verde primaveral y de alguna que otra aldea que consistía en una iglesia ortodoxa y casitas, cada una con una valla y un pequeño terreno. Sergio saludó con la mano a un niño que estaba junto a las vías con un pollo moteado debajo del brazo. Él no le devolvió el saludo.

—¿Hasta dónde es así? —preguntó Sergio.

—Hasta Leningrado.

Los dos hombres se bajaron en Peredélkino. Había llovido durante la noche y en cuanto cruzaron las vías del tren, Sergio pisó barro. Se maldijo por haberse puesto sus zapatos buenos, y se sentó en un banco y trató de limpiárselos con un pañuelo de encaje. Sin embargo, se detuvo al darse cuenta de que había atraído la atención de tres hombres que estaban a un lado de la carretera, intentando enganchar una mula anciana a la parte delantera de un Volga destartado. Sergio y Vladlen formaban una pareja extraña. El ruso, rubio con unos pantalones extragrandes y con vuelta y un chaleco ajustado, era el prototipo de hombre de ciudad. Le sacaba una cabeza y era el doble de ancho que su compañero, quien, con su traje entallado, era a todas luces extranjero.

Sergio dejó caer el pañuelo, que no le sirvió para nada, y preguntó si había un café cerca donde pudiera limpiarse bien los zapatos. Vladlen señaló un edificio de madera que había al otro lado de la calle y que parecía un cobertizo grande.

—¿El aseo? —preguntó Sergio a la mujer que había detrás del mostrador.

Tenía la misma expresión que los hombres que trataban de enganchar la mula al automóvil.

—Fuera.

Sergio suspiró y pidió un vaso de agua y una servilleta. La mujer se fue y regresó con un trozo de periódico y un vaso de vodka.

—Esto no va a...

—*Spasibo* —lo interrumpió Vladlen, y se lo tomó de un trago y dio una palmada en el mostrador para pedir otro.

—Tenemos por delante una misión importante —le dijo Sergio.

—No hemos quedado a una hora concreta. El poeta seguro que puede esperar.

Sergio obligó a su compañero a levantarse del taburete y salir por la puerta.

Fuera, el trío de hombres había logrado enganchar la mula al automóvil. Ahora había un niño sentado al volante y lo movía mientras los hombres empujaban. Se detuvieron y miraron cómo Sergio y Vladlen cruzaban la calle y continuaban andando por el camino que corría paralelo a la carretera principal.

Cuando pasaron por delante de la residencia de verano del Patriarca ruso, un gran edificio rojo y blanco que se alzaba detrás de un muro igual de grandioso, Sergio lamentó no haber llevado la máquina de fotos. Cruzaron un pequeño arroyo, crecido por la nieve derretida y la lluvia, subieron la pequeña colina y bajaron por un camino de grava bordeado de abedules y pinos.

—¡Un lugar digno de un poeta! —exclamó Sergio.

—Stalin cedió estas dachas a un grupo de escritores cuidadosamente seleccionados —respondió Vladlen—. Para que pudieran «conversar mejor con las musas». Y porque así es más fácil tenerlos vigilados.

La casa de campo de Pasternak estaba a la izquierda, y a Sergio le pareció un híbrido entre un chalet suizo y un granero.

—Ahí está —dijo Vladlen.

Pasternak iba vestido como un campesino, era alto y una buena mata de pelo gris le caía sobre la cara cuando se inclinaba con una pala sobre la tierra del huerto. Cuando Sergio y Vladlen se le acercaron, Pasternak levantó la vista y se protegió los ojos del sol con una mano para ver quiénes eran.

—*Buon giorno!* —gritó Sergio, cuyo entusiasmo dejó ver lo nervioso que estaba.

Por un momento, Pasternak pareció confundido, pero luego esbozó una gran sonrisa.

—¡Pasen!

Cuando se acercaron al famoso poeta, Sergio y Vladlen se sorprendieron de lo atractivo y joven que parecía. Dos hombres apuestos siempre se evalúan mutuamente, pero Sergio, aun sabiéndose superado por el autor, no sintió celos sino admiración al contemplarlo.

Pasternak apoyó la pala en un manzano recién podado y se acercó a ellos.

—Había olvidado que iban a venir —dijo, y se echó a reír antes de añadir—: Y les ruego que me disculpen, pero tampoco recuerdo quiénes son y para qué han venido.

—Sergio D'Angelo. —Estrechó la mano de Pasternak—. Y éste es Anton Vladlen, un colega de Radio Moscú.

Vladlen, que había clavado la mirada en la mugre del suelo en lugar de en su héroe poeta, sólo logró gruñir una respuesta.

—Qué hermoso —dijo Pasternak—. D'Angelo. Tiene una sonoridad agradable. ¿Qué significa?

—*De ángel*. En realidad, es bastante común en Italia.

—Mi apellido significa *pastinaca*, lo que supongo que es adecuado dada mi afición por labrar la tierra.

Pasternak condujo a los hombres a un banco en forma de L que había en el borde del jardín.

Mientras se sentaban, se secó la frente con un pañuelo manchado de sudor.

—¿Radio Moscú? Entonces ¿han venido hasta aquí para entrevistarme? Me temo que no tengo mucho que aportar al debate público actual.

—No vengo de parte de Radio Moscú. Estoy aquí para hablar de su novela.

—Otro tema sobre el que no tengo mucho que decir.

—Represento los intereses del editor italiano Giangiacomo Feltrinelli. Es posible que haya oído hablar de él.

—No.

—La familia Feltrinelli es una de las más acaudaladas de Italia. La nueva editorial de Giangiacomo ha publicado recientemente la autobiografía del primer presidente indio, Jawāharlāl Nehru. Tal vez ha oído hablar de ella.

—He oído hablar de Nehru, por supuesto, pero no de su libro.

—Debo llevar a Feltrinelli la mejor obra nueva que se ha escrito detrás del Telón de Acero.

—¿Acaba de llegar a nuestro país?

—Llevo menos de un año aquí.

—A ellos no les gusta ese término. —Pasternak miró hacia los árboles como si se dirigiera a alguien que estuviera vigilando—. *Telón de Acero*.

—Le pido disculpas —dijo Sergio, que cambió de postura en el banco—. Estoy buscando la mejor obra nueva de la Madre Patria, y Feltrinelli está interesado en llevar *El doctor Zhivago* al público italiano y quizá más allá.

Borís se apartó un mosquito del brazo, con cuidado de no matarlo.

—Estuve una vez en Italia. Tenía veintidós años y estudiaba música en la Universidad de Marburgo, y durante el verano visité Florencia y Venecia. Pero nunca llegué a Roma. Se me acabó el dinero. Quería ir a Milán y a La Scala. Soñaba con ello. De hecho, todavía sueño con ello. Pero entonces era estudiante, pobre como un mendigo.

—Yo he estado muchas veces en La Scala —dijo Sergio—. Tiene que ir. Feltrinelli puede conseguirle el mejor asiento.

Borís se rio mirando al suelo.

—Anhelo viajar, pero esos tiempos han quedado atrás. Aunque quiera, nos lo ponen muy difícil. —Guardó silencio un momento—. De joven quería ser compositor. Tenía algo de talento, pero no tanto como me habría gustado. ¿No es así siempre? La pasión de uno suele superar su talento.

—A mí me apasiona la literatura —dijo Sergio, tratando de llevar la conversación de vuelta a *El doctor Zhivago*—. Y tengo entendido que su novela es una obra maestra.

—¿Quién se lo ha dicho?

Sergio cruzó las piernas y el banco se tambaleó.

—Todo el mundo habla de ella. ¿Verdad, Vladlen?

—Todo el mundo —respondió él.

Eran las primeras palabras que dirigía a Pasternak.

—Pues yo no he tenido noticias de ninguna editorial. Nunca me han hecho esperar un solo día para hablar de mi obra. —Pasternak se levantó del banco y caminó por el sendero central del huerto, entre la tierra recién removida a la izquierda y la recién sembrada a la derecha—. Creo que su silencio es claro —añadió de espaldas a los hombres, que se quedaron sentados—. No publicarán mi novela. No se ajusta a sus «cánones culturales».

Sergio y Vladlen se levantaron y lo siguieron.

—Pero ya han anunciado su publicación —dijo Vladlen—. Sergio tradujo el boletín para Radio Moscú.

Pasternak se volvió hacia ellos.

—No estoy seguro de lo que saben ustedes, pero me temo que es imposible que publiquen la novela.

—¿La han rechazado oficialmente? —preguntó Vladlen.

—Aún no. Pero yo ya he descartado la posibilidad. Es mejor así, o me volvería loco.

Pasternak se rio de nuevo mientras Sergio se preguntaba si no lo estaba ya. No había contado con que *El doctor Zhivago* se prohibiera en la URSS.

—Eso es imposible —respondió—. No pueden suprimir una obra tan importante. ¿Qué hay de ese *deshielo* del que se rumorea?

—Jruschov y compañía pueden soltar discursos y promesas, pero a mí el único deshielo que me preocupa es el que afecta a la siembra de primavera —respondió Pasternak.

—¿Y si me diera el manuscrito a mí? —preguntó Sergio.

—¿Con qué propósito? Si no permiten que se publique aquí, no podrán publicarlo en ninguna parte.

—Feltrinelli podría ir adelantando la traducción al italiano, para que cuando salga en la URSS...

—Eso no ocurrirá.

—Yo creo que sí —continuó Sergio—, y cuando lo haga, Feltrinelli ya lo tendrá listo para llevarlo a la imprenta. Es un miembro de renombre del Partido Comunista italiano, y con él al timón seguramente no habrá motivos para retrasar su publicación en el extranjero. —Sergio era un optimista consumado que creía que nada era imposible—. *El doctor Zhivago* estará en los escaparates de todas las librerías que hay desde Milán hasta Florencia, y desde ahí hasta Nápoles. Todo el mundo tiene que leer su novela. ¡El mundo entero la leerá!

No había leído una palabra de *El doctor Zhivago* y no podía hablar de sus méritos literarios, y era muy consciente de estar haciendo promesas que no estaba seguro de poder cumplir, pero continuó hablando, pues los halagos parecían tener un efecto positivo en el escritor.

—Un momento —dijo él, y echó a andar hacia su casa de campo y se quitó las botas de goma antes de entrar.

Los dos hombres esperaron en el jardín.

—¿Qué te parece? —preguntó Vladlen.

—No lo sé. Pero creo que la novela se publicará.

—No eres ruso. No entiendes cómo funcionan las cosas aquí. No sé lo que ha escrito, pero si va contra los cánones culturales, no habrá *deshielo* que permita su publicación. Si el Estado prohíbe aquí el libro de Pasternak, será ilegal publicarlo en cualquier otro lugar. Ahora y siempre.

—Aún no lo han rechazado.

—Han pasado meses y no ha obtenido ninguna respuesta. El mensaje no puede estar más claro.

—Eso es cierto, pero también sé que la historia no se detiene.

Hubo movimiento en la ventana delantera del primer piso. Una mujer mayor los miró a través de las cortinas descorridas y luego desapareció.

—¿Su mujer? —preguntó Sergio.

—Debe de serlo, aunque he oído decir que tiene una amante mucho más joven a la que no esconde. Una querida que vive a pocos pasos de aquí. Dicen que siempre va cogida de su brazo. Por todo Moscú. Y que su mujer no ha puesto fin al asunto.

La puerta de la dacha se abrió y Pasternak salió con un paquete grande de papel marrón. Cruzó el patio descalzo hasta sus visitantes y esperó un momento antes de hablar.

—Aquí tienen *El doctor Zhivago*.

Les tendió el paquete, pero cuando Sergio se dispuso a cogerlo, no lo soltó. Los dos hombres sostuvieron el manuscrito por un momento antes de que él dejara caer las manos.

—Que recorra el mundo.

Sergio dio vueltas al paquete, calculando su peso.

—Su novela estará en buenas manos con el *signor* Feltrinelli. Ya lo verá. Se la entregaré yo personalmente dentro de una semana.

Pasternak asintió, aunque no parecía convencido. Los tres hombres se despidieron. Cuando Sergio y Vladlen echaron a andar por la carretera en dirección a la estación de tren, Pasternak les gritó:

—¡Por la presente, están invitados a mi ejecución!

Sergio se rio.

—¡Poetas!

Vladlen guardó silencio.



Al día siguiente, el manuscrito de *El doctor Zhivago* se dirigía al Berlín Occidental. Allí, Sergio debía entregárselo en persona a Feltrinelli, quien lo llevaría el resto del camino hasta Milán.

Después de un tren, un avión, otro tren, tres kilómetros de caminata y un soborno, Sergio llegó sano y salvo a su hotel en Joachimstahler Strasse. La Kurfürstendamm era una avenida luminosa y vibrante de capitalismo, todo lo que no era Moscú. Hombres y mujeres elegantemente vestidos iban cogidos del brazo a cenar, a bailar o a uno de los muchos *kabarett* que habían vuelto a abrir. Por los anchos bulevares pasaban Volkswagen Escarabajo y motocicletas con adolescentes jorobados. Uno a uno, se encendían los letreros de neón: NESCAFÉ en amarillo, BOSCH en rojo, HOTEL AM ZOO en blanco, CALZADO SALAMANDRA en azul. En las aceras se alineaban las mesas de los numerosos restaurantes y cafeterías que salpicaban la calle. Llegaba el sonido de un piano procedente de un salón de fiestas adonde una negra llamativa que parecía una Josephine Baker más curvilínea animaba a los transeúntes a entrar.

Una vez en su habitación, abrió la maleta y apartó la camisa blanca entallada y el pijama de seda con estampado de cachemir que cubrían el manuscrito, todavía envuelto en el papel marrón. Al cruzar la frontera entre el Berlín Oriental y el Occidental había evitado que le registraran la maleta charlando amistosamente con los soldados de ambos lados. También ayudó que tuviera una de esas caras que inspiran confianza y el bolsillo lleno para ganarse la confianza de los recelosos. Besó el manuscrito, lo puso en el cajón inferior de la cómoda y lo cubrió de nuevo con el pijama.

Luego se dio una ducha larga. El agua caliente duraba cuatro minutos, tres más que en Moscú. Se secó sin necesidad de toalla mientras se afeitaba en el espejo del baño, contento de haberse llevado su propia navaja.

Aunque estaba deseando tomarse unas *orecchiette alla crudaiola* con cualquier vino elaborado con uvas italianas, se conformó con una *Pilsener* y un *schnitzel* en el bar del hotel. Sabía que cuando Feltrinelli llegara al día siguiente, sabría exactamente adónde ir para celebrar la adquisición de la novela de Pasternak; en cuanto bajara del avión, habría reservado las mejores mesas en los mejores restaurantes y los mejores Chianti.

Después de desayunar paté de hígado, un huevo cocido, queso con hierbas y un panecillo con mermelada, Sergio volvió a asegurarse en recepción de que la *suite* presidencial de Feltrinelli estaba lista.

—¿Tienen el coñac?

—*Ja*.

—¿Los cigarrillos?

—Hemos conseguido una caja de Alfa para el señor Feltrinelli.

—Las sábanas... ¿están sueltas por los pies, como a él le gusta?

—Creo que sí.

—¿Puede preguntárselo a la criada?

— *Ja*. ¿Podemos hacer algo más por usted?

—¿Un taxi?

—Por supuesto.

En el aeropuerto de Tempelhof, Sergio vio cómo el avión de Feltrinelli aterrizaba y acercaban una escalerilla móvil hasta la puerta. Salió con un periódico debajo del brazo y se detuvo en lo alto de la escalera para contemplar la Patria alemana. Una ráfaga de viento le abrió la americana de su traje marrón y le desplazó la corbata hasta el hombro. Al ver a su agente esperándolo, bajó.

Lo saludó efusivamente, besándolo en ambas mejillas y estrechándole la mano. Sergio sólo se había reunido con Giangiacomo Feltrinelli en contadas ocasiones, pero siempre le había impactado su magnetismo. Delgado y con el cabello oscuro peinado hacia atrás, dejando ver un pico entre las profundas entradas, Feltrinelli era el tipo de hombre por el que se sentían atraídos tanto las mujeres como los hombres. Ni siquiera sus gruesas gafas negras de marca lograban ocultar la vitalidad de sus ojos. Tal vez todo ese poder de atracción se debía a su enorme fortuna. O a la seguridad en sí mismo que acompañaba esa fortuna. O a su colección de automóviles rápidos y trajes a medida, o a las hermosas mujeres que lo rodeaban. Fuera lo que fuese, Feltrinelli rebosaba de él.

Sergio tomó la bolsa de piel de becerro de su jefe y éste lo asió del brazo como si fueran amigos de la infancia. Sergio le propuso ir a comer a un restaurante, pero Feltrinelli negó con la cabeza.

—Me gustaría verlo cuanto antes.

Se paseó por la alfombra naranja oscuro del hotel mientras Sergio iba a buscar el manuscrito de *El doctor Zhivago*. Cuando se lo entregó, lo sostuvo en las manos, como si pudiera percibir su importancia por el peso. Lo hojeó y a continuación se lo llevó al pecho.

—Nunca he deseado tanto poder leer ruso como ahora.

—No hay duda de que será un éxito.

—Creo que sí. He quedado con el mejor traductor en cuanto regrese a Milán para que le eche un vistazo. Ha prometido serme sincero.

—Hay algo más que no le he dicho.

Feltrinelli esperó a que continuara.

—Pasternak cree que los soviéticos no autorizarán su publicación. No podía decírselo en mi telegrama, pero él cree que no encaja... ¿cómo lo dijo? Con sus cánones.

Feltrinelli lo desechó con un ademán.

—Yo he oído lo mismo, pero no pensemos en eso ahora. Además, cuando los soviéticos descubran que lo tengo yo, podrían cambiar de opinión.

—Hay algo más. Seguramente bromeaba, pero nos dijo que al darnos la novela estaba sentenciándose a muerte.

Feltrinelli se puso el libro debajo del brazo sin responder.

—Voy a estar sólo dos días aquí. Hay que celebrarlo.

—¿Por supuesto! ¿Qué le gustaría hacer?

—Quiero beber cerveza alemana de la buena y bailar, y conocer a algunas chicas. Y me gustaría comprarme unos prismáticos en una tienda de la Kurfürstendamm. He oído decir que son los mejores del mundo. —Se quitó las gafas y se señaló la nariz—. Te miden desde el puente de la nariz hasta las comisuras exteriores de los ojos para que se te acoplen perfectamente. Me vendrán muy bien para el yate. No podré pasar sin ellos.

—Claro, claro —dijo Sergio—. Supongo que mi trabajo se ha terminado, entonces.

—Sí, amigo mío, y el mío acaba de empezar.



~~La musa~~  
~~La mujer rehabilitada~~  
LA EMISARIA

El tren se detuvo en la estación después de cuatro días infructuosos en Moscú, y de nuevos intentos también infructuosos de convencer a los editores para que publicaran *El doctor Zhivago*. Ví a Borya sentado solo en un banco. Era finales de mayo y el sol había empezado a ocultarse tras la hilera de árboles. Con la luz dorada, su pelo blanco se veía rubio y sus ojos parecían centellear incluso a través de la sucia ventana del tren. Sentí una punzada en el pecho. De lejos parecía joven, aún más joven que yo. Llevábamos casi una década juntos y el exquisito dolor persistía. Se levantó cuando se abrieron las puertas.

—Ha pasado algo de lo más insólito esta semana —dijo cogiéndome la bolsa de las manos y echándosela al hombro—. Una visita inesperada.

—¿De quién?

Borya señaló el sendero que discurría entre las vías y por el que caminábamos cuando teníamos algo importante de que hablar. Me tomó la mano y me ayudó a cruzar. Pasó un tren en dirección contraria y una ráfaga de aire me levantó el bajo de la falda. Supe por su forma de andar, más deprisa de lo habitual, que estaba emocionado y ansioso a la vez.

—¿Quién vino a verte? —pregunté de nuevo.

—Un italiano y un ruso —respondió, y las palabras se acoplaron a su paso—. El italiano era joven y encantador. Alto y moreno, muy apuesto. Te habría gustado mucho, Olya. ¡Tenía un nombre tan increíble...! Sergio D'Angelo. Dijo que era bastante común en Italia, pero yo nunca lo he oído. Es bonito, ¿verdad? D'Angelo. Significa *de ángel*.

—¿Para qué vinieron?

—Te habría encantado..., me refiero al italiano. El otro, el ruso, no recuerdo su nombre... casi no habló.

Lo cogí de un brazo, obligándolo a que fuera más despacio y me dijera lo que tenía que decir.

—Tuvimos una conversación de lo más increíble. Les comenté que había estudiado en Marburgo en mi juventud, y lo mucho que había disfrutado yendo a Florencia y a Venecia. Y que también había querido ir a Roma, pero...

—¿Para qué vino a verte el italiano?

—Quería *El doctor Zhivago*.

—¿Qué pensaba hacer con él?

Como una confesión, Borya me contó lo sucedido con D'Angelo y el ruso, y un editor llamado Feltrinelli.

—¿Y tú qué les dijiste?

Nos callamos mientras por nuestro lado pasaba una joven empujando un ruidoso carro lleno de bidones de gasolina, y entonces continuó:

—Que la novela nunca se publicará aquí. Que no encaja en los cánones culturales. Pero él insistió en que creía que aun así había que publicarla.

—¿Cómo puede creerlo si no la ha leído?

—Por eso se la di, para que la leyera y pudiera darme su opinión sincera.

—¿Le diste el manuscrito?

—Sí.

La actitud de Borya cambió y volvió a tener su edad. Sabía que había hecho algo no sólo irreversible sino peligroso.

—¿Cómo se te ocurre? —Intenté no alzar la voz, pero salió como el chorro de vapor que escapa de una tetera—. ¿Conocías de algo esa persona? ¿A ese extranjero? ¿Tienes alguna idea de lo que harán cuando lo intercepten? Quizá ya lo tienen. ¿Te has parado a pensarlo? ¿Y si tu D'Angelo ni siquiera es italiano?

Borya parecía un niño recibiendo una reprimenda.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. —Se pasó una mano por el pelo—. Todo irá bien. Feltrinelli es comunista —añadió.

—¿Bien?

Se me humedecieron los ojos. Lo que Borya había hecho equivalía a una traición. Si publicaban la novela en Occidente sin autorización de la URSS, irían a por él..., a por mí. Y esta vez no se contentarían con castigarme con una breve estancia en un campo de trabajos forzados. Necesitaba sentarme, pero no había más que barro alrededor. ¿Cómo podía ser tan egoísta? ¿Había pensado en mí aunque sólo hubiera sido un momento? Me volví y empecé a desandar el camino.

—Espera —dijo Borya, siguiéndome.

Sus ojos centelleantes se ensombrecieron. Era totalmente consciente de lo que había hecho.

—Escribí el libro para que se leyera, Olga. Ésta podría ser su única oportunidad. Me atrederé a las consecuencias, sean cuales sean. No me asusta lo que puedan hacerme.

—¿Y yo? Quizá no te importe lo que pueda pasarte a ti, pero ¿qué hay de mí? Ya se me llevaron una vez... No puedo..., no pueden volver a hacerlo.

—No lo harán. No lo permitiré.

Me rodeó los hombros con los brazos y se apoyó en mi pecho. Me pareció sentir una nueva barrera entre los latidos de nuestros corazones.

—Aún no he firmado nada.

—Les has dado permiso para publicarlo. Los dos lo sabemos. Y eso, si son quienes dicen ser. Nada bueno puede salir de esto. Yo no puedo volver allí —dije, enjugándome los ojos—. No pienso hacerlo.

—Antes que dejar que eso pase pegaría fuego a *El doctor Zhivago*. Vamos, antes prefiero morir.

Sus palabras tuvieron el mismo efecto que cuando uno pone la mano bajo el agua fría después de quemársela, el dolor se alivia mientras corre el agua, pero en cuanto cierra el grifo continúan las palpitations. En ese momento, por primera vez, perdí la fe en él.

—Este libro nos llevará por una espiral sin retorno.

—Veamos qué pasa. Siempre puedo decirle que me equivoqué. Puedo pedirle que me lo devuelva.

—No, yo le pediré que te lo devuelva.

Viajé a Moscú y llamé sin previo aviso a la puerta de D'Angelo, cuya dirección había sonsacado a Borya antes de salir. Una mujer elegante de cabello castaño oscuro y unos ojos azules deslumbrantes acudió a abrir. Se presentó en un ruso chapurreado como la esposa de D'Angelo, Giulietta.

El italiano se acercó a la puerta y besó la mano que le tendí.

—Es un placer conocerla, Olga —dijo sonriendo con desenfado—. Había oído rumores acerca de su belleza, pero es usted aún más hermosa de lo que dicen.

En lugar de darle las gracias, fui al grano y concluí:

—Como ve, él no sabía bien lo que estaba haciendo. Tiene que devolvernos el manuscrito.

—Sentémonos —dijo él tomándome la mano y conduciéndome a la sala de estar—. ¿Quiere tomar algo?

—No —respondí—. Quiero decir que no, muchas gracias.

Se volvió hacia su esposa.

—Querida, ¿me traerías un expreso? ¿Y otro para nuestra invitada?

Giulietta besó a su marido en la mejilla y entró en la cocina.

D'Angelo se frotó los muslos.

—Lo siento, pero es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para recuperar el libro. —Aún sonreía pero por educación, no de contento, como hace la gente en Occidente—. Ya se lo he entregado a Feltrinelli. Y le ha entusiasmado y ha decidido publicarlo.

Lo miré con incredulidad.

—Pero sólo hace unos pocos días que Borya se lo dio.

Él se rio demasiado fuerte para mi gusto.

—Salí en el primer tren a Berlín Oriental. Bueno, en realidad fueron dos trenes, un avión y una caminata tan larga que tuve que comprarme unos zapatos nuevos cuando llegué. El *signor* Feltrinelli voló hasta allí para reunirse conmigo. Lo pasamos muy...

—Debe recuperar el manuscrito.

—Lo siento, pero eso es imposible. Ya han empezado a traducirlo. El mismo Feltrinelli dijo que sería un crimen no publicarlo.

—¿Un crimen? ¿Qué sabe usted de crímenes? ¿Qué sabe de castigos? El crimen es que Borís lo publique fuera de la URSS. Tiene que comprender lo que ha hecho.

—El señor Pasternak me dio su autorización. Yo no era consciente del peligro. —Se levantó y fue a buscar el maletín que tenía en el vestíbulo. Dentro había un cuaderno de cuero negro—. Mire, esto es lo que escribí el día que fui a verlo a Peredélkino. Sus palabras me parecieron muy elocuentes.

Miré la página abierta. En ella, D'Angelo había anotado: «Aquí tienen *El doctor Zhivago*. Que recorra el mundo».

—¿Lo ve? Me dio permiso. Además...

Noté que el italiano sentía algo de culpabilidad antes de continuar:

—Aunque quisiera traerlo de vuelta, ya está fuera de mi alcance.

Y estaba también fuera del mío. Borya le había dado su autorización y me había ocultado que lo había hecho. *El doctor Zhivago* había salido del país y todo se había puesto en marcha. Lo único que me quedaba por hacer era seguir adelante con los planes para que lo publicaran en la URSS antes de que Feltrinelli lo publicara en el extranjero. Sólo así podríamos salvarnos.

Borya firmó el contrato con Feltrinelli un mes después. Yo no estuve presente. Tampoco su mujer, quien, por primera vez, estuvo totalmente de acuerdo conmigo: la publicación de la novela sólo podía traernos desgracias.

Él me dijo que creía que con la presión añadida del extranjero, algún editor soviético la publicaría. No lo creí.

—No has firmado un contrato —le dije— sino una sentencia de muerte.



Hice lo que pude. Supliqué a D'Angelo que presionara a Feltrinelli para que nos devolviera el manuscrito. Y hablé con todos los editores que quisieron recibirme para pedirles que publicaran *El doctor Zhivago* antes de que Feltrinelli lo hiciera.

Había corrido la voz de que los italianos tenían la novela, y el Departamento de Cultura del Comité Central le exigió a Feltrinelli que la devolviera. Por una vez me encontré en el mismo bando que el Estado. Si *El doctor Zhivago* se publicaba, debía hacerse primero en nuestro país. Pero Feltrinelli ignoró nuestros ruegos y, temiendo lo que pudiera ocurrir a continuación, me reuní con el jefe del departamento, Dmitri Alekséyevich Polikárpov, para intentar suavizar su posición.

Polikárpov era un hombre atractivo con quien había coincidido en muchos actos de la ciudad, pero nunca había hablado con él. Llevaba trajes de corte occidental con pantalones con pinzas que rozaban los lados de sus relucientes mocasines negros. Tenía tal fama de intimidador en el mundo literario de Moscú que casi me faltó el aire cuando su secretaria me hizo pasar a su despacho. Sin embargo, antes de sentarme, respiré hondo y solté la petición que había estado ensayando durante el trayecto en tren.

—La única salida es que publiquemos el libro aquí antes de que lo hagan los italianos —argüí—. Podríamos suprimir las partes que consideren antisoviéticas.

Por supuesto, Borya no sabía una palabra de mi negociación. Yo sabía mejor que nadie que él prefería no publicar su novela antes que verla cercenada.

Polikárpov se llevó una mano al bolsillo de la americana y sacó una pequeña lata metálica.

—Imposible. —Sacó dos pastillas blancas y se las tragó sin agua—. *El doctor Zhivago* debe regresar a toda costa. No puede ver la luz tal como está ni en Italia ni en ninguna parte. Si publicamos una versión y los italianos publicaran otra, el mundo se preguntará por qué hemos suprimido ciertas partes. Será una vergüenza para el Estado y para la literatura rusa en general. Su amigo me ha puesto en una situación precaria. —Se guardó la lata en el bolsillo—. Y usted también.

—Pero ¿qué se puede hacer?

—Puede pedirle a Borís Leonídovich que firme el telegrama que le voy a dar.

—¿Qué pone en ese telegrama?

—Que el manuscrito que posee Feltrinelli es un borrador, que el definitivo está a punto de llegar y que deben devolver inmediatamente el original.

Ésa era la amenaza abierta. La velada era que acto seguido me detendrían. Pero yo sabía que Feltrinelli no pararía la publicación aunque recibiera ese telegrama. Borya había acordado con él que sólo se comunicarían en francés, y le había dado instrucciones de rechazar todo lo que le llegara de su parte en ruso. Además, yo sabía que a Borya le avergonzaría firmar un documento así.

—Lo intentaré —dije.

Y lo intenté. Se lo pedí. Le pedí que enviara a Feltrinelli el telegrama en el que le pedía que le devolviera el manuscrito, tal como me había indicado Polikárpov. Le pedí al hombre al que amaba que detuviera la publicación de la obra de su vida. Y cuando lo hice —mientras cenábamos en la casita—, él se limitó a recostarse en su silla. Se llevó una mano a la nuca como si tuviera una contracción muscular y guardó silencio mucho rato. Luego habló.

—Hace años recibí una llamada.

Dejé el tenedor. Sabía adónde quería ir a parar.

—Fue poco después de que detuvieran a Ósip por su poema contra Stalin —continuó él—. Ni siquiera lo había escrito, sólo lo había memorizado, pero hasta eso resultó ser un error grave. Hasta las palabras que uno tenía en la mente podían llevarte al arresto en aquellos tiempos oscuros. Tú eras una niña entonces, no puedes recordarlo.

Me llené el vaso de vino.

—Sé los años que tengo.

—Una noche recitó el poema ante un grupo de amigos en la esquina de una calle. Yo le dije que era un suicidio, pero él no hizo caso, y, cómo no, no tardaron en arrestarlo. Poco después recibí la llamada. ¿Sabes quién era?

—He oído la historia.

—Por supuesto. Pero no de mí.

Iba a llenarle la copa, pero él me detuvo con un gesto.

—Stalin empezó a hablar sin saludarme, reconocí de inmediato su voz. Me preguntó si Ósip era amigo mío, y, si lo era, por qué no había solicitado su liberación. No tenía ninguna respuesta, Olya. Pero en lugar de defender la libertad de Ósip, puse excusas. Le dije al jefe del Comité Central que si hubiera intercedido por Ósip, mi petición nunca habría llegado a sus oídos. Stalin me preguntó entonces si creía que Ósip era un maestro y le respondí que eso no venía al caso. ¿Sabes qué hice después?

—¿Qué, Borís? Cuéntamelo.

Apuré el vaso.

—Cambié de tema. Le dije a Stalin que hacía mucho que quería tener una conversación seria con él sobre la vida y la muerte. ¿Y sabes cómo respondió?

—¿Cómo?

—Colgando.

Di vueltas a un guisante en el plato con un lado del tenedor.

—Pero ¿qué tiene que ver esto con tu novela? Eso ocurrió hace años. Stalin ha muerto.

—Siempre me he arrepentido de lo que hice. Mejor dicho, de lo que no hice. Se me dio la oportunidad de defender a mi amigo, de salvarlo, y no la aproveché. Fui un cobarde.

—Nadie te culpa de...

Borya golpeó la mesa con el puño, haciendo tintinear los platos y los cubiertos.

—No volveré a amedrentarme.

—Esto no es lo mismo...

—No es la primera vez que me piden que firme una carta.

—Ésta es distinta. Feltrinelli ya sabe que tiene que ignorar todo lo que le llegue de ti que no esté escrito en francés. Así lo habéis acordado. No será una mentira. Sólo es una medida de protección.

—No necesito protección.

Mi indignación aumentó.

—¿Y yo, Borís? ¿A mí quién me protegerá? —Guardé silencio un momento antes de soltarlo todo—. Ya me mandaron una vez al Gulag. Por ti.

Nunca lo había culpado directamente de mi detención y él pareció horrorizado. Se lo repetí:

—Me mandaron allí por ti. ¿Quieres ser responsable de que lo hagan de nuevo?

Borís volvió a guardar silencio.

—¿Y bien? Responde.

—Debes de tener muy mala impresión de mí —respondió por fin—. ¿Dónde está?

Fui al dormitorio y regresé con el telegrama de Polikárpov. Él lo cogió y, sin leerlo, lo firmó. Lo envié a Milán a primera hora de la mañana y a continuación escribí a Polikárpov para decirle que lo había hecho.

Borya y yo no hablamos del telegrama después de eso, y al final no cambió nada. Feltrinelli no hizo caso, como sabíamos que ocurriría, y fijaron la fecha de la publicación de la novela en Italia para comienzos de noviembre.

Yo lo intenté todo, pero no bastó. *El doctor Zhivago* era un tren que circulaba a una velocidad imposible de detener.

# OCCIDENTE



Otoño de 1957-agosto de 1958



~~La aspirante~~  
LA RECADERA

Sally Forrester llegó un lunes. Yo había ido con el equipo de mecanógrafas al Ralph porque Norma me lo había pedido. Sabía que sólo le interesaba conseguir la primicia sobre mi relación con Teddy, pero acepté cuando se ofreció a invitarme a una hamburguesa con un batido de chocolate, aunque sabía que en mi escritorio me esperaba un Wonder Bread de atún reblandecido.

El reservado que solía ocupar el equipo de mecanógrafas era un poco estrecho, así que me senté con mis largas piernas vueltas hacia el pasillo. En cuanto pedimos algo, Norma me bombardeó a preguntas.

—Vamos, Irina. Lleváis saliendo... ¿cuánto, un año? Y no nos has contado nada. No sabemos nada...

—Ocho meses.

—Yo me prometí con David cuando llevábamos tres —dijo Linda.

Sonreí cortésmente. El hecho era que Teddy y yo nos habíamos convertido en una pareja de verdad sin que yo me diera cuenta siquiera. Nuestra primera cena en el Rive Gauche nos había llevado a una cena y un cine el siguiente fin de semana, y eso a una cena con baile que nos llevó a su vez a una cena en la enorme casa de sus padres en Potomac. Teddy me presentó como su novia y, sin querer herir sus sentimientos, yo no lo corregí, ni siquiera con el paso de los meses. Tal vez porque nos llevábamos bien, o porque a mamá le cayó genial y él tenía un conocimiento de la cultura rusa y un dominio del idioma impresionantes. «¡Hablas ruso mejor que mis primos, y eso que ellos nacieron allí!», le había dicho ella.

Además, en su compañía me sentía tan cómoda como siempre había deseado estar con un amigo. Con él no tenía que analizar cada una de mis palabras y actos. Era una amistad, pero yo aún no había perdido la esperanza de que se convirtiera en algo más. Estaba esperando ese rayo, esa descarga eléctrica, ese momento en que me fallarían las rodillas, todos los clichés sobre los que sólo había leído.

También había otras ventajas. A Teddy lo tenían como una joven promesa en la Agencia, un posible miembro de un círculo interno que, como mujer, sólo podía ver desde fuera. Me llevaba a las cenas de los domingos en Georgetown y a los elegantes cócteles en el hotel Hay-Adams. Y no me mandaba a hablar con el resto de las esposas y de las novias; me integraba en sus conversaciones con hombres y me apretaba la mano cuando se sentía orgulloso de algo que yo había dicho.

Teddy era católico y nunca me presionó para que hiciera algo que no quería hacer. No estaba en contra de tener relaciones sexuales antes del matrimonio —había perdido la virginidad con una profesora sustituta en su último año en la escuela preparatoria y tuvo tres parejas más en la

universidad—, pero respetaba mis límites. Yo tampoco estaba en contra de tener relaciones sexuales antes del matrimonio, aunque le había dejado creer que era más mojigata de lo que realmente era. Teddy no lo sabía, pero yo no era virgen. Había perdido, o mejor dicho, regalado, mi virginidad a un amigo en tercero de carrera. Quería sacármela de encima y lo invité a mi dormitorio un día que mi compañera de cuarto no estaba. En cuanto entró, le pregunté si quería acostarse conmigo. El pobre se quedó tan desconcertado que al principio intentó disuadirme, pero cedió cuando me quité la blusa.

Yo siempre había abordado el sexo como lo haría un antropólogo. En lugar de fijarme en mí misma, me interesaba más observar al hombre y sus reacciones. Y la reacción de Teddy al tocarme me gustó aún más de lo que me hizo sentir él. Su deseo contenido hizo que me sintiera poderosa y eso fue una revelación. Teddy era todo lo que debería haber esperado... y más.

Las preguntas de Norma se detuvieron cuando Sally entró en el Ralph.

Linda nos puso sobre aviso abriendo mucho los ojos.

—¿Quién es ésa?

Me volví al mismo tiempo que todas.

—Si no quería pasar desapercibida, lo ha conseguido.

El Ralph era un local de clientela fija: el equipo de mecanógrafas que cotilleaba en el reservado del fondo, los veteranos que mojaban las tostadas en huevos fritos en la barra, los universitarios que estudiaban en las mesas redondas después de pedir sólo un café o un batido de chocolate y algún que otro abogado o cabildero que llevaba allí a sus clientes cuando quería ir de incógnito. Cualquiera recién llegado al Ralph llamaba la atención de las mecanógrafas, pero esa mujer la pedía a gritos.

Judy fingió que sacaba algo del bolso.

—Me suena...

Marcos ya había salido de detrás del mostrador y señalaba a la mujer todos y cada uno de los pasteles de la vitrina. Athena se apoyó en la caja registradora con los ojos fijos en su marido, que no apartaba los suyos de la mujer. Era de mediana estatura, aunque con los tacones ganaba unos centímetros. Parecía joven, pero con el abrigo hasta la rodilla azul brillante con forro de seda roja y cuello de piel de zorro se veía demasiado sofisticada para estar aún en la veintena. Tenía el cabello de un pelirrojo intenso y lo llevaba ondulado en unos tirabuzones perfectos; tenía el tipo de cabello que te invita a pronunciar el color en voz alta.

El mío, en cambio, era del color de una galleta de avena poco cocida.

—¿Será la mujer de algún político? —preguntó Norma.

—¿Y qué hace en el centro a estas horas? —añadió Linda, que se limpió el ketchup de la comisura de la boca con una punta de la servilleta.

—Además —saltó Kathy—, esos tacones no los llevaría la mujer de un político.

Judy sostenía una patata frita a modo de cigarrillo.

—Ni que lo digas.

—¿Será famosa? —pregunté.

Desde donde yo estaba sentada, la mujer podría haber pasado por Rita Hayworth, pero cuando se volvió y pude verla mejor, me di cuenta de que no se parecía en nada; su belleza era muy personal.

—Mmm —evaluó Linda—. ¿Salía en esa película que prohibieron? ¿*Baby Doll*?

—Estás pensando en Carroll Baker —le dije—. Es rubia, pero supongo que podría haberse teñido.

—Demasiado mayor —objetó Kathy.

—Demasiadas curvas —señaló Judy al mismo tiempo.

Norma se lamió un pegote de mostaza de un dedo.

—Ésa no es Carroll Baker. ¿No es la que salía en el anuncio de Garfinckel? Ya sabes, la que tiene los... —bajó la voz— añadidos mágicos.

—No parece que los necesite —dije yo, pero me tapé la boca cuando el equipo de mecanografía se echó a reír.

La mujer señaló una tartaleta de cerezas y Marcos metió dos en una caja. Ella le guiñó un ojo mientras pagaba a Athena. Se volvió para irse, pero no sin antes inclinar rápidamente la cabeza hacia nuestra mesa. Todas miramos hacia otro lado, fingiendo que no habíamos estado observándola.

Ésa fue la primera vez que vi a Sally Forrester, antes de saber su nombre.

La segunda fue en la sede central. Volvimos del Ralph y allí estaba ella, charlando con Anderson en la recepción. Anderson, que generalmente nos saludaba con alguna alusión a las calorías que acabábamos de ingerir durante el almuerzo, no nos prestó la menor atención cuando pasamos por su lado para dirigirnos a nuestros escritorios.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Judy.

—Tal vez sea alguien importante —insinuó Norma.

—¿Una de las chicas de Dulles? —preguntó Linda con una sonrisa.

Los devaneos del jefe de los espías no eran ningún secreto y sus aventuras amorosas se contaban por docenas. Incluso se rumoreaba que había recurrido al equipo de mecanografía. Pero si eso era cierto, ninguna de nosotras lo reconoció.

—Si lo fuera no estaría en la RS con Anderson —dijo Gail.

Anderson se había comido una de las tartaletas de cereza de la mujer, como evidenciaba una gota de gelatina en su chaleco azul claro. Se apoyó en el mostrador de recepción, dándose aires de importancia o aparentando despreocupación en un triste intento de coqueteo. Pero la mujer no puso los ojos en blanco como habríamos hecho nosotras. Sólo sonrió, rio y le tocó el brazo.

Luego se quitó el abrigo azul y se lo dio a Anderson, que se lo puso en el brazo como un camarero. Debajo llevaba un vestido de lana color malva con un cinturón trenzado dorado. Bajé la vista hacia la parte delantera de mi vestido azul marino y vi en el centro de la pechera una mancha, restos de dentífrico que creía que había sacado esa mañana. Abrí el cajón inferior de mi escritorio y saqué la chaqueta marrón que guardaba para cuando fallaba la calefacción del edificio. Qué horror, pensé, poniéndomela y enrollándome las mangas.

—¿Una mecanógrafa nueva? —preguntó Gail.

—No —dijo Kathy—. Ya no hay cupo con la rusa.

—Rusa estadounidense —la corregí.

Judy me tiró una goma rota.

—Ve a averiguarlo, Anna Karenina.

Pero Anderson y la pelirroja ya se estaban acercando a nosotras. Él iba primero, señalando aspectos prosaicos de la oficina como que a la fotocopidora «le falta un año para que la vendan al público» y que el dispensador de agua proporcionaba «agua caliente y también fría». Llegaron a mi escritorio antes que a ninguno.

—Sally Forrester —me dijo la mujer, tendiéndome la mano.

Se la estreché.

—Sally.

—¿Tú también te llamas Sally?

—Se llama Irina —dijo Anderson por mí.

Sally sonrió de nuevo.

—Encantada.

Asentí como una tonta y no me dio tiempo a decir que yo también lo estaba, porque habían seguido andando para estrechar la mano de cada integrante del equipo.

—La señorita Forrester es nuestra nueva recepcionista a media jornada —nos informó Anderson a todas—. Estará en la oficina de vez en cuando, ayudando en lo que sea necesario.

Despachamos en el aseo de mujeres.

—¡Qué ropa!

—¡Qué peinado!

—¡Qué apretón de manos!

El apretón de manos de Sally había sido firme. No como el de algunos de los hombres que te aplastan los dedos, pero lo suficiente como para que nos llamara la atención.

—Firme pero sin excederse —dijo Norma—. Así son los apretones de manos de los políticos.

—Pero ¿por qué está aquí?

—¿Quién sabe?

—Bueno, yo sólo sé que no ponen a mujeres como ella detrás de un mostrador de recepción —dijo Norma—. Y si lo hacen, es por algo.

Después del trabajo, volví a casa por el camino largo para pasar por Hecht. Su sofisticado escaparate era mi favorito en la ciudad: maniqués con mono de esquiar en lo alto de una pequeña colina de nieve hecha con algodón en la temporada de invierno, buscando huevos de Pascua con unos bonitos vestidos de colores pastel en primavera o tumbadas en bikini junto a una piscina de celofán azul en verano.

Al pasar por delante vi a un hombre con una cinta métrica en el bolsillo trasero que colocaba un trío de maniqués vestidas de brujas detrás de un caldero de plástico negro. Me dije que sólo iba a mirar el escaparate y pasaría de largo. Cuando entré, me dije que sólo iba a curiosear. Cuando comencé a curiosear, me dije que sólo miraría a ver si había algo asequible que no pareciera de confección casera, algo que pudiera llevar Sally Forrester.

Deslicé las manos por los percheros, tocando las prendas de seda y lino y recorriendo con un dedo la costura perfecta de una falda. Si mi madre hubiera estado conmigo, me habría mostrado que las máquinas de coser conseguían esa uniformidad a bajo costo y que, con el tiempo, las costuras se desgastarían, los botones se caerían y, al final, el comprador mal informado que había comprado la falda por un precio excesivo acudiría a ella para que se la arreglara. Habría levantado un dedo calloso de tanto coser y me habría dicho que no había nada que sustituyera el trabajo duro.

Cuando me llevé al pecho una blusa roja y una bufanda estampada de cachemir roja y blanca debajo del cuello de Peter Pan, una dependienta me preguntó si necesitaba ayuda.

—Sólo estoy mirando.

Las dependientas me intimidaban. Por eso casi nunca iba a los grandes almacenes... bueno, por eso y porque nunca tenía dinero que gastar.

—Es una blusa preciosa —continuó la vendedora.

Iba vestida con una falda negra ajustada y con vuelo y una blusa blanca, y llevaba el flequillo levantado en un arco sobre la frente.

—Le sentaría de maravilla. ¿Quiere probársela?

Me arrebató la percha de las manos antes de que pudiera responder y la seguí hasta el probador. Ella dejó la blusa en el colgador.

—Avíseme si necesita otra talla.

Antes de desvestirme, miré el precio. No podía pagarla, pero me quedé unos minutos allí para hacerle creer que al menos me la había probado. Le diría que el rojo no me favorecía. Pero cuando abrí la puerta, me sorprendí anunciando:

—Me la quedo.

Mamá me avasalló con preguntas cuando entré por la puerta.

—¿Dónde te has metido? ¿Has quedado con Teddy? ¿Aún no te ha pedido que te cases con él?

Cada vez que mamá sacaba a Teddy en una conversación, me sentía incómoda.

—Estaba dando una vuelta.

—¿Habéis roto? Sabía que te dejaría.

—¡Mamá! Sólo me apetecía dar un paseo.

—¡Pues qué largo! Últimamente das unos paseos larguísimos. Sabe Dios lo que estarás tramando.

—Tú no crees en Dios.

—No importa. No deberías pasear tanto. Ya estás demasiado flaca. Además, ¿quién tiene tiempo para pasear? Quería que me ayudaras a terminar los adornos con cuentas del vestido para el baile de graduación de la señorita Halpern. Es una gran oportunidad para introducirme en el mercado de las adolescentes estadounidenses. Hago un vestido para la señorita Halpern y todas sus amigas lo ven y quieren uno para ellas. Y lo siguiente es que hay un vestido de Vestidos USA y Más para Ti en *American Bandstand* junto al guapo de Richard Clark.

—¿Dick Clark?

—¿Quién?

Me senté a su lado en la cocina, con cuidado de poner el bolso debajo de mis pies para que no viera el papel de seda que sobresalía por la cremallera.

—Espera —le dije—. Conozco ese vestido. Es de gasa amarilla, ¿verdad?

—No le sienta bien a una chica tan pálida, pero ¿quién soy yo para opinar?

—Ese vestido no tiene muchas cuentas. Sólo unas pocas en los tirantes. Puedes tenerlo listo en una hora.

En lugar de responder, mamá se levantó de la mesa.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Se volvió y me miró con el ceño fruncido.

—Sólo estoy cansada.

Al día siguiente me puse mi blusa roja nueva para ir a trabajar, pero la escondí debajo de un suéter beige de gran tamaño antes de salir. Mamá no la vio, pero sí comentó algo sobre el jersey.

—¿Vas a llevar eso tan viejo y feo? —preguntó.

Luego fingió que miraba por una de las medias ventanas de nuestro sótano.

—¿Está nevando? No vas a esquiar, ¿verdad?

—Vuelves a ser tú misma.

—¿Quién iba a ser si no?

La besé en la mejilla y salí corriendo.

Sudando, esperé a llegar a la parada del autobús para quitarme el suéter. Sostuve el abrigo entre los muslos y me retorcí para sacármelo. Una mujer que pasaba con sus dos hijos, que iban vestidos con el uniforme escolar de un centro católico, me miró mal. Hasta que estuve en el autobús no me di cuenta de que llevaba la blusa desabrochada y se me veía una parte del sujetador.

El ascensor se abrió y salí a la recepción con el abrigo en el brazo, los hombros echados hacia atrás y mirando al frente en lugar de hacia el suelo en un intento de transmitir que era tan alegre y estaba tan segura de mí misma como la mujer del anuncio del desodorante Ban Roll-On. Lancé una mirada al mostrador, lista para saludar a Sally, pero me llevé un chasco al ver a la recepcionista habitual.

—Bonita blusa —dijo—. El rojo te favorece.

—Gracias. La compré en rebajas.

Siempre hacía lo mismo. Si alguien elogiaba mi nuevo corte de pelo, yo le decía que no estaba segura del largo. Si alguien me felicitaba por una idea que había tenido o se reía con una broma que había hecho, yo se la atribuía a otra persona.

Sally no vino al día siguiente ni tampoco al otro. Cada vez que salía del ascensor, me preparaba para verla; pero ella seguía sin aparecer. Y no fui la única que se dio cuenta. El equipo de mecanógrafas interpretó su ausencia como una prueba de que tenía otro cometido en la Agencia.

—Conque recepcionista de media jornada... —dijo Norma.

Me reí con las demás, aunque no pude evitar preguntarme qué dirían de mí a mis espaldas.

Después de una semana aún me sorprendía pensando en ella. Algo relacionado con Sally Forrester persistía en mí.

Al cabo de otra semana ya había renunciado a volver a verla. Hasta que un día se abrió el ascensor y allí estaba, sentada detrás del mostrador de recepción garabateando algo en una libreta amarilla. Me saludó con una mano y fingí un ataque de tos para ocultar que me había puesto colorada.

Me senté a mi escritorio y me puse a trabajar inmediatamente, prohibiéndome mirar en su dirección. Aun sin mirarla, sentí su presencia durante toda la mañana. Cuando me levanté para ir al aseo fui muy consciente de cómo me movía, lo erguida que mantenía la cabeza y el aspecto que tenía al cruzar la RS. Era como si me viera a través de la mirada de otra persona. Entonces sucedió: ella me habló. Pensé que no se estaba dirigiendo a mí, pero era mi nombre el que había pronunciado.

—Ay, no sabía que hablabas conmigo —le dije en lugar de saludarla.

—¿Hay muchas Irinas en la RS?

—No creo. No. Quizá.

—Es broma. De todos modos, estaba pensando que podríamos comer juntas, puesto que soy nueva aquí. Así me cuentas cómo funcionan las cosas.

—Me he traído la comida. Atún. —«Basta», me dije.

—Guárdalo para mañana.

Se arrancó una pelusa de la pechera de su suave suéter verde limón y añadió:

—Enséñame lo que vale la pena de este lugar.

Echamos a andar hacia la Casa Blanca, y aunque era Sally quien me había preguntado adónde podíamos ir, me guiaba ella.

—Conozco una charcutería estupenda que está aquí cerca. Algo insólito en Washington, créeme. Cortan el jamón finísimo y lo apilan en montones de quince centímetros. Sólo lo sabe la gente de aquí, y nadie es realmente de aquí, no sé si me explico. ¿Tienes que volver pronto? Hay que andar un poco más.

—Nos dan una hora para comer, así que nos quedan unos cuarenta y cinco minutos, tal vez menos.

—¿Crees que los hombres miran el reloj mientras toman copas en lugar de comer?

—No, pero...

Guardé silencio demasiado rato y Sally giró sobre sus talones como para regresar a la oficina.

—No. Vamos —dije.

Ella entrelazó el brazo en el mío.

—Así se hace.

Yo notaba las ávidas miradas que nos lanzaban los hombres cuando pasábamos por su lado. Incluso algunas mujeres miraban en nuestra dirección. Yo iba con ella. Me gustaba ir con ella. Todo a mi alrededor se volvió borroso, como si ya no estuviéramos en la ciudad: dejaron de oírse los incesantes bocinazos de los automóviles, los chirridos de los autobuses y el estruendo de los martillos neumáticos. Era un jueves al mediodía y el mundo se desaceleraba sobre su eje.

Pasamos junto a un autobús turístico que esperaba en un semáforo y alcancé a oír la voz del guía amplificadora por el micrófono mientras señalaba a los pasajeros la famosa Casa del Octágono. Para mi sorpresa, Sally los saludó con la mano y le devolvieron con entusiasmo el saludo. Uno le hizo una foto. Ella se puso una mano detrás de la cabeza para posar.

—Sigo sin acostumbrarme a esta ciudad —dijo—. Todos acuden en manada a la sede del poder.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Voy y vengo.

Doblamos por un callejón perpendicular a la calle P en el que nunca me había fijado. A ambos lados había unas casas estrechas de piedra rojiza con las chimeneas cubiertas de hiedra. Se acercaba Halloween y los vecinos habían decorado los setos con telarañas de algodón, habían colgado unos gatos negros de papel y unos esqueletos con articulaciones móviles en las ventanas y en las escalinatas de las entradas descansaban unas calabazas que aún estaban por tallar. La charcutería estaba en la esquina. Encima de la puerta colgaba un rótulo de azulejos blancos y verdes: FERRANTI'S.

Sonaron unas campanillas cuando la abrimos. El dueño, un hombre tan largo y delgado como las salchichas secas que colgaban del techo, dio una palmada en un saco de harina de sémola y creó una pequeña nube.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —preguntó.

—En algún lugar esperando una frase mejor que ésta —respondió Sally.

El hombre le estampó dos besos largos y húmedos en las mejillas.

—Te presento a Paolo.

—¿Y quién es esta exquisita criatura? —preguntó Paolo.

Tardé un momento en darme cuenta de que hablaban de mí. Sally apartó mi mano extendida con una bofetada juguetona.

—¿Qué me das si te lo digo?

Paolo levantó un dedo y desapareció en la trastienda. Salió con dos sillas de madera que colocó en el pequeño espacio entre la cristalera y los estantes llenos de latas de tomate, tarros de cristal con aceitunas verdes brillantes y paquetes de fideos amontonados.

—¿Sin mesa? —preguntó Sally.

—Paciencia.

Volvió a desaparecer y regresó con una mesa redonda lo suficientemente grande como para acomodar a dos personas. Como si fuera un truco de magia, se llevó una mano detrás de la espalda y sacó un pequeño mantel a cuadros rojo y blanco. Lo extendió sobre la mesa y nos indicó por señas que tomáramos asiento.

—¿Cómo, sin velas?

Paolo levantó las manos.

—¿Qué más? ¿Servilletas de hilo? ¿Tenedores para ensalada? —Señaló el techo—. ¿Quizá debería invertir en una pequeña lámpara de araña?

—Eso sería un comienzo, pero en realidad nos llevaremos la comida. Es un pecado estar aquí dentro en un día de otoño tan bonito.

Él fingió limpiarse una lágrima con la esquina del delantal.

—¡Qué decepción! Pero lo entiendo perfectamente. —Apartó una rueda de queso recubierta de cera para ver mejor por la ventana—. Yo también saldría si pudiera. Puede incluso que cierre temprano y me una a vosotras con un sándwich. ¿En el Estanque Reflectante? ¿La Cuenca Tidal?

—Lo siento, pero es un almuerzo de negocios.

—Así es la vida.

Pedimos dos sándwiches, uno de pavo y queso con pan de centeno y un pepinillo sacado de un barril para mí, y otro de *tapenade* de aceitunas y un tipo de carne del que nunca había oído hablar en una baguette para Sally. Paolo nos los dio en una bolsa de papel marrón. Nos despedimos, pero mientras nos íbamos, me volví y dije:

—Me llamo Irina.

—¡Irina! Sally no ha cumplido su parte del trato, ¿no es cierto? Qué nombre más bonito. ¿Te veré pronto con Sally?

—Sí.

Caminamos otros quince minutos, sin pensar en el tiempo que nos quedaba para almorzar. Sally se detuvo al pie de un edificio enorme en la Decimosexta en el que nunca me había fijado. Parecía sacado del antiguo Egipto. Dos esfinges gigantes flanqueaban la escalera de mármol que conducía a una gran puerta marrón.

—¿Un museo? —pregunté.

—La Casa del Templo. Ya sabes, una especie de sociedad secreta masónica. Estoy segura de que ahí dentro hay un montón de sombreros divertidos, se escuchan cánticos y hay velas encendidas. Pregunta a algunos de los hombres con los que trabajamos. Para mí, estos escalones son el lugar perfecto para comer y ver pasar el mundo.

Mientras comíamos me sentí más cómoda, aunque todavía era muy consciente de su presencia. Sally terminó su sándwich y se limpió las comisuras de la boca. Comía casi el doble de rápido que yo.

—¿Te gusta el equipo de mecanógrafas?

—Creo que sí.

Abrió el bolso y sacó una barra de carmín y una polvera. Apretó los labios.

—¿Me he manchado los dientes?

—No, te ha quedado perfecto.

—Entonces ¿te gusta?

—El rojo te sienta muy bien.

—Me refiero al equipo.

—Es un buen trabajo.

—¿Te gusta escribir a máquina o prefieres lo otro?

Noté cómo en la garganta se me formaba un nudo que me bajaba hasta el estómago. Me volví hacia ella con lo que pretendía ser una cara inexpresiva, aunque debí de exteriorizar mis nervios.

—No te preocupes —dijo, poniendo una mano sobre la mía.

Tenía las manos muy suaves y las uñas pintadas del mismo tono rojo del carmín.

—Tú y yo somos iguales. Bueno, casi.

—¿A qué te refieres?

—Anderson me lo dijo cuando volví a enrolarme, pero en realidad no hizo falta. Desde el momento en que nos conocimos, me di cuenta de que tú eras diferente.

Miré a un lado y a otro, y a mi espalda.

—¿Tú también entregas mensajes?

—Más bien los envió. —Me apretó la mano—. Las chicas debemos mantenernos unidas. No somos muchas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.



Al día siguiente de nuestro almuerzo en los escalones de la Casa del Templo, Anderson me informó de que en lugar de reunirme con Teddy como había estado haciendo hasta entonces, Sally continuaría mi entrenamiento.

—¿Sorprendida? —preguntó.

—Sí —dije mordiéndome el labio para no sonreír.

Un día después me encontré a Sally frente a las puertas de hierro negro de la Agencia, pintándose los labios en el retrovisor de un Studebaker amarillo pálido. Estaba impecable con una capa de lana de cuadros escoceses y unos guantes largos y negros de piel de becerro. Me vio acercarme por el retrovisor y se volvió, con sólo el labio inferior pintado.

—Parece que ahora sólo estamos tú y yo, niña —dijo apretando los labios—. Demos un paseo.

Mientras nos abríamos paso por Georgetown, Sally me fue señalando las casas señoriales de algunos de los mandamases de la Agencia.

—Dulles vive allí arriba —dijo refiriéndose a una casa de ladrillo rojo tapada por un muro de arces—. ¿Y ves esa grande con las persianas negras que está enfrente? Es la antigua casa de Wild Bill Donovan que compraron los Graham. Frank vive al otro lado de Wisconsin. Todos están a un tiro de piedra unos de otros.

—¿Dónde vives tú?

—En esta misma calle.

—¿Para vigilar a los hombres?

Ella se echó a reír.

—¡Muy lista!

Giramos a la izquierda por Dumbarton Oaks y recorrimos el serpenteante camino del parque hacia los jardines. Al bajar los escalones de piedra, Sally tiró de una rama de glicina muerta que colgaba del cenador de madera.

—En primavera, este lugar huele de maravilla. Abro las ventanas y espero a que sople la brisa.

Caminamos hasta la piscina, que ya habían vaciado para el invierno. Nos sentamos en un banco frente a un anciano que hacía un crucigrama en su silla de ruedas junto a su cuidador, de cara lechosa. Al otro lado, dos madres jóvenes con unos abrigos rojos con cinturón casi idénticos fumaban y charlaban mientras sus hijos pequeños, un niño y una niña, tiraban piedras a la piscina, gritando de alegría cuando caían en el pequeño charco del fondo. Cerca de la fuente de la cabecera de la piscina había un joven pensativo sentado en una silla de hierro negro leyendo *The Hatchet*.

—¿Ves a ese hombre de allí? —preguntó Sally sin mirar.

Asentí.

—¿Qué puedes decir de él?

—¿Universitario?

—¿Qué más?

—¿Universitario con corbata de broche?

—Buen ojo. ¿Y qué crees que significa esa corbata de broche?

—¿Que no sabe hacerse el nudo?

—¿Y qué significa eso?

—Que nadie le ha enseñado.

—¿Y?

—Que no tiene padre. Quizá viene de una familia poco acomodada. Está claro que no tiene una novia o una madre que le diga que esas corbatas son ridículas. Puede que no sea de la ciudad. ¿Un becario, tal vez?

—¿De dónde?

—Teniendo en cuenta dónde estamos, de Georgetown. Pero viendo el periódico que está leyendo, me inclinó más por la George Washington.

—¿Qué estudia?

Miré al hombre: corbata de broche, remolino en el cabello, chaleco de lana marrón, zapatos de cuero marrón opaco, un Pall Mall entre los dedos, las piernas cruzadas, el pie derecho moviéndose en círculos lentos.

—Podría ser cualquier cosa, la verdad.

—Filosofía.

—¿Cómo lo sabes?

Sally señaló la mochila de cuero abierta y el libro que asomaba de ella: Kierkegaard.

—¿Cómo se me ha pasado?

—Las cosas obvias son las más difíciles de detectar.

Sally estiró los brazos por encima de la cabeza para quitarse la capa, y los huecos que se formaron entre los botones de su blusa dejaron ver encaje negro.

—¿Quieres probar con otro?

Desvié la mirada.

—Claro.

Dije que las madres eran amigas de la infancia que se habían distanciado después de casarse y tener hijos.

—Por la forma en que se sonríen —le dije a Sally—. Como si estuvieran tratando de forzar alguna relación antigua.

El anciano era viudo y estaba claramente enamorado de su cuidador, que no compartía sus sentimientos. Cuando apareció un jardinero y arrancó con delicadeza varias hojas de la fuente, sugerí que trabajaba allí desde los tiempos en que los jardines eran propiedad de la familia Bliss, que tal vez era el único empleado que habían mantenido.

—Eso explica su diligencia —concluí.

Sally asintió.

¿Formaba parte de mi entrenamiento? De ser así, ¿para qué me estaba entrenando Sally exactamente? No podíamos confirmar lo que habíamos intuido de esos desconocidos. ¿Qué importaba entonces?

—¿Cómo podemos saber si tenemos razón? —pregunté cuando acabamos de examinarlos a todos.

—No se trata de tener razón. Se trata de saber lo suficiente como para decidir con rapidez qué tipo de persona es alguien. Las personas dan mucha más información sobre sí mismas de lo que se imaginan. Va mucho más allá de su forma de vestir o de su aspecto. Cualquiera puede ponerse un vestido bonito de lunares azul y blanco y agarrar un Chanel, pero eso no significa que se haya convertido en otra persona.

Me sonrojé ante la mención del atuendo que llevé en el *Mayflower*.

—El cambio va por dentro y se refleja en cada movimiento, cada gesto, cada tic facial. Hay que tener cierta psicología para determinar cómo podría actuar alguien en otras circunstancias. — Ella me miró a los ojos—. Y cómo podrías actuar tú misma si tuvieras que convertirte en otra persona. Todo cambiaría: el modo de sostener el cigarrillo, de reírte o sonrojarte al oír la mención de un bolso Chanel. —Me tocó el hombro—. ¿Me sigues?

—Empieza por dentro —dije.

—Exacto.

Continuamos con el entrenamiento. Todos los días nos reuníamos después del trabajo y durante unas caminatas por la ciudad que cada vez eran más largas, Sally me enseñaba todo lo que sabía. Consciente de por qué atraía las miradas, me enseñó a pasar desapercibida. Me indicó la ropa que llamaba menos la atención. «No puede ser demasiado vieja ni demasiado nueva, ni demasiado chillona ni demasiado insulsa.» El color de cabello que no atraía las miradas masculinas: «Se suele pensar que las rubias reciben más atención, pero en realidad son las pelirrojas. Estarás bien siempre que no te pases al platino». Cómo estar de pie: «Ni demasiado erguida ni demasiado encorvada». Qué comer: «Bistec. Medio hecho». Qué beber: «*Tom collins* con limón y hielo extra. No mancha si lo derramas y no sube demasiado».

Entre lección y lección me habló del tiempo que estuvo en la OSE, cómo se introdujo en un mundo de hombres y cómo logró sobrevivir. Me habló de la persona que había sido, una pobre chica de Pittsburgh, y de todas las personas en las que se había convertido desde entonces: una asistente del cuidador de un zoológico, la prima segunda de la duquesa de Aosta, una tasadora de porcelana de la dinastía Tang, la heredera del imperio del chicle Wrigley, una recepcionista.

—Con el tiempo se han vuelto menos creativos.

—¿En quién quieren convertirme a mí? —pregunté.

—Eso no me toca a mí decidirlo, cariño.



Sally se fue de viaje. No me dijo adónde iba y, cuando se lo pregunté, se limitó a responder:

—Al extranjero.

—Sí, pero ¿dónde en el extranjero? —pregunté.

—Al extranjero *extranjero*.

No podía decirme adónde, pero me prometió que me llamaría en cuanto regresara. Esa semana se me hizo eterna y cuando finalmente llamó, contestó mamá. Le arrebaté el auricular de las manos en cuanto la oí decir: «¿Sally? No conozco a ninguna Sally».

Sally fue directa al grano y me invitó a una fiesta de Halloween. Hasta ese momento toda nuestra relación se había basado en el trabajo, de modo que la invitación me pilló por sorpresa. Además, ya había pasado Halloween.

—Pero si fue la semana pasada —dije.

—En realidad es una fiesta post-Halloween.

Cuando le dije que no tenía disfraz, me contestó que ella se encargaría de todo. Quedamos en que nos encontraríamos en una librería de segunda mano que había en Dupont e iríamos juntas desde allí.

La librería era estrecha y sus largos estantes estaban ordenados por temas en lugar de por autores o géneros: Espiritualismo y lo Oculto, Flora y Fauna, Cuestiones de la Tercera Edad, Historias del Mar, Mitología y Folklore, Freud, Trenes y Ferrocarriles, Fotografía del Sudoeste. Llegué antes que ella y recorrí los pasillos buscando la sección de libros en rústica.

—Disculpe, ¿dónde están las novelas? —le pregunté al hombre de aspecto bohemio que había detrás del mostrador.

Señaló hacia el fondo de la tienda sin levantar la vista de su libro.

—¿Tiene hora?

Reaccionó como si le hubiera pedido que me explicara el *Tractatus* de Wittgenstein.

—No llevo reloj.

Para fastidiarlo, le pregunté si podía abrir la vitrina de los libros raros. El hombre suspiró. Cerró el libro, apagó el cigarrillo y se bajó del taburete. Antes de sacar la llave del bolsillo me preguntó si iba a comprar algo.

—¿Cómo quiere que lo sepa antes de verlo?

—¿Qué es lo que quiere ver?

Me volví hacia la vitrina y dije lo primero que vi: *La luz de Egipto*.

—¿Uno o dos?

—¿Cómo dice?

—Qué volumen. El uno o el dos.

—El dos, por supuesto.

—Por supuesto.

Convencida de que Sally no iba a aparecer, divagué sobre mi amor por la arqueología, las pirámides y los jeroglíficos mientras él se ponía unos guantes blancos para coger el libro.

Al final entró Sally con dos bolsas de la compra. El librero se dio una palmada en el muslo con los guantes blancos.

—Sally —dijo.

Ella le ofreció ambas mejillas para que se las besara.

—¿Dónde has estado, querida?

—Aquí y allá —respondió y se volvió hacia mí—. Veo que ya has conocido a mi amiga.

—Por supuesto —dijo él, pero su voz adoptó un tono más cálido—. Tiene un gusto excelente.

—¿Sería amiga mía si no lo tuviera? —Levantó las bolsas—. ¿Podemos usar el baño?

Él se inclinó con las manos juntas sobre el pecho. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—Gracias, cielo —dijo ella.

La seguí hasta la trastienda.

—Lafitte es un pelmazo —me dijo en cuanto cerramos la puerta del aseo, que hacía las veces de armario de conserje.

—¿Lafitte?

—No es su verdadero nombre. Es de Cleveland, pero deja que la gente piense que es de París. Es de los que se va de vacaciones y vuelve con acento, ya sabes.

Asentí como si supiera.

—Aun así, me encanta este sitio —continuó Sally, pasándome una de las bolsas—. Es uno de mis lugares favoritos en esta ciudad con carencias artísticas. ¿Quieres saber un secreto?

—Sí.

—Mi sueño es abrir algún día mi propia librería.

Era difícil imaginar a Sally sentada detrás de un mostrador enfrascada en la lectura de un libro, y quise saber más acerca de esa persona que no se vería fuera de lugar en una alfombra roja de Hollywood pero soñaba con tener una librería. Quería ahondar en ese espacio entre las contradicciones.

Dejó su bolsa en la parte posterior del inodoro y se volvió.

—¿Te importa?

Se apartó los rizos rojos del cuello, y yo agarré la cremallera e intenté bajarla con delicadeza. No cedió. Tomó una bocanada profunda de aire.

—Prueba ahora.

La cremallera descendió y ella se quitó el vestido en un solo movimiento, sin pisar la tela con los tacones. Llevaba una combinación negra y su cuerpo era una versión exagerada del mío. Pero no sentí los celos que me habían provocado las otras chicas en la clase de gimnasia de mi antiguo instituto. Sus cuerpos habían sido una especie de vara de medir: nos desvestíamos y calculábamos rápidamente quién tenía los pechos más grandes, a quién le temblaba la barriga o quién tenía las piernas arqueadas hacia fuera. Viendo a Sally sentí algo del todo diferente. Quería echarle otra mirada, pero me concentré en desvestirme. Ella me pasó una bolsa.

Dentro había un amasijo de tela metálica.

—¿Qué es?

—Ya lo verás.

Me puse el mono y me subí la cremallera. Ella me dio una diadema con dos triángulos peludos de color marrón pegados en la parte superior. Cuando me miré en el espejo, me eché a reír.

—¡Espera! —Revolvió en el bolso—. El toque final.

Y me puso con cuidado una insignia roja de la CCCP sobre el corazón.

—Me habría gustado añadir una pecera a modo de casco, pero no se me ha ocurrido cómo hacer los orificios para que no nos asfixiéramos.

—¿Lo has hecho tú?

—Soy bastante mañosa.

Se unió a mí en el espejo y sacó del bolso la polvera para quitarse el brillo de la nariz.

—Tú puedes ser *Laika*, si quieres —me dijo—. Y yo seré uno de los perros sin nombre que murieron entre las estrellas.

De la casa victoriana de cuatro pisos situada junto a Logan Square llegaba música. Con su escalera con barandilla de hierro y una ventana salediza en la parte delantera, sus ladrillos rojos y su torreta con sombrero de bruja verde salvia, era una de las grandes mansiones de la ciudad por las que había pasado miles de veces, pero nunca había estado dentro de una. Las ventanas estaban abiertas pero las cortinas corridas, y sólo alcancé a ver las siluetas de la gente bailando: personas que no conocía y que no me conocían, personas que podrían pensar que era aburrida o no fijarse en mí. Sentí un hormigueo en las palmas de las manos. Sally debió de notar mi aprensión, porque me enderezó las orejas peludas y me dijo que la fiesta iba a ser divertidísima ahora que yo llegaba.

Una oleada de confianza me inundó mientras ella tocaba el timbre tres veces, esperaba un momento y volvía a tocarlo. Un hombre alto con una máscara negra que le cubría la mitad de la cara abrió la puerta hasta la mitad.

—¿Truco o trato? —le preguntó Sally.

—¿Tú qué prefieres?

—El brócoli.

—¿No es lo que prefieren todos?

El hombre acabó de abrir y nos invitó a pasar y cerró la puerta detrás de nosotras antes de desaparecer entre la multitud.

—¿Era una contraseña? ¿Es una fiesta de trabajo? —pregunté.

—Todo lo contrario.

En lugar de calabazas huecas y un balde con agua para jugar a morder la manzana, la casa estaba decorada como un baile de máscaras gótico. En cada superficie libre había candelabros antiguos con velas negras encendidas y las estanterías empotradas estaban cubiertas de cortinajes de terciopelo también negro. En la mesa del comedor había un surtido de intrincadas máscaras cubiertas de lentejuelas a disposición de cualquiera. Un gran gato siamés con un collar de plumas de avestruz lavanda se deslizaba entre las piernas de los invitados. El primer piso estaba lleno de gente bailando, fumando, picando entremeses o untando pan en cazuelas de fondue.

—¿Qué es eso verde? —pregunté.

—Guacamole.

—¿Qué es?

Ella se echó a reír.

—Leonard lo da todo, ¿verdad?

—¿El hombre que nos ha abierto la puerta?

—No. —Sally señaló a una mujer con un vestido de debutante sureña con cuello de encaje y cinturón rojo—. La Scarlett O'Hara de allí.

Scarlett o Leonard vio a Sally y la saludó.

—Impresionante, como siempre —dijo ella besándole la mano—. Te has superado.

—Lo intento. —Leonard miró a Sally con más detenimiento—. ¿Una alienígena zorruna?

—Somos *Muttniks*, muchas gracias.

—Qué modernas.

—Ya me conoces. —Tiró de mí—. Ésta es Irina.

—Encantado —dijo él, y me besó la mano—. Bienvenida. Bueno, voy a ver qué puedo hacer con esa música espantosa.

Fue al tocadiscos y levantó la aguja. La multitud se quejó.

—¡Paciencia, hijos míos!

Sacó un nuevo disco de su funda y unos momentos después sonaba *Sh-Boom*.

La multitud volvió a quejarse. Sin inmutarse, Leonard condujo al centro de la habitación a un hombre vestido como el monstruo de Frankenstein, con dos carretes de hilo vacíos pintados de negro pegados al cuello. Otras parejas se unieron a ellos y la pista de baile enseguida volvió a llenarse.

Sally se abrió paso hacia la cocina, y una mujer vestida como Annie Oakley la tomó de la mano y la hizo girar. Con las orejas de perro torcidas, Sally regresó con dos vasos de ponche rojo cubierto con sorbete de lima.

—¿Qué tal si tomamos un poco el aire? —me preguntó pasándome uno.

Aparte de las dos mujeres que había sentadas en el columpio del porche, una vestida como Lucille Ball y la otra como Ricky Ricardo, Sally y yo estábamos solas en aquel amplio patio trasero. Caminamos por el césped, con los tobillos de los monos empapados de rocío. El patio estaba decorado con pequeñas luces blancas repartidas entre los altos robles y unos farolillos de papel rojo que colgaban como fruta madura de las ramas inferiores. El cielo estaba anaranjado, la luna era una rodaja de almendra y en algún lugar alguien quemaba hojas.

—¿Qué te parece todo? —me preguntó.

—No tenía idea de que existieran patios como éste en la ciudad.

—Me refiero a todo eso —dijo señalando hacia la casa—. No es la típica juerga.

—¡Me encanta! —exclamé, pero quería decir mucho más.

Sabía que existía un mundo así y al mismo tiempo no tenía ni idea. Y lo que había oído no se parecía en absoluto a aquello. Era como entrar en el armario y salir por primera vez en Narnia.

—Quiero decir que me encanta Halloween.

—A mí también. Aunque lo celebremos una semana después.

—Puedes ser quien quieras.

—Exacto. Me alegro de que Leonard haya organizado la fiesta al final. Para él es una especie de tradición. Y no es de los que desperdician un buen disfraz. Es una pena que se suspendiera el día de Halloween.

—¿Qué pasó?

—Alguien avisó a la policía.

Yo tenía muchas preguntas. El jardín secreto, el mundo secreto... quería saberlo todo, pero decidí esperar. Guardamos silencio, escuchando el ruido del tráfico que circulaba del otro lado de la tapia, un claxon, el lejano gemido de una sirena. Lucy y Ricky volvieron a entrar en la casa abrazadas por la cintura. Sally vio cómo yo los seguía con la mirada.

—Entonces... ¿Teddy Helms? —me preguntó.

—Sí —dije con una punzada de tristeza que no había sentido antes.

—¿Hace cuánto?

—Nueve meses. No, ocho. Casi nueve.

—¿Estás enamorada?

Con la excepción de mamá, la gente nunca me hablaba de un modo tan directo.

—No lo sé.

—Cariño, si no lo sabes a estas alturas...

—Me gusta. Quiero decir que me gusta de verdad. Es gracioso. Inteligente. Muy inteligente.

Y amable.

—Parece que estés leyendo su obituario.

—No —dije—. No quería...

—Lo digo en broma. —Me dio un codazo en las costillas—. ¿Qué hay de su amigo? Henry Rennet. ¿Cómo es?

—No lo conozco tan bien. —No le dije que me parecía un imbécil y que no tenía ni idea de por qué Teddy era su amigo siquiera—. ¿Te interesa?

Imaginé una cita doble: Teddy y yo, Sally y Henry, y sólo de pensarlo se me formó un nudo en el estómago.

Ella me tomó la mano y me la apretó.

—No, querida.

Siguió sosteniéndomela y algo dentro de mí, en un lugar difícil de precisar, floreció.



## LA GOLONDRINA

No era un topo, eso seguro. Hacía unos meses, Frank me había pedido que me formara un juicio sobre Irina y me asegurara de que su ingenuidad no era fingida. No lo era, le dije.

—Estupendo. Queremos que trabaje en el proyecto del libro. Entrénala, Sally. Ya sabes lo que hay que hacer.

Trabar amistad con Irina tal vez fuera un ardid, y entrenarla, parte del trabajo, pero derivó en algo más, algo que me habría aventurado a señalar aunque aún no estaba segura del todo.

El martes siguiente a la fiesta de Leonard —una especie de prueba personal—, me detuve delante de su escritorio y le pregunté si quería ir a ver *La bella de Moscú* después del trabajo. Había querido proponerle ir al cine el domingo por la tarde, pero cuando estaba marcando el número perdí el coraje y colgué.

Fuimos andando hasta el Georgetown Theater al salir de la oficina, e Irina quiso parar en Magruder para comprar chucherías e introducirlas a escondidas en la sala. Yo no comía más que bombones, pero decidí coger una caja de Jujubes por el placer de hacerlo. Irina se decantó por dos cajas de Boston Baked Beans y nos pusimos en la cola para pagar.

—¿Me guardas el sitio un momento? —me pidió.

Volvió al cabo de un minuto con un gran manojó de remolachas.

—Una elección interesante.

—Son para mi madre. Prepara un barril de *borscht* una vez al mes y me ha pedido que vaya al Eastern Market. Está convencida de que las remolachas que le compra a ese anciano ruso son mejores que las que te venden en una de las tiendas de siempre. —Levantó un dedo y añadió con acento ruso—: Vale la pena pagar los cinco centavos de diferencia por la calidad.

Me reí.

—¿Y de verdad las distingue?

—¡No! Siempre las compro en Safeway y las saco de la bolsa antes de llegar a casa.

Pagamos las golosinas de contrabando e Irina guardó las remolachas en el bolso dejando que los extremos verdes sobresalieran. Después de comprar dos entradas nos abrimos paso hasta la sala.

Ver una película era uno de mis mayores placeres y casi siempre optaba por hacerlo sola. Cuando podía permitírmelo iba al cine uno o dos días a la semana. Algunas películas las veía hasta dos o tres veces, sentada en la primera fila de la platea alta, donde podía apoyarme en la barandilla dorada y reposar la barbilla en las manos.

Me fascinaba todo: el letrero de neón rojo del Georgetown, esperar en la cola a que la persona de la taquilla te diera una entrada, el olor de las palomitas, los suelos pringosos, los acomodadores que te guiaban hasta tu asiento con su pequeña linterna. Incluso canturreaba en la

ducha *Let's All Go the Lobby*, que era la letra del anuncio que proyectaban antes de la película para animar a comprar chucherías en el mismo cine. Pero mi parte favorita siempre ha sido el momento que discurre entre que se apagan las luces y empieza la película, ese instante en que el mundo entero parece estar al borde de algo.

Quería compartir todo eso con Irina. Quería saber si ella también se sentía al borde de algo. Cuando bajaron las luces y me miró con los ojos muy abiertos después del rugido del león de la MGM, supe la respuesta.

Tengo un vago recuerdo de la película. En cambio, sí recuerdo que cuando llevábamos un cuarto de hora, Irina abrió el bolso y hurgó en busca de sus Boston Baked Beans entre las remolachas y soltó una palabrota cuando éstas cayeron al suelo. Armó tanto alboroto que un hombre con un puro se volvió para pedir silencio. Me encantó.

También recuerdo que cuando Fred Astaire aplastaba su sombrero de copa al final de su número *Ritz Roll and Rock*, Irina se quedó sin aliento y me tocó la mano.

La apartó enseguida, pero la seguí notando hasta que volvieron a encenderse las luces.

Cuando salimos del cine llovía. De pie debajo de la marquesina, nos quedamos mirando la cortina de agua que caía.

—¿Esperamos a que pare? —le pregunté—. Podríamos cruzar corriendo y tomarnos un ron caliente.

—Será mejor que haga frente al chaparrón. —Dio una palmada en su bolso—. Mamá espera las remolachas.

Me reí, pero sentí una punzada de tristeza.

—Lo dejamos para otro día, entonces.

—De acuerdo.

Irina echó a correr hacia el tranvía turquesa y blanco que estaba parado en la esquina. Se subió a él y vi cómo doblaba la esquina y desaparecía de la vista. Un relámpago recorrió el cielo. Me apoyé en un cartel de *El rock de la cárcel* y empezó a diluviar.

Las semanas siguientes llevé a Irina a mis librerías favoritas, exponiéndole los pros y los contras de cada una y qué cambiaría yo si fuera la dueña. Acudimos al estreno de *West Side Story* en el National y cantamos *I Feel Pretty* a pleno pulmón durante todo el camino de regreso. Fuimos al zoo, pero nos marchamos cuando Irina vio el estrecho surco que una leona había abierto junto a los barrotes de la jaula de tanto caminar de un lado para otro. «Es un crimen», dijo.

En todo ese tiempo no habíamos dejado que un abrazo durara un segundo de más, pero no importaba. Había pasado tanto tiempo que al principio no lo reconocí. Desde mi época en Kandy no había permitido que nadie se acercara a mí tan rápido. Había levantado un muro después de que Jane, una enfermera del Cuerpo de Marina con el cabello de Shirley Temple y unos dientes blancos como la leche, me rompiera el corazón.

En realidad, se me rompió algo más que el corazón. Cuando Jane me dijo que nuestra «amistad especial» terminaría tan pronto como pisáramos de nuevo suelo estadounidense y pasaría a ser una de esas cosas que sucedían durante la guerra, sentí como si se me derrumbara el pecho y me dolieron las piernas, los brazos, la parte superior de la cabeza, hasta los dientes. Me prometí no volver a exponerme de ese modo y prácticamente lo conseguí.

Además, sabía que no había camino que no se topara con un muro. Tenía amigos a los que habían arrestado en sus paseos nocturnos por Lafayette Square y cuyos nombres habían aparecido impresos en el periódico. Tenía amigos a los que habían despedido de sus empleos en el Gobierno y que habían terminado con la reputación destruida y repudiados por la familia. Y amigos que se habían convencido de que la única salida era saltar de una silla con una soga al cuello. El Temor Rojo se había disipado, pero lo había reemplazado uno nuevo.

Aun así, seguí adelante. Continué proponiéndole que comiéramos en Ferranti's, que fuéramos a ver la nueva exposición de arte coreano en la National Gallery o que nos probáramos sombreros y tocados en Rizik's.

Continué tanteando para ver hasta dónde podía llegar antes de tener que dar un paso atrás.

Así que cuando Frank me pidió otro favor, me dije que el trabajo sería una buena distracción, una distracción necesaria.



La noche antes de partir para mi siguiente encargo, puse un disco de Fats Domino y sentí una sacudida de felicidad cada vez que metía algo en mi maleta Lady Baltimore. Después de años de viajes de última hora, había aprendido a ir por el mundo ligera de equipaje: una falda de tubo negra, una blusa blanca, un conjunto de sujetador y bragas color carne, un chal de cachemir para el vuelo, medias de seda negra, mi pitillera de Tiffany, un cepillo de dientes, pasta dentífrica, jabón de rosa Camay, crema facial Crème Simon, desodorante, maquinilla de afeitar, Tabac Blond, un cuaderno, un bolígrafo, mi bufanda Hermès favorita y una barra de labios Rojo Original de Revlon. El vestido que llevaría en la presentación del libro estaría esperándome cuando llegara. Después de tantos años, era agradable volver a formar parte de ese mundo, conocer secretos, ser útil.

Llegué la noche siguiente al Grand Hotel Continental Milano, apenas unas horas antes de que empezara la fiesta. A los pocos minutos de entrar en mi *suite*, llamaron a la puerta y un botones me entregó el vestido. Le indiqué que lo dejara encima de la cama, y lo hizo con tanta delicadeza como si acostara a una amante. Le di una propina generosa, como siempre que pagaba la cuenta otro, y lo despedí. Había encargado el Pucci rojo y negro y largo hasta los pies en cuanto oí las palabras *Milán y fiesta*. Deslicé la mano por la seda, satisfecha de haber obtenido de la Agencia un presupuesto para vestuario. Después de bañarme me eché una gota de Tabac Blond a cada lado del cuello, en las muñecas y debajo de los pechos, y me puse el vestido que habían confeccionado exactamente a mi medida.

Ésa era la mejor parte: el momento en que uno se convierte en otra persona. Un nombre nuevo, una profesión nueva, nuevos orígenes, estudios, hermanos, amantes, religión..., era fácil para mí. Y nunca traicionaba ni el más mínimo detalle: si comía tostadas o huevos para desayunar, si tomaba el café solo o con leche, si era el tipo de mujer que se detenía en la calle para admirar una paloma que se cruzaba en su camino o la ahuyentaba asqueada, si dormía desnuda o en camisón. Era al mismo tiempo un talento y una táctica de supervivencia. Después de adoptar una identidad falsa, cada vez me costaba más volver a mi vida real. Me imaginaba cómo sería desaparecer por completo en una nueva identidad. Pues para convertirse en otra persona uno tiene que querer perderse.

Había previsto llegar exactamente veinticinco minutos después de que comenzara la fiesta. Un camarero me ofreció una copa de champán en cuanto entré en la sala bañada en oro y de inmediato localicé al invitado de honor: no al autor de la novela cuya publicación estaba celebrándose, ya que no podía asistir, sino a su editor. Giangiacomo Feltrinelli estaba entre los intelectuales, editores, periodistas, escritores y aduladores mejor vestidos de Milán. Llevaba unas gruesas gafas negras, tenía un profundo pico entre las entradas del pelo y estaba un poco demasiado delgado para su estatura, pero todas las mujeres, y más de un hombre, tenían los ojos puestos en él. Lo llamaban *el Jaguar*, y, de hecho, se movía con la confianza y la elegancia de un felino de la selva. La mayoría de los invitados iban con traje de etiqueta, pero Feltrinelli vestía pantalones blancos y un jersey azul marino por debajo del cual asomaban las puntas de su camisa de rayas. El truco para identificar al hombre con la cuenta bancaria más saneada de la habitación no está en buscar al mejor trajeado sino al que no intenta impresionar. Feltrinelli sacó un cigarrillo y alguien de su órbita alargó una mano para encenderlo.

Hay dos tipos de hombres ambiciosos: los nacidos para ser ambiciosos, a quienes desde una edad muy temprana se les dice que el mundo les pertenece, y los que crean su propio patrimonio. Feltrinelli tenía algo de ambos. Mientras que la mayoría de los hombres que nacen con una gran fortuna soportan la carga de tener que conservar el patrimonio heredado, él no había fundado una editorial como una vertiente más de su imperio sino porque realmente creía que la literatura podía cambiar el mundo.

En el fondo de la sala había una gran mesa cubierta de libros colocados en forma de pirámide. Los italianos lo habían conseguido: *El doctor Zhivago* ya estaba impreso. En menos de una semana estaría en el escaparate de todas las librerías de Italia y su título aparecería en la portada de todos los periódicos. Yo tenía que coger uno de esos libros y entregarlo personalmente a la Agencia para que pudieran traducirlo y determinar si de verdad era el arma que se pensaban que podía ser. Frank Wisner también me había encargado que abordara a Feltrinelli para ver qué podía averiguar: sobre la publicación y distribución del libro o sobre su relación con Pasternak.

Cogí un ejemplar de *Il dottor Živago* y deslicé los dedos por su brillante portada: trazos blancos, rosas y azules flotando sobre un trineo pequeño que se abría paso hacia una cabaña cubierta de nieve.

—¿Una estadounidense que lee italiano? —me preguntó un hombre desde el otro lado de la pirámide—. Qué seductor.

Llevaba un esmoquin de color marfil con un pañuelo negro en el bolsillo y gafas con una montura de carey demasiado estrecha para su cara ancha.

—No.

En realidad, leía y hablaba italiano con fluidez. Cuando era niña, antes de que me cambiara el apellido *Forelli* por el de *Forrester*, mi abuela había vivido en casa. *Nonna* pertenecía a la primera generación de italoestadounidenses y apenas entendía una palabra de inglés —sólo sabía decir *sí, no, basta y déjame en paz*—, pero aprendí a hablar con ella jugando partidas de *scopa* y *briscola*.

—¿Por qué coger un libro que no se puede leer? —Su acento era difícil de ubicar. Italiano pero practicado. O no era italiano o forzaba un acento florentino para dárseles de elegante.

—Me encantan las primeras ediciones —respondí—. Y una buena fiesta.

—Bueno, si necesita ayuda para leerlo...

Se bajó las gafas y advertí una pequeña marca roja en el puente de su nariz.

—Es posible que acepte el ofrecimiento.

Llamó a un camarero y cogió una copa de Prosecco para mí.

—¿No quiere nada para brindar?

—Lo siento, pero debo irme. —Me tocó el brazo—. Si alguna vez se mancha el bonito vestido que lleva, búsqieme en Washington. Soy dueño de una tintorería y quitamos toda clase de manchas, se lo aseguro. Tinta, vino, sangre. Lo que sea.

Se volvió y se alejó con una copia de *Il dottor Živago* debajo del brazo.

¿El KGB? ¿El MI6? ¿Uno de los nuestros? Miré a mi alrededor para ver si alguien había estado observando el extraño encuentro mientras Feltrinelli daba golpecitos a su copa con una cuchara. Se subió a un cajón de madera colocado del revés, como si fuera a pronunciar un discurso de campaña. ¿Se lo había traído consigo o se lo había proporcionado el hotel? En cualquier caso, iba con su imagen.

—Me gustaría tomarme un momento para agradecerles a todos su presencia esta noche en esta ocasión trascendental —comenzó a decir, leyendo de una hoja de papel que había sacado del bolsillo—. Hace más de un año, los vientos del destino me trajeron la obra maestra de Borís Pasternak. Desearía que esos mismos vientos pudieran traerlo a él aquí esta noche para celebrarlo con nosotros, pero, por desgracia, no pueden. —Sonrió y unas cuantas personas del público se rieron—. Cuando tuve por primera vez en mis manos esta novela, no pude leer ni una palabra. La única palabra rusa que conozco es *Stolichnaya*. —Más risas—. Pero mi querido amigo Pietro Antonio Zveteremich... —señaló a un hombre con chaleco de punto y pipa que se encontraba hacia el fondo de la multitud— me dijo que no publicar una novela como ésta sería un crimen contra la cultura. Aun antes de que él la leyera siquiera, supe con sólo tenerla en las manos que era especial. —Soltó el papel que estaba leyendo y lo dejó caer al suelo—. Así que me arriesgué. Pasarían meses antes de que Pietro terminara la traducción y yo pudiera leer esas palabras. —Levantó la novela—. Pero cuando por fin lo hice, las palabras del maestro ruso se grabaron para siempre en mi corazón, como no dudo que se grabarán en el suyo.

—¡Bien dicho! —gritó alguien.

—Nunca fue mi intención ser el primero en sacar a la luz esta obra —continuó Feltrinelli—. Lo que me proponía era obtener los derechos tras su publicación en su tierra natal. Pero las cosas no siempre salen según lo previsto.

Una mujer a los pies de Feltrinelli alzó su copa.

—*Cin!*

—Me han dicho que es un delito publicar esta obra. Me han dicho que publicarla será mi fin. —Recorrió la sala con la mirada—. Pero guardo en el corazón lo que dijo Pietro cuando la leyó por primera vez: que dejar de publicarla sería un crimen aún mayor. Es cierto que el mismo Borís Pasternak me pidió que retrasara su publicación. Le respondí que no había tiempo que perder, que era preciso poner sus palabras al alcance del mundo cuanto antes. Y así lo he hecho. —La multitud estalló en aplausos—. Por favor, alcen sus copas para brindar por Borís Pasternak, un hombre al que aún no conozco pero a quien me siento unido por el destino. Un hombre que ha creado una obra de arte a partir de la experiencia soviética, una obra transformadora que apuesta por la vida, que resistirá la prueba del tiempo y le hará un sitio al lado de Tolstói y Dostoievski. Por un hombre mucho más valiente que yo. *Salut!*

Alzaron las copas y bebieron champán. Feltrinelli bajó del cajón y se vio rodeado de nuevo por su camarilla de admiradores. Al cabo de un momento se excusó y se dirigió a los aseos. Me coloqué frente a un teléfono del vestíbulo para que tuviera que pasar por delante de mí al volver.

Así lo hizo, y colgué el auricular en el mismo instante en que él reparaba en mí.

—¿Se está divirtiendo? —me preguntó.

—Muchísimo. Una bonita velada.

—Ya lo creo. —Dio un paso atrás, como para admirar una obra de arte desde otro ángulo—.

¿Nos han presentado?

—Supongo que el universo no lo ha querido.

—¿En serio? Entonces me alegro de que el universo haya decidido corregir tan grave error.

—Me tomó la mano y me la besó.

—¿Es usted la razón por la que el libro ha llegado a publicarse?

Se llevó una mano al corazón.

—Asumo toda la responsabilidad.

—¿El autor no tuvo nada que decir?

—No, no exactamente. No le fue posible.

Antes de que pudiera preguntar si Pasternak estaba en peligro, se acercó la esposa de Feltrinelli, una belleza morena con un vestido de terciopelo negro sin mangas y una gargantilla a juego adornada con piedras preciosas. Tomó a su marido firmemente del brazo y lo llevó de vuelta a la fiesta. Se volvió una sola vez para mirarme, por si yo no había captado el mensaje.

Hacia el final de la velada, los camareros de chaqueta roja empezaron a recoger las montañas de mejillones rellenos, *carpaccio* de res y *crostini* de gambas que nadie había comido, junto con la enorme cantidad de botellas de Prosecco vacías que había desperdigadas por la habitación. La señora Feltrinelli se había ido hacia poco en una limusina, y él pidió al menguante grupo de invitados que quedaba que se unieran a él en el Bar Basso. Cuando salía con su camarilla de aduladores, se volvió bruscamente hacia mí.

—Se apunta, ¿no?

No se detuvo a oír mi respuesta; sabía cuál sería.

Delante del hotel nos esperaban un Citroën plateado y una pequeña flota de Fiats negros. Feltrinelli y una joven rubia que había llegado unos minutos después de que se marchara su esposa se subieron al primero, y el resto nos apiñamos en los Fiats. Feltrinelli revolucionó el motor antes de arrancar a gran velocidad, mientras los demás quedábamos atrapados detrás de dos hombres que llevaban a sus parejas en Vespa: turistas, a juzgar por su modo de conducir lento y seguro en lugar de haciendo eses entre los coches como los lugareños.

El grupo se bajó de los automóviles y entró en el Bar Basso pidiendo a gritos copas a los camareros de chaqueta blanca. Encontré un hueco a lo largo de una pared de espejo y recorrí la barra con la mirada buscando a Feltrinelli. No había ni rastro de él. Un hombre bajo con una pajarita deshecha y los labios manchados de vino tinto pasó por mi lado con un cóctel de gran tamaño. Lo reconocí como uno de los fotógrafos de la fiesta.

—¿Quieres una copa? —Me tendió la suya—. ¡Toma!

Ignoré su ofrecimiento.

—¿Dónde está el invitado de honor?

—A estas horas imagino que en la cama.

—Creía que estaría aquí.

—¿Cómo dicen ustedes los estadounidenses? ¿Los planes están hechos para rehacerlos?

—Para cambiarlos.

—¡Eso es! Creo que ha preferido celebrarlo de un modo más íntimo.

El fotógrafo me rodeó la cintura con el brazo y deslizó la punta de los dedos por la parte inferior de la espalda.

Le aparté la mano, estremecida, y me marché.

Había conseguido un ejemplar del libro, que había guardado en la pequeña caja fuerte de mi habitación de hotel antes de volver a salir. Pero no había logrado obtener más información de Feltrinelli. Parecía estar protegiendo a Pasternak, pero ¿por qué? ¿Corría más peligro de lo que nos pensábamos? La rubia con la que Feltrinelli se había ido tenía como mínimo quince años menos que yo, y no pude evitar pensar que tiempo atrás habría sido yo quien se hubiera subido a su deportivo y escuchado sus secretos.

Pasaban taxis, pero decidí caminar. Quería tomar un poco el fresco. Y tenía hambre. Hice la primera parada en un carrito de helados sujeto a una vieja mula. El adolescente que lo atendía me dijo que la mula se llamaba *Vicente el Majestuoso*, y, cuando me reí, dijo que mi risa era tan hermosa como mi vestido rojo y mi cabello pelirrojo. Le di las gracias.

—*Offerto dalla casa* —dijo tendiéndome el helado de limón.

El helado de regalo ayudó a aplacar mi ego herido, pero no impidió que me preguntara si empezaba a ser demasiado mayor para este trabajo. Antes era tan fácil... Mi cutis ya sólo resplandecía cuando me ponía las cremas caras que hacían más promesas de las que podían cumplir y el lustre de mi pelo provenía de un frasco de caros aceites exóticos comprado en París. Y al acostarme por la noche sin sujetador, los pechos me gravitaban hacia las axilas.

Cuando cumplí trece años, los hombres —jóvenes y no tan jóvenes— empezaron a fijarse en mí: en el transcurso de un verano mi figura prepubescente había abandonado el anonimato. La primera en darse cuenta fue mi madre. Me sorprendió un día mirándome de perfil en el reflejo del escaparate de una tienda, se detuvo y me dijo que las mujeres guapas necesitan tener algo a lo que recurrir cuando la belleza se desvanece, o se quedarán sin nada. «Y se desvanecerá.» ¿Yo no tendría nada a lo que recurrir? ¿Cuánto tiempo me quedaba hasta que me viera obligada a averiguarlo?

A diferencia de Feltrinelli, a mí la ambición no me venía de la billetera. Tenía sus raíces en la vana ilusión de que era alguien especial y el mundo me debía algo, tal vez porque crecí sin nada. O puede que todos tengamos en algún momento esa idea falsa, pero la mayoría renuncie a ella después de la adolescencia y yo nunca la dejara ir. Tuve la firme convicción de que era capaz de hacer cualquier cosa, al menos durante un tiempo. El problema de este tipo de ambición es que necesita una reafirmación continua por parte de los demás, y cuando ésta no llega, uno flaquea. Y cuando uno flaquea, busca lo que tiene más a mano: alguien que le haga sentir deseado y poderoso. Sin embargo, ese tipo de reafirmación es como el colocón que provoca el alcohol: uno lo necesita para seguir bailando, pero sólo da resaca al día siguiente.

El helado de limón sabía a verano y me obligué a dejar de odiarme. Cambié de opinión acerca de regresar directamente al hotel y me detuve en la Piazza della Scala para ver el monumento a Leonardo da Vinci.

La plaza estaba resplandeciente. Una pequeña cuadrilla de hombres colgaba luces blancas de Navidad en los árboles que había alrededor del monumento. Un hombre con un mono marrón sostenía una escalera con una mano y fumaba con la otra, mientras el que estaba subido a la escalera intentaba deshacer un nudo de cables. Los otros hombres estaban a un lado, discutiendo sobre la mejor manera de hacerlo.

Una pareja de mediana edad se sentó en uno de los bancos de cemento que había a los pies de Leonardo. Tenían una expresión tan hermética como intensa, y no supe si estaban a punto de romper la relación o de besarse.

Pensé en Irina. Pensé en que nunca podríamos ser esa pareja y besarnos, o incluso pelearnos, a la vista de todos. El pensamiento me sobrevino como la noticia de una muerte repentina, y comprendí que tenía que detener lo que fuera que había entre nosotras y limitarme a llorar por lo que podría haber sido.

Caminé hasta el borde de la plaza y paré un taxi.

—*Signora, si sente bene?* —me preguntó el taxista cuando llegamos al hotel.

Me había quedado dormida y me habló con tanta ternura que me sorprendí con los ojos llenos de lágrimas. Parecía sinceramente preocupado. Me tendió una mano y me ayudó a bajar del coche.

—*Starai bene* —dijo—. *Starai bene.*

Pensé en pedirle a ese joven prematuramente calvo que olía a menta fresca que subiera conmigo a la habitación. No quería acostarme con él, pero lo haría con tal de que me repitiera que estaría bien, *starai bene*, una y otra vez hasta que me quedara dormida. Sin embargo, subí sola y me tumbé sobre las sábanas con el vestido arrugado.

A la mañana siguiente, después de tomarme dos AlkaSeltzers y de llamar al servicio de habitaciones, saqué de la caja fuerte mi ejemplar de *Il dottor Živago*. Antes de meterlo en la maleta, lo abrí. Al pasar las páginas cayó una tarjeta de visita. Sin nombre ni número de teléfono, sólo una dirección: TINTORERÍA SARA, CALLE P NOROESTE N.º 2.010, WASHINGTON, D. C. Conocía el lugar: un edificio achaparrado de ladrillo amarillo con un letrero azul pintado a mano, situado a tiro de piedra de donde vivía Dulles. Doblé la tarjeta y la guardé en mi pitillera plateada.



## EL EMPLEADO LEAL

Fui a Londres a ver a un amigo para hablar de un libro. Una vez acomodado para el vuelo de once horas que tenía por delante, indiqué por señas a la azafata que colgara mi americana y me trajera un whisky... con hielo, pues no era ni mediodía. Kit llevaba el uniforme azul y blanco de la Pan Am, con sombrero a juego y guantes blancos. Era el tipo de mujer que obtendría el segundo o tercer puesto en un concurso de belleza del medio oeste.

—Aquí tiene, señor Fredericks —dijo guiñándome un ojo.

He respondido a muchos nombres; algunos me los asignaban los demás y otros me los asignaba yo mismo. Mis padres me pusieron Theodore Helms III. En la escuela primaria me convertí en Teddy, en el instituto me hice llamar Ted, pero volví a ser Teddy en la universidad.

Para Kit, o para cualquiera que me lo preguntara durante los dos próximos días, mi nombre sería Harrison Fredericks, *Harry* para los amigos. Con veintisiete años y originario de Valley Stream, Nueva York, Harrison Edwin Fredericks era un analista en la Grumman Aerospace Corporation que —atención— odiaba volar. Siempre se aseguraba de correr la cortinilla y prefería no tener a nadie en el asiento contiguo. Si alguien buscara en sus bolsillos, encontraría un recibo de una Texaco situada a ocho kilómetros de su casa, medio paquete de Juicy Fruit y un pañuelo bordado con las iniciales hef.

Dejé el maletín en el asiento de al lado, que estaba vacío. Mi padre había mandado que lo fabricaran en Florencia: cuero suave de color marrón con un solo cierre de latón. Me lo había regalado cuando me licencié en Georgetown, veintidós años después de que él lo hiciera también allí. Me lo había dado sin envolver tras una comida tranquila con mi madre en el club, diciendo que me veía llevándolo al Senado, al Tribunal Supremo o al bufete de abogados que llevaba nuestro apellido. Lo que mi padre no sabía entonces era que en tercero de carrera había cambiado el Derecho por las Lenguas Eslavas.

Fue durante el verano de segundo cuando supe con certeza que no quería entrar en el bufete de la familia. Pero no tenía ni idea de qué quería hacer. Esa sensación de estar perdido, agravada por la muerte de mi hermano mayor, derivó en una depresión que se extendió sobre mí como la sombra de una nube sobre un bañista. Dejé de salir de casa y jugueteaba con la comida. Cuando adelgacé hasta pesar lo mismo que en primero de secundaria y mi piel adquirió el color de una acera de la ciudad, no fueron mis padres ni el médico al que me obligaron a ir para «simplemente hablar» los que me hicieron reaccionar, sino *Los hermanos Karamázov*. Lo siguieron *Crimen y castigo*, *El idiota*, y todo lo que encontré del mismo autor. Dostoievski me lanzó una cuerda en la niebla y empezó a tirar de mí. Cuando escribió que el misterio de la existencia humana no reside sólo en estar vivo sino en encontrar algo por lo que vivir, pensé: «¡Exacto! ¡Eso es!». Estaba convencido, como sólo puede estarlo un joven, de que en el fondo yo tenía el alma rusa.

Me dediqué a estudiar a los Grandes. Después de Dostoievski llegaron Tolstói, Gógol, Pushkin, Chéjov. Cuando acabé con los genios del pasado acudí a los clandestinos, a los que el gran Monstruo Rojo rechazaba: Ósip Mandelstam, Marina Tsvetáyeva y Mijaíl Bulgákov. Y cuando en otoño volví a la universidad, la niebla todavía estaba allí, pero se había disipado un poco. Ese semestre dejé Derecho y me matriculé en Ruso.

Seis años después, en el maletín no llevaba informes ni escritos jurídicos sino la fuente principal de mi ansiedad: mi propia novela inacabada.

En cuanto el avión despegó, tomé un sorbo de whisky y busqué en el maletín, pero en lugar de mi novela saqué *En el camino*, de Jack Kerouac. Se rumoreaba que lo había escrito en un único rollo de papel durante un esprint de tres semanas inducido por la bencedrina. Tal vez eso era lo que estaba haciendo mal yo. Tal vez necesitaba drogas y pergaminos. Abrí el libro, leí las primeras frases y lo cerré. Apuré el whisky y me quedé dormido.

Cuando me desperté, volábamos sobre el Atlántico. Decidí que echaría por fin un vistazo al borrador. La noche anterior, después de cenar temprano con Irina, había empezado a revisar el argumento, pegando tarjetas en la pared de mi habitación para ver si lograba darle sentido. Como casi lo conseguí, pensé que tal vez iba en camino de convertirme en un verdadero escritor. O tal vez no.

Nunca le había hablado a nadie de mi novela o de que aspiraba a ser escritor. Ni a mis padres ni a Irina ni siquiera a Henry Rennet, que había sido mi mejor amigo desde Groton. Algunas personas veían a Henry como un esforzado lameculos y otras lo tenían por un imbécil, y todos podrían haber tenido razón. Pero había estado a mi lado cuando murió mi hermano. Cuando los meses posteriores a la muerte de Julian se hicieron tan largos y grises como un paisaje ruso, Henry se sentaba conmigo en mi piso y bebíamos whisky, y hablaba durante horas.

Mi plan original era sorprender a todo el mundo publicando mi primera novela un año después de acabar la universidad. Mis padres nunca habían dicho gran cosa, pero yo sabía que los había decepcionado al no unirme a la empresa familiar. Una novela sería algo de lo que podrían presumir ante sus amigos en el club, un logro al que realmente podrían agarrarse.

Sin embargo, no fue así. El verano siguiente a la graduación comencé un centenar de novelas, de las que nunca fui capaz de escribir más de veinte páginas. Aun así, logré forjarme una carrera gracias a mi pasión por los libros..., bueno, a eso y a que hablaba ruso con fluidez. Y a mis contactos. El profesor Humphries me había reclutado en Georgetown. Humphries había sido uno de los viejos compañeros de Frank Wisner en la OSE, y al terminar la guerra recuperó su puesto de profesor de Lingüística Eslava y se convirtió en uno de los principales buscadores de talentos de la Agencia. Yo no fui el primer hombre que reclutó y tampoco sería el último. Los superiores se referían a nosotros como *los chicos de Humphries*, un apodo que hacía pensar más en un grupo que cantaba a capela que en uno de espías.

La Agencia quería llenar sus filas de intelectuales, de los que creían en el planteamiento a largo plazo de poder cambiar la ideología de las personas con el tiempo. Y ellos creían, como yo, que los libros podían lograrlo. Ésa era mi labor, escoger libros para explotarlos comercialmente y ayudar a su difusión encubierta. Mi tarea consistía en buscar libros que transmitieran una imagen negativa de los soviéticos: libros que ellos habían prohibido, que se mostraban críticos con el sistema, que hacían que Estados Unidos pareciera un faro luminoso. Yo quería que examinaran con

detenimiento un sistema que había permitido que el Estado matara a todo escritor, intelectual o hasta meteorólogo que disintiera. Stalin estaba muerto, y su cuerpo, embalsamado y encerrado bajo cristal, pero el recuerdo de las purgas perduraba.

Como editor o redactor, siempre estaba pensando en cuál sería la próxima gran novela y cómo podría ponerla cuanto antes en manos del mayor número de personas posible. La única diferencia era que esta vez quería hacerlo sin dejar huella.

Mi viaje a Londres no se debía a un libro cualquiera. Llevábamos meses detrás de *El doctor Zhivago*. Habíamos conseguido la primera edición en italiano y decidido que era realmente todo lo que habían dicho de él, y se consideró que era crucial obtener el manuscrito en su idioma original «para no perder nada de su fuerza en la traducción». Yo no sabía si esa preocupación tenía que ver con asegurar su máximo impacto sobre los ciudadanos soviéticos o con preservar la pureza de las palabras del autor. Me gustaba pensar que se trataba de lo segundo, o al menos de una mezcla de ambas cosas.

Mi tarea era convencer a nuestros amigos los británicos de que nos entregaran su copia en ruso, o al menos de que nos la prestaran por un tiempo. Después de haber cerrado un acuerdo provisional, nos estaban dando largas, probablemente para ganar algo de tiempo mientras decidían si podían hacer algo más con el manuscrito. Me enviaron a la ciudad de la niebla para zanjar el asunto.

No es que me importara. Necesitaba salir del pantano y aclarar las ideas. Irina estaba distante. Yo había creído que íbamos camino del altar, e incluso le había pedido a mi madre el anillo de mi abuela con la idea de pedirle que se casara conmigo en Navidad. Pero después de que ella cancelara varias citas y de mi sensación de que algo iba mal, ya no estaba tan seguro de que fuera la decisión correcta. Y cuando le pregunté al respecto, no hice más que empeorar las cosas. Yo nunca había conocido a nadie como ella. Hasta ese momento, todas las chicas con las que había salido tenían como única aspiración conseguir el anillo de mi abuela. Irina, en cambio, quería lo mismo que yo: ascender en la Agencia, que se la tratara con respeto, hacer bien su trabajo y que le dieran palmaditas en la espalda por ello. Ella era mi igual y como tal me cuestionaba. Yo sabía que si me casaba con una de las chicas con las que había salido en la universidad, me aburriría antes de que naciera nuestro primer hijo, y no quería convertirme en el típico hombre de la Agencia con una o dos amantes.

¡Y era rusa! Cómo me fascinaba su lado ruso, aunque afirmara ser aún más estadounidense que yo. Comer *pelmeni* caseros en su pintoresco piso del sótano, o que mamá —como ella insistió en que la llamara desde el primer día— se burlara de mi acento patricio ruso a la mínima oportunidad; me fascinaba todo.

Sin embargo, cuando se distanció, y esto me da vergüenza admitirlo, incluso la seguí hasta su casa un par de veces, para ver si estaba saliendo con otro hombre. No era el caso, pero aun así lo hice.

De modo que me pareció bueno poner distancia de por medio, y me alegré de que mi destino fuera Londres. Me encantaba la ciudad: Noël Coward en el Café de París, las gabardinas, los sombreros de lluvia, las botas de goma, los atuendos de los *teddies* y las *judies*. Por supuesto, también me encantaba la literatura. Me habría gustado quedarme una semana y visitar la casa

donde murió H. G. Wells o el pub donde C. S. Lewis y Tolkien se juntaban para tomar pintas de cerveza. Pero si todo iba según lo previsto, en una noche habría terminado mi misión y a la mañana siguiente estaría regresando en avión a Estados Unidos.

El amigo con el que debía reunirme, cuyo nombre en clave era Chaucer, no era un amigo en realidad. Sólo lo conocía, y nuestras vidas se habían cruzado varias veces por temas relacionados con libros. Era de estatura y constitución medianas, y tenía ese aire anodino que los espías nos esforzamos por adoptar. La única excepción eran sus dientes, tan blancos y rectos que uno pensaría que había crecido en Scarsdale en lugar de en Liverpool. También era capaz de cambiar de acento para adaptarse a su interlocutor: de clase alta entre la clase alta, de clase trabajadora entre la clase trabajadora, irlandés si hablaba con un pelirrojo. La gente lo encontraba encantador, pero yo sólo podía soportarlo durante una hora más o menos.

Chaucer llegó veinte minutos tarde a nuestra cita en el George Inn. Hacerme esperar seguro que se debía a alguna mierda psicológica del MI6. No me sorprendería saber que había llegado temprano, me había visto entrar en el pub de lejos y, tras consultar su reloj de bolsillo —llevaba un reloj de bolsillo, sin duda—, había esperado veinte minutos antes de ir a mi encuentro. Hacían tonterías como ésa cada dos por tres, y, siempre que surgía la oportunidad, les faltaba tiempo para recordarnos a los humildes estadounidenses que los británicos llevaban cientos de años más que nosotros perfeccionando el oficio. Como diría Chaucer, llevaba en ese mundo desde que yo iba en pañales.

Se rumoreaba que el MI6 había conseguido *El doctor Zhivago* en su idioma original cuando el avión en el que viajaba Feltrinelli fue retirado de servicio en Malta después de un falso aterrizaje de emergencia. Se decía que unos oficiales que se hicieron pasar por empleados del aeropuerto escoltaron a Feltrinelli cuando bajaba del avión mientras otro fotografiaba el manuscrito. No sabía si era cierto, pero era, sin duda, una gran historia.

Ocupé una mesa para dos debajo de la cabeza de un ciervo con los ojos de cristal y me bebí dos vasos de whisky irlandés, lo que supongo que fue mi estrategia psicológica. El camarero puso ante mí un plato de pescado con patatas fritas y puré de guisantes justo cuando Chaucer entraba con el cuello de su abrigo negro levantado hasta las orejas, dejando fuera la lluvia. Se quitó el sombrero y lo sacudió, mojando a los dos turistas franceses que había sentados junto a la puerta. Se inclinó ante ellos en actitud de disculpa y se dirigió pesadamente a mi mesa. Noté que se había engordado mucho desde la última vez que lo había visto.

—Te veo delgado —dijo al darse cuenta de que yo lo miraba de arriba abajo.

—Gracias.

Levantó la mano izquierda.

—Ahora estoy casado.

—Ah, eso lo explica todo.

—Esa infame mordacidad yanqui. Cuánto la he echado de menos. —Se sentó—. He oído decir que estás prometido.

—Todavía no, pero brindo por ello de todos modos.

Alcé el vaso y apuré mi whisky.

—¿Quieres otra copa de ese brebaje irlandés?

Antes de que yo pudiera responder, se levantó y fue a la barra. Regresó con dos pintas y me dio una.

—Ya no tienen Bushmills —añadió—. ¿Sabías que Dickens solía frecuentar este pub?

Cogió una patata reblandecida de mi plato y señaló con ella el otro extremo del local.

—Ése era su rincón. Hasta escribió sobre él. En *Casa desolada*.

—Creo que lo he leído en alguna parte.

—Cómo no. ¿Cuál es ese lema que tenéis los estadounidenses? ¿*Estad preparados?*

—Ése es el de los *boy scouts*. Y la novela de Dickens en la que estabas pensando es *La pequeña Dorrit*.

—¡Eso es! —dijo recostándose en la silla—. He echado de menos nuestras conversaciones.

—Suspiró—. Pero mira este lugar ahora. Sólo estamos nosotros, dos turistas con cervezas con demasiada espuma y patatas fritas reblandecidas. —Cogió otra—. Hablando de grandes obras, ¿cómo va la tuya?

No me sorprendió que supiera de mis aspiraciones fallidas. Después de todo, yo también sabía muchas cosas sobre él, como que era cierto que se había casado recientemente, aunque había seguido acostándose con Violet, su secretaria de toda la vida, con la única interrupción de las dos semanas que había estado de luna de miel en Bali. Aun así, me molestó que conociera mi mayor debilidad.

—Muy bien, gracias —le respondí.

—Estupendo. Estoy impaciente por leerla.

—Me aseguraré de dedicarte un ejemplar.

Él se llevó una mano al corazón.

—Lo guardaré como un tesoro.

—Hablando de libros —dije, deseando acabar de una vez—, ¿has leído alguno bueno últimamente?

—*Diamantes para la eternidad*. ¿Lo has leído? Es magnífico.

—No. No es de mi gusto.

—Se podría decir que es una especie de Fitzgerald.

—¿Estás comparando a Fitzgerald con Fleming?

—¡Esa Daisy! ¡Qué chica! Casi me enamoro de ella.

—Creo que los hombres están bastante más enamorados de Gatsby de lo que les gusta admitir.

—No es amor. Pero es cierto que queremos ser él. Todos los hombres y, de hecho, todas las mujeres, anhelan en secreto una gran tragedia. Agudiza la experiencia vivida y vuelve más interesantes a las personas, ¿no te parece?

—Sólo los hombres privilegiados idealizan la tragedia.

Se dio una palmada en los muslos carnosos.

—¡Ya sabía yo que teníamos algo en común!

El pescado se había enfriado y el rebozado estaba grasiento, aun así corté despacio un trozo y me lo tragué.

—Lo dicho: estoy buscando algo para el vuelo de vuelta. ¿Sabes de alguna librería buena por aquí?

Se puso de pie, apuró la pinta y se limpió la espuma del bigote con la manga.

—¿Una partida?

Nos dirigimos al fondo del pub. Yo era malísimo a los dardos, pero le gané con facilidad. Supuse que era su forma de decir que estaba dispuesto a hacer negocios.

—Bueno —dijo después de que le ganara de nuevo—, ya veo que estoy un poco desentrenado.

Sacó su reloj de bolsillo y no pude evitar sonreír. No me había equivocado.

—Tengo que irme —anunció—. Voy a llevar a mi mujercita a ver *Tío Vanya* al Garrick.

—Me encanta una buena obra de teatro rusa —dije.

—¿A quién no?

—¿Tiene buenas críticas?

—Pronto acabará la temporada en Londres, pero en principio se estrenará en Estados Unidos el año que viene. Ya sabes cómo va esto. A los británicos nos gusta probar las cosas aquí antes de mandáros las a vosotros.

Por fin llegábamos a alguna parte.

—¿Y cuándo se estrenará?

—A principios de enero. —Se puso el abrigo y el sombrero—. Pero aún no han anunciado la fecha exacta.

—Diciembre sería ideal. Me encanta disfrutar de un buen espectáculo durante las vacaciones.

—Yo no me ocupo de la programación —dijo.

—Bueno, estaré atento.

—Lo sé.

Salió y echó a correr bajo la lluvia hacia un coche que estaba aparcado justo enfrente con el motor en marcha. Entré de nuevo, me pedí un Bushmills y pagué la cuenta; Chaucer, para variar, se había ido sin pagar.

Llovía torrencialmente cuando salí. Llegué al hotel chorreando y dejé recado en el mostrador principal de que no me pasaran ninguna llamada a la habitación.

—Digan que me ha sentado mal el desfase horario y necesito descansar —dije, que era lo acordado para hacer saber a la Agencia que *El doctor Zhivago* ruso era tan bueno como el nuestro.



## LA GOLONDRINA

Llegó diciembre y una nueva capa de nieve cubrió la ciudad. Yo había dejado *Il dottor Živago* en el confesionario de Saint Patrick que me habían indicado a mi regreso de Milán, y al día siguiente había acudido a uno de los edificios temporales para dar el parte. Le conté a Frank todo: quién había asistido a la fiesta, qué había estado diciendo la prensa, qué fragmentos de conversación había oído por casualidad y, lo más importante, lo que Feltrinelli había dicho en su discurso. Le di todos los detalles excepto los relativos al encuentro con el hombre que había logrado deslizar su tarjeta en mi ejemplar de la novela. Al regresar a casa había sacado la tarjeta de la pitillera y la había escondido debajo de una baldosa suelta del cuarto de baño. Los secretos eran un seguro en Washington, y una chica siempre necesita tener unos cuantos bajo la manga.

Irina y yo quedamos en reunirnos en el Estanque Reflectante para patinar y luego cenar algo en mi piso. Después de alquilarle unos patines a un hombre con pasamontañas que tenía el tenderete en la parte trasera de su furgoneta, nos abrimos paso a través de la nieve hacia la pista, pero nunca llegamos a ella. Mientras nos desabrochábamos las botas sentadas en los escalones del Monumento a Lincoln, Irina balbuceó que Teddy le había pedido que se casara con él. No me dijo qué había respondido, pero no fue necesario. Habló con la mirada clavada en el Monumento a Washington y no se volvió ni una sola vez para mirarme.

Yo ya había considerado esa posibilidad. Había conocido a otras mujeres que se habían prometido y casado, e incluso habían tenido hijos para cubrir las pistas, para evitar que las detuvieran, para vivir una vida «normal». Incluso yo me había planteado hacerlo en un par de ocasiones. Y al regresar de Italia, había intentado en vano dejar de verla una docena de veces. Sabía que aquello podía ocurrir. Y, aun así, sus palabras me pillaron desprevenida. Era como si hubieran arrancado una piedra de mis cimientos y no supiera exactamente cuándo me iba a venir abajo. Sin embargo, logré mantenerme entera. Conservé la calma como me habían enseñado a hacer en cualquier circunstancia. La felicité, le dije que me encantaría organizar la fiesta de compromiso a la feliz pareja. Sorprendida, ella respondió con un hilo de voz que no era necesario. Cuando le dije que ya no me apetecía patinar, que me dolía la cabeza y prefería irme a casa para descansar un poco, ella se levantó y me dejó en los fríos escalones. Observé cómo su sombrero rojo se convertía en un punto cada vez más pequeño en el paisaje blanco.

Esa noche Irina se presentó en mi piso, todavía vestida para patinar. Parecía que había estado caminando desde que me había dejado en los escalones, tenía la nariz roja y estaba tiritando. Entró bruscamente, quitándose las botas, el sombrero, la bufanda y el abrigo. Cuando le dije que había estado durmiendo, que creía que había pillado un resfriado y que no debía acercarse demasiado, me apretó las mejillas con sus manos frías.

—Escucha —dijo, pero no añadió nada más.

Me besó, ajustando sus labios sobre los míos hasta que encajaron. Me entraron ganas de llorar, y sentí una sensación de pérdida en cuanto ella apartó la boca.

—Escucha —dijo de nuevo.

Yo quería mirar hacia otro lado, pero ella no me dejó. Se acercó más, poniendo los dedos de sus pies enfundados en medias encima de los míos. Aun sin tacones me sacaba una frente, y me sostuvo la cara como si la escudriñara.

Me besó de nuevo y luego deslizó sus manos frías por dentro de mi bata. Su seguridad en sí misma me sorprendió. ¿Fingía o realmente se había convertido en otra persona y yo no me había dado cuenta?

Un temblor me recorrió las piernas y me arrodillé sobre la alfombra rosa. Ella se arrodilló conmigo. Se me había abierto la bata, y, cuando ella me besó el estómago, se me escapó de los labios un sonido vergonzoso. Al ver que se reía, me reí.

—¿Quién eres? —le pregunté.

Ella no respondió, concentrada en recorrer la línea de mi pelvis. Tal vez era al revés. Tal vez era yo quien no podía reconocerme. Siempre había tomado las riendas en el plano sexual. Observaba las reacciones de mis compañeras y me movía, posaba y gemía en consecuencia. Esta vez era distinto. Ella no esperaba nada de mí. Yo estaba impotente.

Seguía pensando que pararíamos, que ella recobraría el juicio y yo el mío. Que ella se echaría para atrás. Cuando lo expresé en voz alta, dijo que era demasiado tarde.

—No hay vuelta atrás.

Y tenía razón. Fue como ver por primera vez una película en Technicolor: el mundo era de una manera y, de pronto, todo cambió.

Nos quedamos dormidas en la alfombra, con mi bata como manta, mi pecho como su almohada. Me despertaron los ruidos y los olores de la panadería que abría abajo. Fui al cuarto de baño para echarme agua a la cara y cepillarme el pelo. La luz de la mañana que entraba por la pequeña ventana de la ducha era cruda y la imagen que me devolvía el espejo era discordante. Pensé en Irina y Teddy: cómo sería su boda, qué aspecto tendría ella caminando hacia el altar. Y mi nuevo mundo Technicolor volvió al blanco y negro.

Cuando salí, Irina estaba en la cocina mirando en la nevera. Sacó medio cartón de huevos y me preguntó cómo me gustaban.

—¿Cómo le gustan a Teddy?

Ella no respondió. Cuando volví a preguntárselo, me cogió la mano y me dijo que pensaríamos en algo. Cuando dijo que me quería, en lugar de decirle la verdad, que yo también la quería, me aparté y le contesté que no tenía hambre, que probablemente debería irse. Y ella se fue.



La última noche del año cayó una lluvia helada. De pie en la cocina, desarrollé un paquete de papel de aluminio que parecía un cisne y calenté los restos de *filet mignon*. Abrí la ventana de la escalera de incendios y cogí la botella de Dom Pérignon de 1949 que me había regalado Frank por el trabajo relativamente bien hecho en Milán.

Cené de pie frente al horno abierto para calentarme la espalda, y el champán me supo tan delicioso como Frank había prometido que era.

Poco antes ese día había ido sola a ver *El puente sobre el río Kwai*, pero me costó concentrarme y me fui antes de que se acabara. El cielo ya estaba oscuro y había empezado a llover. Cuando llegué a casa, nuestra blanca Navidad se había reducido a nieve fangosa. El muñeco que habían hecho unos niños en el parque del otro lado de la calle se había convertido en hielo, la nariz de zanahoria había sido reemplazada por un cigarrillo y le faltaba la bufanda. Odiaba la Nochevieja.

Para empeorar las cosas, en mi piso hacía un frío que pelaba, mi aliento era visible en el aire gélido y el radiador estaba frío. Maldije a mi casero, propietario de la mitad de los edificios de la manzana pero demasiado agarrado para contratar a un portero.

Llené la bañera de agua caliente y me metí en ella, con cuidado de no mojarme el pelo. Cuando el agua se quedó tibia, abrí el grifo con los dedos de los pies, una operación que repetí dos veces antes de salir. Asaltada por el aire frío, me envolví en un gran albornoz. Sólo quería meterme en la cama y quedarme dormida escuchando la orquesta de Guy Lombardo recibiendo el 1958 por la radio. Pero no podía. Disponía de una hora para vestirme, maquillarme y comer algo antes de que llegara el coche negro que me llevaría a la fiesta. Tenía que trabajar.

Cuando Frank y yo nos reunimos después de Milán, él se mostró satisfecho pero distraído, como si ya supiera los detalles, y probablemente ya los sabía. No pareció importarle que no hubiera logrado intimar con Feltrinelli. Al principio pensé que él también había llegado a la conclusión de que debería haber continuado retirada, que tal vez yo ya no tenía lo que el puesto requería. Sin embargo, en lugar de despedirme educadamente, dijo que había algo más que podía hacer.

—No me vendría mal otro favor.

—Lo que sea.

Ya escampaba cuando llegó mi coche negro y me envolví en mi abrigo de *mohair* blanco. Había dejado en el armario el de pieles, que no había vuelto a ponerme desde que Irina me había confesado que le daba escalofríos. «Pobres conejos», había dicho, deslizado una mano por la manga.

El chófer, con su gorra con visera de charol en una mano, me abrió la puerta con la otra. «¿Una chica como tú no tiene pareja en Año Nuevo?»

Me deslicé en el asiento trasero.

La ciudad discurría a mi lado, y una rodaja de luna aparecía fugazmente en los huecos entre los edificios. Me pregunté si Irina podría verla desde donde se encontraba. Estaba pasando la última noche del año con Teddy y su rica familia en su chalet de las Green Mountains. Ella ni siquiera sabía esquiar. Esperé que estuviera encapotado, que la lluvia helada hubiera llegado a Vermont.

La fiesta de Nochevieja a la que me dirigía se celebraba en el Colony, un restaurante francés del centro que figuraba entre los mejores de la ciudad, lo que no era mucho decir. La había organizado un diplomático panameño y era básicamente una fiesta de la oficina fuera de la oficina. Una reunión del círculo interno a la que sólo podías acceder mediante invitación. Toda la pandilla

estaría allí: Frank, Maury, Meyer, los hermanos Dulles, los Graham, uno de los hermanos Alsop, todos los miembros del grupo de Georgetown. Sin embargo, yo no iba para hablar con ellos. Tenía otra tarea que atender.

Las figuras mitológicas del bajorrelieve que cubría la pared del comedor estaban decoradas con sombreros de fiesta, y por todo el salón colgaban serpentinas plateadas y espumillón dorado. Sobre la pista de baile llena de gente había una red con globos blancos, listos para cuando el reloj diera las doce. En una gran pancarta extendida de un lado a otro de la barra principal se leía: ¡ESPERANDO IMPACIENTES EL 1958! Una banda con una cantante vestida de raso tocaba frente a un reloj gigante cuyas manecillas móviles estaban sobre las diez. Mientras le daba el abrigo a la chica del guardarropa, una camarera vestida como una Rockette, con un pequeño sombrero de copa sujeto con una horquilla a un lado de la cabeza, me tendió una bandeja plateada llena de objetos para hacer ruido y sombreros. Seleccioné una corneta metálica con flecos de color púrpura y pasé del sombrero.

—¿Dónde está tu espíritu festivo, niña? —preguntó Anderson detrás de mí.

Llevaba en la cabeza dos sombreros puntiagudos a modo de cuernos de diablo, con la goma elástica hundida en la papada. Ya se había quitado la americana y la camisa traslucía por el sudor en la zona de la espalda.

—¿Esta noche hará otra aparición el bebé de Año Nuevo? —le pregunté, refiriéndome a la Nochevieja en Kandy en que se había exhibido con sólo una sábana blanca alrededor de la entrepierna, un chupete gigante en la boca y una botella de ron en las manos.

—¡La noche sigue siendo joven!

—Hablando del espíritu navideño, ¿dónde puedo conseguir una copa?

Me notaba las entrañas calientes por los tres vasos de Dom Pérignon que me había bebido en casa, pero no quería que la sensación se desvaneciera; quería mantener a raya mis pensamientos sobre Irina, al menos temporalmente. Anderson me ofreció su vaso de ponche medio lleno.

—Las damas primero.

Me lo bebí, toqué la corneta y llamé con un ademán al camarero que pasaba con una nueva bandeja de copas. Anderson me preguntó si quería bailar y le dije que tal vez más tarde. Ya había visto al otro lado de la pista de baile al hombre al que Frank quería que conociera mejor.

Observé cómo Anderson volvía a una mesa llena de gente que aplaudió su regreso, luego me concentré de nuevo en mi hombre. Henry Rennet estaba colocado en diagonal con respecto al escenario, viendo a la imitadora de Eartha Kitt cantar *Santa Baby*. Evité la mesa de Anderson, bordeé la pista de baile y me hice un hueco enfrente de Henry. Y entonces esperé. La banda terminó la canción y la cantante se acercó al reloj para colocar las manecillas a las diez y media. La multitud vitoreó; Henry soltó una risita, pero aun así alzó la copa por la última hora y media que quedaba de 1957. Luego miró hacia mí.

Esto era lo que sabía sobre Henry Rennet: estudiante de Yale, creció en Long Island, pero decía que era de «la ciudad» cuando le preguntaban. Cuando apenas llevaba cinco años y tres meses en la Agencia, su ascenso meteórico dentro de la RS levantó sospechas. Vivía solo en un piso de una habitación sin ascensor al otro lado del puente de Arlington que pagaban sus padres. Hombre de lenguas, hablaba con fluidez ruso, alemán y francés. El año antes de entrar en la Agencia, después

de licenciarse, se dedicó a viajar por toda Europa en plan «mochilero», lo que en su caso significaba ir de un hotel de cinco estrellas al siguiente con el dinero de sus padres. Con el cabello anaranjado, pecoso y de cuello grueso, le iba mejor con las mujeres de lo que cabía imaginar. Había salido con dos integrantes del servicio de mecanografía, pero de un modo tan informal que ninguna de las dos se había enterado de que la otra también había salido con él. Era el mejor amigo de Teddy Helms, por razones que Irina no entendía. Pero yo sí. Los muchachos de la Ivy League se mantenían siempre unidos.

Otro dato sobre Henry Rennet, y la razón por la que yo estaba en la fiesta, era que Frank pensaba que podía ser un topo. Frank me había mencionado sus sospechas meses atrás, poco después de alistarme para la misión del libro, y yo ya había empezado a tantear el terreno. Pero cuando regresé de Italia, me pidió que me acercara más a él.

El tema es que todos los hombres de la Agencia tenían un gran ego, pero por lo general sólo lo exhibían dentro de su círculo. En el caso de Henry, tenía un tipo de ego que podía causarle problemas. Se lo tenía por un fanfarrón. Eso y su conocido problema con la bebida bastaron para activar algunas alarmas.

No lo comenté con nadie y esperaba que los rumores no fueran ciertos, pero había oído decir que últimamente las facultades mentales de Frank habían quedado en entredicho; algunos afirmaban que ya no era el mismo después de la misión fallida en Hungría, otros atribuían su obsesión por descubrir topos soviéticos a sus menguadas aptitudes.

Después de parlotear un rato junto al escenario, dar varias vueltas por la pista de baile y bebernos dos copas de ponche, Henry sugirió que fuéramos a un lugar privado para hablar. La cantante ya había colocado las manecillas del reloj a las once cuarenta y cinco, y la multitud se estaba preparando para el brindis de medianoche con lanzaconfetis, matracas y las copas rellenas. Nos escabullimos y, al salir, cogió una botella de champán de una cubitera.

—Para nuestro brindis privado —dijo sosteniéndola como un trofeo.

—¿Adónde vamos?

Henry no respondió y siguió caminando dos pasos por delante de mí. Normalmente era yo la que iba primero, y al apretar el paso para no quedarme atrás tropecé con un bulto en la alfombra y me caí. Henry se volvió para ayudarme a levantar, y cuando me puse de pie se me subió la sangre a la cabeza.

—¿No me digas que una chica como tú no es capaz de aguantar la bebida?

—La aguanto bien, gracias.

Volvió a levantar la botella.

—Bien. —Miró el reloj—. Faltan siete minutos para las doce.

Me rodeó la cintura con el brazo y hundió el pulgar en la parte baja de mi espalda mientras me conducía hacia la salida.

—No tengo el abrigo —le dije.

—Oh, no nos vamos.

Pasamos por delante del portero, que parecía haberse permitido un traguito o dos y estaba recostado en su taburete. Henry me tomó la mano y fuimos bailando hasta una esquina. Su aliento olía a suelo de bar, y pensé que tal vez estaba lo suficientemente borracho para tener la lengua

suelta. Le anudé bien la corbata, que era estrecha y fea, y miré hacia el portero, que fingió que no nos veía.

—Creía que íbamos a un lugar tranquilo para hablar.

Alargó una mano por detrás de mí y la pared se convirtió en una puerta.

—¿Qué sabrás tú? —respondió, metiéndome de espaldas en un guardarropa que no se utilizaba.

La pequeña habitación estaba vacía, excepto por varios uniformes blancos que colgaban en unas perchas metálicas, una silla rota y una aspiradora vieja.

—No es exactamente el lugar acogedor que tenía en mente.

—Sé que una chica como tú está acostumbrada a otro ambiente. —Señaló con la botella de champán la silla rota—. Pero es tranquilo, ¿verdad? —Hizo saltar el corcho, que aterrizó en un mueble para guardar sombreros, y tomó un trago—. Y privado.

Me ofreció la botella, pero la rechacé, pues notaba que me faltaba poco para perder el control.

—Tal vez un sorbo a las doce.

Él volvió a mirar el reloj y dio unos golpecitos a la esfera.

—Tres minutos más.

—¿Algún propósito para el nuevo año? —le pregunté.

—Sólo éste.

Puso su mano sudorosa en mi mejilla y se inclinó para besarme. Yo di un paso atrás y rocé con la cabeza la barra que tenía a mi espalda.

—Dime algo primero —le pedí.

—Eres guapa.

Volvió a inclinarse. Y yo lo aparté con el dedo índice.

—Tendrás que hacerlo mejor.

Se rio de un modo que me repugnó.

—Eso me gusta. Me van los retos.

—Dime algo... interesante.

Le sostuve la mirada, un viejo truco para hacer hablar a la gente.

—¿Yo? Soy un libro abierto. —Miró al techo y exhaló—. Creo que quien tiene secretos aquí eres tú.

—Todas las mujeres tenemos nuestros secretos.

—Es cierto, pero da la casualidad de que yo conozco el tuyo.

Me notaba la boca seca y la lengua pesada como una bolsa llena de arena.

—¿Y cuál es?

—¿Quieres que lo diga?

—Dilo.

—¿Crees que no sé por qué estás tratando de ligar conmigo? Resulta que de pronto te interesa un hombre que es... ¿cuánto, una década más joven que tú? ¿Crees que no sé lo que eres? Sé que has estado haciendo preguntas sobre mí. Sobre mis lealtades.

Miré hacia la puerta.

—Lo que no sabes es que aquí tengo más amigos que tú.

Había sido demasiado directa, estaba demasiado distraída y borracha para haberme dado cuenta. Me moví para marcharme, pero me bloqueó el paso.

—Gritaré.

—Adelante. Pensarán que estás haciendo bien tu trabajo.

Lo aparté y él me empujó. Me golpeé la cabeza con la barra metálica del armario con una fuerza sorprendente. Antes de que pudiera moverme, presionó su cuerpo contra el mío y apretó la boca contra mis labios con tanta brusquedad que noté el gusto de la sangre cuando se apartó. Traté de empujarlo, pero él volvió a hacerlo, metiéndome a la fuerza la lengua en la boca. Cuando intenté darle un rodillazo, me arrolló las piernas con el brazo. Caí al suelo y él me siguió. Intenté levantarme, pero me sujetó las manos por encima de la cabeza con una de las suyas. Grité, pero mi voz fue ahogada por la de la multitud al otro lado de la puerta, que empezaba la cuenta atrás. «¡Treinta!» Oí cómo se me rasgaba el vestido por un costado.

—Esto es lo que haces, ¿no? ¿Así es como te usan?

«¡Veintitrés!»

Le escupí y él se limpió la saliva de la cara con una sonrisa que me habría gustado poder aplastar con un ladrillo. Presionó la frente contra la mía.

«¡Catorce!»

—Entonces ¿los otros rumores también son ciertos? —Su aliento era caliente y agrio—. ¿Eres rarita? Sería una pena que se supiera.

«¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!»

—¡Feliz año nuevo! —bramó la multitud, y la orquesta empezó a tocar *Auld Lang Syne*.

Cerré los ojos y pensé en las píldoras letales de los kits de supervivencia de Kandy, blancas y ovaladas, dentro de una ampolla de cristal cubierta de goma marrón. Si las necesitábamos, teníamos que morder para triturar el cristal y liberar el veneno. Cuando se libera el veneno, el corazón se detiene en cuestión de minutos; la muerte es rápida y supuestamente indolora. Nunca se me pasó por la cabeza que pudieran capturarne tan lejos del campo de batalla.

Me dejó en el guardarropa. No pensé en levantarme. No pensé en salir a gatas ni en pedir socorro. No quería pensar. Quería dormir.

Regresó con mi abrigo y me ayudó a ponerme de pie. Anderson y su esposa se iban cuando salíamos del cuarto, Henry primero y yo tambaleándome unos pasos por detrás de él. Pero Anderson no se acercó, no nos felicitó el año ni dijo nada. Miró mi maquillaje corrido y mi vestido rasgado y no dijo una palabra.

Henry tenía razón. Yo no significaba nada para ellos. Ni siquiera Anderson pudo mirarme. Yo no era una colega ni su igual. Sin duda, no era una amiga. Todos me habían utilizado. Habían estado utilizándome desde el principio. Frank, Anderson, Henry, todos. Y estaba segura de que continuarían haciéndolo hasta que la miel se secase.

Henry me metió en un coche, me besó en la mejilla como un caballero y le dijo al chófer que condujera con cuidado.

El coche me dejó en la puerta de mi casa y subí los escalones hasta mi piso agarrándome a la barandilla. Todavía podía sentirlo. Podía olerlo.

En el piso seguía haciendo frío. La media botella de Dom Pérignon seguía en la mesa de cristal junto al cisne de papel de aluminio vacío. Los zapatos de tacón que me había probado con mi vestido pero que no me había puesto estaban todavía al lado del espejo de cuerpo entero. En la repisa de la chimenea seguía la felicitación de Navidad que Irina me había enviado.

Me quité los zapatos. Me quité el maquillaje y el vestido. De pie en la bañera, dejé que el agua hirviendo corriera por mi cuerpo. Luego me metí en la cama y dormí durante todo el día y la noche siguientes.

Cuando me desperté, fui al baño y me arrodillé en el suelo frío. Contando seis baldosas a partir de la pared, introduje una uña roja por la junta de la que estaba suelta para hacer palanca. Se me rompió, y me arranqué el resto de un mordisco y lo escupí al suelo. Levanté la baldosa y saqué la tarjeta de visita: TINTORERÍA SARA, CALLE P NOROESTE N.º 2.010, WASHINGTON, D. C.

Al darle la vuelta pensé en Irina. Quería recordarlo todo. Quería catalogar y archivar los recuerdos que tenía de ella para poder tirar de ellos en el futuro, protegerlos de la influencia de los demás, protegerlos de la cruel distorsión del tiempo, protegerlos de la persona en la que sabía que tendría que convertirme.

Una vez que realizara la llamada, no habría vuelta atrás. *Doble* es un término poco apropiado: un agente no se convierte en dos. Más bien pierde una parte de sí mismo para existir en dos mundos sin existir completamente en ninguno.

Recordé el día que había visto a Irina en el Ralph: estaba sentada en el borde del asiento del reservado, con las piernas en mitad del pasillo, cuando volvió la cabeza por primera vez hacia mí. Recordé el chicle rosa que se compró en la gasolinera de Leesburg cuando fuimos a unos viñedos que resultaron estar cerrados. Y cómo nos deslizamos sobre la nieve la primera noche que nevió en Fort Reno, el punto más elevado de la ciudad. Cuando quedamos en Tenleytown y ella sostuvo en alto dos bandejas verdes que había cogido de la cafetería de la Agencia, le señalé mis zapatos de tacón. Pero cedí cuando ella me rogó que lo intentara sólo una vez. La sensación del viento en la cara mientras bajábamos por la colina helada.

El día que entramos corriendo en Safeway diez minutos antes de que cerraran buscando un pastel de cumpleaños. Ni ella ni yo cumplíamos años ese día, pero Irina insistió en que lo compráramos, e incluso le pidió al panadero, que ya se había quitado el delantal, que escribiera mi nombre en él con una exclamación en glaseado azul.

Las tardes que pasamos viendo aterrizar los aviones en el Aeropuerto Nacional desde Gravelly Point. Cómo nos acurrucábamos debajo de una manta cuando aparecía un destello de luz a lo lejos. El estruendo de los motores que iba en aumento hasta que los veíamos en lo alto. Qué cerca parecían estar, como si pudiéramos tocarlos con sólo alargar un brazo.

Quería recordar incluso esa mañana en mi piso después de hacer el amor, cuando todo se deshizo como si hubiera tirado de una hebra suelta de un jersey. Cuando se marchó fui a mi armario, donde había escondido el regalo que le había comprado: un grabado antiguo de la Torre Eiffel. Después de ver *Una cara con ángel*, ella había dicho que algún día deberíamos ir juntas a París. La torre diminuta era del tamaño de mi palma, y sus intrincadas líneas habían sido trazadas sumergiendo en tinta la punta de una aguja. Lo había hecho enmarcar, y lo había envuelto en papel de estraza y atado con un cordel rojo. Había pensado dárselo en Navidad, pero seguía en el fondo de mi armario.

Sostuve la tarjeta de visita en la mano. Memorice la dirección, encendí una cerilla y vi cómo la envolvían las llamas.



~~La aspirante~~  
LA RECADERA

El Bishop's Garden estaba vacío y la verja lateral, abierta. Los árboles pelados proyectaban unas sombras negras sobre la Catedral Nacional iluminada. La fuente cubierta de querubines permanecía apagada durante el invierno, salvo por el goteo continuo que impedía que las tuberías se congelaran, y los rosales que daban fama al parque eran simples arbustos con espinas.

A lo largo del sendero que rodeaba el muro de piedra había tres focos fundidos —tal como me habían indicado—, pero con la luna llena y la catedral iluminada alzándose sobre el jardín, no tuve ninguna dificultad para avanzar por el sendero y cruzar el arco de piedra hasta el banco de madera que había situado bajo el pino más alto.

Aparté la fina capa de nieve y las agujas de pino muertas, y me senté. Un movimiento rápido a mis espaldas me erizó el vello de la nuca. Miré hacia atrás: nada. ¿Me habían seguido? Levanté la vista: del alto pino colgaban dos farolillos amarillos. Un búho hacía equilibrios sobre una rama demasiado pequeña. Balanceaba la cabeza, recorriendo el jardín con la mirada en busca de algún ratón desafortunado o alguna ardilla listada. Era un ave regia, allí posada sobre su trono, lista para juzgar y ejecutar ella misma la sentencia. No reparó en mí, una criatura vulgar, mientras esperaba con paciencia a que apareciera su cena. Actuar plenamente por instinto era un don que había sido dado a los animales; qué simple sería la vida si los seres humanos funcionáramos del mismo modo. La rama crujió cuando el búho se movió. Con un aleteo se elevó por encima del muro del parque. Hasta que desapareció no me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Me levanté el guante rojo y miré el reloj: siete cincuenta y seis. Chaucer debería estar allí en cuatro minutos. Si llegaba tarde, debía irme de inmediato y tomar el autobús número 10 a Dupont Circle. Si llegaba puntual, debía coger el pequeño paquete que él me daría, dos rollos microfilmados que contenían *El doctor Zhivago* en su idioma original, y a continuación tomar el autobús número 20 para llevarlo a un piso franco de la calle Albemarle.

Se puso a nevar y vi danzar los copos en los haces de los focos que apuntaban hacia la catedral. Empecé a sentir un hormigueo en los muslos, como siempre que tenía frío, y me apreté el cinturón del abrigo largo de piel de camello que Sally había insistido en comprarme al fijarse en la quemadura de cigarrillo que había en mi vieja chaqueta de invierno, un pequeño obsequio de un hombre con el que había chocado en el autobús. Me quité los guantes de cuero rojo y me eché el aliento en los puños cerrados. Cuando los abrí, el anillo de compromiso se me cayó y tintineó contra los adoquines. Era dos tallas demasiado grande y aún no había encontrado el momento para llevarlo a que me lo ajustaran. Pero era precioso. La abuela de Teddy se lo había regalado cuando

era niño, diciéndole que algún día lo llevaría el amor de su vida. Él recordaba haberle contestado que nunca se casaría, que estaría demasiado ocupado luchando contra los nazis, como el Capitán América. Su abuela le dio unas palmaditas en la cabeza y le dijo: «Tú espera».

Teddy me contó esa historia antes de ponerse de rodillas en casa de sus padres al día siguiente de mi veinticinco cumpleaños, justo antes de que sirvieran la tarta de fresa. En lugar de mirar a Teddy, miré a mi madre, que sonreía con una expresión de orgullo que nunca le había visto. Luego miré a los padres de Teddy al otro lado de la mesa, sonriendo como si su hijo acabara de dar sus primeros pasos. Entonces volví a mirar a Teddy y asentí.

Era un anillo precioso, pero no soportaba llevarlo. Tenía la sensación de que era una tapadera.

Sabía que lo que quería en realidad era imposible. Pero lo quería de todos modos. Quería la emoción, el hogar, la aventura, lo esperado, lo inesperado. Quería todas las contradicciones, todos los contrarios. Y lo quería todo a la vez. No podía esperar a que mis deseos se hicieran realidad. Y esa necesidad era mi compañera constante, la corriente subyacente de nervios que me llevaba a analizar en exceso cada interacción y a cuestionar cada decisión, la fuente de la conversación incesante que tenía lugar en mi cabeza y que me impedía dormir por las noches mientras mamá roncaba suavemente al otro lado de la delgada pared que separaba nuestras habitaciones.

Sabía los nombres que recibía: una abominación, una perversión, una anomalía, una inmoralidad, una depravación, un pecado. Pero yo no sabía cómo llamarlo, cómo llamarnos.

Sally me había mostrado un mundo que existía a puerta cerrada, pero yo aún no lo percibía como mi mundo, mi realidad. Lo único que sabía era que no había vuelto a ver a Sally desde la noche que me había quedado a dormir en su piso hacía dos semanas y tres días, y que en esas dos semanas y tres días no había pasado una hora despierta sin pensar en ella.

Recogí el anillo y me lo puse de nuevo mientras las campanas de la catedral tocaban ocho veces. Después de la última campanada apareció Chaucer, según lo previsto. No se había oído ningún ruido, ni de la verja al abrirse ni de pasos. Llegó sigiloso como la nieve, con un abrigo largo negro y una gorra a cuadros con orejeras. Con ese gracioso sombrero y su expresión intrigada, me recordó a un basset.

—Hola, Eliot —me saludó.

—Hola, Chaucer.

—Una noche preciosa para dar un paseo. —Tenía el acento de un londinense de clase alta.

—Ya lo creo.

Se quedó ahí de pie y hubo un momento de silencio entre nosotros. Sin hacer ademán de entregarme el paquete, se volvió y levantó la vista hacia la catedral.

—Una estructura impresionante. A ustedes los estadounidenses les encanta que los nuevos edificios parezcan viejos.

—Supongo que sí.

—Toman pedazos sueltos del viejo país, los juntan y les ponen el viejo sello estadounidense, ¿no es así?

No pensaba discutir con él ni entendía por qué él parecía querer discutir conmigo. Tal vez era eso lo que hacían los hombres en esa clase de encuentros, pero yo no tenía tiempo para una retahíla de ocurrencias inteligentes. Debía cumplir un cometido.

Aparentemente herido por mi silencio, metió la mano en su abrigo y me entregó un paquete pequeño envuelto en papel de periódico.

Lo guardé en mi bolso Chanel.

—Repitámoslo alguna vez.

Se levantó el sombrero y se quedó allí de pie mientras yo me alejaba.

La emoción nunca cesaba, como el momento en que un vagón de una montaña rusa se detiene justo en la cima antes de iniciar el descenso. Caminé hacia la esquina de Wisconsin con Massachusetts. Pero en lugar de subir al autobús número 20 como se suponía que debía hacer, caminé los veinte minutos que había hasta la gran casa Tudor del número 3.812 de Albemarle. Si no podía obtener todo lo que mi corazón anhelaba, al menos tenía ese momento, esa sensación, y quería saborearlo el mayor tiempo posible.

Después de introducir el paquete por la ranura del buzón del piso franco, seguí bajando la colina hasta Connecticut Avenue, donde tomé un autobús a Chinatown.

Una pared de aire caliente mezclado con el olor a arroz frito me recibió cuando entré en Joy Luck Noodle. El maître señaló una mesa al fondo, donde Sally se servía una taza de té humeante de la pequeña tetera de hierro que se conservaba caliente sobre un portavelas. No me había visto entrar, y cuando nuestras miradas se encontraron sentí el jadeo interno que me era tan familiar.

Habían transcurrido dos semanas y tres días desde la última vez que la había visto, desde el día que le conté que Teddy y yo nos habíamos prometido, desde la noche que habíamos hecho el amor. Esa noche sentí que cambiaba de dentro hacia afuera, convirtiéndome en el tipo de persona que confía en sus acciones, que no cuestiona cada pensamiento, cada movimiento. Pero al verla allí sentada sentí deseos de retirarme al aseo y calmarme. Luego me sonrió con esa sonrisa tan suya mientras me quitaba el abrigo y lo colgaba en el respaldo de mi silla, y por un momento me relajé.

Estaba tan guapa como siempre, a pesar del maquillaje apelmazado con el que había intentado disimular las bolsas de debajo de los ojos. Llevaba un turbante de brocado verde, pero el flequillo pelirrojo que asomaba por debajo se veía greñudo y sin lavar. Cuando cogió la taza, noté que le temblaban las manos.

—¿Cansada? ¿Hambrienta? —preguntó en nuestro propio lenguaje codificado.

—Hambrienta —respondí—. Y necesito una copa.

Nunca entrábamos en detalles sobre nuestras misiones, pero *cansado* significaba que las cosas no habían ido bien, *hambriento* que sí, y necesitar una copa era exactamente eso.

Le indicó al camarero que nos trajera dos *mai tais*.

—Me he adelantado y he pedido el pollo frito con anacardos y el arroz frito con piña.

—Perfecto —dije, y me quité los guantes y los dejé encima de la mesa.

Sally clavó la mirada por un instante en mi mano izquierda antes de desviarla. Dejó que el silencio se prolongara, un viejo truco para incitar a la gente a hablar que había aprendido durante la guerra y que debía de haber olvidado que me había enseñado. «La gente hará lo que sea con tal de llenar un silencio incómodo», había dicho. Bebí un sorbo de mi *mai tai* y recordé que antes de invitarme a cenar había dicho que teníamos que hablar. Entonces no le había dado importancia, pero era en lo único en lo que podía pensar en esos momentos.

—¿Querías decirme algo?

Saqué el paraguas de papel azul de mi copa y me llevé a la boca la guinda insertada en la pequeña espada.

—Nada importante.

Dio un sorbo a su bebida a través de la pajita azul, con cuidado de no estropearse el pintalabios.

—Sólo quería saber cómo fue tu Nochevieja —continuó.

—Dos bajadas por la pista para principiantes y me rendí. Me pasé casi toda la noche sola en el albergue tomando chocolate caliente.

—Me imagino que Teddy es un gran esquiador. Parece atlético.

Ella casi nunca mencionaba a Teddy, y menos aún para elogiarlo.

—Supongo que sí.

—Bueno, mi Nochevieja fue tan agradable como siempre —dijo después de dar otro largo sorbo—. Fui a una fiesta y bailé toda la noche. Bebí un poco más de la cuenta, ya sabes cómo va.

Me estaba castigando.

—Suena divertido.

El camarero llegó con nuestro pollo y de nuevo agradecí la oportunidad de no poder hablar. Sally empuñó los palillos como una profesional. Yo cogí un tenedor y apuñalé un trozo de piña.

En cuanto el camarero retiró los platos, Sally respiró hondo y dijo rápidamente que no podíamos seguir viéndonos, que agradecía el tiempo que habíamos pasado juntas y nuestra amistad, pero que era mejor para las dos que nos separáramos, que iba a estar demasiado ocupada con el trabajo de todos modos y que no tendría mucho tiempo para socializar.

Sus palabras me sentaron como patadas en el estómago y cuando terminó de hablar, apenas podía respirar. La que más me dolió fue *amistad*.

—Por supuesto —concluyó—, mantendremos una relación profesional en el trabajo. — Pareció que quería añadir algo, pero no lo hizo.

—*Profesional* —repetí.

—Me alegro de que estés de acuerdo.

Su indiferencia me dolió profundamente. Quería decirle que no estaba de acuerdo. No, quería gritar. La sola idea de no volver a pasar tiempo con ella, de tener una relación meramente laboral, de tener que fingir que nunca había habido nada entre nosotras, me ponía enferma. Quería decirle que prefería caminar descalza sobre alambre de espino que tener una conversación educada con ella en el ascensor. Y quería preguntarle cómo podía ser tan fácil para ella cortar por lo sano.

Pero no dije nada. Sólo después de levantarme y derramar el *mai tai* rosa sobre el mantel cuando me golpeé las rodillas con la mesa, después de darme la vuelta para marcharme y oírla decir al camarero que no me encontraba bien, y de salir a la calle como un huracán, comprendí que mi silencio también era una respuesta.



## LAS MECANÓGRAFAS

Habíamos hecho conjeturas sobre Irina desde que había llegado a la Agencia. Y nuestras sospechas se vieron confirmadas poco después de que el *Sputnik* alcanzara el cielo y Gail viera el nombre de Irina en un memorando sobre la operación Zhivago. Ella nunca hablaba del trabajo que hacía fuera del horario laboral y nosotras nunca preguntábamos. Como buena recadera que era, no mencionaba los secretos que llevaba. Aun así, no tardamos en averiguar el resto.

Lo que hacía que Irina destacara en el equipo de mecanógrafas era precisamente que no destacaba. Pese a la combinación encantadora de todos sus atributos físicos, tenía el don de pasar inadvertida. Incluso un año después de que hubiera entrado en la Agencia, todavía era capaz de escapar a nuestro radar. Estábamos retocándonos el carmín en los aseos y ella nos daba un susto por detrás y nos decía que ese tono de rosa era un gran color para la primavera. O estábamos brindando en el Martin y ella entrechocaba su copa con las nuestras justo cuando pensábamos que ya habíamos brindado con todas. Mientras comíamos en la cafetería, se levantaba para decir que tenía que volver al trabajo cuando nadie recordaba que se hubiera sentado a nuestra mesa.

Sin embargo, su talento para pasar inadvertida no pasó inadvertido, y con un padre muerto a manos del Monstruo Rojo, tenía potencial para ser un gran activo. Después de cierto entrenamiento, un memorando recorrió la cadena de mando e Irina pasó a trabajar sobre el terreno. Y era buena. Las primeras misiones que le encomendaron consistieron en llevar mensajes internos por la ciudad, pero mostró su valía y los encargos fueron aumentando de importancia. El de esa fría noche de enero en el Bishop's Garden fue el primero que hacía para la operación Zhivago.

Al salir de la sede central por la tarde, se subió al autobús número 15 en la esquina de Massachusetts con Wisconsin, rodeó el colegio Saint Albans hasta la entrada trasera de los jardines de la catedral y se adentró en el jardín por la verja de hierro lateral.

Debió de llevar su abrigo nuevo, largo y de pelo de camello con cuello marrón, y los guantes de cuero rojo que Teddy le había regalado. Al día siguiente, Irina nos los había enseñado. «Son bonitos, ¿verdad?», nos preguntó, alargando los dedos mientras hacíamos cola para que nos escanearan los sombreros, los abrigos y los bolsos en el acceso a la sede general. «Me van un poco pequeños, pero cederán.» Todas estuvimos de acuerdo en que eran muy chic y en que Teddy tenía un gusto excelente. Todas menos Sally Forrester, que les lanzó una sola mirada y dijo que eran de imitación. Debajo de los guantes rojos, Irina debía de llevar el anillo que Teddy le había regalado al cumplir veinticinco años. Era una elegante pieza *art déco* con un diamante de un tamaño que nos sorprendió. Sabíamos que Teddy venía de una familia adinerada, pero no teníamos ni idea de que era tan rica. Le iba demasiado grande y tenían que ajustárselo. Mientras trabajaba

lo guardaba en un cajón del escritorio para que no se le cayera al teclear, y a veces se olvidaba de volver a ponérselo al acabar la jornada. Cualquiera de las demás habríamos ido a que nos lo ajustaran al día siguiente. Sin embargo, Irina no era muy dada a presumir.

Una boda en el equipo de mecanógrafas siempre daba mucho que hablar, pero Irina no había mostrado ningún interés en hablar de la suya.

—¿Volverás al trabajo? —preguntó Gail.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Qué piensas del tafetán? —le preguntó Kathy.

—Supongo que estoy a favor.

Nos enteramos de que su madre estaba organizando el gran día y que se proponía purgar los últimos vestigios de su identidad rusa organizando la boda estadounidense por excelencia.

—Quiere claveles rojos, blancos y azules en los centros de mesa —nos contó Irina—. Y los azules los va a pintar ella misma con espray.

Para celebrar el compromiso, cada una pusimos un dólar y le compramos un *negligé* de encaje negro en Hecht's. Lo envolvimos en papel de seda plateado y lo dejamos encima de su escritorio antes de que llegara. Cuando se sentó, cogió el paquete y miró alrededor mientras nosotras fingíamos que trabajábamos. Rasgó una esquina del papel y se escapó un tirante de seda. Intentó meterlo de nuevo, pero sólo logró romper más el papel. Se echó a llorar. Nos quedamos paradas, sin saber qué hacer. Una de las reglas de oro de las mecanógrafas es nunca llorar en público. Por supuesto, todas lo habíamos hecho, pero desde la relativa intimidad del aseo de señoras o en el hueco de las escaleras al menos. ¿En nuestro escritorio? Jamás.

Nos preguntamos si Irina pensó en el *negligé* negro mientras esperaba a Chaucer la noche que se encontraron en el Bishop's Garden. ¿Fue entonces cuando empezó a tener dudas? ¿O ya había comenzado a cambiar de idea... mucho antes del *negligé*, antes de que Teddy le pidiera que se casara con ella, antes de que le dijera que la quería durante un paseo por la Cuenca Tidal, mientras los cerezos se aferraban a los últimos pétalos rosas de la estación? Es difícil saberlo. Nosotras no podemos saberlo todo.

Lo que sí sabemos es que Chaucer llegó puntual y que Irina recogió los dos rollos microfilmados Minox que contenían *El doctor Zhivago*. Y que tomó el autobús 20 a Tenleytown, donde entregó el paquete en el piso franco de la calle Albemarle.

La primera etapa de la misión había concluido, gracias en parte a Irina. Los hombres se felicitaron por haber descubierto aquel talento inesperado. Sin embargo, quien había desarrollado el talento de Irina no era un hombre sino Sally Forrester.

Sally era oficialmente una recepcionista a tiempo parcial, pero no hacía falta ser un lince para saber que era mucho más que eso. Poco después de que Anderson la llevara a la sede central, averiguamos que era *vox populi* entre los enterados que Sally era una *golondrina* y que había estado revoloteando desde sus tiempos en la OSE. Cuando no estaba sentada detrás del mostrador de recepción, que era la mayor parte del tiempo, viajaba por el mundo sirviéndose de sus «talentos» para obtener información. A diferencia de Irina, Sally no podía ser invisible. Todo en ella gritaba: «¡Miradme! ¡Es a mí a quien tenéis que mirar!». Llevaba un corte de pelo italiano —unos suaves tirabuzones pelirrojos enmarcaban su cara en forma de corazón— y su figura siempre

amenazaba la integridad física de sus ceñidas faldas de lana y chaquetas de punto. Y siempre iba demasiado arreglada, con vestidos trapezoidales de diseño color fucsia, capotes de raso blanco o un abrigo de piel de conejo que se rumoreaba que se lo había regalado Dulles en persona.

Uno de los hombres había enseñado a Irina a recibir un paquete de un transeúnte en la calle K en plena hora punta y seguir andando sin mirar atrás; a dejar un libro hueco debajo de un banco en el Meridian Hill Park y marcharse antes de que alguien se levantara de un salto y dijera: «¡Eh, señorita, se deja el libro!»; o a deslizar un papel en el bolsillo de un hombre que estaba sentado a su lado en Longchamps. Pero quien acabó de entrenarla fue Sally. No sabemos en qué consistió ese entrenamiento, pero sí que observamos un cambio en Irina. Algo en ella parecía más sólido, como si se hubiera convertido en una mujer que había que tener en cuenta. En pocas palabras, en una mujer más como Sally.

Fuera lo que fuese, Irina había enorgullecido a su mentora, y enseguida dejaron de ser simples colegas y se hicieron amigas. Empezaron a sentarse aparte en la cafetería. Iban al Off the Record en lugar de al Martin después del trabajo. Los lunes llegaban a la oficina repitiendo frases de *La bella de Moscú*, *Una cara con ángel* y *Tú y yo*. Cuando Sally llegaba de un viaje, dejaba en el escritorio de Irina un detalle: un antifaz para dormir de la Pan Am, una hidratante de lavanda del Ritz, un penique aplastado de una de las máquinas del paseo entarimado de Atlantic City, una bola de nieve de Italia.

Para el vigésimo quinto cumpleaños de Irina, Sally había organizado una fiesta. Nunca habíamos estado en su casa —un piso de una habitación sin ascensor encima de una panadería francesa en Georgetown—, y cuando dejó las invitaciones azules en nuestros escritorios, no dejamos pasar la oportunidad. «Se requiere tu presencia en la celebración del cumpleaños de nuestra querida amiga Irina», se leía escrito a mano en tinta plateada.

Cuando preguntamos si podíamos ir acompañadas, Sally dijo que era una fiesta de chicas.

—Será más civilizada —dijo riéndose.

Llevamos nuestros vestidos de fiesta más modernos, y unas cuantas incluso derrochamos en Garfinckel para la ocasión.

—Es la fiesta de Sally Forrester. No te presentas con una imitación de Dior del año pasado —dijo Judy—. Además, podemos aprovecharlo para Nochevieja.

Fuimos en taxi en lugar de en tranvía o autobús para llegar con la cara fresca y el rímel y el pintalabios intactos a pesar de lo que nevaba. Subimos los dos tramos de escalera y al llegar a su rellano oímos del otro lado de la puerta una canción.

—¿Sam Cooke? —preguntó Gail.

Antes de que pudiéramos tocar el timbre, Sally nos abrió, despampanante con un vestido cruzado de raso dorado con un cinturón con borlas.

—¡Bueno, no os quedéis ahí!

Entramos en el piso detrás de ella, que se tambaleaba en sus altos tacones negros sobre la tupida alfombra rosa.

Irina estaba encantadora con una falda verde esmeralda y una torera a juego. La felicitamos dejándole en las manos nuestros pequeños regalos.

Sally desapareció en la cocina e Irina nos indicó por señas que nos sentáramos en el sofá modular de cuero blanco. Para romper el hielo preguntamos por la decoración del piso. Como Sally estaba ocupada, Irina respondió por ella.

—¿Cómo encontró este lugar? —preguntó Norma—. Es para morirse.

—Vio un anuncio en el *Post*.

—¿Qué candelabros! ¿De dónde son? —preguntó Linda.

—Heredados. Creo que de su abuela.

—¿Ese Picasso es auténtico? —preguntó Judy.

—Sólo es un grabado de la National Gallery.

—¿Qué te regaló Teddy para tu cumpleaños? —le preguntó Gail.

—Me dijo que escogiera algo bonito en Rizik's. —Se estiró la torera—. Sally y yo hemos ido hoy.

Sally salió de la cocina con una ponchera de cristal llena de un líquido rosa espumoso a juego con la alfombra.

—¿Y no está guapísima?

Asentimos.

Dos copas de ponche más tarde pasamos al comedor, donde nos esperaba una mesa larga con unas tarjetas con nuestros nombres caligrafiados, lirios de agua blancos y servilletas de tela dobladas en forma de abanico.

—¡Menudo despliegue! —exclamó Norma.

Después de una cena copiosa, un pastel de chocolate, los regalos y unas cuantas copas más de ponche, nos fuimos de casa de Sally pensando que la fiesta había sido un poco excesiva para un cumpleaños, pero todas estuvimos de acuerdo en que sabía organizar un evento.

Puede que algunas digan ahora lo contrario, pero nunca notamos nada raro en Sally. Como es natural, la enorme atracción que provocaba en el sexo opuesto daba pie a algún que otro comentario malicioso, pero todos la respetábamos. Ella nunca decía *perdón, por favor* o *es sólo una idea*. Hablaba como los hombres y ellos la escuchaban. No sólo eso, tenía atemorizados a unos cuantos. El poder que percibíamos tal vez venía de la estrechez de su falda, pero su verdadero poder estaba en que nunca aceptaba los roles que los hombres le asignaban. Tal vez ellos querían que luciera guapa y cerrara el pico, pero ella tenía otros planes.

Cuando más tarde eliminaron el nombre de Sally de todos los memorandos, todos los registros de llamadas y todos los informes, intentamos recordar si había lanzado alguna pista acerca de quién era en realidad. Pero no atamos cabos hasta mucho después.



~~La aspirante~~  
LA RECADERA

Transcurrió una semana. Un mes. Dos. Los planes de boda siguieron adelante. Teddy y yo nos casaríamos en octubre en Saint Stephen y habría una pequeña recepción en el Chevy Chase Country Club. Mi tapadera se convertiría en mi vida.

Los padres de Teddy correrían con todos los gastos, pero mamá insistió en ocuparse de las flores, el pastel y mi vestido. Incluso antes del compromiso ya había comprado el material para confeccionarlo: encaje de color marfil y raso.

El día siguiente a la proposición matrimonial de Teddy, me tomó las medidas mientras yo estaba en la cocina preparando el desayuno. El vestido —que afirmó que sería su mejor obra— estaba medio hecho en febrero. Pero hacia marzo lo interrumpió, quejándose de que tendría que empezar de nuevo a menos que yo recuperara los siete kilos que había perdido desde enero. Le dije que estaba loca, que no había adelgazado tanto, dos como mucho, y sólo por culpa de la gripe intestinal, que era la excusa que había puesto para no levantarme de la cama durante una semana después de la cena con Sally.

No podía ocultarle nada. A pesar de las capas de jerséis y las medias de lana gruesas, mamá vio que mi cuerpo se encogía. Tenía que sujetarme las faldas con imperdibles para que no se me escurrieran por las caderas, y me ponía suéteres gruesos de cuello alto para ocultar lo mucho que me sobresalía la clavícula.

Mamá respondió añadiendo grasa de tocino a todo: al *sch*i, al *borscht*, a los *pelmeni*, al *Stroganoff* de ternera, a los *blinis* y a las tortillas. Incluso la pillé echando el aceite de una sartén a los copos de avena que me tomaba para desayunar. Insistía en que repitiera de cada comida y miraba mi plato como lo había hecho cuando era niña.

Los fines de semana horneaba múltiples pasteles diciendo que estaba haciendo pruebas para el de la boda: de miel, de cereza borracha, napolitano, de leche de pájaro, incluso una tarta Vatslavsky de dos pisos. Me obligaba a tomar varios trozos de cada uno, a menudo echando helado de vainilla encima.

Mamá no fue la única en advertir que me encogía. Teddy me preguntó tantas veces si todo iba bien que le dije que si no paraba de hacerlo, las cosas dejarían de ir bien. Prometió no volver a preguntármelo, pero esperaba que no estuviera probando algún régimen disparatado que se había puesto de moda. Dijo que era perfecta tal como estaba, y su sinceridad me llenó de una ira inexplicable.

El equipo de mecanógrafas también se dio cuenta. Judy me preguntó cuál era mi secreto y dijo que tenía la cintura tan estrecha como la de Vera-Ellen en *Navidades blancas*. El resto reaccionó como mamá y me dejaba dónuts de Ralph encima del escritorio.

No era que yo no quisiera comer; simplemente no tenía apetito, ni de comida ni de nada. Me costaba ver una película entera. Me resultaba insoportable estar en medio de una multitud. Empecé a ir andando al trabajo en lugar de tomar el autobús, sólo para estar sola. En las fiestas ni siquiera intentaba mantener una conversación educada. Incluso en las cenas de los domingos, en las que solía disfrutar de las peleas intelectuales y la sensación de estar obteniendo información privilegiada, prefería quedarme con las esposas en lugar de con Teddy, donde no tenía que decir gran cosa aparte de que me gustaba la salsa confeti.

Teddy trató de sacarme de donde fuera que había caído. Una y otra vez, y casi lo quise por el esfuerzo. Intenté quererlo, lo intenté de verdad. Él me quería más de lo que nadie me había querido nunca. Entonces ¿por qué no era suficiente?

Vi a Sally dos veces durante ese tiempo. ¿Había decidido desaparecer del mapa por mi bien? ¿Había pensado por un momento en mí? La primera vez, yo me marchaba y ella estaba parada en el vestíbulo cuando se abrieron las puertas del ascensor. Salí y casi chocamos. Di un paso a la derecha y otro a la izquierda, y ella hizo lo mismo como si fuera mi reflejo, y las dos recuperamos torpemente nuestras posiciones. Me saludó y sonrió, pero vi que me miraba de arriba abajo y supe por su expresión que me había encontrado fatal.

La segunda vez, ella no me vio. Estaba en el reservado que había junto a la cristalera del Ralph, sentada frente a Henry Renet: ahí delante, a la vista de todos, un martes a mediodía. Y todos la vimos. Cuando regresé a la oficina, en la sección de mecanografía no se hablaba de otra cosa.

—¿Crees que están saliendo? —preguntó Kathy.

—Lonnie cree que llevan saliendo desde Año Nuevo. Los vio juntos en una fiesta. Alguien debería advertirla de lo idiota que es.

—Me ofrezco voluntaria —dijo Norma.

—¿Es verdad, Irina? —preguntó Linda.

—No lo sé.

—Bueno, Florence de Registros nos contó que los vio susurrar en el hueco de la escalera —dijo Gail.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Hace unas semanas.

Entonces era eso. Había estado interesada en Henry desde el principio. Yo no había sido más que una fantasía pasajera en el mejor de los casos. La sola idea me producía rechazo. Podía soportar no estar con ella, pero sabía que no podría soportar verlos a los dos juntos.

Sin que Teddy, mamá o cualquier otra persona lo supiera, ese día hablé con Anderson sobre la posibilidad de que me trasladaran al extranjero.

—¿No va a casarse? —Me miró el dedo anular.

—Es una pregunta hipotética.

—Lo hipotético no me incumbe. Pero estoy seguro de que encontraríamos un puesto para usted.

—¿Puedo pedirle que esto quede entre nosotros?

Él hizo como que se cosía los labios.

Esa tarde, mientras el sol bañaba la calle E en el resplandor anaranjado del atardecer, pensé que en un año podría estar caminando por las calles de Buenos Aires, Ámsterdam o El Cairo. Me atraía la idea de despojarme de quien era, despojarme de todo y convertirme en una persona nueva. Era una sensación deliciosa, y por primera vez en mucho tiempo, sonreí.

Cuando llegué a casa, no me recibió el olor a tocino en la puerta. Mamá estaba sentada delante de su máquina de coser sin coser. Con una taza de té muy negro por no haber retirado la bolsita.

—¿Qué te pasa, mamá?

—No puedo rebobinar la canilla.

—¿Eso es todo?

—Llevo horas intentándolo.

—¿Ha vuelto a romperse?

—No. Son mis ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No veo con el izquierdo.

Me acerqué a ella. Le miré los ojos pero no vi nada extraño.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Me he despertado así.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Pensé que podría arreglarlo.

—¿Cómo?

—Con ajo.

—Iremos al médico mañana a primera hora. —Le tomé la mano y noté que temblaba. Entonces añadí, intentando creerlo—: Seguro que no es nada.

Al día siguiente llevé a mamá a un oftalmólogo, y ella se quejó de que no era ruso y que, por lo tanto, no sería imparcial.

—¿Imparcial en qué sentido? —le pregunté—. El doctor Murphy es irlandés.

—¡Ya lo verás!

Cuando la enfermera la llamó por su nombre, yo me levanté para acompañarla como solía hacer, por si necesitaba que le tradujera algo. Pero me dijo que prefería entrar sola. Asentí y me estuve una hora ahí sentada, hojeando diferentes números de la revista *Time*.

Mamá salió frotándose el brazo donde el médico le había extraído sangre. Cuando le pregunté qué tenía, dijo que ese médico no sabía nada.

—Ya te lo he dicho. Tiene prejuicios contra los rusos.

—¿No te ha dicho nada?

—Me ha sacado sangre y me ha hecho una radiografía. Me ha dicho que llamará cuando lo sepan.

—¿Cuando sepan qué?

—No lo sé.

Dos días después no montamos una escena ni nos apresuramos a ir al hospital ni mamá se cayó ni tuvimos que llamar a una ambulancia ni ir a urgencias; sólo hubo una llamada del doctor Murphy para decirle a mamá lo que ya había sospechado al examinarle los ojos por primera vez

con su pequeña linterna. Tenía «una masa», como lo expresó él, y cuando me puse al teléfono para que me aclarara qué era eso, dijo que tenía que volver lo antes posible para hacerse más pruebas y hablar de las «rutas» que seguir.

—¿Rutas? —preguntó mamá cuando colgué—. ¿Qué rutas?

—Tratamientos, mamá.

—No necesito tratamientos. Tengo que volver al trabajo.

Continuó el resto del día como si nada hubiera cambiado. Cuando le recordé que teníamos que pedir hora, ella dijo que estaba bien y que no me preocupara, pero eso era todo lo que yo podía hacer.

Las siguientes semanas, Teddy se puso en acción y abordó el tema de la recuperación de mamá como abordaría un proyecto del trabajo: de un modo metódico, persistente y sosegado. Consiguió citas con los mejores especialistas de Washington, luego de Baltimore y finalmente de Nueva York.

Pero después de ir de médico en médico, de especialista en especialista —entre otros, un herbolario chino que examinó la lengua de mamá y nos dio el mismo diagnóstico que los demás—, me dijo que quería suspender todos los tratamientos.

—Lo que tenga que ser, será —dijo una noche mientras le servía de la cacerola de atún que había traído uno de nuestros vecinos.

Le serví tres cucharones, a pesar de que sabía que no comería más que unos cuantos bocados.

—¿Qué quieres decir con que *lo que tenga que ser, será*?

—Pues eso. Que me rindo.

—¿Has terminado?

—He terminado.

Dejé la cacerola de pírex con tanta fuerza en la mesa que se rajó el cristal.

Mamá me tomó la mano, pero la rechacé y salí furiosa.

Cuando volví a casa esa noche, Teddy se había ido y mamá estaba sentada a la mesa de la cocina. Entré en mi habitación sin decir una palabra. Estaba enfadada con ella, con el mundo, con todo.

Ahora, nada desearía más que haberle tomado la mano esa noche en la cocina y haberle pedido perdón. Pensé que habría tiempo. Tiempo para hacer las paces, tiempo para hacerle saber que apoyaba cualquier decisión que tomara, tiempo para decirle cuánto la quería, tiempo para abrazarla como no lo había hecho desde que era niña. Pero no hubo. Nunca hay tiempo suficiente.



La parroquia de Saint John the Baptist se llenó de amigos y conocidos de mamá que nunca había sabido que tenía. Uno por uno, me expresaron sus condolencias y me contaron cosas sobre ella que me habría gustado saber mientras estaba viva.

Revelamos las partes de nosotros mismos que queremos que los demás conozcan, incluso los más allegados. Pero todos tenemos nuestros secretos. El de mamá es que había sido generosa hasta el extremo. Descubrí que había vestido gratis a casi todo nuestro vecindario: adaptó un traje de segunda mano para un veterano sin trabajo que tenía una entrevista para un puesto de cajero en Peoples Drug, arregló el traje de novia de una mujer que sólo había podido permitirse comprar

uno con un tirante roto y una mancha de vino en el corpiño en la tienda del Ejército de Salvación, remendó el mono de un empleado de una planta embotelladora y zurció muchos calcetines de un anciano viudo que sólo quería compañía.

En cuanto al vestido de fiesta amarillo que yo le había ayudado a adornar el año anterior, había sido un regalo, no un encargo. La hija adolescente de la señora Halpern había asistido con él al funeral, y viéndola dar vueltas para exhibirlo me sentí abrumada de admiración hacia mi madre por la persona que había sido.

Ella llevaba un traje negro con unos intrincados abalorios de flores que se extendían por las mangas transparentes. El traje había sido otro secreto. No podía saber cuánto tiempo había estado trabajando en él. Sólo que lo había confeccionado para llevarlo en su funeral, ya que lo vi por primera vez la mañana que no despertó, planchado y extendido sobre la mecedora de su habitación.

En el interior de la iglesia, el sacerdote ortodoxo rodeaba el ataúd de mamá haciendo oscilar el incensario, y el humo perfumado se elevaba sobre su sotana dorada y se disipaba por encima de su cabeza.

Me volví un instante y la vi: Sally había venido. Estaba de pie al fondo, con un tocado de reddecilla negro. Me volví de nuevo hacia el sacerdote, que seguía balanceando el incensario mientras yo pensaba en ella en lugar de en mi madre. Deseé que se acercara por el pasillo hasta donde yo estaba, que ocupara el lugar de Teddy y me tomara la mano. Pero ella se quedó al fondo y Teddy, a mi lado.

Terminó el funeral y salí de la iglesia detrás del ataúd de mamá. Al pasar junto a Sally, me tocó el brazo. Llevaba el velo torcido y vi que tenía los ojos llorosos. Seguí andando. La procesión se abrió paso hasta el cementerio Oak Hill, donde Teddy había dispuesto que enterraran a mi madre en un bonito terreno con vistas al Rock Creek Park. De pie junto a la tumba de mamá, busqué a Sally entre la gente. Ya no estaba.

Después de eso, Teddy intentó en vano consolarme. Pasaron los días, las semanas. Hasta que una noche que no podía dormir decidí llamar a Sally. Me temblaron las manos mientras marcaba, y aunque la línea sonó y sonó, no contestó nadie.

# **BLOQUE DEL ESTE**



Mayo de 1958



La musa  
La emisaria  
LA MADRE

Me desperté de un sueño profundo y vi a Mitya de pie a mi lado.

—Hay alguien fuera —susurró.

—¿Es Borya? ¿Ha vuelto a perder la llave?

—No.

Saqué las piernas de la cama y tanteé con los dedos de los pies el suelo hasta que encontré las zapatillas.

—Vuelve a tu habitación.

Mitya no se movió mientras yo me ponía torpemente la bata.

—Mitya, he dicho que vuelvas a la cama. Y no despiertes a tu hermana.

—Ella lo ha oído primero.

Antes de que pudiera preguntar qué habían oído se oyó un estrépito.

—Sólo es una rama —dije, hablando en el tono más bajo y firme de que fui capaz—. Ese álamo lleva muerto desde el invierno pasado. Ya le he dicho a Borya que hay que cortarlo...

Otro ruido procedente de fuera me interrumpió. Fue más silencioso, amortiguado. No era una rama caída.

Cuando oímos que la puerta de la calle se abría, los dos corrimos hacia la entrada. Ira estaba descalza en el umbral, con el camisón blanco teñido de azul por la luz de la luna. La imagen me sorprendió. Parecía un ángel fantasmal..., una mujer ya.

—Ira —dije suavemente—. Cierra la puerta.

Ignorándome, salió.

—¡Ven aquí! —gritó.

Mitya me apartó para ir a reunirse con su hermana. Lo agarré por el camisón, pero él se encogió de hombros.

—¡Deja que te veamos! —gritó con la voz quebrada.

Hubo un movimiento detrás de la pila de leña que había a un lado de la casa y mis dos hijos tropezaron entre sí cuando quisieron volver a entrar. Cerré la puerta detrás de ellos y probé el pomo para asegurarme de que estaba bloqueado.

—Son ellos —dijo Ira—. Lo sé.

Mientras se apretaba contra la pared ya no parecía una hermosa aparición; volvía a ser mi hija pequeña.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Ayer me siguió un hombre desde la estación de tren.

—¿Estás segura? ¿Qué aspecto tenía?

—Como los demás. Los que se te llevaron.

—Yo también los he visto —dijo Mitya—. Me observan desde detrás de la valla de la escuela. Son dos, a veces tres. Pero no me dan miedo.

—No seas tonto —le dije, pero no creía mis palabras.

Mitya era propenso a la exageración, y su *exuberante imaginación*, como Borya la había descrito, daba lugar a historias. Había encontrado una pieza del *Sputnik* en el bosque. Había salvado a una niña de su clase de un lobo que deambulaba por el patio de la escuela. Había comido una planta mágica que le daba el poder de saltar más alto que un trolebús.

Sin embargo, de esa historia no dudé.

*El doctor Zhivago* había sido publicado en Italia seis meses atrás, y cada vez que veía la luz en un nuevo país —Francia, Suecia, Noruega, España, Alemania Occidental— notaba que había más ojos pendientes de nosotros. Con cada publicación extranjera surgían preguntas sobre por qué no habían sacado el libro aquí. Hasta la fecha, el Estado no había hablado públicamente de la novela. Mantenía la mano firme, pero aumentaba el temblor. Yo sabía que sólo era cuestión de tiempo que actuaran.

Nunca había hablado con mis hijos sobre los hombres que montaban guardia en sus coches negros al final del camino o que me seguían cada vez que iba a Moscú. Sólo esperaba lo que parecía predeterminado: que vinieran a por mí.

Había hecho todo lo posible para no alarmarlos. Corría las cortinas, quejándome de que me dolía la cabeza. Cerraba las puertas con llave diciendo que unos adolescentes habían entrado en la casa de un vecino. Acudí a una perrera para averiguar cómo podía conseguir un pastor caucásico, y al encargado le dije que a mi hijo no le vendría mal aprender algo de responsabilidad cuidando a un perro.

Sin embargo, ellos nunca se dejaron engañar; eran demasiado mayores para eso. Sabían buscar la verdad, no en mi sonrisa falsa o en las palabras que salían de mi boca, sino en mis manos temblorosas, en mis ojeras.

Le hablé a Borya de mis crecientes temores, pero él estaba absorto en la avalancha de cartas de simpatizantes que llegaban camufladas entre recortes de críticas entusiastas del extranjero y solicitudes de entrevistas. Estaba muy solicitado, y ahora me veía obligada a compartirlo no sólo con su esposa sino con el mundo entero. La última vez que le hablé del asunto, estábamos caminando por el sendero que bordeaba el lago Izmalkovo. Borya no pensaba más que en dar con la persona adecuada para traducir su novela al inglés. Cuando le comenté que quería conseguir un perro guardián, respondió preguntándome si creía que la edición inglesa debía incluir los poemas al final.

—Dicen que la rima resta valor al significado —dijo.

Todo giraba en torno al libro y nada era más importante que éste: ni la fama que las ediciones internacionales le habían proporcionado ni la amenaza inminente del Estado ni su familia ni la mía. Incluso le daba prioridad sobre su vida. Su libro era lo primero y siempre lo sería, y me sentí como una boba por no haberme dado cuenta antes.

Cuando Ira contuvo las lágrimas y Mitya fingió ser fuerte, tomé conciencia de lo profundamente solos que estábamos. Me recobré y miré por la ventana, pero sólo vi el suave balanceo de los álamos, sus sombras negras danzando sobre el camino de grava.

Luego, un movimiento.

Mis hijos retrocedieron de un salto, pero yo me quedé quieta. Descorrí las cortinas.

—¡Mamá! —gritó Mitya.

—Venid —dije—. Mirad esto.

Ellos miraron por encima de mi hombro. Fuera había dos zorros rojos sobre un leño que habían desprendido del montón. Sus ojos dorados se encontraron con los míos antes de huir de nuevo al bosque.

Nos reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas y nos dolió la barriga. Nos reímos hasta que dejó de parecernos divertido.

—¿Estás segura de que no hay nada más ahí fuera? —preguntó Mitya.

—Sí —contesté, luego corrí de nuevo las cortinas y les di un beso en la mejilla como cuando eran pequeños—. Ahora volved a la cama.

Los niños cerraron la puerta de su habitación, pero yo sabía que no me dormiría. En la cocina, a oscuras, puse agua a hervir. Como no quería despertarlos, encendí una vela y cogí un periódico.

El artículo no llevaba ninguna foto, pero no me costó imaginar el embrollo de pelaje blanco y castaño, la maraña de pezuñas, las astas rotas con su suave pelusa chamuscada. DOSCIENTOS RENOS MUEREN ALCANZADOS POR UN RAYO EN LA MESETA DE PUTORANA. Acerqué la página a la luz de la vela para ver si había leído la cifra correctamente. En efecto, habían muerto doscientos en un instante. Un rayo cruza el cielo y entonces...

El susurro de la tetera se convirtió en un aullido y la aparté del fogón. Me concentré de nuevo en el artículo. Los renos se habían acurrucado buscando protección, de ahí la gran cantidad de muertos. Fue un pastor de Norilsk quien encontró a las víctimas. Dijo que era como si hubieran tirado unos dados de *backgammon* por la cima de la montaña nevada. Los pastores también pueden ser poetas.

¿Cuántos años tardarían sus cuerpos en descomponerse y sus huesos en blanquear? ¿Recogerían los aldeanos las astas y las exhibirían en sus paredes como trofeos no ganados? ¿Por qué no se habían apartado de la manada y se habían refugiado en un terreno más bajo? O tal vez sólo hicieron lo que llevaban haciendo miles de años. No se puede saber cuándo caerá un rayo.

Si hubiera habido hombres al otro lado de nuestra puerta, ¿me habría atrincherado dentro de la casa? ¿O habría abierto y me habría entregado? ¿Habría gritado el nombre de Borya, aun sabiendo que no podía oírme?

—¿Hay algo de comer? —preguntó Mitya detrás de mí.

—¿Te he despertado?

—No podía dormir de todos modos. —Se acercó al armario.

En el último año, Mitya parecía comer a todas horas. Había crecido casi cinco centímetros en seis meses; el taburete que solía utilizar para llegar al estante superior, ahora servía para poner plantas. Sacó una bolsa de *sushki* rancio y le serví una taza de té. Mojó uno y se lo comió en dos bocados.

—¿De verdad viste a esos hombres fuera de la escuela? —le pregunté con suavidad.

—Creo que deberíamos conseguir una pistola —respondió él.

—Una pistola no nos servirá de nada.

—Entonces dos —dijo Ira entrando en la cocina y sentándose a la mesa.

Tomó un sorbo de la taza de Mitya.

—Dos pistolas. Diez. No nos ayudarán.

—Aprenderé a manejarla —dijo Mitya, que hizo un arma con la mano y apuntó a su hermana.

Puse una mano sobre la suya y le bajé los dedos.

—No.

—¿Por qué no? ¿Quién nos protegerá? Tengo que hacer algo. Ahora soy el hombre de la familia.

Ira se rio, pero noté que se me hacía un nudo en el pecho. Mi niño.

—¿Estás emocionado con el campamento, Mitya? —pregunté, desesperada por cambiar de tema.

La semana siguiente comenzaría su campamento de verano para Jóvenes Pioneros. Los últimos cuatro veranos, Mitya había disfrutado intensamente de esos días en el bosque. El verano que regresé de Potma no había querido ir, temiendo que volvieran a llevarme presa si se apartaba de mi lado. Lloró cuando lo vestí con su camisa blanca y su pañuelo rojo y lo dejé en el autocar. Mientras, rodeada de padres, veía cómo él se alejaba, ni siquiera me dijo adiós con la mano. Pero cuando regresó a casa tenía miles de cosas que contar sobre los amigos que había hecho, el juego de los gansos y los cisnes al que habían jugado, la bandera roja que habían izado, los ejercicios para hacer músculos que hacían por la mañana y por la tarde y las marchas..., hasta le había gustado marchar. Durante semanas cantó las canciones de los Pioneros y recitó todo lo que había aprendido sobre los cupos de maíz.

Mitya levantó la cabeza.

—Supongo que sí.

—¿No quieres ir este año?

—Estoy harto de todas esas canciones. Habría preferido que me apuntaras al campamento de Jóvenes Técnicos. Me gusta más construir cosas que marchar.

—No lo sabía...

—Es más caro —me interrumpió.

—Estoy segura de que podríamos haber pensado en algo.

Mitya tomó otro *sushka*.

—¿Se lo habrías pedido a él?

—Se me habría ocurrido algo.

—¿Por qué no se casa contigo?

—¡Mitya! —Ira le pegó en el brazo.

—Tú has preguntado lo mismo —replicó Mitya—. Pero no a mamá. En la escuela dicen cosas, ya sabes.

—¿Qué dicen? —quise saber.

Mitya guardó silencio.

—Me he casado dos veces y no quiero volver a hacerlo —respondí, sabiendo que ellos eran capaces de calarme como podían calarlo todo.

—Pero lo quieres, ¿no? —me preguntó Ira.

—A veces el amor no es suficiente.

—¿Qué hay más? —preguntó ella.

—No lo sé.

Mitya e Ira se miraron, y su silenciosa complicidad me rompió el corazón.

Cuando la casa se quedó en silencio, me asomé a sus habitaciones. Los dos dormían de nuevo. Me puse el chubasquero y salí. No podía acudir a él; estaría durmiendo. Caminé por la carretera principal bordeando la valla verde. Mientras caminaba, pensé en Mitya cuando era pequeño, negándose a soltarme la mano antes de subirse al autocar para ir a los campamentos. Pensé en él ahora diciendo que necesitábamos una pistola, que él era el hombre de la casa. Pensé en Ira, en cuánto había crecido desde el día que los hombres me llevaron presa. Pensé en mis hijos, en que a una edad tan temprana ya sabían que el amor a veces no basta. A lo lejos aparecieron los faros de un camión. Me pregunté qué pasaría si se saliera de la carretera y yo no me apartara. Un rayo cruza el cielo y entonces...

# OCCIDENTE



Agosto-septiembre de 1958



## LAS MECANÓGRAFAS

La Agencia se movió rápido. Después de la exitosa noche de Irina en el Bishop's Garden y una vez que el manuscrito ruso obró en nuestro poder, no había tiempo que perder. En lo que tardaron el invierno en deshelarse, los capullos de los cerezos en florecer y caer, y la humedad de Washington en descender, las pruebas de la edición rusa de *El doctor Zhivago* se prepararon en Nueva York, se imprimieron en los Países Bajos y se transportaron a un piso franco de La Haya en la parte trasera de una furgoneta con paneles de madera. Trescientos sesenta y cinco ejemplares se habían impreso y encuadernado en lino azul justo a tiempo para los últimos días de la Exposición Universal, donde distribuiríamos el libro prohibido a los soviéticos que la visitaran.

Pero antes hubo varios contratiempos.

El plan inicial de la Agencia era contratar a un tal señor Felix Morrow, un editor de Nueva York con el que tenía estrechos vínculos, para que se ocupara del diseño y la maquetación del manuscrito y para que preparara las galeradas sin que nadie pudiera relacionarlas con los estadounidenses. A continuación, había que enviar el manuscrito a un editor en Europa aún por determinar para que lo imprimiera, otra precaución para borrar cualquier rastro de la Agencia. Una circular incluso estipuló que no se utilizaría papel ni tinta estadounidense.

Teddy Helms y Henry Rennet habían tomado un avión de American Airlines a Nueva York y un tren a Great Neck para entregar personalmente el manuscrito ruso al señor Morrow, junto con una botella de whisky de calidad y una caja de su marca de bombones favorita para cerrar el trato.

Sin embargo, Felix Morrow acabó dando problemas. Un excomunista convertido en trotskista, y hoy día tan estadounidense como el pastel de manzana, como él mismo lo expresó, al intelectual de Nueva York le gustaba hablar... y habló. Aun antes de que se secara la tinta del contrato estaba hablando a todo el mundo del gran libro que tenía en su poder.

Norma incluso se enteró por sus viejos contactos literarios de Nueva York de que Morrow se había puesto de acuerdo con varios eruditos rusos para que revisaran el manuscrito, y ahora todo el mundo hablaba de que había una edición rusa en marcha en suelo estadounidense. Norma avisó de inmediato a Anderson, quien le dijo que se ocuparían de ello.

—Ni una palmadita en la espalda —nos dijo—. Ni siquiera un *gracias*...

Aún más grave, Morrow también se había puesto en contacto con un amigo de la Universidad de Michigan Press para estudiar la posibilidad de imprimir la novela en Estados Unidos, a pesar de que el editor italiano, Giangiacomo Feltrinelli, tenía los derechos de explotación exclusivos y probablemente supondría una buena suma adquirirlos.

—Puedo publicar donde me plazca —le había dicho Morrow a Teddy cuando éste se enfrentó a él.

Enviaron de nuevo a Teddy y a Henry a Great Neck para silenciar a Morrow con una botella de whisky de aún mejor calidad y una caja de bombones aún más grande, y detener su acuerdo con Michigan. Morrow protestó, pero al final accedió a que lo excluyeran de la operación, no por el whisky y los bombones, sino por la promesa de una compensación aún mayor de la que inicialmente le habían ofrecido.

Resuelto el problema con Morrow, Teddy y Henry se dirigieron a Ann Arbor para impedir que la Michigan University Press diera un paso adelante, y una vez allí le suplicaron al presidente que detuviera los planes de publicación. Le explicaron que tenía que dar la impresión de que la primera edición rusa salía de Europa para que tuviera un mayor impacto en el lector soviético y evitar que la desecharan como propaganda estadounidense. También hicieron hincapié en que el autor, Borís Pasternak, podría correr peligro si vinculaban el libro con su distribución en Estados Unidos. Después de muchas conversaciones, la Michigan University Press accedió a retrasar la publicación hasta que apareciera en Europa la edición de la Agencia.

La Agencia se alió entonces con el servicio de inteligencia holandés para concluir el trabajo. Se llegó a un acuerdo con Mouton Publishers, a los que ya había contratado Feltrinelli para sacar el libro en holandés, para que hicieran una pequeña tirada en ruso para la Agencia.

Después de todo eso, *El doctor Zhivago* finalmente se dirigía a Bruselas y a la Exposición Universal; si todo salía según lo previsto, estaría en manos de los ciudadanos soviéticos antes de Halloween.

Para celebrarlo, Teddy y Henry regresaron a Washington justo a tiempo para ver la segunda parte de la actuación de Shirley Horn en el Jungle Inn. Se sentaron en el reservado de vinilo rojo más alejado del escenario.

Teddy bebía whisky solo y Henry tomaba sorbos de un martini sucio con ginebra. Estaban tan encandilados con Shirley que no vieron a Kathy y a Norma sentadas en el reservado contiguo. O tal vez sí las vieron, pero sin sus máquinas de escribir y blocs de notas simplemente no las reconocieron.

—¡Es buena, ¿eh?! —gritó Henry para hacerse oír en medio del estruendo del club—. ¿Qué te había dicho? Es auténtica.

—Mucho —respondió Teddy, agitando la mano para llamar a la camarera.

—Es auténtica. Ya lo creo. ¿No te alegras de haber salido esta noche?

—¿Qué le pasa a la camarera? —preguntó Teddy, que se aflojó la corbata—. Deberíamos haber pasado por casa para cambiarnos. Parecemos un par de federales.

—Habla por ti —dijo Henry, arrancando un hilo invisible de su americana azul marino—. Además, sabes perfectamente que si hubiéramos pasado por casa, te habrías quedado allí. ¿Qué te pasa últimamente, Teddy?

En lugar de responder, Teddy se levantó para ir a la barra y regresó con dos martinis, el suyo con una aceituna extra.

—¿Brindamos? —preguntó Henry.

—¿Por qué?

—Por el libro, por supuesto. Que nuestra arma literaria de destrucción masiva haga gritar al monstruo.

Teddy levantó su copa a media asta.

—*Za zdorovye.*

Kathy y Norma, a quienes aún no habían visto, levantaron también sus vasos para brindar por la victoria.

Los dos hombres vieron cómo Shirley bajaba la cabeza hacia el teclado, levantaba la vista hacia el techo y luego miraba a un hombre con un Stetson negro con una pluma de pavo real que estaba sentado en una pequeña mesa redonda de la parte de delante.

—¿Qué puedes decirme de él? —preguntó Henry, señalándolo.

—No estoy de humor.

—¡Vamos! Por los viejos tiempos.

—El marido —respondió Teddy—. Va a ver cada actuación. ¿O tal vez... un amante?

—No —dijo Henry—. Exmarido. Verla actuar es lo más cerca que ella le deja estar.

—Eso es bueno, muy bueno.

—¿Alguna posibilidad de reconciliación?

—No.

Los dos amigos se quedaron callados unos minutos.

—¿Estás seguro de que va todo bien, Ted?

Teddy apuró la copa en dos tragos.

—¿Cómo está Irina?

—Bien.

—Es normal que te entren dudas. A mí me pasa y no estoy saliendo con nadie.

—No es eso. Es sólo... que se queda tan callada...

—Todos tenemos nuestros momentos de silencio.

—No, esto es distinto. Y cuando le pregunto por qué no me habla, se enfada. —Miró alrededor—. ¿Dónde está la maldita camarera?

—Bueno... para cambiar de tema...

—Gracias.

—¿Quieres saber lo que se rumorea? —preguntó Henry.

Kathy y Norma se inclinaron para oír mejor.

—¿Trabajaría en esto si no quisiera?

—¿Has oído hablar de la pelirroja?

—¿Sally Forrester?

Norma y Kathy se miraron.

—Exacto —dijo Henry.

—¿Qué pasa con ella?

—Están a punto de echarla. Una verdadera vergüenza, además. Me gustó verla llegar, pero no tanto como me gusta verla marchar.

—¿Por qué?

—Siempre me ha gustado un buen culo.

Norma puso los ojos en blanco.

—No, quiero decir que por qué van a echarla.

—Ésa es la mejor parte. Nunca lo adivinarás.

—Dímelo tú.

Henry se recostó en el reservado.

—Ho-mo-sexual.

—¿Cómo? —soltó Norma, incapaz de contenerse.

Los hombres no la oyeron, pero Kathy y ella se hundieron unos centímetros más en el reservado.

—¿Cómo? —respondió Teddy.

—Bueno, pues que prefiere la compañía de otras mujeres.

—Quiero decir que cuándo ha sido eso. Pensaba que había algo entre vosotros.

Henry bebió un sorbo de su copa.

—Tal vez un tipo la dejó y ella no volvió a mirar atrás.

—Dios mío. —Teddy bajó la voz—. ¿Y cómo te has enterado?

—Ya sabes que no hay que preguntar las fuentes.

—Es la mejor amiga de Irina —dijo Teddy—. Bueno, últimamente no pasan tanto tiempo juntas, pero...

—Tal vez por eso. Tal vez Irina también descubrió el pequeño secreto de Sally.

—Ella nunca me ha mencionado nada.

—Todas las relaciones se basan en pequeñas omisiones.

Shirley terminó de cantar *If I Shall Lose You* y se dirigió al público.

—Ahora quédense ahí. Pidan otra copa para calentar el alma y dentro de nada estaré de vuelta.

Se levantó del piano y se sentó junto al hombre que llevaba el Stetson negro. Él la besó y ella lo apartó, pero le asió la muñeca y le dio la vuelta para besársela.

—Un amante, sin duda —dijo Teddy.



A finales de agosto hubo una gran tormenta eléctrica y la mitad de la ciudad quedó a oscuras. Desplazarse hasta el trabajo por la mañana fue un caos, los autobuses y tranvías llegaron tarde o no llegaron. Irina solía tomar el autobús para ir a la oficina, pero ese día Teddy debió de pasar a recogerla, porque cuando estábamos tomando el café de la mañana en la sala de descanso, nos fijamos en que todavía estaban sentados en el Dodge Lancer azul y blanco. Intentamos no mirar, pero era difícil, ya que la ventana de la sala daba al aparcamiento este.

Ya eran las nueve y media, pero la pareja no daba muestras de entrar. Siguieron allí sentados, y nosotras pegamos la cara a la ventana hasta que se empañó el cristal. A las nueve y cuarenta y cinco abrimos un poco con la esperanza de oír algo, pero tuvimos que cerrar de nuevo cuando una ráfaga de lluvia nos dio en la cara.

Alcanzamos a ver a Teddy desplomado sobre el volante como si le hubieran disparado, y a Irina mirando por la ventanilla del pasajero. Alrededor de las diez, Irina se bajó y entró precipitadamente en la oficina, patinando con los tacones por la acera mojada.

Al cabo de unos minutos, Teddy se alejó en el coche, derrapando al doblar en la calle E, y nosotras volvimos a nuestros escritorios.

Irina entró, se quitó la gabardina y se sentó. Se frotó los ojos rojos y se quejó de la tormenta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Kathy.

—Por supuesto —respondió Irina.

—Pareces un poco alterada —dijo Gail.

Irina se humedeció la yema del dedo con la lengua y empezó a pasar las hojas del día anterior.

—Me he levantado un poco cansada esta mañana. Será el tiempo y eso.

—No te preocupes —dijo Gail—. Le hemos dicho a Anderson que estabas en los aseos.

—¿Anderson me estaba buscando? ¿Ha dicho qué quería?

—No.

—Bien.

Abrió el bolso y sacó la pequeña pitillera metálica con sus iniciales grabadas que Sally le había regalado en su cumpleaños. Se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió, con las manos aún rojas y temblorosas. Nunca la habíamos visto fumar, pero eso no fue lo primero que notamos. El anillo de compromiso había desaparecido.

—Me refiero a que odio llegar tarde —continuó Irina—. Gracias por cubrirme.

Queríamos preguntarle por Teddy y la conversación en el coche. Queríamos preguntarle por el anillo desaparecido. Queríamos preguntarle si se había enterado del rumor que corría sobre Sally. Pero no lo hicimos. Decidimos darle algo de tiempo y pedirle detalles al día siguiente.

Sin embargo, a la mañana siguiente Anderson llamó a Irina a su oficina.

Sabíamos que Irina había acudido a su oficina. Sabíamos que cuando salió, se apresuró a entrar en los aseos y que se estuvo allí un buen rato. Y sabíamos que cuando salió de los aseos se fue a casa, quejándose de que le dolía la barriga.

Helen O'Brien, la secretaria de Anderson, nos contó el resto.

—Él le dijo que la reputación de la Agencia tiene que ser intachable, y ella respondió: «Sí, por supuesto». Luego algo sobre el decoro en la oficina y en casa. Y ella dijo: «Sí, estoy de acuerdo». Él continuó diciendo que había habido rumores de conducta reprochable en el terreno personal. Y entonces se produjo un gran silencio. Ella le preguntó si se refería a ella y él dijo que, por lo que sabía, ella se comportaba según los más altos estándares de la Agencia. Y añadió: «Mire, la gente dice que podría ser un poco rara, ya sabe a qué me refiero. Y si es cierto, es un lastre para nosotros». Ella lo negó con rotundidad. Y tal vez se echó a llorar, pero no puedo estar segura porque estaba la puerta de por medio. Él le dijo que se alegraba de saberlo, y que esperaba que el rumor no volviera a su escritorio como había ocurrido con otra mujer a la que había tenido que despedir hacía poco. Ella le preguntó de quién se trataba y él esperó unos segundos antes de responder: «De Sally».

Irina no acudió la oficina el resto de la semana, y nunca tuvimos la oportunidad de preguntarle qué estaba pasando. Ese sábado se subió a un avión con destino a Bruselas para asistir a la Exposición Universal.

Teddy tampoco fue a la oficina el lunes siguiente. Ni el resto de esa semana.

Nos reunimos en el Martín después del trabajo para hablar de ello.

—¿Tal vez ha ido a Bruselas para reconquistar a Irina? —sugirió Kathy.

Norma sostuvo en alto una ostra dos veces más grande que las demás. La inspeccionó un segundo y la devolvió a la fuente.

—Qué romántica —dijo—. He oído decir que se ha encerrado en su piso y que se niega a vestirse o abrir la puerta.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó Judy.

—Una fuente fiable.

—Estoy bastante segura de que sólo está en una misión —dijo Linda, apuñalando la aceituna del martini con un tenedor para ostras.

—Qué aburrida eres —dijo Norma, que llamó a la camarera con la mano y pidió otro martini—. Ella también necesita otro —añadió, señalando a Linda.

Linda no protestó.

—O tal vez ha desertado. Tal vez Irina le ha roto algo más que el corazón.

—¡Así me gusta! —exclamó Norma.

—O tal vez está con Sally —continuó Linda.

—Pero ¿qué hay de que sea...? —Kathy bajó la voz—. Ya sabéis...

—Las fechas cuadran. Primero se va Sally y luego Irina.

La camarera llegó y nos dejó los martinis.

—Quizá quienes han tenido una aventura todo este tiempo son Sally y Teddy y no Sally y Henry, y cuando Irina se enteró...

Norma apartó la copa de Linda.

—Creo que ya has bebido bastante.

Nunca averiguamos qué hizo Teddy la semana que no vino a trabajar, pero sabemos que el día que apareció se acercó a Henry Rennet por detrás mientras éste hacía cola en la cafetería para servirse carne empanada con puré de patata.

Le tocó el hombro y él se volvió. Y, sin decir una palabra, Teddy le pegó un puñetazo en la cara. Henry se tambaleó un segundo y cayó. La bandeja de plástico verde fue lo que primero llegó al suelo, esparciendo la cucharada de maíz que ya se había servido. La siguió su cuerpo, que aterrizó de bruces sobre el maíz derramado y el suelo de baldosas negras y blancas.

Teddy pasó por encima de Henry y dio una patada a su bandeja, luego se acercó al dispensador de hielo, sacó un puñado y se fue.

Judy estaba saliendo de la cola con un tazón de caldo de pollo cuando la cara de Henry se estampó contra el suelo como un pedazo de carne cruda al caer sobre una encimera de mármol. Tardó un instante en comprender que los dos chicles blancos que se habían desparramado por el suelo hasta detenerse a sólo unos centímetros de sus zapatos de charol de tacón medio eran en realidad los dientes delanteros de Henry. La mujer que estaba a su lado gritó, pero ella simplemente se inclinó para recogerlos y se los guardó en el bolsillo de su chaqueta de punto. «Por si pueden volvérselos a poner», nos dijo cuando nos contó lo ocurrido.

Los que no habían visto ni oído el puño de Teddy golpeando la boca de Henry pensaron que éste se había desmayado.

—¡Id a buscar un médico! —gritó alguien.

Henry se incorporaba aturdido cuando Doc Turner, que no era un médico de verdad sino el chef anciano de la cafetería al que siempre le colgaba de los labios un cigarrillo a medio fumar, salió de la cocina con un filete congelado.

—Aquí tiene, amigo —le dijo.

La boca ensangrentada de Henry goteaba sobre la pechera de su camisa blanca. Se puso el filete en un ojo, luego en el otro, y por último en la nariz. Hasta que notó un gusto metálico no se dio cuenta de que le habían desaparecido los dos dientes delanteros. Exploró con la lengua el

nuevo hueco.

Doc Turner lo ayudó a ponerse de pie.

—Debe de haberle hecho algo a alguien —dijo.

—¿Quién ha sido? —preguntó Henry.

Miró el semicírculo de personas que se había formado a su alrededor.

—Yo sólo he visto las secuelas —respondió Doc.

—Teddy Helms —respondió Judy—. Ha sido Teddy.

Henry se quitó un pegote de maíz ensangrentado de la boca y se fue abriéndose paso a través de la gente.

Norma dijo que lo había visto salir de la sede central cuando ella volvía de su cita con el médico.

—Tenía la marca del anillo de Georgetown de Teddy justo debajo del ojo —dijo riéndose—. Yo no podría haberlo hecho mejor.

Al día siguiente llegamos al trabajo unos minutos antes para averiguar cuáles serían las consecuencias de la pelea en la cafetería.

—¿Creéis que lo despedirán? —preguntó Kathy.

—No. Así es como los hombres arreglan sus asuntos aquí. No me sorprendería que Dulles lo alentara.

—Dentro de nada estarán como siempre —dijo Linda.

Nos pusimos a trabajar dando vueltas aún a qué había llevado a Teddy a mandar a su mejor amigo al dentista.

—Retrocedamos —sugirió Norma una mañana en el Ralph—. Teddy le pegó un puñetazo a Henry, Irina dejó a Teddy, echaron a Sally.

—¿Dónde está la conexión? —preguntó Linda.

—Me supera —respondió Norma.

Y mientras que Teddy apareció en la oficina al día siguiente con dos tiritas en los nudillos, Henry nunca volvió. Pero Norma obtuvo información sobre su paradero. Sabíamos que era mejor no preguntarle cómo la había conseguido, pero a más de una de nosotras nos dijo adónde lo habían destinado, pensando que podría sernos útil en algún momento.

Dos semanas después, Judy se llevó una sorpresa cuando metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y tocó los dientes de Henry en lugar del pañuelo de papel que esperaba encontrar.

Tres semanas después, devolvimos los regalos de boda que habíamos comprado para Teddy e Irina, alegrándonos de haber guardado los resguardos.

Un mes después, Anderson apareció con una nueva mecanógrafa y comprendimos que Irina no iba a volver.



~~La aspirante~~

~~La recadera~~

LA MONJA

Bajo una cortina de pelo mojado, observé cómo el agua negra se arremolinaba antes de desaparecer por el desagüe. Los productos químicos me marearon, y cuando levanté la cabeza goteante, la mujer que había venido para convertirme en otra persona abrió una ventana.

Después de envolverme el pelo con una toalla blanca, me indicó que me sentara en el viejo baúl que hacía las veces de mesa de centro. Abrió el maletín rosa donde guardaba el maquillaje y quedaron a la vista un par de tijeras grandes en una funda de terciopelo violeta, un surtido de tintes, dos cintas métricas, relleno de espuma, unas brochas, muestras de tela negras y blancas y unos guantes de goma amarillos.

Me desenredó el pelo con el peine y me lo recogió hacia atrás. Después de cortármelo con las tijeras me entregó una cola de caballo guillotizada. Me aferré a ella mientras la mujer agitaba el bote de tinte negro que había utilizado y me lo aplicaba en las cejas con un pincel pequeño. Sentí algo más que el ligero hormigueo que me había dicho que sentiría.

Cuando terminó, me dijo que me levantara y me desnudara. Titubeé.

—No te preocupes, cielo. He visto de todo.

Había conseguido recuperar algunos de los kilos que había perdido después de la ruptura con Sally, pero no era mucho.

—Vamos a ponerte algo extra —dijo, sosteniendo el relleno de espuma primero en los pechos y luego en las nalgas.

Mientras me tomaba las medidas, habló. Me contó que antes trabajaba en el Departamento de Vestuario de la Warner Bros, colocándole pestañas falsas a una caprichosa Joan Crawford, poniendo alzas en los zapatos de Humphrey Bogart y recorriendo todos los salones de belleza de Hollywood para dar con el tono de rubio adecuado para Doris Day. También divagó sobre el día que entró en un camerino y vio la cabeza de Frank Sinatra —¡con el sombrero puesto!— entre las piernas de una actriz cuyo nombre prefería no dar.

—No levantó la mirada —dijo—. Sólo murmuró que volviera al cabo de veinte minutos. Nunca he tenido a Ojos Azules por un alma generosa.

Guardé silencio mientras la mujer me contaba sus anécdotas. En circunstancias normales la habría encontrado muy entretenida, pero no estaba de humor; además, era de esas mujeres que podía pasarse cuarenta y cinco minutos seguidos hablando sin darse cuenta de que su interlocutor se había quedado dormido.

Yo había llegado en avión hacía ocho horas y estaba agotada. Era la primera vez que volaba y en cuanto pisé tierra, aun antes de cambiar de imagen, ya noté que era más que una recadera: era otra persona.

Lo había pedido y ahí estaba. Tenía algo más que una misión y un billete de ida: me habían dado la oportunidad de convertirme en otra persona, de hacer borrón y cuenta nueva. Y la aproveché. Un desengaño amoroso puede ser liberador: una vez que te has quitado el peso de encima, no queda nadie a quien lastimar o que te lastime. Al menos eso es lo que yo me dije.

La mujer recogió las tijeras, los tintes y los guantes. Barrió mi cabello del suelo y lo metió en una bolsa de plástico pequeña que se guardó en el maletín. Antes de irse me dijo que un florista me entregaría el hábito de monja en una caja para rosas de tallo largo. Abrió la puerta y se volvió hacia mí.

—Ha sido un placer conocerla, querida.

—Lo mismo digo —contesté yo, a pesar de que no nos habíamos dado nuestros nombres.

Cerré la puerta con llave y me acerqué al espejo roto que colgaba sobre el lavabo del cuarto de baño para ver a la desconocida reflejada en él. Me pasé los dedos por los pocos centímetros de pelo que me quedaban. Humedeciéndome la punta del dedo con la lengua, me froté una mancha de tinte negro de la sien y me dije que ahora podía ser cualquiera.

Mientras me vestía, la emoción se apagó. ¿Qué pensaría Sally de mi transformación? ¿Qué habría pensado mi madre? Me llevé una mano a la nuca. A mi madre sin duda la habría horrorizado. Sally habría dicho que era una *declaración*. Teddy, que le encantaba, aunque no lo pensara en realidad.

Después del funeral de mamá no quise quedarme sola, así que Teddy se instaló en mi piso y durmió en el sofá. Las noches que yo no lograba conciliar el sueño, me leía: artículos del *New Yorker* de E. B. White y Joseph Mitchell, relatos cortos de hombres cuyos nombres he olvidado. La noche que le dije que no podía casarme con él, me leyó un fajo de papeles que llevaba en su maletín. No me dijo que los había escrito él hasta que terminó y me confesó que era el primer capítulo de una novela en la que llevaba años trabajando. Le dije que me encantaba, que tenía que terminarla.

—¿De verdad lo crees? —me preguntó.

Cuando le dije que no le mentiría, me preguntó si eso era cierto. Tuve problemas para mirarlo a los ojos, pero me obligué a hacerlo.

—No puedo casarme contigo.

—Podemos esperar. Todo el tiempo que haga falta. Todavía estás de luto.

—No. No es eso.

—Entonces ¿qué es?

—No lo sé.

Noté cómo se contenía, sin pronunciar las palabras que flotaban entre ambos.

—Creo que sí que lo sabes.

—No.

—¿Es Sally?

—¿Cómo? No... Me cuesta hacer amigos. Amigos de verdad, por lo menos. Sally ha sido una buena amiga para mí.

—No tiene por qué cambiar nada. Sé...

—No creo que me conozcas tan bien como crees.

—De eso se trata. Te conozco.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Pues que yo sólo quiero estar contigo..., lo que sea que eso signifique para ti.

Pero yo no lo entendía. No quería entenderlo.

—¿Y para ti qué significa? ¿Qué es lo que tú quieres?

—Una esposa. Una amiga. —Contuvo una lágrima—. A ti.

—¿Qué crees que soy?

Bajó la cabeza.

—Sé sincera conmigo.

Le dije que lo era, y él me pidió que lo consultáramos con la almohada antes de tomar cualquier decisión. Acepté, sobre todo para dejar de verlo así, y nos separamos, él se fue al sofá y yo a mi cama. Lo oí dar vueltas en la otra habitación durante toda la noche.

Al día siguiente, una tormenta dejó sin luz a la mitad de la ciudad. Durante el trayecto en coche a la oficina, no hablamos ni encendimos la radio. El único ruido era el del limpiaparabrisas combatiendo la lluvia. Cuando llegamos al aparcamiento, me quité el anillo de su abuela y lo dejé en el salpicadero. Teddy se desplomó sobre el volante y lo dejé en esa postura. No tenía nada más que decir y temí que cualquier otro comentario lo lastimara aún más o me impidiera bajar del coche. Era yo quien ponía fin a la relación, pero parecía que estaba rompiéndome el corazón a mí misma, no como me lo había roto Sally, sino haciéndome sentir aún más a la deriva, como si hubiera cortado la cuerda que todavía me sujetaba al suelo.

Teddy no acudió a la oficina ese día y no lo vi antes de irme. Fue a buscar su maleta a mi piso y antes de que yo volviera se había marchado. Al día siguiente, Anderson me llamó a su despacho y me preguntó por mi relación con Sally. Me dijo que la habían despedido y que mi relación con ella había despertado sospechas, lo que negué con la convicción suficiente como para que dijera que me creía. Después de todo, ellos eran los que me habían enseñado a convertirme en otra persona y a mentir sobre quién era. Y volver contra ellos mi nuevo poder hizo que me sintiera bien.

Todo aquello era demasiado en lo que pensar. Y, sin embargo, allí en Bruselas, mientras me miraba en un espejo al otro lado del mundo, seguía sin poder apartarlo de mi mente. Pero tenía que hacerlo. No había marcha atrás. La misión había comenzado.



Me puse un pañuelo alrededor de la cabeza y me dirigí al lugar de encuentro. Bruselas hervía animada mientras la luna, en medio disco, brillaba sobre la ciudad. Las calles estaban atestadas de personas llegadas de todas partes del mundo para visitar la feria. Al pasar por delante de un café lleno de gente, oí hablar francés, inglés, español, italiano y holandés. Mientras cruzaba la

Grand Place vi en el centro a un grupo de hombres y mujeres chinos contemplando el Hôtel de Ville mientras compartían una caja de bombones. Dos hombres rusos pasaron tan cerca de mí que uno me rozó el hombro. Me dio la sensación de que el de la gorra de piel me había mirado más tiempo de la cuenta. No me volví ni apreté el paso. Simplemente seguí andando con la vista al frente.

Llegué a la dirección que me había dado mi guía, en la rue Lanfray, justo al lado de los estanques de Ixelles. De pie frente a aquel grandioso edificio estilo *art nouveau*, observé maravillada sus cinco pisos de intrincada marquetaría y la forja de hierro verde que trepaba como la hiedra por su fachada. Toda la casa pertenecía a un museo de arte. Al subir la escalera curvada de cemento hacia las puertas dobles, me dije que ése era mi sitio; mejor dicho, el de la persona en la que me había convertido. Apreté una vez el timbre dorado, conté hasta dieciséis y volví a apretarlo. Noté un sudor caliente en la nuca. Un hombre vestido de sacerdote abrió la puerta.

—¿Padre Pierre? —pregunté en ruso.

—Hermana Alyona. Bienvenida.

Oír que pronunciaban mi nuevo nombre aflojó el nudo que tenía en el pecho.

Le estreché la mano con firmeza, como me había enseñado Sally.

—Encantada.

—Hemos empezado sin usted.

No sabía el verdadero nombre del padre Pierre o si era católico siquiera. Iba con alzacuellos, pero llevaba un jersey de cachemir beige sobre los hombros como si acabara de regresar de jugar al golf. Con poco más de treinta años, era insulsamente guapo, con el pelo rubio y ralo, ojos azul claro y barba pelirroja. Me hizo pasar y lo seguí escalera arriba.

El piso estaba amueblado con la decoración lujosa pero ecléctica de un nuevo rico que ha contratado a alguien para que lo ponga con gusto. La mezcla de muebles daneses modernos, tapices del siglo XVII y cerámica popular creaba el efecto de estar deambulando por un museo encerrado en una de esas bolas de nieve que se agitan.

Llegué puntual, pero todos los miembros del equipo ya estaban allí. En un sofá con forma de riñón había sentados un hombre y una mujer bebiendo coñac frente a una chimenea que casi no tiraba. El hombre, que se hacía llamar *padre David*, era el agente a cargo de la operación. La mujer, Ivanna —su verdadero nombre—, era la hija de un teólogo ortodoxo ruso exiliado y la dueña de una editorial belga que imprimía material religioso. También era la fundadora de Vida con Dios, una organización clandestina que había pasado material religioso prohibido por detrás del Telón de Acero. Su grupo había estado colaborando con el Vaticano desde que se había abierto la feria, y debíamos seguir su ejemplo para distribuir *El doctor Zhivago* de la manera más efectiva.

Ivanna y el padre David levantaron la vista cuando entramos, pero no sonrieron ni se pusieron de pie. No hizo falta que nos presentáramos: ellos sabían quién era yo, y yo sabía quiénes eran ellos. Me senté en el borde de una butaca de lino blanco y continuaron hablando.

En la elegante mesa de centro negra que tenían delante había una maqueta de la Expo 58, con espejos teñidos de azul que hacían las veces de fuentes y estanques de agua, árboles en miniatura, esculturas, banderas de todas las naciones y el pabellón de tejado blanco y pendientes de esquí de la Santa Sede, la Ciudad de Dios, donde iba a llevarse a cabo la misión.

Había sido idea de Ivanna usar la feria como un medio para hacer proselitismo, pero fue el padre David quien la tomó y la adoptó para la Agencia. Creía que la Expo 58 sería el lugar perfecto para devolver el libro a la URSS y armar a través de él un revuelo internacional sobre por qué lo habían prohibido.

El hablar del padre David era suave pero absorbente, formal y seguro como el de Chet Huntley, el presentador de las noticias de la noche. Y tenía más aspecto de sacerdote que el padre Pierre, con su corte de pelo a lo *boy scout*, su delicada boca rosada y sus largos dedos, que uno podía imaginar sosteniendo en alto la Sagrada Forma.

El padre David nos señaló en la maqueta las distintas rutas que teníamos que tomar para entrar y salir del recinto. Si sospechábamos que nos seguían, debíamos escondernos en el Atomium, la pieza central de la exposición, que medía cien metros de altura y representaba una unidad celular de un cristal de hierro ampliada 165 mil millones de veces. Debíamos subir en ascensor hasta la parte superior de la estructura de aluminio, donde había un restaurante con una vista panorámica de Bruselas y un camarero listo para ayudar.

Después de mostrarnos una vista aérea, el padre David dejó la maqueta en el suelo y desenrolló los planos de la Ciudad de Dios. Señaló el lugar donde estaba *El pensador*, de Rodin.

—El padre Pierre estará aquí, deambulando entre la multitud para detectar a cualquier soviético que pueda ser un blanco —dijo—. Una vez que los haya identificado, le hará una señal a Ivanna rascándose la barbilla con la mano izquierda. —Trazó un camino desde *El pensador* hasta la Capilla del Silencio, rozando con una uña larga el papel, y prosiguió—: Ivanna los acompañará a la capilla, donde decidirá si pueden servir a nuestros intereses propagandísticos. Si un blanco se muestra receptivo... —Movié el dedo alrededor del altar de la capilla y lo desplazó hasta una pequeña habitación cuadrada sin nombre—. Lo escoltará hasta aquí, la biblioteca, donde los estaremos esperando la hermana Alyona y yo. —Me miró antes de continuar—: Después de una última evaluación, se efectuará la entrega. —Apartó la mano de los planos—. Para acabar, de ahora en adelante nos referiremos a *El doctor Zhivago* como el Gran Libro. —Se recostó en la silla y cruzó las piernas—. ¿Alguna pregunta?

Cuando nadie respondió, repasó el plan de nuevo de principio a fin. Y luego volvió a repararlo.

Una vez que el plan se nos quedó grabado en la mente, hablamos un rato mientras bebíamos vino tinto en tazas de té y fumábamos. Sólo entonces le pregunté:

—¿El Gran Libro... está aquí?

Ivanna miró al padre David y éste asintió.

—Hoy los han llevado directamente a la feria, pero aquí tenemos un ejemplar.

Se dirigió al armario del vestíbulo y sacó una pequeña caja de madera cubierta con una estera vieja. Apartó la estera y sacó un libro.

—Aquí está.

Yo esperaba que pareciera ilícito. Esperaba que la disidencia se manifestara de algún modo físico. Pero no noté nada. La novela prohibida era igual que cualquier otra, tanto visualmente como al tacto. La abrí y leí en voz alta en ruso:

—«Se amaban, no impulsados por la necesidad, por el “resplandor de la pasión” a menudo atribuido falsamente al amor. Se amaban porque todo lo que los rodeaba lo quería, los árboles y las nubes y el cielo sobre sus cabezas y la tierra bajo sus pies.»

Cerré el libro. No quería pensar en ella. No podía.

—¿La habéis leído? —les pregunté.

—Aún no —respondió Ivanna.

El padre David y el padre Pierre negaron con la cabeza. Al abrir la novela de nuevo y buscar la página con el título, advertí un error.

—Su nombre.

—¿Qué le pasa? —me preguntó el padre David.

—No debería poner *Borís Leonídovich Pasternak*. Los rusos no pondrían su patronímico. Escribirían únicamente *Borís Pasternak*.

El padre Pierre dio una calada a su puro cubano.

—Demasiado tarde —dijo, y juntó las manos en actitud de rezar.



A la mañana siguiente me puse con cuidado mi ropa interior acolchada, el amorfo hábito negro y la toca con una rígida cinta blanca que me enmarcaba la frente. Tenía prohibido usar maquillaje de cualquier tipo; la mujer de Hollywood dijo que tendría que arreglármelas con un poco de vaselina en los labios y en la parte superior de los pómulos, pero ni siquiera hice eso. Cuando me miré en el espejo, me gustó el aspecto de mi cara: al natural, pálida, a pesar de que tal vez me hiciera parecer un poco mayor de lo que era. Al dar un paso atrás para verme de cuerpo entero, me sentí asexuada y poderosa.

A las seis y media en punto salí del piso para pasar mi primer día en la feria. Si hacíamos bien nuestro trabajo, al final del tercer día habríamos entregado el último de los trescientos sesenta y cinco ejemplares de *El doctor Zhivago*.

Ya en el tranvía que habían construido para transportar a los visitantes desde el centro de la ciudad hasta el Heizel Paleis, alcancé a ver el Atomium. Era mucho más grande de lo que me había parecido en la maqueta. Símbolo oficial de la exposición, impreso en cada póster, en cada folleto y en casi todas las postales y objetos de recuerdo, el Atomium de nueve esferas representaba la nueva era atómica. A mí más bien me hizo pensar en un vestigio del plató de *Ultimátum a la Tierra*.

La feria no abriría hasta al cabo de otra hora, pero fuera de las grandes puertas de hierro ya había una gran multitud haciendo cola. Los niños, impacientes, tiraban de los bolsos de sus madres; los estudiantes de secundaria estadounidenses metían las manos y la cabeza entre los barrotes de la verja, y uno casi se quedó atascado; una pareja joven francesa se besó en público ignorando las miradas; una anciana alemana tomó una fotografía de su marido junto a una mujer vestida con el uniforme de guía oficial: falda, chaqueta, corbata y gorra negras. Era emocionante estar en medio de tanta gente y tener la sensación de que nadie te veía. Nadie prestaba atención a una monja.

Me uní a la cola de operarios que se habían reunido frente al acceso de Porte du Parc, que conducía directamente a la Sección Internacional. Mientras me acercaba al guardia, respiré hondo y saqué mi pase. Sin apenas mirarme me dejó entrar.

Era impresionante. La maqueta se había quedado lejos de representar la enormidad de todo. Era la primera exposición universal que se celebraba desde la guerra y se esperaban a unos cuarenta millones de turistas procedentes de todas partes del mundo.

Sin contar a los operarios que se dirigían a toda prisa a sus puestos y a una brigada de mujeres provistas de escobas que barrían los escombros, tenía la vía principal para mí sola. Pasé por delante del pabellón tailandés, con sus múltiples tejados escalonados, que parecía un templo sobre una escalera reluciente de mármol blanco. El pabellón del Reino Unido tenía una sorprendente similitud con tres mitras papales blancas. El francés era una enorme cesta moderna tejida de acero y vidrio. El de Alemania Occidental era moderno y simple, de hecho, podría haber salido de la imaginación de Frank Lloyd Wright. El de Italia se asemejaba a una hermosa villa toscana.

Enseguida localicé el pabellón estadounidense, rodeado de banderas de los distintos estados, y no logré decidir a qué se parecía más, si a una rueda de carro volcada o a un ovni. Justo a su izquierda se alzaba el gigante de la Unión Soviética, el pabellón más grande con diferencia de la Sección Internacional. Parecía que podía engullir al estadounidense. En su interior había réplicas de los *Sputniks I y II*, que yo estaba impaciente por ver. Nunca lo habría admitido en voz alta, pero cuando lanzaron el *Sputnik* no pude evitar sentir una punzada de orgullo. Nunca había estado en la Madre Patria rusa, pero cuando la noche en que lanzaron el satélite al espacio miré al cielo, sentí una conexión con el lugar de nacimiento de mis padres que no había experimentado nunca. La ciudad estaba encapotada, y sabía que no podría verse a simple vista, pero aun así levanté la mirada esperando ver un destello plateado surcar el cielo. Allí de pie, tan cerca de la nave espacial, o al menos de una réplica de ella, sentí un fuerte deseo de entrar al pabellón para verla y tocarla.

Pero no podía desviarme del plan que había trazado el padre David.

En el otro extremo del pabellón estadounidense estaba mi destino: la Ciudad de Dios. El edificio blanco de la Santa Sede, simple y con pendientes, parecía lo bastante pequeño como para caber en el vestíbulo del pabellón de la URSS. Entré en el silencioso edificio, y el ruido de mis zapatos de cuero negro barato resonó en los suelos de mármol. Los operarios del Vaticano correteaban de un lado a otro, preparándose para abrir. Fregaban los suelos, colocaban panfletos y rellenaban las pilas de agua bendita. Me saludaron con un «Hola, hermana» cuando pasé, y sonreí como me pareció que lo haría una monja: sólo con las comisuras de los labios.

El padre Pierre ya estaba en su puesto, junto a *El pensador*, con las manos a la espalda y balanceándose sobre los talones. Cuando pasé por su lado, no apartó la mirada de la famosa escultura.

Caminé hasta el fondo del pasillo abovedado y entré en la Capilla del Silencio, donde dos monjas estaban preparando el pequeño altar que había delante de los bancos. Me miraron y continuaron encendiendo las velas. ¿Había pasado la prueba? Si no lo había hecho, las monjas no dieron muestras de ello. Tampoco reaccionaron cuando rodeé el altar y crucé las pesadas cortinas azules que había detrás de él.

—Aquí estás —dijo el padre David cuando entré en la biblioteca secreta. Miró el reloj—. Ya han abierto las puertas al público. ¿Preparada?

Ocupé mi sitio en un taburete de madera frente a la estantería llena de ejemplares del Gran Libro, cada uno con su crujiente portada azul de lino. Estaba más tranquila de lo que esperaba, pero el padre David irradiaba tensión nerviosa mientras se paseaba por la pequeña habitación. Cuatro pasos a la derecha y cuatro de vuelta. Más tarde me enteré de que hacía dos años que no trabajaba sobre el terreno; la última vez había sido en Hungría, donde había ayudado a alzarse a los partisanos contra sus ocupantes soviéticos.

Oímos los primeros pasos amortiguados y susurros de los visitantes que entraban en la Ciudad de Dios. Contuve la respiración intentando reconocer el idioma que hablaban. ¿Era ruso? El padre David también parecía estar escuchando, con la cabeza ladeada hacia el hueco que se abría entre las cortinas.

Mientras esperábamos nerviosos a que llegaran nuestros primeros blancos, me noté unos pequeños nudos entre los omóplatos.

Ivanna descorrió las cortinas. Detrás de ella había una pareja rusa que nos miraba como si al descorrer las cortinas del Mago de Oz se hubiera visto a un sacerdote, una monja y unos libros en lugar de a un hombre manipulando palancas. Titubeé, pero el padre David los saludó con efusión en un ruso moscovita perfecto. Desaparecido el nerviosismo, se había transformado en el sacerdote perfecto, encantador con un atisbo de autoridad, a quien los feligreses de clase alta querrían invitar a la comida del domingo.

El padre David preguntó a la pareja sobre su visita a la feria. «¿Les está gustando?» «¿Qué han visto?» «¿Han venido a ver el Rodin?» «¿Han visitado la maqueta del rompehierros atómico? Una hazaña asombrosa de la ciencia. Hay que hacer cola para verlo, pero vale la pena.» «¿Han probado los gofres?»

En un momento, el padre David lo había averiguado todo sobre la pareja. La mujer, Yekaterina, era una bailarina del Bolshói que actuaba todas las noches en el pabellón soviético; el hombre, Eduard, era algo mayor y sólo se describió a sí mismo como un «mecenaz de las artes». Alardeó de la actuación que había dado la mujer la noche anterior.

—Dejó al público sin aliento. Y eso que actuaba en el grupo de acompañamiento.

El padre David aprovechó la oportunidad para contarle a la pareja que hacía poco que había visto bailar a Galína Sergéyevna Ulánova en Londres.

—Fue un canto a la vida —añadió—. Como si la misma Virgen hubiera besado las plantas de los pies de Galína. Es la encarnación física de la poesía.

La pareja le dio enfáticamente la razón y, aprovechando el impulso, el padre David pasó sin interrupción a hablar en términos más generales del arte y la belleza, y la importancia de compartirlos.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Yekaterina.

Por el color rosado de sus mejillas, era evidente que estaba bastante impresionada con el joven sacerdote y su apasionado discurso.

—¿Les gusta la poesía? —les preguntó.

—Somos rusos, ¿no? —respondió Eduard.

La pareja había entrado en la biblioteca hacía sólo unos minutos, y el padre David ya estaba volviéndose hacia mí para que le diera un ejemplar del Gran Libro.

—La belleza hay que celebrarla —dijo con una beata sonrisa, dándoselo al hombre.

El hombre tomó el libro y miró el lomo, y supo de inmediato de qué se trataba. Pero en lugar de devolvérselo, se relamió los labios y se lo dio a Yekaterina. Ella frunció el ceño, pero lo guardó en el bolso.

—Creo que tiene razón, padre —dijo Eduard.

Cuando acabó, la pareja se había llevado *El doctor Zhivago* y Eduard había invitado al padre David a su palco para ver la actuación de Yekaterina de aquella noche. Él dijo que haría lo posible por asistir.

—Ha funcionado —dije.

—Por supuesto —respondió el padre David con voz firme.

Después de eso, los blancos se sucedieron con más rapidez. Un acordeonista del Coro del Ejército Rojo escondió la novela en el estuche vacío de su instrumento. Un payaso del Circo Estatal de Moscú lo guardó en el maletín del maquillaje. Un ingeniero mecánico que había crecido oyendo a su madre recitar los primeros poemas de Pasternak confesó que estaba deseando leerlo, pero que probablemente sólo lo haría mientras estuviera en la feria. Un traductor que había trabajado en el folleto en distintos idiomas del pabellón soviético nos comentó que siempre había admirado las traducciones de Pasternak, sobre todo las de las obras de Shakespeare, y que había soñado con conocerlo en persona. En una ocasión lo vio cenando en el Tsentralny Dom Literatorov, pero no se atrevió a acercarse a él.

—Perdí mi oportunidad. Pero compensaré mi cobardía llevándome esto —dijo, levantando el ejemplar de *El doctor Zhivago*.

Antes de irse, me dio uno de los folletos que había traducido. Dentro había un mapa de todo el recinto que abarcaba dos páginas. Me reí al darme cuenta de que los pabellones de Estados Unidos y el Vaticano brillaban por su ausencia.

Hablar ruso de nuevo hizo que tuviera muy presente a mi madre y estaba impaciente por ver a alguien que me recordara a ella, aunque fuera un poco. Pero la mayoría de los soviéticos que acudían a la Ciudad de Dios eran miembros de la intelectualidad: cultos y elocuentes, y partidarios del Estado. Otros eran jóvenes y era la primera vez que salían del país; eran los músicos, los bailarines y demás artistas que actuaban en la feria. Todos pertenecían a la ciudad, con las manos suaves y sin callos. Podían permitirse viajar y, aún más importante, tenían autorización para hacerlo. Vestían como europeos, con sus trajes a medida, sus vestidos franceses de alta costura y su calzado italiano. Y aunque yo nunca había estado en la Madre Patria, no los reconocía como rusos; eran muy diferentes de mi madre, y la idea me dolió.

Por la tarde, Ivanna entró en la biblioteca para decirnos que había una gran masa de rusos viendo *El pensador* y que creía que se había corrido la voz.

—¿Deberíamos bajar el ritmo? —preguntó.

—En todo caso, acelerarlo —respondí—. No nos quedará mucho tiempo si se ha corrido la voz.

—Tiene razón —dijo el padre David—. Que sigan viniendo.

Habíamos entregado cien ejemplares cuando Ivanna asomó la cabeza por detrás de las cortinas con una de las portadas de lino de la novela que habían arrancado.

—Los escalones están llenos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Para que ocupen menos —respondió el padre David—. Para esconderlos.

Habíamos previsto estar tres días en la Expo 58, pero hacia la mitad del segundo entregamos el último ejemplar del Gran Libro.

Había portadas de lino azules por toda la feria. Un economista prominente arrancó las páginas de un libro de recuerdo de la Expo 58 y las cambió por las de *El doctor Zhivago*. La mujer de un ingeniero aeroespacial lo escondió en una caja de tampones vacía. Un trompetista prominente metió las hojas en el pabellón de su instrumento. Una bailarina destacada del ballet Bolshói envolvió el libro con sus medias.

El trabajo estaba hecho. Habíamos puesto en camino la novela del señor Pasternak con la esperanza de que acabara llegando a su país, y que los que la leyeran se preguntaran por qué la habían prohibido: dentro de un libro introducido clandestinamente iban las semillas de la discordia.

El padre David, Ivanna, el padre Pierre y yo nos separamos según lo previsto. Ivanna regresaría al día siguiente, de modo que se quedó en la Expo 58 para distribuir sus materiales religiosos. Pero los demás debíamos marcharnos inmediatamente y no volver. No hubo grandes despedidas, ni palmadas en la espalda, «enhorabuena por el trabajo» o «misión cumplida». Sólo un gesto de la cabeza a medida que nos íbamos uno a uno de la Ciudad de Dios. No se nos permitía tener más contacto. Yo ignoraba adónde se dirigían los padres, sólo sabía que yo debía tomar un tren al día siguiente con destino a La Haya, donde me reuniría con mi guía para darle el parte y recibir la siguiente misión.

# **BLOQUE DEL ESTE**



Septiembre-octubre de 1958



~~El morador de las nubes~~  
EL GALARDONADO

Borís está detrás de una valla hecha de troncos, trabajando un pedazo de tierra en el que ha plantado patatas, ajos y puerros. Ve acercarse a alguien y apoya el hacha en un abedul.

—Amigo mío —le dice el visitante, tendiéndole la mano por encima de la verja.

—¿Lo tienes?

El visitante asiente y sigue a Borís hasta el interior de la casa.

Se sientan frente a frente en la mesa del comedor. El visitante abre la mochila y deja el libro, todavía con la portada azul de lino, delante de su autor. Éste lo coge. Es mucho más ligero que el manuscrito encuadernado a mano que depositó en manos extranjeras dos años atrás, y muy diferente del brillante volumen que se ha publicado y convertido en un gran éxito internacional en Europa, del que sólo ha visto fotografías. Desliza sus sucias uñas por la portada. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo tienes —dice de nuevo.

El visitante saca su segundo regalo, una botella de vodka.

—¿Brindamos?

—¿Quién lo ha hecho? —le pregunta Borís.

El visitante se sirve un trago.

—Dicen que los estadounidenses.



Borís da su paseo matutino. Está lloviendo, así que toma el sendero que cruza el bosque de abedules para volver a su dacha en lugar de seguir la ruta habitual a través del cementerio, por encima del arroyo y colina arriba. Las pocas hojas muertas que todavía se aferran a la cubierta forestal bastan para resguardarlo de la lluvia. Va vestido de manera apropiada, con impermeable, gorra y botas de goma negras, pero a medida que se acerca a la casa, siente un frío que le penetra en los huesos.

Los oye antes de verlos. Cuando sale del bosque, ve unos coches aparcados a lo largo de la calle estrecha y una pequeña multitud congregada en su jardín bajo la protección de unos paraguas negros. Un joven se ha sentado en el tramo de valla que tiene un leño podrido. Borís quiere decirle que se baje de ahí, pero se queda tan quieto como un ciervo que ve a su cazador antes de que éste lo vea.

Se plantea escabullirse internándose de nuevo en el bosque. Pero alguien grita su nombre y la multitud se mueve hacia él como un gran mamífero. El hombre que está sentado en la valla se baja de un salto y es el primero en alcanzarlo. Saca una libreta y prepara el bolígrafo.

—Ha ganado —dice—. Ha ganado el Premio Nobel. ¿Desea hacer algún comentario para *Pravda*?

Borís inclina la cabeza hacia atrás, hacia las nubes, dejando que la lluvia fría le caiga sobre el rostro. «Ya está», piensa. Todo dispuesto como una fiesta. Su legado grabado en oro. Pero no hay lágrimas de alegría que se mezclen con la lluvia que le corre por las mejillas. En cambio, el miedo lo invade como uno de sus gélidos baños matutinos.

Mira hacia el otro extremo del jardín, donde derribaron una verja hace veinte años. Se imagina a su vecino, Borís Pilniak, cruzándola emocionado para compartir su cosecha de cebollas o el último capítulo de su novela. Después de que censuraran la novela y de que acusaran a Pilniak de haber orquestado su publicación en el extranjero, cuando Borís pasaba por delante de su dacha en sus paseos matutinos, lo veía mirando por la ventana, esperando. «Algún día vendrán a por mí», le había dicho. Y así fue.

Un *flash* se dispara. Borís parpadea. Busca a algún conocido en la multitud, alguien a quien aferrarse, pero no ve a nadie.

—¿Lo aceptará? —le pregunta otro periodista.

Borís mete la punta de una bota en un charco.

—No quería que pasara esto, todo este revuelo. Siento una gran alegría, pero mi alegría de hoy es una alegría solitaria. —Antes de que los periodistas puedan hacer más preguntas, se pone de nuevo la gorra y añade—: Pienso mejor mientras camino, y necesito caminar un poco más.

Se abre paso entre la multitud y regresa al bosque.

«Ella sabrá que tiene que venir —piensa—. Estará esperando.»

Ve el pañuelo rojo de Olga a lo lejos y se siente aliviado. Está en lo alto de la loma cubierta de hierba del cementerio donde la tierra sigue intacta, paseando con los brazos cruzados alrededor de una tumba invisible. Borís todavía se asombra cuando la ve. Está envejecida. Tiene arrugas en las comisuras de los ojos y su cabello rubio se ha vuelto quebradizo. Ha recuperado los kilos que perdió en los campos de trabajo, pero en lugar de acomodarse nuevamente en las caderas y los muslos, se le han ido a la barriga y la cara. Desde que publicaron *El doctor Zhivago* en el extranjero, ya no se riza el cabello ni se pone joyas. Quizá porque no quiere llamar la atención. O tal vez está demasiado cansada para preocuparse de eso. En cualquier caso, él la encuentra aún más hermosa.

Ella corre a su encuentro. Se abrazan y él queda envuelto por ella, a pesar de que es ella la que encaja perfectamente en sus brazos. Su contacto es curativo.

Se da cuenta de que está conteniendo la respiración y le frota la espalda como para ayudarla a exhalar. Ella se aparta y confirma lo que su cuerpo ya le ha dicho.

—¿Qué nos harán ahora? —le pregunta.

—Es algo bueno —dice—. Deberíamos celebrarlo. Ya no podrán tocarnos. El mundo entero estará observando.

—Sí —dice ella, y recorre el cementerio con la mirada—. Nos están observando.

Él la besa en la frente.

—Es algo bueno —repite, tratando de convencerse a sí mismo, y luego mira en dirección a su dacha—. Los buitres están esperando. Debo enfrentarme a ellos.

—Entonces ¿aceptarás el premio?

—No lo sé —responde él.

Pero no se imagina no aceptándolo. La vida lo ha llevado a ese precipicio; ¿cómo va a dejar de dar ese último paso, aunque signifique caer al abismo? Si ahora se retira, cada vez que su amada sonría verá el diente que se rompió en sus días en los campos de trabajo y recordará que todo fue en vano.

Olga le alisa la solapa de la chaqueta y detiene la mano sobre su corazón.

—¿Vendrás a verme cuando puedas?

Él pone una mano sobre la de ella y la aprieta aún más contra su pecho.

Ha dejado de llover y la multitud ha aumentado. Los vecinos se han unido a los reporteros y están pisoteando las patatas, los ajos y los puerros. Varios hombres con abrigo de cuero negro pululan por ahí. Zinaída está en el porche lateral con Nina Tabidze, que ha venido de Georgia de visita. Han colocado dos sillas de madera al pie de los escalones para bloquear la entrada y el perro de Borís, *Tobik*, vigila desde debajo de una.

Zinaída aparta una silla para dejarlo pasar, pero Borís se detiene para hablar con los periodistas. Desde que ha visto a Olga se siente considerablemente más animado, y las palabras que él le ha dicho, aunque no acaba de creérselas, lo han calmado. Las felicitaciones que le llegan de la multitud también son un bálsamo. Un fotógrafo le pide una foto y él posa con una sonrisa genuina en el rostro.

Zinaída no está sonriendo. Sus cejas fuertemente perfiladas le dan una expresión sorprendida que el ceño negro desmiente.

—Nada bueno saldrá de esto —dice mientras su marido sube la escalera.

—Ya se está hablando de ello en las calles de Moscú —dice Nina, colocando de nuevo la silla de madera en la entrada—. Un amigo lo ha oído por Radio Libération.

—Entremos —dice Borís.

En el interior, el olor a pastel de ciruela los recibe y Borís recuerda que es el santo de Zinaída.

—Lo siento mucho, querida. Con todo este jaleo se me ha pasado.

—Ahora no importa —responde ella.

Nina le toca el hombro, luego va a la cocina para sacar el pastel del horno.

La pareja se queda sola en la entrada.

—¿No te alegras por mí, Zina? ¿Por nosotros?

—¿Qué nos harán?

—¡Qué tonterías son ésas! Deberíamos estar celebrándolo. ¡Nina! —grita Borís hacia la cocina—. Trae una botella de vino.

—No es momento para celebraciones —dice Zinaída—. Querrán tu cabeza. Primero pones el manuscrito en manos extranjeras sin que se haya publicado aquí y ahora esto. La atención, la indignación. Nada bueno puede salir de esto.

—Si no te ves con fuerzas para celebrarlo, al menos tómate una copa por tu santo.

—¿Qué más da? El año pasado también se te pasó.

Nina regresa de la cocina con una botella de vino y tres copas, pero Zinaída rechaza la suya con un ademán y se retira a su habitación. Cuando Nina va a consolar a su amiga, Borís abre él mismo la botella.

Al día siguiente, el vecino de Borís, el autor Konstantín Aleksándrovich Fedín, llama a la puerta y Zinaída abre.

—¿Dónde está?

Sin esperar una respuesta, pasa por el lado de Zinaída y sube de dos en dos los escalones hasta el estudio de Borís, quien levanta la vista de una pila de telegramas.

—Kostya —lo saluda—. ¿A qué se debe la visita?

—No he venido a felicitarte. No he venido ni como vecino ni como amigo. Estoy aquí por asuntos oficiales. Polikárpov está en mi casa en estos momentos esperando una respuesta.

—¿Una respuesta a qué?

Fedín se rasca sus pobladas cejas blancas.

—¿Renunciarás al premio?

Borís arroja el telegrama que tiene en las manos.

—De ningún modo.

—Si no lo haces voluntariamente, te obligarán. Lo sabes muy bien.

—Pueden hacer lo que quieran conmigo.

Fedín se acerca a la ventana que da al jardín. Han vuelto varios periodistas. Se pasa una mano por las entradas del pelo.

—Sabes de lo que son capaces... Yo también he pasado por ello. Como amigo...

—Recuerda que no has venido como amigo —lo interrumpe Borís—. ¿En calidad de qué has venido entonces?

—De colega escritor. De conciudadano.

Borís se recuesta en la cama y el sencillo somier chirría bajo su peso.

—¿En qué quedamos, escritor o conciudadano?

—Soy ambas cosas. Y tú también.

Era sabido por todos que Fedín era el siguiente en la lista para presidir el Sindicato de Escritores Soviéticos, por lo que Borís piensa cuidadosamente su respuesta.

—*Inventas vitam juvat excoluisse per artes.*

—De Virgilio —dice Fedín—. «Y quienes mejoraron la vida a través de sus nuevos inventos y artes.»

—Está grabado en la medalla del Nobel.

—¿Y a quién has mejorado tú la vida con esta novela? ¿A tu familia? —Fedín baja la voz—. ¿A tu amante? ¿O simplemente a ti?

Borís cierra los ojos.

—Dame tiempo.

—No hay tiempo. Polikárpov espera una respuesta cuando regrese.

—Entonces da un paseo largo antes de volver a casa. Necesito tiempo.

—Dos horas —dice Fedín desde el umbral—. Tienes dos horas.

Pero en cuanto se va, Borís se levanta de la cama. Se acerca a su escritorio y escribe un telegrama a la Academia Sueca.

ENORMEMENTE AGRADECIDO, CONMOVIDO,  
ORGULLOSO, SORPRENDIDO, AVERGONZADO.

Pasternak

# OCCIDENTE



Octubre-diciembre de 1958



*La golondrina*  
LA INFORMANTE

Ahí estaba, de pie frente a un árbol pelado con una gorra y una chaqueta con cinturón, y la mano derecha justo debajo del corazón. El artículo que acompañaba la fotografía estaba en francés, pero reconocí la palabra *Nobel*.

—¿Qué pone? —pregunté al camarero, que hablaba mi idioma, cuando volvió con mi *petit pain au chocolat*.

—«Borís Pasternak ha ganado el Premio Nobel.»

—Bien, eso disparará las ventas —dije—. ¿Lo ha leído?

—¡Por supuesto!

Todo el mundo lo había leído. Gracias a mi anterior jefe, *El doctor Zhivago* había cruzado la frontera clandestinamente y había regresado al país donde había sido escrito. El Nobel no había entrado en los planes de la Agencia —que yo supiera—, pero estaba segura de que se atribuirían el mérito. Me los imaginaba: de pie en un círculo, con una sonrisa en la cara, celebrándolo con tragos de vodka. La única cara que no podía imaginar en ese círculo era la de Henry Renet. Sabía que ya no estaba en Washington. De hecho, sabía exactamente dónde se encontraba.

El día que llegué a París me registré en el hotel Lutetia, pero no como Sally Forrester, Sally Forelli o cualquier otro nombre que hubiera utilizado antes, sino con mi nuevo nombre, Lenore Miller. Luego eché en un buzón amarillo una carta dirigida a la Tintorería Sara. En ella indicaba las coordenadas de la ubicación de Henry en Beirut y detalles acerca de su nueva misión de ayudar a una emisora de radio a transmitir mensajes a favor de Occidente y de Chehab.

Entregar a Henry no era lo primero que había planeado hacer. Si Frank tenía razón acerca de que era un topo, quizá podría haber obtenido antes suficiente información para destruirlo a través de los canales adecuados. Todos esos años, cuando el círculo de hombres había creído que yo sólo estaba jugueteando con mi pelo y riéndome de sus bromas tontas sin pensar, lo que había estado haciendo en realidad había sido escuchar. Sin embargo, en cuanto Henry se enteró de que había estado indagando sobre él, puso rápidamente fin a mis días en la Agencia. Pues muy bien. Sólo tuve que pensar en un plan B.

Bev era la única que sabía que me había marchado del país. No me preguntó adónde iba, pero cuando le comenté que sólo me compraría un billete de ida, mi vieja amiga de la OSE se levantó sin hacer ruido, salió de la cocina y volvió unos minutos más tarde con un sobre.

—El dinero del *gin rummy* —dijo, poniéndomelo en las manos—. No lo echará de menos.

Le respondí que no podía aceptarlo, pero ella me dijo que no fuera tonta. Luego se quitó la pulsera de diamantes que su marido le había regalado para disculparse por otro de sus escarceos.

—Empéñala.

La última noche que pasé en Washington, puse un disco y saqué la maleta, sin saber aún adónde iría. Sólo sabía que tenía que marcharme, ir a un lugar donde no conociera a nadie, y que después de hacer lo que estaba a punto de hacer, no habría vuelta atrás. Hasta que saqué de un cajón el suéter de cachemir beige y encontré el grabado de la Torre Eiffel que había comprado para Irina, todavía envuelto en papel de estraza y sujeto con un cordel rojo, no lo decidí.



Me enviaron un mensaje por medio de unas rosas. Dos docenas, blancas como una ofrenda de paz, que habían dejado en mi tocador mientras estaba fuera. Saqué la pequeña tarjeta del ramo: «Me alegro de saber de usted», se leía en italiano. Le di la vuelta. En blanco.

Era inquietante pensar que habían estado en mi habitación, que habían revisado mis cosas. Estaba claro que me habían intervenido el teléfono. Fue como ver una araña de día e imaginar que se arrastra por tu cuerpo en plena noche. Pero después de darles la información sobre Henry, había contado con que me vigilaran. Yo no tenía a nadie con quién hablar, así que me reí al imaginarlos escuchando el disco de Chet Baker que había comprado en un mercadillo. Tal vez si acababan cansándose de *My Funny Valentine*, escucharían a otra persona.



Pasaron las semanas. Las rosas blancas se marchitaron y sus pétalos arrugados se amontonaron sobre el tocador. La novedad de la Ciudad de la Luz se había agotado y se me estaba acabando el dinero de Bev. Y no saber qué había sido de Henry empezó a tener un efecto negativo en mí. Cuando pensaba en él —y pensaba en él a todas horas—, notaba como si se me llenaran las entrañas de un humo frío y oscuro. Cuando no podía dormir, yacía de espaldas e imaginaba que el humo negro me salía por la boca y se elevaba en una espiral hacia el techo.

Para estructurar mis días, comencé a ir a todas las librerías, puestos de libros, bibliotecas y *bouquinistes* que había a lo largo del Sena, buscando ejemplares de *El doctor Zhivago*. Me moría de ganas de leerlo, pero aún no me había atrevido a hacerlo. Estaba conectado con ellos, con ella, y sabía que me traería recuerdos en los que no quería pensar, que harían palpar con fuerza mi corazón cuando me despertara y me encontrara al otro lado del mundo, yo sola. Sin embargo, busqué la novela por todo París y gasté mis últimos fondos en acumular una pequeña torre de ejemplares.

Cuando ya no pude permitirme comprar más libros, adopté una nueva rutina: me sentaba en mi habitación todo el día, escuchaba el disco, me bañaba, echaba una cabezada. Comencé a subsistir a base de *baguettes* rancias, albaricoques en conserva y Perrier caliente. Siempre tenía las cortinas corridas y pasaba días enteros sin mirar siquiera por la ventana.

Al final se me acabó el dinero y empecé a devolver los ejemplares de *El doctor Zhivago* uno por uno. Estaba esperando a que me atendieran en Le Mistral cuando alguien me tocó el hombro.

—*Bonsoir* —me dijo una mujer menuda de cabello ondulado, con un traje de tubo rosa ostra y un sombrero negro de terciopelo. Cogió un ejemplar de *Lolita* y sonrió como si me conociera—. ¿Sabe dónde está la sección de viajes?

—No, lo siento.

—Estoy buscando un libro. Sobre Beirut. ¿Sabes dónde podría estar?

Luego se dio la vuelta y se fue. Salí detrás de ella guardando de nuevo *El doctor Zhivago* en mi bolso. La seguí por la plaza René Viviani. Me entraron ganas de parar y tocar el famoso algarrobo para que me diera suerte, pero continuamos por la rue du Petit-Pont, pasando por delante de la iglesia de Saint-Séverin bajo la mirada de sus gárgolas góticas. Al dejar atrás la iglesia de Saint-Sulpice pensé en Irina, qué aspecto debía de tener con el hábito de monja.

La seguí hasta los jardines de Luxemburgo y, mientras rodeábamos la cuenca octogonal, la mujer habló en voz baja y amortiguada por la fuente.

—Se ha registrado en un hotel de Beirut con el nombre de Winston, tal como nos indicó. Al cabo de una hora se ha marchado del hotel... con la ayuda de dos de nuestros botones. —Guardó silencio unos segundos—. Hemos pensado que tal vez querría saberlo.

¿Qué pensó Henry cuando oyó que llamaban a la puerta? ¿Tenía alguna idea de lo que le esperaba? ¿Se sintió paralizado? ¿Gritó? Si lo hizo, ¿alguien lo escuchó? Sabía que no lo había hecho, pero me habría gustado, oh, cómo me habría gustado que hubiera pensado en mí mientras se lo llevaban.

—Eso es todo —terminó la mujer.

Se detuvo para volverse y besarme en las dos mejillas.

—Eso es todo —repetí cuando ella ya se había ido.

De nuevo en la habitación de hotel, las rosas muertas habían sido reemplazadas por otro ramo. Me eché agua en la cara y me pinté los labios. Me puse unos pantalones negros con un blazer negro y zapatos de tacón medio de cuero negro. Luego descorrí las cortinas, me sequé los labios con un papel y me examiné en el espejo.

Me habían entrenado para descubrir a un agente doble. Tranquilo bajo coacción, con una inteligencia por encima de la media, siempre de paso y con tendencia a aburrirse. Ambicioso pero con objetivos a corto plazo. Incapaz de establecer relaciones duraderas. Proclive a desertar por sus propios intereses: dinero, poder, ideología, venganza. Conocía esos rasgos, me habían entrenado para detectarlos. Entonces ¿por qué me había llevado tanto tiempo reconocerlos en mí misma?

# **BLOQUE DEL ESTE**



Octubre-diciembre de 1958



~~La musa~~  
~~La mujer rehabilitada~~  
~~La emisaria~~  
~~La madre~~  
**LA EMISARIA**

«Ha ganado, ha ganado, ha ganado.» Acompasé el pensamiento a mis pasos mientras daba vueltas por la casa esperando a que Borya llegara. El Nobel era suyo. Ni de Tolstói ni de Gorki ni de Dostoievski. Borís Leonídovich Pasternak era el segundo escritor ruso que recibía el premio. Su nombre pasaría a la historia y su legado estaba asegurado.

Sin embargo, me asustaba lo que podía ocurrir si lo aceptaba. Ganar el Nobel era una vergüenza para el Estado, y el hecho de que Borís lo aceptara se vería como una indignidad aún mayor. Y al Estado no le gustaba que lo humillaran, y menos aún Occidente. ¿Qué pasaría en cuanto el mundo mirara para otro lado y los titulares caducaran? ¿Quién nos protegería? ¿Quién me protegería a mí?

Para calmarme, salí al pequeño huerto que Borya me había ayudado a plantar. La lluvia de la mañana había cesado y las nubes se habían abierto dejando paso a una luz que lo bañaba todo de nuevo. El parloteo de las urracas, un rayo de sol sobre la ordenada hilera de repollos, la caricia del aire en mis muñecas y tobillos expuestos, hasta el más pequeño detalle parecía alterado, como ocurre cuando el mundo que uno ha conocido está a punto de cambiar.

Borya se acercó con la gorra en la mano. Nos encontramos a mitad de camino y me besó.

—He enviado el telegrama a Estocolmo.

—¿Qué les has dicho? —pregunté.

—Que acepto el premio y todo lo que venga con él.

—Entonces ¿irás? —pregunté—. ¿A Estocolmo?

Por un momento, me permití albergar una fantasía absurda: yo con un vestido negro confeccionado en París, hecho a medida para que se ajustara a mi cuerpo como una segunda piel; Borís con su traje gris favorito, el que había heredado de su padre. Lo vería levantarse para recibir el premio, y mientras subía al podio, yo dejaría que los aplausos del público me inundaran como una ola. En el banquete, que tendría lugar en el Salón Azul, cenaríamos *filet de sole bourguignonne* y él me presentaría como la mujer que había inspirado a Lara, la mujer de la que el mundo también se había enamorado.

—Eso es imposible —dijo negando con la cabeza.

Me tomó de la mano y, sin decir una palabra más, entramos en mi habitación e hicimos el amor al ritmo lento y sostenido al que nos habíamos acostumbrado.

Pasó casi toda la noche conmigo, no se levantó de la cama hasta que la luz azul de la mañana se coló entre las cortinas. Con esa luz vi nuevos lunares, pelos negros y marcas amarillas en su espalda, luego miré mi propia piel y, súbitamente, tomé conciencia de la edad que teníamos. Y me pregunté si quedaba algo en nosotros para soportar todo lo que estaba por suceder.

Mientras lo veía levantarse me invadió un profundo anhelo de algo que aún no había perdido pero que sabía que no tardaría en perder.



En cuanto Borís envió el telegrama a Estocolmo, el Kremlin emitió su respuesta oficial para la Academia. «Usted y quienes han tomado esta decisión no se han centrado en las cualidades literarias o artísticas de la novela, de las que es evidente que carece, sino en sus aspectos políticos, dado que la novela de Pasternak presenta la realidad soviética de una manera pervertida, y calumnia la revolución socialista, la causa del socialismo y al pueblo soviético.»

Su mensaje era claro: el desafío de Borís no sería tolerado. Y no quedaría impune.

Nos dijeron que los mensajeros habían ido de puerta en puerta desde Peredélkino hasta Moscú, convocando a todos los poetas, dramaturgos, novelistas y traductores a una reunión urgente del Sindicato de Escritores para abordar el tema del Nobel. La asistencia era obligatoria.

No hay duda de que algunos escritores recibieron eufóricos la noticia de que el narcisista y sobrevalorado poeta de la colina había recibido por fin lo que se merecía. Otros, según nos dijeron, creían que debería haberse hecho justicia hacía mucho tiempo, y que las preguntas sobre por qué Borís había sido salvado por la mano de Stalin durante el Gran Terror seguían sin respuesta. Otros escritores parecieron ponerse nerviosos, sabiendo que tendrían que hacer cola para denunciar a su compañero, amigo y mentor, y confiaron en que sus protestas parecieran genuinas cuando los llamaran.

Borya no leía los periódicos, pero yo sí.

Lo llamaron Judas, un peón que se había vendido por treinta monedas de plata, un aliado de los que odiaban a nuestro país, un esnob perverso cuyo mérito artístico, en el mejor de los casos, era modesto. Consideraron que *El doctor Zhivago* era un arma anunciada por los enemigos del Estado, y el premio, una recompensa de Occidente.

No todos hablaron; la mayoría guardó silencio. Los amigos que en su día escucharon absortos a Borya leer en voz alta *El doctor Zhivago* en la casita se esfumaron. No enviaron cartas de apoyo, ni fueron a verlo, y casi ninguno admitió mantener amistad con él cuando se le preguntó. Lo más doloroso fueron esos silencios, las bocas cerradas de los amigos.

Un día, Ira regresó de la escuela diciendo que había habido una manifestación estudiantil en Moscú. Borya estaba sentado en su silla roja mientras ella, todavía con el abrigo y el gorro de ardilla puestos, se paseó frente a él.

—Los profesores nos han dicho que la asistencia era obligatoria.

Borya se levantó y echó un poco de leña en la estufa. Se quedó delante del fuego, calentándose las manos, antes de cerrar la puerta metálica.

—La administración nos ha dado pancartas para que las lleváramos, pero yo me he escondido en los aseos con una amiga hasta que se han ido.

Buscó aprobación en los ojos de Borya, pero él no le devolvió la mirada.

—¿Qué ponía en las pancartas? —preguntó Borya.  
Ira se quitó el gorro y lo sostuvo en las manos.  
—No las he visto. No de cerca.

Al día siguiente apareció en *Literaturnaya Gazeta* una fotografía de la «manifestación espontánea». Un estudiante levantaba una pancarta con una caricatura de Borya echando mano con los dedos torcidos a un saco de dinero estadounidense. En otra se leía en letras negras: ¡EXPULSAD A JUDAS DE LA URSS! El artículo también daba los nombres de los estudiantes que habían firmado una carta condenando *El doctor Zhivago*.

Ira levantó el periódico.

—La mitad de estos estudiantes no la han firmado. Al menos eso me dijeron.

Esa noche, Mitya preguntó durante la cena si era cierto que Borya era ahora más rico que el estadounidense más codicioso.

—Lo ha dicho nuestro profesor. ¿Nosotros también lo somos?

—No, cariño —le contesté yo.

Hizo rodar una judía por su plato con el pulgar.

—¿Por qué no?

—¿Por qué deberíamos serlo?

—Nos paga la casa. Nos da dinero. Si tiene más, debería darnos más.

—¿De dónde has sacado una idea así?

Ira miró a su hermano y él se encogió de hombros.

—Pero tiene sentido, mamá —dijo ella—. ¿Y si se lo preguntas?

—No quiero oír una palabra más —le solté, aunque mentiría si dijera que yo no había estado pensando lo mismo—. Ahora acaba de cenar.



Llevaba cinco días lloviendo cuando se reunieron en el gran Salón Blanco del Sindicato de Escritores. No quedaba ningún asiento libre y los escritores se habían colocado a lo largo de la pared. Pidieron a Borya que asistiera, pero yo le supliqué que se quedara en casa.

—Será una ejecución —dije.

Se mostró de acuerdo en que no sacaría nada con aparecer y escribió una carta para que se leyera en voz alta.

Aun después de todo el revuelo y todos los artículos que se han publicado en la prensa, todavía creo que cabía escribir *El doctor Zhivago* como ciudadano soviético. Simplemente tengo una comprensión más amplia de los derechos y las posibilidades de los escritores soviéticos, y no creo estar menospreciando de ningún modo su dignidad. No me tengo por un parásito literario. Con franqueza, creo haber aportado algo a la literatura. En cuanto al premio en sí, nada me haría considerar ese honor como una farsa y responder con grosería. Os perdono de antemano.

La sala resonó con las burlas de la multitud. Luego, uno por uno, todos los escritores subieron al podio para condenar la novela. La reunión se prolongó durante horas hasta que todos intervinieron.

El voto fue unánime y el castigo se hizo efectivo de inmediato: Borís Leonídovich Pasternak fue expulsado del Sindicato de Escritores Soviéticos.

Al día siguiente reuní todos los libros, las notas, las cartas y el borrador del manuscrito que tenía en mi piso de Moscú, y entre Mitya y yo los llevamos a la casita para quemarlos.

—No volverán a llevarse lo que es mío —le dije a mi hijo mientras recogíamos ramas del bosque—. Antes prefiero destruirlo todo yo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —me preguntó Mitya.

—Vamos a necesitar más leña —dije recogiendo un pequeño tronco.

Borya llegó mientras colocábamos en un círculo las piedras que habíamos cogido del arroyo.

—¿Ha sido todo en vano? —preguntó a modo de saludo.

—Por supuesto que no —respondí, y vacié un cubo de hojas secas sobre la leña—. Has tocado el corazón y la mente de miles de personas.

Eché gasolina sobre las hojas.

Él rodeó el foso para la fogata.

—¿Por qué lo escribí?

—Porque tenías que hacerlo, ¿recuerdas? —dijo Mitya—. Eso es lo que nos dijiste, que estabas llamado a hacerlo, ¿te acuerdas?

—Fue una tontería. Una tontería enorme.

—Pero tú dijiste que...

—No importa lo que dijera entonces.

—Cuando se lo entregaste a los italianos dijiste que querías que se leyera. Bueno, lo has logrado.

—Lo único que he logrado es ponernos en peligro.

—Dijiste que el premio nos protegería. ¿Ya no lo crees? «El mundo entero estará observando», dijiste. ¿Te acuerdas?

—Estaba equivocado. Es mi ejecución lo que el mundo observará. —Se mesó el cabello—. ¿Soy lo que dicen que soy? ¿Un narcisista, alguien que piensa, mejor dicho, que cree, que cree plenamente que ha sido elegido para esta tarea? ¿Que está destinado a pasarse la vida intentando expresar lo que hay en el corazón del hombre? —Borya caminaba de un lado a otro, frenético—. El cielo se estaba cayendo y me puse a escribir en lugar de construir un techo para protegerme a mí y a los míos. ¿Acaso mi egoísmo no tiene límites? He pasado tanto tiempo sentado ante mi escritorio... ¿Es verdad que estoy desconectado? ¿Puedo saber siquiera lo que hay en el corazón y la mente de mis compatriotas? ¿Cómo puedo haberlo entendido todo tan mal? ¿Para qué seguir...?

—Seguimos porque es nuestro deber —le dije.

Pero antes de que yo pudiera añadir algo más para calmarlo, él nos expuso su plan.

—Todo esto es demasiado. No esperaré a que vengan a por mí. No esperaré a que llegue su coche negro. No esperaré a que me saquen a rastras a la calle. Para que me hagan lo que le hicieron a Ósip, a Titsian...

—Y a mí —añadí yo.

—Sí, amor mío. Nunca se lo permitiré. Creo que es hora de que dejemos esta vida.

Me aparté de él.

—Las he guardado, ¿sabes? Las píldoras. He guardado el Nembutal que me dieron la última vez que estuve en el hospital. Veintidós. Once para cada uno.

No sabía si creerle o no. No era la primera vez que Borís amenazaba con suicidarse. Décadas atrás había llegado a ingerir un frasco de yodo cuando antes de casarse con su esposa, ésta lo había rechazado. Más tarde me confesó que sólo había querido ver su reacción, que no había sido su intención morir de verdad. Pero esta vez su voz permaneció tan serena que me hizo pensar que podría estar hablando en serio.

Me cogió la mano.

—Nos las tomaremos esta noche. Les costará caro. Será como darles una bofetada en la cara.

Mitya se puso de pie. Ya era más alto que yo y casi había alcanzado a Borya. Mitya, mi dulce Mitya, lo miró a los ojos.

—¿De qué estás hablando? —Se volvió hacia mí—. ¿De qué está hablando, mamá?

—Déjanos, Mitya —le pedí.

—¡No pienso hacerlo!

Retrocedió como si considerara golpear a Borís. Por primera vez me di cuenta de que ya no tenía la mano de un niño pequeño sino la de un joven. Un mar de culpabilidad me inundó. Todos estos años había dado prioridad a Borya.

—No va a pasar nada. —Solté la mano de Borya y tomé la de mi hijo—. Te doy mi palabra.

Me saqué un puñado de *kopeks* del bolsillo y le pedí que fuera a comprar más gasolina para el fuego.

Se negó a coger el dinero.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué os pasa a los dos?

—Cógelo, Mitya. Ve a buscar la gasolina. Enseguida voy.

Tomó el dinero y se fue, volviéndose para advertir a Borya con su mirada furiosa.

—No notaremos nada —dijo Borya una vez que Mitya se hubo marchado—. Estaremos juntos.

Durante todo ese tiempo, había estado fingiendo que los rumores de condena no le afectaban, que los micrófonos que sospechábamos que habían instalado en su casa y en la mía eran motivo de risa, que las críticas negativas no tenían ningún valor. Se había concentrado en el punto de luz blanca al final del túnel, pero éste se había desvanecido con el último golpe del Sindicato de Escritores.

Y creía que yo lo seguiría, que me tomaría las píldoras, que no tendría fuerzas para continuar sola. En otro momento tal vez hubiera sido así. De hecho, podría haber sido yo la que lo sugiriera. Pero ahora no. Ahora me veía con fuerzas para continuar. Y continuaría. A él podían enterrarlo, pero a mí no.

Le dije que eso sería darles lo que querían, que era la reacción de un hombre débil. Le dije que se regodearían con su victoria sobre un poeta muerto, el morador de las nubes al que Stalin nunca se cargó. Borya contestó que no le importaba nada siempre y cuando el dolor cesara.

—No puedo esperar a que caiga sobre mí su oscuridad. Prefiero entrar en ella por mi propio pie a que me empujen.

—Las cosas han cambiado ahora que Stalin está muerto. No te pegarán un tiro en la calle.

—Tú no lo has vivido como yo. No has visto cómo se llevaban a tus amigos, uno por uno. ¿Sabes lo que es salvarte cuando tus amigos están muertos? ¿Ser el que queda atrás? Ventrán a por mí, estoy seguro. Ventrán a por nosotros.

Le pedí que esperara un día, para poder despedirme de Ira y de mamá, y porque quería disfrutar de un amanecer más. En realidad, tenía un último plan, y si eso no funcionaba, sabía que aún podría convencerlo de que no lo hiciera. Y si eso tampoco funcionaba, sabía que volvería a salir el sol de todos modos, y que yo seguiría adelante. Es lo que hacen las mujeres rusas. Lo llevamos en la sangre.

Encontré a Mitya en la taberna que había junto a la estación de tren, con un pequeño bidón de gasolina a su lado. Le dije que nunca lo dejaría. Por la expresión de sus ojos, supe que no me creía. Lloré diciéndole que lo sentía, que lo sentía mucho, y él me dijo que me perdonaba. Pero me di cuenta de que lo decía sólo para que dejara de llorar.

Le pregunté si quería acompañarme a la dacha de Fedín, el primer paso de mi plan. Accedió de mala gana. Salimos de la taberna y subimos penosamente la colina lodosa.

Llamé a la puerta de la gran casa del recién nombrado presidente del Sindicato de Escritores, construida con unos troncos grandes apilados uno encima del otro. No acudió nadie, así que llamé de nuevo. Abrió la hija pequeña de Fedín y entré sin esperar a que me invitara. Mitya se quedó fuera. Justo cuando Katya empezó a decir que su padre no estaba, apareció él.

—¿Nos preparas un té, Katya? —le pidió a su hija.

—No quiero té —le dije.

Fedín alzó los hombros y los dejó caer.

—Ven.

Lo seguí hasta su despacho, donde se sentó e hizo girar su butaca de cuero. Como un búho nival posado en su percha —con el pelo blanco, el pico entre las entradas marcadas y las cejas arqueadas—, me indicó con un gesto que me sentara frente a él.

—Prefiero quedarme de pie —dije.

Estaba cansada de sentarme delante de hombres. Fui directa al grano.

—Se suicidará esta noche si no se hace algo.

—No digas eso.

—Tiene las pastillas. He ganado algo de tiempo, pero no sé qué más puedo hacer.

—Debes disuadirlo.

—¿Cómo? Tú y el resto del Comité Central habéis provocado esta situación.

Fedín se frotó los ojos y se irguió.

—Se lo advertí.

—¿Se lo advertiste?! —grité—. ¿Cuándo?

—El día que ganó el premio. Fui a su dacha y le dije que si aceptaba estaría obligando al Estado a actuar. Le dije, como amigo, que debía rechazarlo o afrontar las consecuencias. Seguramente te lo contó.

No lo había hecho. Otra cosa más que me había ocultado.

—Borís ha creado el abismo en el que se encuentra ahora —continuó Fedín—. Y su suicidio será terrible para el país, una herida aún más profunda que las que ya ha infligido.

—¿No hay nada que se pueda hacer?

Me dijo que nos concertaría una reunión con Polikárpov, el mismo jefe del Departamento de Cultura a quien yo había acudido después de que Borya entregara su manuscrito a los italianos. Podríamos presentarle nuestro caso personalmente a condición de que Borya se disculpara por sus acciones.

Acepté, y me preparé para hacer todo lo que estuviera en mis manos para convencer a Borya de que aceptara. Lo acusaría de egoísta. Sacaría a colación el tiempo que pasé en Potma. Le diría que volverían a llevarme allí. Le diría que nunca me había concedido lo que más había deseado: ser su esposa, tener un hijo suyo. Pero al final no hizo falta.

Antes de que pudiera pedírselo, Borya me informó de que el asunto ya estaba resuelto. Había enviado dos telegramas: uno a Estocolmo, rehusando el premio, y otro al Kremlin, comunicándoselo. No recibiría el Nobel.

—Vienen a por mí, Olga. Lo noto. Mientras escribo en el estudio, siento cómo me observan. No tardarán mucho. Algún día estarás esperándome y yo no apareceré.

# OCCIDENTE



Diciembre de 1958



~~La golondrina~~  
~~La informante~~  
**LA DESERTORA**

Como decía mi antiguo jefe, es posible resumir el amplio abanico de las motivaciones humanas en el acrónimo DICE: Dinero, Ideología, Conciencia, Ego. Me pregunté con qué criterios me evaluarían los del otro lado. ¿Tenían su propio acrónimo? ¿Introducían más matices en su juicio?

La mujer que me había hablado de Henry no había vuelto a aparecer, pero yo sabía que a la larga lo haría. Mientras tanto, vendí dos de mis fulares favoritos de Hermès y los ejemplares que me quedaban de *El doctor Zhivago*. Todos menos uno, el de la primera edición inglesa que nunca había llegado a devolver a Le Mistral y que tenía en la mesita de noche, donde encontraría una Biblia si me alojara en un hotel estadounidense.

Ya no pasaba los días en mi habitación; ya no lloraba por la persona que había sido. Por las mañanas iba a los jardines de las Tullerías, donde recorría los pasillos de grava que discurrían entre árboles perfectamente podados, daba de comer a los patos y cisnes en el estanque o me instalaba a leer en una silla verde al sol. Cuando los días empezaron a acortarse, me sentaba cada tarde en una terraza distinta de la rue de la Huchette para probar el vino caliente de cada cafetería. Me hice amiga del camarero de Le Caveau sólo para poder arrellanarme en uno de los sofás rojos y oír cantar a Sacha Distel noche tras noche.

Allá adonde iba ella nunca estaba lejos de mi mente. Yo seguía esperando el día en que me despertara y mi primer pensamiento no fuera ella. Lo peor era cuando soñaba con ella. Estábamos juntas y de pronto despertaba y volvía a sentir la pérdida. A veces era como si una chispa me recorriera el cuerpo, y me convencía de que Irina había estado pensando en mí en ese momento exacto. Tonta.

El día de su cumpleaños quise llamarla, aunque sólo fuera para oírle contestar el teléfono, pero me contuve. En lugar de eso, abrí el cajón de la mesita de noche y saqué el libro y, por primera vez, lo empecé a leer.

Andaban, y al andar cantaban *Eterna memoria*, y, cuando se detenían, parecía que los pies, los caballos y las ráfagas de viento continuaran con el canto.

Sus palabras se apoderaron de mi muñeca. Sabía que un sentimiento podía persistir al acabar una canción. Cerré el libro y salí al balcón, que tenía el tamaño justo para poner una silla. Me senté y volví a abrir el libro.

Cuando llegué a la parte en que Yuri se encuentra de nuevo con Lara en el hospital del campo de batalla, y comprendí que ese libro —esa novela que ellos habían considerado un arma— era en realidad una historia de amor, quise cerrarlo una vez más. Pero no lo hice. Leí hasta que el sol se hubo desvanecido en un halo violáceo por encima de los edificios. Leí hasta que se encendieron las farolas y tuve que forzar la vista para distinguir las frases. Cuando se hizo demasiado oscuro, volví a entrar. Me envolví en la bata, me acosté y continué leyendo hasta que me quedé dormida con una mano como punto de libro.

Cuando me desperté, eran casi las doce y tenía hambre. Me vestí y metí el libro en el bolso.

Al cruzar el vestíbulo del hotel, vi a la mujer de la librería sentada en una *chaise longue* debajo de un retrato de Flaubert. Impecablemente vestida con un traje de *tweed* de Chanel, seguía llevando el pelo ondulado a la perfección, aunque dos tonos más claro que cuando me habló de Henry. Cuando me vio, se levantó sin hacer contacto visual y se fue.

Caminamos durante unos veinte minutos y la mujer no miró atrás ni una sola vez. Al final nos detuvimos en el Café de Flore, en el bulevar Saint-Germain. El toldo de la cafetería estaba lleno de luces blancas de Navidad. No había nadie en la terraza y las sillas de mimbre cubiertas de nieve parecían abrigos de pieles blancas. Del balcón de hierro forjado del segundo piso colgaba un raído estandarte rojo, azul y blanco en el que se leía VIVE DE GAULLE.

Una vez en el interior, la mujer me besó de nuevo en las mejillas y se fue, no sin antes señalar una mesa al fondo donde esperaba un hombre al que reconocí.

Sabía que acudirían a mí, pero no esperaba que lo hiciera él en persona.

Se puso de pie para saludarme, en esta ocasión no llevaba las estrechas gafas de carey que había lucido en la fiesta de Feltrinelli.

—*Ciao, bella* —dijo.

Su acento italiano también había desaparecido, reemplazado por uno ruso. Me cogió la mano y me la besó.

—Es un placer volver a verla. ¿Supongo que ha venido a que le laven los vestidos?

—Es posible.

Nos sentamos y me pasó el menú.

—Pida lo que quiera. —Levantó un dedo—. Nadie puede subsistir sólo con *pain au chocolat*.

Él ya tenía delante una botella de vino blanco abierta y una bandeja plateada de caracoles sin tocar, así que pedí al camarero un *croque-monsieur* y esperé a que él hablara.

Apuré la copa de vino y pidió por señas otra botella.

—Prefiero las mujeres a los hombres y el vino a ambos —dijo bromeando.

Comunistas o capitalistas, los hombres seguían siendo hombres.

—Queríamos darle las gracias en persona —continuó—. Por su generosidad.

—¿Les ha resultado útil?

—Oh, ya lo creo. Ese tipo era un charlatán. Muy... ¿cómo decirlo?

—¿Sociable?

—¡Exacto! Sociable.

No pregunté sobre lo que había sido de Henry Rennet; no quería saberlo. Durante un año no había deseado más que venganza. Cuando consiguió que me despidieran, me propuse no sólo destruirlo sino acabar con todo el asunto. Sin embargo, cuando me confirmaron el destino de

Henry sólo sentí algo de alivio. La ira es un mal sustituto de la tristeza; como el algodón de azúcar, la dulzura de la venganza se desintegra al momento. Y ahora que había desaparecido, ¿qué me quedaba para seguir adelante?

El camarero regresó con mi plato, y mientras mi nuevo amigo se comía sus caracoles, lo expuso todo lo más sucintamente posible.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en París? —me preguntó.

—No tengo billete de vuelta.

Él hundió un caracol en un plato de mantequilla derretida.

—¡Bien! Debería viajar un poco. Ver mundo. Hay tantas cosas que una mujer como usted puede hacer... El mundo le pertenece.

—Pero es difícil hacerlo con fondos limitados.

—Ah. —Sorbió un caracol y me señaló con su tenedor de dos puntas—. Pero se nota que es una mujer con recursos. Y que se merece lo que pida.

—Ya no estoy segura de que ése sea el caso.

—Se lo digo yo. Se subestima. Tal vez se les escape a hombres menos perceptivos, pero yo sí lo veo. Como dijo Emerson, hay que ser abridor de puertas.

Desde que había llegado a París, había pasado varias veces por delante de las grandes puertas negras que había dentro del alto muro de cemento que rodeaba el Hôtel d'Estrées. Cada vez, levantaba la vista y veía la bandera roja con su hoz y su martillo dorados, y me preguntaba cómo sería entrar como una persona y salir convertida en otra. Ésa era mi oportunidad para averiguarlo.

Pensé en Henry Rennet haciéndome bailar por el vestíbulo del restaurante y luego abriendo la puerta del ropero a mi espalda. Pensé en Anderson pasando por mi lado después, sin decir una palabra, y sentado en su gran escritorio de caoba, diciéndome que ya no era una empleada deseable y que, lamentaba decirlo, pero suponía un gran riesgo continuar conmigo. Pensé en Frank cruzándose conmigo por el pasillo cuando salí por última vez de la sede, sin darme siquiera un apretón de manos.

Pensé en Irina la primera vez que la vi y la última. Había querido hablar con ella después del funeral de su madre, para consolarla, abrazarla y contarle todo. Pero en lugar de ir al cementerio, me fui sola al Georgetown y vi la segunda parte de *El americano impasible*.

Todavía guardaba en el bolsillo la nota que había querido darle después del funeral. Las palabras que había escrito estaban desgastadas por el roce constante de mis dedos mientras caminaba por las calles de París. Pero recordaba lo que había escrito, lo que nunca le había dicho, la verdad que había guardado para mí.

Y luego estaba la verdad que me ocultaba a mí misma. Había subido al avión con destino a París convencida de que no había alternativa. Pero esa primera noche, los escenarios hipotéticos me habían rodeado como un enjambre de mosquitos. Me imaginé la casa encalada en Nueva Inglaterra a la que Irina y yo podríamos habernos mudado: la puerta amarilla, el balancín del porche, la ventana salediza con vistas al Atlántico. Me imaginé yendo todas las mañanas a tomar café y donuts al pueblo, donde la gente nos tomaría por compañeras de piso. Al pensar en todos los caminos que no había tomado, la sensación de pérdida cayó sobre mí como un manto de plomo.

Pensé en el libro que tenía a mi lado, en el bolso. ¿Cómo terminaba? ¿Acababan juntos Yuri y Lara? ¿O morían solos y desgraciados?

El camarero nos retiró los platos y nos preguntó si queríamos algo más.

—¿Una botella de champán, tal vez? —me preguntó mi nuevo amigo, mirándome a mí en lugar de al camarero.

Alcé mi copa.

—Donde fueres...

# **BLOQUE DEL ESTE**



Enero de 1959



~~La musa~~

~~La mujer rehabilitada~~

~~La emisaria~~

~~La madre~~

~~La emisaria~~

### LA ADMINISTRADORA DE CORREO

Los primeros ejemplares de *El doctor Zhivago* pasaron de mano en mano en los salones de la intelectualidad moscovita. Después de que Borya ganara el Nobel que más tarde declinaría, se hicieron copias a partir de copias. Y más copias a partir de esas copias. Se susurraba sobre él en las entrañas del metro de Leningrado, corría entre los presos de los campos de trabajo y se vendía en el mercado negro.

—¿Lo has leído? —se cuchicheaban unos a otros por toda la Madre Patria.

—¿Por qué nos lo han prohibido?

No era necesario mencionarlo. No tardó en inundar el mercado negro y todo el mundo pudo leer la novela que se les había negado.

Cuando Ira llegó a casa con un ejemplar, le prohibí que lo guardara allí.

—¿No te das cuenta?! —grité, rasgando las páginas y tirándolas a la papelera—. Es un arma cargada.

—Fuiste tú quien compró la munición. Lo pusiste a él por encima de tu familia.

—Él es nuestra familia.

—Y sé lo que estás escondiendo aquí. ¡No creas que no lo sé! —dijo, y salió furiosa antes de que yo pudiera responder.

El dinero estaba dentro de una maleta de cuero rojizo con un candado de latón, escondida en el fondo de mi armario detrás de los vestidos largos. Los fajos estaban envueltos en plástico y cuidadosamente apilados en hileras debajo de dos pantalones.

D'Angelo se había ocupado de transferirlo, primero de Feltrinelli a una cuenta en Liechtenstein y luego a una pareja italiana que vivía en Moscú. La pareja italiana debía telefonar a mi piso y decir que en la oficina de correos había un paquete para Pasternak. Entonces yo pasaría a recoger la maleta, tomaría el tren a Peredélkino y la pondría a buen recaudo.

Borya no lo quiso, al menos de entrada. Desde que el Estado lo había inhabilitado para publicar o ganarse la vida con sus traducciones, creía que debíamos buscar otras formas de mantenernos. Intenté razonar con él diciéndole que eso no era más que una fracción de lo que le debían. Feltrinelli había vendido tantos ejemplares que habían tenido que reimprimirlo doce veces

en italiano; y en Estados Unidos también había sido un éxito de ventas. Incluso habían vendido los derechos cinematográficos a Hollywood. En Occidente, Borya habría sido un hombre muy rico. Cuando dijo que pasaríamos con lo que teníamos y que debíamos estar agradecidos de tenernos el uno al otro, le rogué que pensara en lo que sería de mí y de mi familia cuando él nos dejara.

Acabó cediendo.

Decir que lo empujé a aceptar los derechos extranjeros era quedarse corto; decir que sólo miraba por el futuro de mi familia era faltar a la verdad. ¿Por qué no podía sacar algo para mí? ¿Por qué? Después de todo lo que había soportado...

Sin embargo, con el dinero llegó aún más vigilancia. Seguían observándonos. Nunca vi a nadie, pero sentía sus ojos sobre nosotros. Cerraba las ventanas, corría las cortinas y comprobaba obsesivamente las cerraduras. Por la noche daba un brinco con cada rama que se rompía, cada ráfaga de viento que sacudía la puerta o cada chirrido que llegaba de un coche lejano. Dormir era impensable.

Buscando alivio, dejé la casita y me instalé en mi piso de Moscú. Era duro estar lejos de Borya, pero por primera vez en mi vida me alegré de los cinco tramos de escalera que había hasta mi piso, las paredes delgadas como el papel y los numerosos vecinos que tenía, todos viviendo unos encima de los otros. Si pasara algo, alguien lo oiría y acudiría en mi ayuda, ¿no?

También me alegraba de estar con mi familia. Me embargó la sensación de que necesitaba estar cerca de mis hijos, algo que no había sentido con tanta intensidad desde que eran pequeños. Pero tanto Mitya como Ira se pasaban la vida fuera, poniendo a sus amigos y la escuela como excusa. Cuando estaban en casa, trataban a mi madre con el respeto que a mí me negaban. Mitya, que siempre había sido un niño muy obediente, empezó a portarse mal. No volvía a casa a la hora estipulada y a veces llegaba oliendo a alcohol. Ira prefería pasar casi todo el tiempo con su nuevo novio.

Los amigos de Borya le aconsejaron que se marchara de Peredélkino y se pusiera a salvo en la ciudad, pero él se negó.

—Si vienen a apedrearme, dejadles. Prefiero morir en el campo.

La primera noche que pasé en Moscú, una vecina llamó a nuestra puerta y nos dijo que Vladimir Yefimovich Semichastny estaba hablando sobre Borís por la televisión. Ira y yo la seguimos hasta su piso y nos reunimos con su familia alrededor del pequeño televisor que tenían colocado sobre un radiador apagado. La imagen en blanco y negro parpadeaba, pero pudimos oír hablar al líder de la Liga de la Juventud Comunista alto y claro. «Este hombre ha escupido al pueblo en la cara —se quejaba Semichastny—. Ni siquiera un cerdo haría lo que Pasternak ha hecho, porque los cerdos nunca cagan donde comen. —La cámara enfocó a una multitud de miles—. Estoy seguro de que la sociedad y el gobierno no pondrán obstáculos en su camino, pero estarían de acuerdo en que su partida haría el aire más respirable.» El público estalló en aplausos. El mismo Jruschov, sentado en el estrado, se levantó y aplaudió. Ira me miró con miedo en los ojos. Le cogí la mano y volvimos a nuestro piso.

Más tarde esa noche, Mitya me despertó. Frente a nuestro edificio se había reunido un grupo de borrachos. Me puse un chal sobre los hombros y salí al balcón, y miré hacia abajo. Tres hombres vestidos de mujer, enviados sin duda por el KGB, bailaban y cantaban *Black Raven*, una vieja canción popular de borrachera que yo siempre había odiado.

*Cuervo negro, ¿por qué vuelas en círculos  
tan bajos sobre mi cabeza?  
Algún día se te escapará tu presa.  
¡Cuervo negro, no seré tuyo!*

El ruido también había despertado a mis vecinos, que se unieron a mí desde sus balcones para gritarles que se callaran. Los hombres vestidos de mujer levantaron la vista y se rieron. Uno me señaló. Luego entrelazaron los brazos y cantaron aún más fuerte.

*¿Por qué extiendes tus garras  
volando en círculos tan bajos sobre mi cabeza?  
¿O sientes que debajo está tu presa?  
¡Cuervo negro, no seré tuyo!*

—No lo ves desde aquí —susurró Mitya—, pero llevan pelucas. De las baratas. Uno se ha pintado la boca como un payaso.

*Llévale entonces a mi amada  
mi pañuelo ensangrentado,  
y dile que ahora es libre,  
pues me he casado con otra.*

—Panda de borrachos, están locos —dijo Ira, poniéndome una mano sobre el hombro—. Vamos dentro, mamá.

—No se contentarán con nada —dijo Borya cuando le conté lo sucedido—. No tendré paz hasta que esté en la tumba. Ya he escrito una carta al Kremlin pidiéndole permiso para que emigres conmigo.

—¿Se lo has preguntado a ellos antes que a mí? ¿Qué pasa si no quiero ir?

—¿No vendrás?

—¡Eso no es lo que he dicho!

—Aún no la he enviado.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—No puedo irme sin ti. Prefiero que me lleven a los campos de trabajo.

—¿Qué hay de mi familia? ¿Qué les harían?

Me dijo que encontraríamos una manera. Lo que yo no sabía era que ya había hablado de ello con su esposa. No me lo había preguntado hasta que ella le había dicho que nunca se iría, y que, aunque él era libre de marcharse, ella y su hijo lo denunciarían en cuanto se hubiera ido. «Entiéndelo», le había dicho a su marido.

Al día siguiente, me dijo que había roto la carta para el Kremlin.

—Sería incapaz de mirar por la ventana en una ciudad extranjera y no ver mis abedules.

Ésa fue su postura: no dejar que lo sacaran de su casa.

Yo debería haber sabido que marcharse nunca había sido una opción real para él. A pesar de todo, se habría sentido perdido sin la Madre Rusia. Nunca podría dejar sus árboles, sus paseos nevados. Nunca podría dejar sus ardillas rojas, sus urracas. Nunca podría dejar su dacha, su

huerto, su rutina diaria. Prefería morir como un traidor en suelo ruso que vivir como un hombre libre en el extranjero.



Le prohibieron recibir correspondencia, cortando así uno de sus medios de conexión con el mundo. Poco después empezaron a aparecer cartas por debajo de la puerta de mi piso. Algunas con sello, otras no; algunas con remite, otras no. Cada mañana, Ira y yo las juntábamos, las envolvíamos en papel de estraza como si fueran cortes de carne y tomábamos el tren a la casita, donde Borya estaría esperando para leerlas. Me había convertido en su administradora de correo.

Recibió cartas de Albert Camus, John Steinbeck, el primer ministro Nehru. Recibió cartas de estudiantes de París, de un pintor de Marruecos, de un soldado de Cuba, de un ama de casa de Toronto. Se le iluminaba la cara al abrir cada sobre.

Una de sus cartas más atesoradas fue la de un joven de Oklahoma. Le explicaba su reciente ruptura amorosa y cuánto lo había conmovido *El doctor Zhivago*. El hombre había dirigido su misiva a «Borís Pasternak, Rusia, en un pequeño pueblo a las afueras de Moscú».

Borya se tomó su tiempo para responder a cada uno, cubriendo con su tiesa caligrafía página tras página en tinta violeta. Escribió hasta que le dolió la mano, hasta que le dolió la espalda, pero se negó a dictarme las respuestas cuando me ofrecí a ayudarlo.

—Quiero tocar sus manos con la mía —me dijo.

También recibió otras cartas a las que no contestó. Cartas de detractores, cartas del Estado, cartas que pretendían intimidar. A pesar de haber renunciado al premio, querían ver al morador de las nubes de nuevo en la tierra. Lo querían de rodillas. Querían que se arrastrara, que se agachara. Él no lo haría, pero tampoco se enfrentaría a ellos. Su inacción fue vista como debilidad tanto por los que observaban cómo se desarrollaban los acontecimientos a distancia como por mí.

Si él no hacía algo, lo haría yo. No podía esperar a que vinieran a mi puerta.

Me reuní con el jefe de la División de Derechos de Autor del Sindicato de Escritores, Grigori Khesin, a quien conocía de *Novy Mir*.

Apenas me escuchó cuando le expliqué el caso de Borya, y, cuando terminé, dijo que no había nada que hacer.

—Borís Leonídovich ya no es miembro del sindicato y, por lo tanto, no tiene «derechos» que defender.

Salí furiosa de la oficina de Grigori, pero inmediatamente se puso en contacto conmigo un hombre para ofrecerme otra solución.

Ese hombre, Isidor Gringolts, era un conocido lejano. Recordaba haberlo visto en recitales de poesía, pero apenas había tratado con él. Joven y atractivo, tenía el pelo rubio ondulado y vestía como un europeo. Por alguna razón, me encontré asintiendo mientras me decía que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a Borís.

Fuimos a mi piso, donde pusimos en marcha un plan. Después de horas de discusión con Ira, Mitya y un círculo de amigos íntimos, Isidor nos dijo que lo único que cabía hacer era que Borís escribiera una carta pública a Jruschov, pidiendo perdón y rogando que no lo expulsaran de la

Madre Patria. Me resistí, pensando que Borya nunca firmaría algo así ni permitiría que un desconocido pusiera palabras en su boca. Pero él se mostró tan convincente que, al final, decidimos que era la única manera.

Isidor escribió él mismo el primer borrador y yo adapté el tono para que sonara más como el de Borya. Ira llevó la carta a Peredélkino. Lo encontró tan desgastado que cuando ella le preguntó si lo firmaría, él ya no pudo levantar la voz; se limitó a coger una pluma. «Dejemos que esto acabe ya», le dijo.

Sólo hizo unas correcciones menores. «Olya, déjalo todo como está —me escribió en una nota—. Pon que no nací en la Unión Soviética sino en Rusia.» Ira me dijo que le había temblado la mano cuando terminó la carta con un añadido suyo: «Con una mano en el corazón puedo decir que he hecho algo por la literatura soviética y que aún puedo servirla».

Al día siguiente, Ira y una amiga de la escuela llevaron la carta revisada al número 4 de la plaza Staraya. El guardia apostado en la puerta del edificio del Comité Central las vio acercarse. Con un cigarrillo entre los dientes, las miró de arriba abajo y les preguntó qué querían.

—Traemos una carta para Jruschov —dijo Ira.

Él se rio, casi escupiendo el cigarrillo.

—¿De parte de quién? ¿De ustedes?

—De Pasternak.

El guardia dejó de reír.

Dos días después, Polikárpov llamó por teléfono para decir que Jruschov había recibido la carta de Borya y requería su presencia de inmediato.

—Póngase el abrigo y reúnase con nosotros en la calle. Nos acompañará a buscar al morador de las nubes.

Diez minutos después, un ZiL negro estaba parado frente a mi edificio con el motor en marcha. Dentro esperaba Polikárpov. Con el abrigo puesto, miré por la ventana y luego el reloj, y esperé quince minutos más antes de salir de mi piso.

Cuando me acerqué, Polikárpov se bajó del coche. Llevaba un grueso abrigo negro hasta los tobillos de corte extranjero, de lana pesada y aspecto caro.

—Nos ha hecho esperar.

No me disculpé. Mi ira había tomado la apariencia de un coraje que no podía contener. Me hizo ocupar el asiento trasero del coche. Él se sentó delante con el conductor, cuyos ojos no se apartaban de la carretera. El automóvil tomó el carril central, reservado para vehículos del Gobierno. Conforme acelerábamos a través del tráfico, los coches civiles se hacían a un lado.

—¿Qué más quiere de él? —pregunté.

Polikárpov se volvió para mirarme.

—Todo este asunto que se ha provocado él mismo aún no ha terminado.

—Ha rechazado el premio. Ha renunciado a *El doctor Zhivago*. Ha pedido perdón. ¿Qué más quieren? Esta horrible experiencia le ha quitado años de vida. Es un anciano ahora. A veces, apenas reconozco... —me callé, Polikárpov no necesitaba saber más.

Él se volvió.

—Agradecemos su ayuda para conseguir que Pasternak firmara la carta. No lo olvidaremos.

—La carta era de Borís, no mía.

—Mi amigo Isidor Gringolts..., creo que lo conoce, me ha dicho personalmente que fue usted quien escribió la mayor parte del texto. El trabajo de él también ha sido reconocido.

Por supuesto, a Gringolts lo habían enviado ellos. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

—En adelante, deje que nosotros nos ocupemos de este asunto —continuó Polikárpov.

La casa grande estaba a oscuras, excepto por la luz del estudio de Borya. El automóvil se detuvo y vi su silueta en la ventana. La luz se apagó y se encendió otra en el piso de abajo. Quería ir a su encuentro, pero no me atreví a bajar del coche. Vi otra figura, más baja y encorvada, caminando de un lado para otro. Zinaída no me permitiría ni quedarme en el porche.

Borya salió con su gorra y su chaqueta y una extraña sonrisa en el rostro, como si se fuera de vacaciones. El conductor se bajó y le abrió la puerta. No pareció sorprenderse al verme en el asiento trasero. Tampoco dio muestras de ansiedad cuando Polikárpov le confirmó que íbamos a reunirnos con Jruschov. La única inquietud que transmitió fue por no llevar unos pantalones adecuados para la ocasión.

—¿Debería volver a entrar y cambiarme? —preguntó cuando el automóvil ya había enfilado por la carretera.

Polikárpov se rio. Aún más extraño, Borya se rio con él a carcajadas. Su risa me enfureció y le lancé una mirada que él fingió no ver, lo que me enfureció aún más. Al llegar a un semáforo, me entraron ganas de abrir la puerta y bajar, y dejar que esos hombres se las arreglaran solos con lo que habían hecho.

Llegamos a la entrada número 5 del edificio del Comité Central y entramos detrás de Polikárpov. Borya se detuvo ante un guardia.

—Identifíquese.

—La única identificación que tenía era mi carnet de miembro del Sindicato de Escritores y me la acaban de anular —respondió Borís—. Así que voy sin identificar. Peor aún, no llevo unos pantalones adecuados.

El guardia, un joven de labios carnosos y pecas en las mejillas, decidió no discutir y nos indicó que pasáramos.

Polikárpov nos dejó en una pequeña sala donde nos hicieron esperar una hora. Borya me tocó la pulsera de oro que me había regalado tres nocheviejas atrás.

—¿Tenías que ponértela? —preguntó. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Y los pendientes de perlas? ¿Y el pintalabios? Podrías dar una impresión equivocada.

Abrí el bolso. En lugar de quitarme las joyas y limpiarme el maquillaje, saqué un pequeño frasco de tintura de valeriana y bebí un trago para calmarme.

Finalmente llamaron a Borya por el nombre y nos pusimos de pie.

—A usted no se la requiere —me dijo el guardia.

Ignorándolo, tomé a Borya del brazo y recorrimos un largo pasillo hasta una oficina donde nos esperaba Polikárpov sentado. Nos recibió el fuerte aroma de una loción para después del afeitado. Parecía haberse duchado, afeitado y cambiado de traje. Actuó como si llevara todo el día esperándonos. Era otra táctica de intimidación; Jruschov no iba a recibirnos. Carraspeó como para pronunciar un discurso.

—Se le permitirá permanecer en la Madre Rusia, Borís Leonídovich —dijo.

—¿Para qué nos ha hecho venir aquí cuando podría habernos dicho esto mismo hace horas? Me ignoró y levantó un dedo.

—Hay algo más. —Señaló dos sillas—. Siéntense.

Podía oír cómo Borya hacía rechinar su dentadura postiza.

—¡No hay nada más! —estalló.

Por fin asomaba la ira que yo tanto había deseado oír. Se estaba defendiendo.

—Ha hecho enfadar a la gente, Borís Leonídovich. Poco puedo hacer yo para calmarlos. Y usted no tiene derecho a silenciarlos. Tienen derecho a expresarse. Mañana aparecerán varias de estas voces en *Literaturnaya Gazeta*. No puedo hacer nada al respecto. El pueblo tiene sus derechos. Antes de que le den permiso para quedarse, debe hacer las paces con él. Públicamente, por supuesto. Tendrá que escribir otra carta enseguida.

—¿No tienen vergüenza? —preguntó Borya, alzando aún la voz.

Polikárpov volvió a hacer un gesto hacia las sillas.

—Vamos, sentémonos un momento y hablemos como caballeros.

—Aquí sólo hay un caballero —dije yo.

Polikárpov se rio entre dientes.

—¿Estaría de acuerdo en sentarse la esposa del gran poeta?

—No me sentaré —continuó Borya—. ¡Esta reunión ha terminado! Se refiere al pueblo, pero ¿qué sabe usted de él?

—Mire, Borís Leonídovich, todo este asunto está a punto de acabar. Tiene la oportunidad de hacer las paces conmigo y con el pueblo. Lo he traído aquí para decirle que esto pronto quedará solucionado siempre y cuando coopere.

Rodeó el escritorio y se colocó entre nosotros. Luego puso una mano sobre el hombro de Borya y le dio unas palmadas como si fuera un buen perro.

—Hay que ver en qué lío nos ha metido, amigo.

Borya se la apartó.

—No soy su subordinado ni una oveja a la que pueda llevar a pastar.

—No soy yo quien ha clavado un cuchillo al pueblo por la espalda.

—Cada palabra que he escrito es verdad. ¡Todas y cada una! No me avergüenzo de nada.

—Su verdad no es nuestra verdad. Sólo estoy tratando de ayudarlo a arreglar las cosas.

Borya se dirigió a la puerta.

—¡Deténgalo, Olga Vsévolodovna!

La bravuconería de Polikárpov se esfumó, mostrando lo patético que era y lo desesperado que estaba. Quedó claro que tenía órdenes de zanjar discretamente todo el asunto, pero antes había querido sacar pecho y no le había salido bien.

—Primero debe disculparse por hablarle de ese modo —dije yo.

—Le pido disculpas. De veras. Por favor.

—Acabe ya con esto —dijo Borya, todavía de pie en la puerta—. Se lo ruego.

Al día siguiente aparecieron en *Literaturnaya Gazeta* veintidós cartas escritas por rusos «de verdad» bajo el titular: LOS RUSOS CONDENAN EL COMPORTAMIENTO DE B. PASTERNAK. Todos ellos repetían la versión oficial: «¡Judas!», «¡Traidor!», «¡Impostor!». Una obrera de la construcción de Leningrado escribió que nunca había oído hablar de ese tal Pasternak, que por qué teníamos que hacerle caso. Un trabajador de la industria de la confección de Tomsk escribió que Pasternak se había dejado sobornar por Occidente, que estaba financiado por espías capitalistas que lo habían hecho muy rico.

Polikárpov decretó que se publicara una última carta de disculpa dirigida al «pueblo». Yo escribí el primer borrador, lo corregí según las especificaciones de Polikárpov y persuadí a Borya para que lo firmara.

La noche que apareció la última carta en *Pravda*, él vino a la casita con ganas de hacer el amor. Pero el brillante y valiente poeta había desaparecido. En su lugar había un anciano. Me rodeó la cintura mientras yo estaba frente al fregadero pelando patatas. Y por primera vez, me aparté.

# OCCIDENTE



Verano de 1959



~~La aspirante~~

~~La recadera~~

~~La monja~~

**LA ESTUDIANTE**

Casi todo se reducía a esperar: esperar la información, esperar el encargo, esperar a que empezara la misión. Yo esperaba en habitaciones de hotel, pisos, huecos de escalera, estaciones de tren, terminales de autobús, bares, restaurantes, bibliotecas, museos, lavanderías. Esperaba en bancos de parques y en salas de cine. Una vez me pasé un día entero en una piscina de Ámsterdam esperando un mensaje y, cuando me levanté, estaba tan quemada que tuve que envolverme los hombros y la parte superior de los muslos con gasas impregnadas de áloe.

Nueve meses después de la Exposición Universal, esperé una vez más... en un hostel de Viena a que empezara el Séptimo Festival Mundial de la Juventud.

Programado para finales de julio, el festival consistiría en diez días de manifestaciones, marchas, reuniones, exposiciones, conferencias, seminarios y encuentros deportivos. Habría un Desfile de las Naciones, un acto para poner en libertad un millar de palomas blancas y un gran baile al final, todo concebido para promover «la paz y la amistad» entre los líderes del futuro. Durante el festival, los veinte mil estudiantes internacionales que se esperaba que asistieran procedentes de lugares que iban desde Arabia Saudí y Ceilán hasta Cambridge y Fresno, podrían participar en visitas organizadas por los sindicatos a una central eléctrica, escuchar presentaciones de los líderes del movimiento de los campos de trabajo voluntario o asistir a conferencias sobre el uso pacífico de la energía atómica.

El Kremlin había invertido aproximadamente cien millones de dólares en asegurarse de que la influencia del festival en sus participantes fuera duradera.

Sin embargo, la Agencia tenía otros planes.

Después de que *El doctor Zhivago* apareciera en la URSS y la fama de Pasternak se disparara, los soviéticos comenzaron a buscar el libro prohibido en el equipaje de los ciudadanos que regresaban a la Madre Patria tras una estancia en el extranjero. Fue un golpe maestro de propaganda para la Agencia, y, como resultado, decidieron redoblar los esfuerzos e imprimir y difundir aún más ejemplares. Esta vez, en lugar de la edición de portada azul de lino impresa en los Países Bajos, nosotros mismos sacamos una edición en miniatura impresa en un fino papel biblia, lo suficientemente pequeña como para que cupiera en un bolsillo.

Yo había llegado temprano a Viena para recibir los dos mil ejemplares del librito. También tenían previsto distribuir *Rebelión en la granja*, *El Dios que fracasó* y *1984*, y docenas de nosotros esperábamos la llegada de los libros que llenarían nuestras «casetas de información»

desperdigadas por toda la ciudad, listos para entregarlos a los delegados estudiantiles que estarían disfrutando de las vistas. Era la forma particular que tenía la Agencia de promover la paz y la amistad.

El pelo me había crecido un poco desde Bruselas y lo llevaba teñido en una variante cobriza de mi antiguo rubio. Me vestí como si fuera a asistir a un recital de poesía: cuello de cisne negro, pantalones cortos negros y manoleínas negras. Me convertiría de nuevo en una estudiante.

Mi primer emplazamiento sería el Wurstelprater. Tenía que explorar el parque de atracciones antes de la apertura del festival, para localizar el punto más transitado desde el que repartir la mayor cantidad de libros antes de que, inevitablemente, me pidieran que me fuera.

Después de pasar junto al tren fantasma, el tiovivo, los autos de choque, las galerías de tiro y los *biergarten*s, decidí que el lugar más estratégico se encontraba al pie de la Wiener Riesenrad, la noria más alta del mundo, ya que desde allí podría ver a todos los estudiantes que quisieran subir a ella. Además, era emocionante estar tan cerca de la atracción que aparecía en una de mis películas favoritas, *El tercer hombre*.

Una vez decidido el lugar, el siguiente paso era acudir a una tintorería en Tuchlauben, donde debía decirle al empleado que había ido a recoger un traje de un tal señor Werner Voigt y preguntar si podía pagar en francos suizos. Ellos me entregarían el traje con un recibo en cuya dirección se encontraría el primer lote de *El doctor Zhivago* en miniatura. La difusión comenzaría al día siguiente.

Pero antes que nada, tenía hambre. Cuando salía del parque me detuve a comprar dos crêpes del tamaño de un plato, uno para la cena y otro para el desayuno. El puesto de comida estaba estratégicamente situado al lado de la Riesenrad, una trampa para todos los que hacían cola para subir. Fue esperando las crêpes detrás de una turista estadounidense que llevaba unos pantalones de cuero ceñidos muy poco favorecedores cuando la vi.

Hacía cola para subirse a la noria, de espaldas a mí.

Iba con un abrigo largo verde y unos guantes blancos, y llevaba el cabello rojo un poco más corto que la última vez que nos habíamos visto. Incluso por detrás era atractiva. Recordé la primera vez que la había visto en el Ralph. Lo primero que percibí cuando volví la cabeza fue su cabello.

Era extraño verla en un lugar donde yo ya no era la misma y ella tampoco. La realidad había cambiado. Y había pasado mucho tiempo. Durante el último año me había permitido creer que lo había superado. Tal vez nunca había habido nada que superar, me repetía una y otra vez.

Sin embargo, ahí estaba ella. Por fin había venido a buscarme.

Sally ladeó la cabeza como si se hubiera dado cuenta de que la había visto. No se volvió para comprobarlo, pero no hizo falta. Sabía que la vería. ¿Cómo no iba a verla! ¿Debería ponerme en la cola con ella? ¿O acercarme corriendo por detrás y rodearla con los brazos? ¿O era mejor esperar a que ella acudiera a mí?

Salí de la cola de la comida y me acerqué a la de la noria, pasando por delante de un grupo de estudiantes de habla francesa que no repararon en mí.

Avancé despacio, con varias personas entre nosotras. Al llegar a la taquilla sacó la billetera del bolso. Pero cuando estaba a punto de darle el dinero a la mujer de detrás de la ventanilla, un hombre alto de pelo entrecano apareció y se la arrancó de la mano. Pagó y la besó en la mejilla.

Ella ni siquiera tuvo que volverse del todo para que yo me percatara de mi error.

Observé cómo el hombre de pelo entrecano abría la puerta de la góndola roja a la mujer que no era Sally. Compré un ticket de todos modos y subí sola. Levanté la mirada por si veía de nuevo a la doble de Sally por encima de mí, pero no la vi. El vagón se balanceó mientras abandonaba el suelo. Me asomé y contemplé cómo el mundo se volvía silencioso y pequeño a mis pies.



La vi una y otra vez. Mucho después de haber repartido el último ejemplar de *El doctor Zhivago* en Viena y de haber llevado a cabo la misión siguiente, y la siguiente. No habíamos estado mucho tiempo juntas, pero eso no importaba. La vería durante años: deteniendo un *rickshaw* en El Cairo, sus uñas rojas en un destello en una calle polvorienta; subiendo al último tren de Delhi, con su equipaje a juego cargado por un hombre que le doblaba la edad; en una tienda de comestibles de Nueva York, acariciando un gato que estaba tumbado encima de un montón de cajas de cereales; en el bar de un hotel de Lisboa, pidiendo un *tom collins* con doble de hielo.

Con el paso del tiempo, su edad se mantuvo igual y su belleza se conservó en ámbar. Incluso después de conocer a una enfermera en Detroit que abrió puertas dentro de mí que no sabía que estaban cerradas. Incluso entonces seguí viendo a Sally bebiendo café en la barra de un bar, sacando el brazo en un probador para pedir otra talla o en la platea de una sala de cine viendo sola una película. Y cada vez sentía ese mismo jadeo interior, la deliciosa expectación, ese momento en que bajan las luces y empieza la película, el momento en que, durante apenas unos segundos, el mundo entero parece a punto de despertar.

# **BLOQUE DEL ESTE**



1960-1961



~~La musa~~  
~~La mujer rehabilitada~~  
~~La emisaria~~  
~~La madre~~  
~~La emisaria~~  
~~La administradora de correo~~  
**LA CASI VIUDA**

Se deshizo en disculpas cuando llegó tarde a la casita.

—El día de tu cumpleaños se te perdona todo —le dije, ayudándolo a quitarse el abrigo.

Fue a la sala de estar para reunirse con nuestros amigos mientras yo llevaba otra botella de Château Margaux que había comprado en el mercado negro, convenciéndome de que su septuagésimo cumpleaños era una buena excusa para abrir la maleta de cuero. También me había comprado un vestido de seda rojo de cuello alto, lo más elegante que había llevado nunca.

Comimos y bebimos, y Borya fue el centro de atención como en los viejos tiempos. Estaba muy animado. Había empezado a escribir otra vez y les habló a todos de su nuevo proyecto: una obra que había titulado provisionalmente *La belleza ciega*. Se rio y sonrió mientras abría los regalos y los telegramas de admiradores procedentes de todas partes del mundo. Yo lo observaba desde el otro extremo de la estancia, calentada por la luz que él irradiaba, una luz que se había reavivado después de tanto tiempo languideciendo en la oscuridad que nos había envuelto. Era el mismo resplandor por el que me había sentido atraída hacia él muchos años atrás.

Nuestros invitados se quedaron hasta altas horas de la noche. Cuando finalmente se decidieron a marcharse, Borya montó un número suplicándoles que se quedaran.

—Sólo una copa más —dijo, impidiéndoles llegar al perchero.

Una vez solos, se recostó en su gran silla roja sosteniendo entre las manos un despertador que le había regalado el primer ministro Nehru, quien había expresado su apoyo a *El doctor Zhivago*.

—Qué tarde me ha llegado todo —dijo, después dejó el reloj y alargó un brazo hacia mí—. Ojalá pudiéramos vivir siempre así.

Me aferré a esa noche. Qué aspecto tan saludable y feliz había tenido en su cumpleaños. Sin embargo, la luz empezó a apagarse tan deprisa como había regresado.

Lo primero que perdió fue el apetito. Sólo quería té o caldo cuando venía a cenar a casa. Se quejaba de unos espasmos en las piernas que lo tenían despierto por la noche y de un entumecimiento en la parte inferior de la espalda que le dificultaba sentarse.

Agotado, le costaba concentrarse en su obra y no podía responder los cientos de cartas que seguían llegando. Su tez de bronce fue adquiriendo un tono gris azulado y los dolores en el pecho se hicieron más frecuentes.

Una noche, mientras yo cocinaba crema de champiñones, se presentó en casa con su obra incompleta y me rogó que la pusiera a buen recaudo. Parecía tan enfermo que le dije que debía ir al médico de inmediato.

—Mañana, Borya. A primera hora. ¿Cómo es posible que tu mujer no vea...?

—Hay asuntos más importantes. —Levantó el manuscrito de la obra—. Si pasara algo... éste será tu seguro. Algo con que mantener a tu familia cuando yo me haya ido.

Cuando le dije que estaba siendo dramático, me puso la obra en las manos. Cuando la rechacé, se vino abajo y lloró. Le acaricié la espalda para calmarlo, y me sorprendí al notar las vértebras de su columna. Me produjo rechazo y al mismo tiempo me llenó de una nueva ternura, como la que uno reserva para un padre achacoso. Prometí guardar el manuscrito. Él se irguió y me estrechó en sus brazos, besándome la mejilla y el cuello. Nos retiramos a mi habitación, ansiosos por quitarnos la ropa y sentirnos piel contra piel, sus huesos contra mis carnes. Al principio de nuestra relación, yo siempre dejaba la luz encendida, complacida con su asombro aparentemente incesante ante mi cuerpo. Después de tantos años, la apagué.

No sabía que iba a ser la última vez que lo haríamos. De haberlo sabido, no me habría dado prisa. Desde el dormitorio oía borbotear la crema sobre el fogón y moví las caderas de la manera en que sabía que él se correría antes.

En cuanto se vistió y se fue a su casa, cené sola. Ésa sería la penúltima vez que lo vería con vida.

La última casi no lo reconocí. Llegó una hora tarde a nuestra cita en el cementerio, y cuando se acercó lo confundí con un extraño. Caminaba muy despacio: con paso inseguro, la espalda encorvada, el cabello despeinado, la piel aún más pálida. ¿Quién era ese viejo que cruzaba la verja? Cuando lo tuve delante titubeé antes de abrazarlo, en parte porque tenía miedo de lastimarlo, pero, aunque me dé vergüenza admitirlo, sobre todo porque comprendí que mi amante se había ido para siempre. Ése no era él; ¿cómo iba a serlo?

Al verme titubear, dio un paso atrás.

—Sé que me quieres. Tengo fe en ello.

—Sí.

Lo besé en sus labios agrietados para demostrárselo.

—No hagas ningún cambio en nuestra vida, te lo ruego. No podría soportarlo. Por favor, no vuelvas a Moscú.

—No lo haré —le dije, apretándole la mano—. Me quedaré aquí mismo.

Nos separamos después de decirnos que nos veríamos esa noche en la casita. Nunca apareció.

Fue el corazón. Al igual que a Yuri Zhivago, lo que al final le falló fue el corazón. A lo largo de su vida, Borya siempre se había enfrentado a la enfermedad de forma melodramática, convencido de que su fin estaba cerca. Pero esta vez no acabó de creerse que fuera fatal. Postrado en la cama, me escribió que ese revés pasaría, que cualquier día se levantaría y acabaría su obra.

Volvió a escribirme al día siguiente, diciendo que habían bajado la cama a la sala de estar para poder cuidarlo con más facilidad, y que le resultaba doloroso estar tan lejos de su escritorio. Decía que no me preocupara, que habían contratado a una enfermera y que su querida amiga Nina iba a verlo todos los días. También me pedía que no intentara verlo, alegando que su esposa lo había advertido al respecto. «Z., en su insensatez, no tendría el buen juicio de perdonarme. Si las cosas empeoraran, mandaré a alguien a buscarte.»

Pasaron los días, y al no llegar más cartas envié a Mitya e Ira a la casa grande para que me informaran. Vieron ir y venir a una joven enfermera, pero las cortinas estaban corridas y eso fue todo lo que pudieron decirme.

Pasó un día más y yo seguía sin recibir noticias tuyas, así que me presenté allí en persona, convencida de que Zinaída le había estado ocultando mis cartas. Anochece y en su estudio estaba la luz encendida. ¿Quién estaba arriba? ¿Su mujer? ¿Uno de sus hijos? ¿Ya estaban revisando sus libros y papeles? ¿Encontrarían mis cartas escondidas dentro de sus libros, o las flores que yo había recogido y prensado entre las páginas? Cuando él muriera, ¿quedaría algo que señalara el tiempo que habíamos estado juntos? Cuando la luz del estudio se apagó, me eché a llorar.

La joven enfermera salió de la casa. Era guapa y sentí una punzada de celos al saber que era ella quien se inclinaba sobre su cama, le llevaba el caldo a la boca, le sostenía la mano y le decía que todo iría bien. Pareció sorprenderse cuando me vio al otro lado de la puerta.

—Olga Vsévolodovna —me saludó—. Dijo que vendría.

—¿No tiene decencia esa mujer para dejarme entrar? —pregunté—. ¿O es él quien no quiere verme?

Ella miró hacia la dacha.

—Es él quien no puede soportar que lo vea así.

Le sostuve la mirada.

—Está muy enfermo. Con la piel tensa sobre los huesos y sin la dentadura postiza. Dice que teme que deje de amarlo si lo ve en este estado.

—Tonterías. ¿Me cree tan superficial?

Le di la espalda a la enfermera y a la casa.

—Me ha dicho lo mucho que la quiere. Es embarazoso cómo vuelve una y otra vez sobre ello. —Bajó la voz—. Con su esposa en la habitación contigua.

Tenía que tomar el tren a Moscú, pero prometió mantenerme informada de la evolución. Yo me quedé en mi puesto.

Alrededor de la medianoche, al ver que aún no había vuelto a casa, Ira y Mitya me llevaron té y una manta gruesa.

Mi presencia fuera de la casa grande no pasó desapercibida. Zinaída atisbaba por detrás de las cortinas corridas.

Monté guardia durante días delante de la puerta, recibiendo los partes de la enfermera. Borya había sufrido un ataque al corazón y lo único que podían hacer era mantenerlo estable. Le supliqué que le dijera que estaba fuera, que necesitaba despedirme. Ella prometió darle mi mensaje.

Cuando los automóviles que trasladaban a los periodistas y fotógrafos se unieron a mí, supe que había dejado de velar a un enfermo para asistir a un velatorio. Me fui y regresé con mi traje negro con velo. Pasaron las horas. Dejé un surco en la tierna hierba de la primavera de tanto caminar de un lado para otro.

Y, aun así, él nunca me dejó entrar.

Sólo después de que se hubo ido se me permitió entrar en la casa grande. Zinaída abrió la puerta sin decir una palabra y yo pasé precipitadamente por su lado para acercarme al cuerpo todavía caliente. Acababan de limpiarlo y de cambiar las sábanas, pero la habitación seguía oliendo a antiséptico y heces.

Estábamos solos por última vez. Le tomé la mano. Su cara parecía una escultura e imaginé la mascarilla que pronto sacarían de ella. Las últimas semanas había intentado prepararme para ese momento, pero no se parecía en nada a como pensé que sería. El aire no había cambiado, el corazón me seguía latiendo, la Tierra continuaba dando vueltas, y constatar que todo se mantendría igual, que el mundo seguiría su curso, fue como recibir una coz en el pecho.

Mientras le sostenía la mano, oí que hablaban de los preparativos del funeral en la habitación contigua. Me dije que ésa era la última vez que estábamos juntos los dos solos. Le besé la mejilla, alisé la sábana blanca y me fui.

Yo no tenía un cuerpo que velar ni preparativos funerarios que atender, ni reporteros a los que ahuyentar. Todo lo que me quedaba era recordar.

Pensé en la primera vez que él me tomó la mano, cuando aún no tenía ni idea de que mi cuerpo podía vibrar de dentro hacia fuera. Lo recordé leyéndome las primeras páginas de *El doctor Zhivago*, deteniéndose al final de cada párrafo, ansioso por ver cómo reaccionaba. Pensé en las tardes que pasamos caminando por los amplios bulevares de Moscú, cómo sentía que el mundo se agrandaba cada vez que él miraba en mi dirección. Pensé en la cantidad de tardes que hicimos el amor, y en la cantidad de noches que dijo que no quería irse de mi cama.

También lo recordé saliendo de mi cama pese a mis ruegos para que se quedara. Pensé en el momento en que el tren se detuvo en la estación después de los tres años que pasé recluida en Potma; en cómo, al ver que no había ido a recibirme, tuve ganas de dar media vuelta y regresar. Pensé en las veces que me dijo que lo nuestro se había acabado y en las cosas tan horribles que yo le dije en respuesta. Pensé en su enorme ego cuando estaba en la flor de la vida, y en el hombre mermado que *El doctor Zhivago* había dejado atrás.

Lo vistieron con su traje gris favorito y lo pusieron en una caja de pino natural. Esperé fuera de su dacha mientras rezaban una *panikhida* dentro. El gran pianista Sviatoslav Teófilovich Richter tocó en la sala de música de Borís y las notas salieron flotando por la ventana abierta.

Cuando la música terminó y sacaron el ataúd, se detuvieron cerca de su querido huerto. Permanecí al lado de Borya, frente a Zinaída: su viuda y su casi viuda. Lloré e Ira y Mitya me sostuvieron por los brazos. Pero Zinaída permaneció allí de pie en un silencio decoroso.

La procesión bajó la colina y subió al cementerio hasta el rincón que Borya había escogido para él, debajo de tres pinos altos. La esquila funeraria que apareció en el periódico no ocupaba más que un par de líneas, y aun así llegaron. Cientos, tal vez miles de hombres y mujeres siguieron el ataúd. Viejos y jóvenes, vecinos y desconocidos, trabajadores y estudiantes, compañeros y

adversarios, obreros y policías secretos disfrazados de obreros, corresponsales extranjeros y reporteros moscovitas. Todos se congregaron alrededor de la última morada de Borya; lo único que tenían en común era que todos habían cambiado con sus palabras.

Pronunciaron discursos y recitaron plegarias mientras yo miraba fijamente el ataúd abierto, que estaba cubierto de coronas y ramas de lila y manzano. Desde el fondo de la multitud, un joven recitó a voz en cuello la última estrofa del poema «Hamlet» de Borya:

*Pero el plan de acción está fijado,  
y el final es irrevocable.  
Estoy solo; todo a mi alrededor se ahoga en la mentira:  
La vida no es un paseo por un prado.*

Al llegar al último verso, otros se habían unido a él. Entonces un hombre anunció, con resonante autoridad, que el funeral había concluido.

—Esta exhibición es repugnante —dijo, y por señas indicó a dos hombres que acercaran la tapa del ataúd.

Me abrí paso a través de la multitud y besé la cara de Borya por última vez. Me apartaron y colocaron la tapa. Hubo protestas por el brusco final, pero fueron silenciadas por el claveteo de los martillos en la madera. Con cada martillazo me recorría un escalofrío y me cerraba más el abrigo.

Mientras depositaban el ataúd en la fosa, se elevó y extendió a través de la multitud el canto de «¡Gloria a Pasternak!». Recordé el primer recital de poesía al que asistí, hacía muchos años, cuando sus admiradores no podían contenerse y acababan sus poemas antes que él. Yo me quedé sentada en el palco, esperando que pudiera verme a través de los focos brillantes. Me vio, y mi mundo cambió para siempre.

Ya no volvería a ver a Zinaída después del funeral. Ella hizo todo lo posible para borrarla de su vida, y a su muerte su familia abrazó la misma causa. Luché durante años. Pero ¿cómo iba a culparlos? Yo sabía cómo me llamaban y los rumores que seguían corriendo sobre mí. Y aunque siempre fuera tildada de adúltera, de seductora, de mujer que iba tras el dinero y el poder, de destructora de hogares y de espía, me alegraba saber que al menos Lara me sobreviviría.



La mañana que vinieron a buscarme por segunda vez, dos meses y medio después de la muerte de Borya, estaba sentada en mi cocina tomando té a oscuras. Lo había preparado demasiado amargo por tercer día consecutivo.

Oí el lento crujir de la grava bajo los neumáticos, y no tuve que levantarme para saber que un automóvil negro se acercaba por el camino de entrada.

Me acabé el té y dejé la taza y el plato en el fregadero. Pensé en Ira, que aún dormía en su habitación, en cómo vería más tarde la taza con un cerco marrón y en que tendría que lavarla, sabiendo que era mía y que yo ya no estaba.

El ruido de las puertas del vehículo abriéndose y cerrándose me puso en movimiento. Primero fui a la habitación de Mitya, pero la cama estaba vacía.

—No volvió a casa anoche —dijo Ira detrás de mí, sobresaltándome. Se acercó a la ventana que había encima del escritorio de Mitya—. Esta vez hay dos coches.

Vi a cuatro hombres apoyados en ellos, fumando y hablando despreocupadamente, como si estuvieran esperando a sus novias. Vi cómo uno apagaba el cigarrillo en una de mis macetas y otro se lavaba las manos en el bebedero para pájaros. Corrí las cortinas y me acerqué al teléfono.

—Ve a vestirme.

Ira salió de la habitación.

Al marcar el número de mi madre, me temblaron mucho las manos.

—¿Mamá?

—¿Están allí?

—Sí. ¿Y allí también?

—Sí.

—Sólo intentan intimidarnos de nuevo. No hay de qué preocuparse.

—¿Está Mitya en casa de *babushka*? —me preguntó Ira, que había regresado con su atuendo más conservador: una falda larga beige y una chaqueta a juego.

—¿Estás con Mitya? —pregunté a mi madre.

—Llegó anoche. Otra vez borracho. Es demasiado joven para beber tanto...

—Mamá.

—Ya se ha levantado. Le he pedido que se quede.

—Bien. Retenlo allí.

Tres golpes fuertes en la puerta principal sacudieron las tablas del suelo. Ira me agarró del brazo.

—Tengo que irme, mamá.

Caminé hacia la entrada con Ira cogida del brazo como una niña. Un hombre con una gabardina de aspecto caro pasó entre los cuatro hombres que vestían trajes negros baratos, dejando huellas de barro en la alfombra Akstafa de mi abuelo.

—Por fin nos conocemos.

—Bienvenidos —dije, haciendo el papel de anfitriona.

—Nos estaba esperando, ¿verdad? —me preguntó el hombre con una sonrisa cada vez más grande—. ¿No pensaría que sus actividades iban a pasar desapercibidas?

Forcé una sonrisa del tamaño de la suya.

—¿Les apetece un té?

—Podemos preparármolo nosotros mismos.

Yo sabía lo que estaban buscando, y no lo encontrarían allí ni en el piso de Moscú.

El día del entierro de Borya había entregado el dinero —los derechos extranjeros que probarían que yo era culpable de crímenes contra el Estado— a un vecino que no me había preguntado qué había dentro de la maleta de cuero.

Pasaron las horas. Al final, uno de los hombres, el que tenía una pequeña cicatriz en mitad del labio inferior, llevó una silla del comedor al camino de entrada, donde Ira y yo esperábamos, y nos preguntó si queríamos sentarnos. Ira respondió que no y el hombre se encogió de hombros, se sentó y encendió un cigarrillo. Apenas nos miró mientras contemplábamos cómo sus compañeros continuaban destrozando nuestra casa.

Oímos una bicicleta acercarse. En mitad del camino de entrada, Mitya se bajó de un salto de la bici y la dejó caer al suelo.

—¡No tienen derecho! —gritó con la voz quebrada.

El hombre de la cicatriz siguió fumando. Me acerqué a Mitya y lo tomé de la mano.

—Chist —dije, notando el olor agrio que desprendía.

Cuando lo miré, vi que tenía la camisa manchada de vómito.

—¿Dónde está *babushka*? Le he dicho que no te dejara marchar.

Los tres nos acurrucamos mientras veíamos a los hombres salir con cajas llenas de nuestras pertenencias. Cuando sacaron una pila de diarios que pertenecían a Ira —llenos probablemente de reflexiones sobre la escuela, los chicos y las amistades rotas—, ella se puso rígida, pero no dijo nada. Y cuando el hombre de la gabardina tropezó con una tabla suelta, me apretó la mano en lugar de reír. La imagen de él tropezando permanecería grabada en mi mente cuando más tarde se convirtiera en mi interrogador.

Me fui con ellos voluntariamente, sin resistirme ni protestar. El hombre de la gabardina ni siquiera tuvo que pedírmelo. Se limitó a señalar el segundo automóvil negro. Me despedí de mis dos hijos y subí.

Mis hijos no miraron mientras se me llevaban. Ira estaba en la puerta, contemplando los destrozos que habían hecho los hombres. Mitya se había sentado en el primer escalón, con la cabeza apoyada en las rodillas. Cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta que llegamos al gran edificio amarillo.

—¿Cuál es el edificio más alto de Moscú? —me preguntó el conductor cuando nos detuvimos.

—Ése ya se lo sabe —le dijo el hombre de la gabardina mientras abría la puerta—. ¿Verdad? Sin responder, me bajé del coche, me estiré la falda y dejé que me guiaran.



Apreciado Anatoli:

Me ha despertado el respirar agitado de mi hija. Mi querida Ira. Dicen que me ayudó a esconder el dinero extranjero y ahora duerme en la litera que tengo enfrente. Está enferma. Tiene fiebre. Me han permitido quedarme con ella hasta que se mejore. Pero no quiero preocuparlo, Anatoli. Ella está bien. Yo estoy bien. Sólo le agradezco a Dios que hayan dejado en paz a mi Mitya. Al menos eso.

Aunque han pasado muchos años desde la última vez que le escribí, nunca he dejado de hacerlo. Las cartas se componían dentro de mi cabeza mientras me bañaba o cuando no podía conciliar el sueño. Se escribían en lo más profundo de mi ser. Pero ahora ya no puedo evitar que las palabras salgan.

Cambié unos calcetines de punto por el bolígrafo y el papel. Quiero purgar lo que hay dentro de mí. ¿Por dónde iba?

Me pregunto dónde está usted. ¿Por qué no fue usted quien me recibió en la Lubianka y se reanudaron nuestras charlas nocturnas? ¿Lo han sustituido? ¿Me ha sustituido? ¿Piensa alguna vez en mí? ¿Brotó alguna vez mi nombre de sus labios? Quizá ha guardado las distancias porque ahora soy mayor. Quizá mi compañía era más agradable antes.

La primera vez estaba embarazada. Perdí la criatura. Ahora soy mayor y me estoy volviendo infértil, y el hombre que engendró a la criatura que nunca nació está enterrado. El tiempo es algo terrible.

He estado aquí antes. Aunque, en cierto modo, nunca me marché.

Se ha secado la tinta de mi sentencia. Pasaré los próximos ocho años en este lugar, los tres primeros junto a mi hija, una criatura inocente. Supongo que siempre supe que encontrarían el dinero, o al menos que dirían que lo habían hecho.

Estamos en marzo de 1961, el tercer mes de condena, y todo lo que vemos desde aquí sigue siendo un manto blanco y el horizonte gris. Es de noche y escribo a la luz de una lámpara de gas muy tenue que sólo me deja ver el papel que tengo delante y la sombra de la delgada espalda de mi hija, que duerme de lado debajo de dos mantas de lana, una de ellas mía.

Hace unas horas hemos estado trabajando en el foso, cavando una nueva letrina. Ella tiene las manos llenas de ampollas y agrietadas, y apenas puede levantar el pico, así que yo cavo con más fuerza y más rápido. No se lo digo a nadie, pero una parte de mí ha echado de menos este trabajo: clavar la pala en la tierra y pisarla con los dos pies para hundirla más y dejar al descubierto la tierra de debajo, oscura sobre la blanca nieve.

Estoy agotada y, sin embargo, no quiero dormir hasta haber contado esta historia. Presiono la pluma con más fuerza ahora. Se está gastando. Creo que la mujer que lleva mis calcetines me mintió cuando hicimos el trueque; ya casi no queda tinta en la pluma. Y hay tanto que escribir... Tal vez el resto de esta carta se escriba con las marcas que la punta de la pluma deja en el papel. Quizá tenga usted que leerla como si fuera braille.

Tal como están las cosas, mi historia ya no me pertenece. En la imaginación colectiva me he convertido en otra persona: una heroína, un personaje. Me he convertido en Lara. Y, sin embargo, cuando miro, no la encuentro aquí. ¿Es así como me conocerán cuando me haya ido? ¿Es esa la historia de amor que recordarán?

Pienso en el final que eligió Borya para su heroína:

*Un día, Larisa Fiódorovna salió de casa y no volvió. Debieron de detenerla por la calle. Se desvaneció sin dejar rastro y probablemente acabó muriendo en algún lugar olvidado, un número más en una lista anónima que más tarde se extravió, en uno de los innumerables campos de concentración, femeninos o mixtos, del norte.*

Sin embargo, Anatoli, yo no soy un número más. No desapareceré.

## EPÍLOGO



### LAS MECANÓGRAFAS

En el invierno de 1965, *El doctor Zhivago* se estrenó en la gran pantalla. Fuimos a verla juntas. La mayoría habíamos dejado la Agencia a esas alturas. La carrera de una mecanógrafa no es muy larga. Las nuevas llegaban y se iban. Muchos hombres habían ascendido de rango y algunas de nosotras también. Gail incluso había obtenido el puesto de Anderson cuando éste murió de un infarto en un concierto de los Beatles en el Coliseum al que había ido con su hija adolescente.

Unas nos habíamos casado y otras no. Unas habíamos tenido hijos y otras no. Todas éramos un poco mayores, cuando sonreíamos o fruncíamos el ceño aparecían unas arrugas finas y ya no teníamos esa figura joven y ágil que solíamos esconder detrás del escritorio.

Nos alegramos de vernos. La última vez había sido en una boda en 1963. Después de la operación Zhivago, Norma había dejado el equipo de mecanografía para hacer una maestría en creación literaria en Iowa, y alrededor de esa época Teddy empezó a ir detrás de ella a distancia. Se casaron en cuanto ella la terminó, y él dejó la Agencia por un empleo en otra compañía secreta justo al lado de Langley: Mars, Inc. La boda consistió en una celebración informal en el salón de baile al aire libre del Great Falls Park, con barbacoa y fuentes de chocolate que donó el nuevo jefe de Teddy. Sus padres parecían horrorizados, pero los demás lo pasamos muy bien. Henry Rennet no asistió y nadie lo echó de menos. Después de que Norma lanzara el ramo, que Judy esquivó con pericia, Frank Wisner brindó por la feliz pareja. Ésa sería la última vez que veríamos a nuestro antiguo jefe; se suicidó dos años después, en el otoño de 1965, poco antes del estreno de *El doctor Zhivago*.

Intercambiamos abrazos y besos fuera del Georgetown Theater, bañadas en el resplandor rojo del letrero de neón. Compramos las entradas y, mientras hacíamos cola para comprar golosinas, Linda nos enseñó fotos de sus gemelos sentados en el regazo del Papá Noel de Woodies, y Kathy, de su luna de miel hawaiana. Comentamos cuánto nos habría gustado que Judy se hubiera apuntado. Se había ido a vivir a California para convertirse en actriz, y aunque aún no había alcanzado el éxito, había conseguido un pequeño papel en *El show de Dick Van Dyke*.

Ocupamos las filas tercera y cuarta del Georgetown. Bajaron las luces y nos pasamos las palomitas y las pasas cubiertas de chocolate mientras proyectaban el noticiario, que mostraba secuencias de la escalada militar de Estados Unidos en Vietnam. Las que todavía estaban en la Agencia se mantuvieron estoicas mientras la cámara ofrecía una panorámica de aviones caídos, campos quemados y tejados destruidos. Estaban más informadas que las que ya no trabajábamos allí, pero sabíamos que era mejor no preguntar.

La sala se quedó a oscuras y empezó a sonar la música, y algunas nos miramos y nos apretamos las manos. Y, de pronto, Lara apareció en la pantalla sentada en un escritorio con una blusa blanca y una corbata negra, y todas pensamos lo mismo: Irina. En realidad era Julie Christie.

Pero el cabello, los ojos... Era como si Irina estuviera en la pantalla.

Nos recorrió un escalofrío la primera vez que Yuri vio a Lara desde el otro extremo de la habitación. Contuvimos las lágrimas la primera vez que le dijo adiós. Teníamos la esperanza de que la película se apartara del libro y terminara con Yuri y Lara viviendo en esa casa de campo hasta el final de sus días. Y aunque sabíamos lo que iba a pasar, dejamos que nos brotaran las lágrimas cuando se despidieron por última vez.

Durante los créditos nos secamos los ojos con los pañuelos. *El doctor Zhivago* es una historia sobre la guerra y una historia de amor. Pero, años después, lo que más recordábamos era la historia de amor.

Tres años antes de que el Kremlin bajara la hoz y el martillo soviéticos y los reemplazara por la bandera tricolor rusa, *El doctor Zhivago* llegó por primera vez a la Madre Patria de forma legal. Gail nos envió una postal durante su viaje a Moscú. La postal era un anuncio de la subasta que organizó Sotheby's durante la glásnost en 1988, y en la nota decía que nuestra novela estaba en todas partes. El año siguiente, Pasternak recibió por segunda vez el Nobel y, en esta ocasión, su hijo lo aceptó en su nombre.

Nos daba vergüenza admitirlo, pero alguna seguíamos sin haber leído el libro a esas alturas. Las pocas que sabíamos italiano lo habíamos leído cuando se publicó por primera vez. Otras lo leímos en los años posteriores a la misión, y otras esperamos a ver la película para sentarnos con el tomo ruso. Pero no todas habíamos encontrado el tiempo para hacerlo, y, cuando finalmente llegamos a leer *El doctor Zhivago*, es decir, las palabras que la Agencia había interpretado como un arma, nos sorprendió la de cosas que habían cambiado, y la gran cantidad que permanecían intactas.

Alrededor de esas fechas, Norma escribió un *thriller* de espías que dedicó a Teddy. Fue la primera novela que publicó, y aunque las críticas no fueron muy entusiastas, hicimos cola en Politics and Prose para que nos firmara nuestro ejemplar. La Agencia emitió un comunicado en el que se distanciaba del contenido de la novela —la historia de una agente provocadora que eliminaba a un espía doble—, pero a nosotras nos pareció bastante verosímil.

Las que seguimos allí ahora usamos ordenadores: de sobremesa y portátiles, y *smartphones* que nos compran nuestros hijos para nuestros cumpleaños y Navidad y que nuestros nietos nos enseñan a usar.

—Tienes que mover el dedo así, abuela.

—Tú sólo mantén presionada la tecla de mayúsculas.

—Esto te pasa porque has activado la función «Bloq. mayús.».

—No te preocupes por esta tecla.

—Un *selfie* es una foto que uno se hace a sí mismo.

Las teclas ahora hacen clic, no clac. Y ya no suena ningún ding. El recuento de palabras por minuto, por ejemplo, ya no es lo que era, pero podemos hacer cosas extraordinarias con esas máquinas. Lo mejor de todo es que nos permiten mantenernos en contacto. Ahora, en lugar de

memorandos e informes, nos reenviamos chistes, oraciones y fotos de nuestros nietos y algún que otro bisnieto.

No estamos seguras de quién de nosotras lo vio primero; todas parecimos verlo al mismo tiempo. Me refiero a un artículo publicado en el *Post* sobre una mujer estadounidense a quien habían detenido en Londres acusada de espionaje y que estaba a la espera de ser extraditada a Estados Unidos. Lo que causó tanto revuelo fue que la mujer tenía ochenta y nueve años, y sus delictivas filtraciones de información a los soviéticos databan de hacía décadas. Los bustos parlantes discutieron sobre qué se debía hacer en un caso así.

Sin embargo, lo que a nosotras nos interesó del artículo fue la foto que lo acompañaba.

Aunque la mujer se tapaba la cara con las manos esposadas, nos bastó con echar un vistazo para saber quién era.

—No me lo creo.

—Es ella.

—No tengo la menor duda.

—Nunca perdió su figura.

—¿No es ése el abrigo de pieles que le regaló Dulles?

El artículo decía que la mujer había estado viviendo los últimos cincuenta años en el Reino Unido, encima de una librería de la que había sido dueña durante tres décadas, junto con una mujer sin nombre que falleció a principios de la década de 2000.

Buscamos en los artículos el nombre de la otra mujer, pero no lo encontramos.

Aunque con el tiempo el éxito de la operación Zhivago se convirtió en una leyenda en la Agencia, a partir de la Expo 58 el historial de la carrera de Irina estaba incompleto, y su expediente acababa con una breve nota que indicaba que se había jubilado en los años ochenta, y nada más.

Nuestros dedos vuelan sobre las teclas.

—¿Es ella?

—¿Son ellas?

—¿Podría ser?

En secreto, esperamos que sí.

## NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS



Son muchos los libros que han hecho posible éste. En primer lugar, *El doctor Zhivago*, de Borís Pasternak, una novela tan relevante y crucial hoy día como lo fue cuando la publicó por primera vez Giangiacomo Feltrinelli. Siempre le estaré en deuda por el valiente regalo que hizo al mundo.

A la hora de documentarme para escribir esta novela, *The Zhivago Affair*, de Peter Finn y Petra Couvée, resultó ser una herramienta indispensable. A raíz de las peticiones de ambos autores, la CIA publicó en 2014 noventa y nueve memorandos e informes relacionados con la operación Zhivago. Ver los documentos desclasificados, con los nombres y detalles anotados y suprimidos, fue lo primero que me movió a querer rellenar las lagunas con ficción.

A lo largo de la novela hay muchas descripciones y citas directas que incluyen extractos de conversaciones, todo ello documentado en testimonios de primera mano. La autobiografía de Olga Ivínskaia, *A Captive of Time*, y las memorias de Sergio D'Angelo, *The Pasternak Affair*, arrojaron luz sobre muchos de los sucesos narrados en este libro.

También estoy en deuda con *Sisterhood of Spies*, de Elizabeth Betty Peet McIntosh, que me dio a conocer un mundo de heroínas de carne y hueso, entre ellas la propia autora. Habría que levantar monumentos en honor de estas mujeres.

*Lavender Scare*, de David K. Johnson, cuenta la historia menos conocida de la persecución del colectivo LGTBQ en Estados Unidos durante la guerra fría. Innumerables personas se vieron obligadas a abandonar sus empleos, vieron destruida su reputación públicamente y perdieron la vida. No debemos olvidar sus historias.

Algunos de los libros que también consulté son: *Inside the Zhivago Storm* y *Zhivago's Secret Journey*, de Paolo Mancosu; *Legado de cenizas: la historia de la CIA*, de Tim Weiner; *The Agency*, de John Ranelagh; *La CIA y la guerra fría cultural*, de Frances Stonor Saunders; *The Georgetown Set*, de Gregg Herken; *The Very Best Men*, de Evan Thomas; *Hot Books in the Cold War*, de Alfred A. Reisch; *The Spy and His CIA Brat*, de Carol Cini; *Finks*, de Joel Whitney; *Washington Confidential*, de Jack Lait y Lee Mortimer; *Expo 58*, de Jonathan Coe; *Feltrinelli*, de Carlo Feltrinelli y Alastair McEwen; *Lara*, de Anna Pasternak; *Safe Conduct*, de Borís Pasternak; *Poemas*, de Borís Pasternak; *Boris Pasternak: The Tragic Years, 1930-60*, de Evgeny Pasternak; *Boris Pasternak: The Poet and His Politics*, de Lazar Fleishman; *Boris Pasternak: A Literary Biography*, de Christopher Barnes; *Boris Pasternak: Family Correspondence*, traducción de Nicolas Pasternak Slater y Maya Slater; *Fear and the Muse Kept Watch*, de Andy McSmith; *The Nobel Prize*, de Yuri Krotkov, e *Inside the Soviet Writers' Union*, de Carol y John Garrard.

Aparte de los libros, no podría haber escrito esta novela sin la ayuda de muchas personas e instituciones. Gracias al Premio Keene de Literatura, a la beca Fania Kruger y al Premio Crazyhorse, por su apoyo. Gracias al Centro Michener para Escritores, por proporcionarme el

tiempo y los recursos para empezar la novela y la orientación para terminarla. En concreto, gracias a los directores del Michener, Jim Magnuson y Bret Anthony Johnston, por darnos a los bichos raros un lugar al que siempre podremos llamar *hogar*. Y gracias a Marla Akin, Debbie Dewees, Billy Fatzinger y Holly Doyel, por mantenerlo todo a flote. Tengo una deuda de gratitud con mis profesores, lectores minuciosos y mentores, entre los que incluyo a Deb Olin Unferth, Ben Fountain, H. W. Brands, Edward Carey, Oscar Casares y Lisa Olstein. Un agradecimiento especial a Elizabeth McCracken, cuyos consejos y orientación fueron invaluable. Y, cómo no, a mis amigos y compañeros de clase, especialmente: Veronica Martin, Maria Reva, Olga Vilkotaia, Jessica Topacio Long y Nouri Zarrugh, por leer mi trabajo, empujarme a mejorarlo y hacerme reír.

Me siento enormemente agradecida a todo el equipo de Knopf por tener fe en este libro y llevarlo a buen término: Sonny Mehta, Gabrielle Brooks, Abby Endler, Emily DeHuff, Nicholas Thomson, Kelly Blair, Nicholas Latimer, Sara Eagle, Paul Bogaards, Katherine Burns y especialmente a mi increíble editor, Jordan Pavlin, quien con su minucioso lápiz y su estímulo dio solidez a cada página.

Y a todo el personal de Hutchinson, por su dedicación, buen ojo y creatividad. Gracias a Jocasta Hamilton, Najma Finlay, Susan Sandon, Rebecca Ikin, Sarah Ridley, Amber Bennett-Ford, Mat Watterson, Claire Simmonds, Glenn O'Neil y a mi brillante editora del Reino Unido, Selina Walker.

Gracias a mis increíbles agentes, Jeff Kleinman y Jamie Chambliss, que leyeron las primeras veinticinco páginas de la novela años antes de que la terminara y creyeron en ellas. Me habéis cambiado la vida. Y a Melissa Sarver White y Lorella Belli, por ayudarme a traer mi libro al mundo.

A todos mis amigos, desde Greensburg (¡el Grupo Variopinto!) hasta Washington pasando por Norfolk, Austin y más allá: no sé qué haría sin vosotros.

A mi familia: Sara, Nathan, Ben, Sam, Owen, la abuela, el tío Ron, todas mis tías, tíos y primos, Janet, Hillary, Bruce, Parker, Noah, Scout y Clementine, gracias por estar siempre a mi lado.

A mis padres, Bob y Patti, por llamarme Lara y mostrarme lo que puede ser el amor.

Y, por encima de todo, a Matt, mi primer y último lector. No sólo me alentaste a coger la pluma sino que hiciste cada página de este libro más convincente. Te lo debo todo.

*Los secretos que guardamos*  
Lara Prescott

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Secrets We Kept*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de la portada, Susan Fox / Trevillion Images

© Lara Prescott, 2019.  
Publicado de acuerdo con Folio Literary Management, LLC e International Editors' Co.

© de la traducción, Aurora Echevarría, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-322-3650-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NARRATIVA LITERARIA

---



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

**Lara Prescott**

Los secretos  
que guardamos

